JULIÀ BRETOS

LA DAMA *sin* ROSTRO

El misterio mejor guardado
de la Sagrada Familia.

ALMUZARA

Julià Bretos

La dama sin rostro

El misterio mejor guardado de la Sagrada Familia

© Julià Bretos, 2022
© Editorial Almuzara, S.L., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela
Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Javier Ortega
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-11315-47-0

Hecho en España - *Made in Spain*

Media vida soñándote
hasta que logré dar contigo.

Dedicado a doña Isabel.

El lector puede seguir la novela con imágenes y documentos en www.jbretos.com/ladamasinrostro

Cementerio de Piera,
18 de agosto 2019

Los pasos cobran vida, pisadas que trituran la gravilla, que la desmenuzan resonando ruidosamente contra los muros, como si el cuero descuartizase la cáscara de un millón de cucarachas rompiendo el silencio de los muertos.

Resoplo inquieto, angustiado; no puedo evitar que una punzada nazca en mi pecho a cada paso que doy. Afirman que el de Piera es un cementerio pequeño, que lo recorres en un santiamén, pero a mí me parece enorme, inacabable; y es que no existe cementerio pequeño cuando enfrente se apilan siglos de vida.

Son miles las tumbas alineadas como soldados preparados para pasar revista. Cada nicho esconde una vida de luchas y frustraciones, de sueños y realidades, desventuras e infortunios que me importan un carajo, que son prescindibles, todos excepto uno: la tumba elegida, aquella que no sé dónde se esconde.

—¿Es usted el encargado?

El hombre de la camisa verde me repasa de arriba abajo. Es mayor, más de sesenta, seguro, pero bien conservado, estómago feliz y sonrisa que solo un jubilado se podría permitir.

—No, solamente me ocupo de que esté todo en orden. Si lo que quiere es hablar con el encargado debería d…

—No, no, ya está bien, prefiero hablar con usted.

El hombre de la camisa verde me devuelve la mirada sorprendido, sonrisa expectante; debe ser la primera vez que alguien le prefiere antes a él que al alto comisariado. Y es que, acostumbrado como estoy a recorrerme los cementerios arriba y abajo, tengo empíricamente comprobado que un humilde trabajador, aburrido de contar piedras, está siempre dispuesto a colaborar con quien le saque de la rutina.

—No, mire, prefiero hablar con usted —continuó con el involuntario colaborador—. Busco una tumba.

—Pues de eso, aquí, vamos sobrados. Ha venido al lugar adecuado.

Sonrío la poca gracia para crear buen ambiente.

—Se trata de un hombre que murió hace ciento treinta años.

El hombre se tienta la nariz y vuelve a sonreír, ahora estudiándome; parecería que le estoy alegrando la mañana. Bien visto, seguro que prefiere ayudar a un desconocido de dos metros a la busca

de una lápida olvidada, que a atender a cuatro viudas anémicas, de las que no les llega el ímpetu ni para cargar un ramo de crisantemos.

—Se trata de un hombre que murió en 1885 —continúo—. Me han dicho que esta es la zona más antigua del cementerio. Busco a un hombre que se llamaba Ignacio Marqués.

—Marqués, marquésss, arquésss —cantan a coro los muros en medio del silencio.

Ya está, ya lo he dicho, todo el discurso se reducía a un nombre y un apellido, es lo que pretendía, aunque lo hago sin saber muy bien qué debo esperar de un *enterramuertos*. ¿Qué pretendo? ¿Que se conozca del tirón la filiación de cada lápida? ¿Que me señale sin dudar la tumba que estoy buscando? ¿Que me dé dos palmadas en el hombro con gesto de *muy bien, chico, adelante*?

Hace tres meses escasos que escuché por primera vez el nombre de este desconocido. Semanas de coche, tren, archivos, bibliotecas, hemerotecas… Acompañado por santa Internet y por su primo san Google, saltando de pista en pista como Nicolas Cage en busca de aquel tesoro que se le escapaba cuando más cerca creía tenerlo.

—Deme unos minutos, ahora regreso.

Mucho me temo que esta será la última vez que interaccione verbalmente con el sepulturero de la camisa verde y sonrisa de circunstancias.

Observo a mi alrededor y un escalofrío me sacude. Enfrente aparecen cientos, miles de tumbas que nadie sabe si son de filólogos o teólogos, filatélicos o sifilíticos, afónicos o eufónicos… La mayoría con lápidas imposibles de leer, con simbología que denota sus preferencias, con algún escudo del Espanyol, muchos más del Barça, con compases que descubren la adscripción masónica del finado, con algún símbolo rosacruz, aunque la mayoría con un sencillo nombre desgastado y un par de fechas que ni tan solo se adivinan.

Por un momento me imagino a mí mismo abriendo una tumba, cualquiera, apartando la piedra y las telarañas para notar el hedor de la descomposición, con la calavera a mi alcance, las cuencas de los ojos vacías, observándome, frías, frágiles como arena fina, huesos que apenas mantienen su estructura.

—Ayer vaciamos un nicho del 1700 —me explicó en una ocasión un experto enterrador en otro de los cementerios que he visitado, han sido muchos—, ¿y sabe usted una cosa?

—No, dígame —contesté.

—Cuando palpas el cráneo con la punta de los dedos — el hombre bajó la voz en tono de confidencia— los huesos se deshacen como harina blanda y los dedos se manchan de amarillo pálido, recordando que algún día tú también acabarás así.

La sensible lección de rigidez, resistencia y elasticidad de

materiales finalizó con una siniestra carcajada que mostraba unos dientes que alternaban tonos de gama vacía y tabaco.

Vuelvo a la realidad de Piera, a mi búsqueda, a mi hombre… «Ignaaacio, Ignaaacio, Ignaaacio Marqués», recuerdo mentalmente como aquellos niños que temen olvidar el encargo de su madre. Busco el nombre en cada lápida, paso a paso, revisando las tumbas con solemnidad. Y es que tendría pecado pasar por delante de mi hombre y no ser capaz de distinguir su apellido desdibujado en la piedra.

A lo lejos, diviso una abuela rezando ante la tumba de su marido, ¿o tal vez era su amante?, y a mis pies una ardilla confiada que trepa hasta lo alto de un ciprés. También, constato que mi examigo, el de la camisa verde y sonrisa farisea, en lugar de buscar mi trofeo no hace más que perder el tiempo acercándole una escalera a un señor artrítico, uno que pretende dejar un ramo en una tumba más cercana al cielo que a la tierra. Y es que nunca he entendido esta manía de envolver un cuerpo con la fecha de caducidad superada dentro de un caro ataúd de caoba, gasto evitable y espacio desaprovechado para unas pareadas de protección oficial. Por mucho que lo intento, no me imagino qué es lo que debe sentir un finado durmiendo en un nicho colgado en el séptimo piso de una remota calle de un cementerio dejado de la mano de Dios, olvidado, conviviendo en régimen de alquiler con miles de occisos ociosos.

Dieciocho de agosto de 2019, mediodía y siete minutos.

Calor, calor tórrido, las piedras suplican agua, estoy agotado. Mi búsqueda entre archivos y muertos está a punto de finalizar. Hasta aquí he llegado, este es mi último esfuerzo. Mi obsesión por encontrar al tal Ignacio acabará aquí y ahora, sin duda… fracaso sonoro. Al fin y al cabo nadie se ha interesado por este hombre en ciento treinta años: el hombre invisible, el industrial a quien Barcelona ignora que le debe buena parte de su fama. Un hombre sin descendencia y con unos hermanos que impugnaron su testamento; me imagino que solo su esposa le echó en falta.

—¡Disculpe! —oigo de lejos al sepulturero de la camisa verde, sonrisa postiza y rostro desagradable. El hombre me llama con un volumen de voz inapropiado, provocando el lógico enojo de alguno de sus clientes más fieles.

Giro la cabeza.

—¿Me recuerda el hombre que está buscando? —pregunta, estando ya a mi lado.

—Ignacio, Ignacio Marqués —contesto con un rayo de esperanza, con las pulsaciones bailando sin sentido y con el corazón dudando cuál es el siguiente movimiento a realizar, si sístole o diástole.

—Es que he encontrado un panteón, pero no sé si es el que busca.

Hago una mueca a la expectativa de que siga hablando. Una

anciana nos observa de lejos; mira al enterrador de rostro afable que me habla y también se fija en mí, cambiando incomprensiblemente el semblante, descubriendo en mi cara una sensación imposible de expresar, para la que serían necesarias palabras que no existen en el diccionario.

No, el sepulturero de la sonrisa angelical no ha pronunciado el nombre que busco, no… ha vocalizado el de otra persona, un nombre y apellido que me provocan un golpe mortal, una lanza que me atraviesa el corazón dejándome frío, inmóvil, incapaz de entender que es lo que está pasando.

«No es posible», pienso finalmente.

—¿Me puede repetir el nombre? —imploro exaltado.

El enterrador de la camisa verde me mira con sonrisa pícara y confiesa:

—Hoy es mi último día de trabajo. Hoy me jubilo.

Obsesión hecha mujer.

Ella, ella, solo ella llena mis sueños apareciendo cuando menos me lo espero, cuando trabajo, hablo, respiro.

Y es que nadie sabe quién fue ella, dónde vivía, con quien, cómo era. Me la imagino morena… no, no, pelirroja… o tal vez castaña, nunca rubia. Alta, baja, entrada en carnes, anoréxica…

La dama sin rostro, un mito convertido en reto que he perseguido entre antiguos libros, periódicos, interrogando a cualquiera que pudiera tener el menor atisbo sobre esta mujer por pequeño que fuese. Pero nada, nada, nunca nada.

De ella se sabe lo que se narró medio siglo después de que los hechos acontecieran; tan solo los evangelios ofrecen un grado de credibilidad tan elevado. Isabel, sin apellido, sin hijos… que se presentó a Gaudí para costear una de las capillas de la iglesia que estaba construyendo a las afueras de Barcelona, pero que el arquitecto rehusó por motivos que hoy serían incomprensibles. Años más tarde, a su muerte, la mujer legó al templo todo lo que poseía, una fortuna, pero con una única condición: que su apellido quedara en el anonimato.

Un legado que el arquitecto supo aprovechar y de qué forma: cambió de arriba abajo el proyecto, rehízo dibujos, planos, agregó campanarios, pináculos de colores, creó un nuevo estilo que, a día de hoy, nadie es capaz de describir, hasta convertir la sencilla iglesia del Poblet, la Sagrada Familia, en las formas imaginativas que conocemos, las mismas que llenan Instagram de estúpidos selfies con comentarios que dan pie a quien afirma que la especie humana se extinguirá en no más de tres o cuatro generaciones.

Un dinero que no se entregó de manera directa, sino por medio de un albacea, una persona de plena confianza, Joaquín Almeda se llamaba, abogado de reconocido prestigio que cumplió a rajatabla los deseos de anonimato de su clienta.

Todavía hoy, nadie conoce la identidad de doña Isabel ni cuál era su rostro.

Barcelona,
noche del 6 de mayo 2019

Una única luz se refleja en mis ojos cansados, la que emerge de la pantalla del ordenador, intensidad al mínimo para evitar herirme la vista. No, miento, las teclas también están retroiluminadas, rojas, sin llegar a molestarme pero impidiendo que la oscuridad convierta la escritura en un juego de dados. Un dedal de Baileys a la izquierda y el ratón a la derecha completan la decoración.

PDF, JPG, algún ZIP, también RAR, XLS y DOC, ficheros de todo tipo que se manifiestan en forma de píxeles y tecnología OCR, datos regurgitados desde una lejana base de datos y que intento interpretar.

Son incontables las horas que paso ante el ordenador averiguando cualquier cosa sobre el arquitecto de Reus; cada uno con sus filias. Un tema tan manido donde todo se ha dicho ya, aunque siempre con algún lumbreras que aparece con una supuesta obra inédita, escondida entre las tinieblas de un jardín, o presentando pruebas *casirrefutables* de una mujer que le rompió el corazón y que contrasta con las abundantes tesis sobre la homosexualidad del arquitecto.

La digitalización de los documentos permite que las búsquedas sean cada vez más retorcidas: buscadores especializados, prensa histórica, internet inyectado en vena, archivos del Ministerio de Cultura y Deportes, aquel organismo que dedica la mayor parte de su presupuesto a una de las dos áreas, la importante, la vital…

Teclear en Google las palabras «Gaudí», «Sagrada Familia» o «modernismo» es demasiado obvio. Hace tiempo que dejé atrás el *modo usuario,* complicando las búsquedas para progresar a *modo avanzado* con conceptos como «trencadís», «tornavoces» o «columnas de doble giro», hasta llegar al *modo experto*, atreviéndome con términos como «conoide», «elipsoide», tirando la casa por la ventana a la búsqueda de un miserable «cilindroide» y, en un acto suicida, babear al encuentro de un buen par de «paraboloides hiperbólicos».

Y así es también cuando busco rastros de mi diva, la mujer que me quita el sueño, doña Isabel, la dama sin apellido ni rostro que con un legado descomunal convirtió una iglesia sin alma en la reina del turismo, piedra angular de Barcelona. Una herencia impensable.

Es tarde y mañana debo trabajar. Los ojos claudican, pero no quiero dormir. Una pizca de polvillo de café arábigo macerado con

cayena inspirado por vía nasal activa las endorfinas y tonifican el tracto urinario. Nadie ha demostrado efectos secundarios en este compuesto natural; tengo comprobado que mezclado con un *culín* de Baileys provoca una reacción similar a una repentina subida de dopamina. Y aquí continuamos *Los tres Panchos*: ordenador, Baileys y yo, la triple corona. Los ojos se me abren inyectados en sangre, reflejando las líneas que aparecen en pantalla.

«ARCA, Archivo de Revistas Catalanas Antiguas», un buscador más, uno de esos prodigios que con unas pocas pulsaciones convierte antiguos legajos apergaminados en moderno texto iluminando la habitación.

Los dedos me tiemblan. «No importa». Introduzco inocentemente las palabras «Sagrada Familia», así, tal cual, riendo a solas, sabiendo que en breve tendré tantas referencias como las que un necesitado encuentra al teclear en Google la palabra «sexo». Son cientos, miles las líneas vomitadas sin avisar. «Imposible estudiarlas —pienso—; como buscar una hormiga en un hormiguero».

Me pica la nariz y me paso la palma de la mano, inspirándola. Escojo una línea de la pantalla, al azar, como quien no quiere la cosa. En el tiempo que tardan los ojos en parpadear emerge una ventana que dibuja una noticia decimonónica, la de un diario con las letras montadas en galeradas sin que la tinta cubra totalmente las piezas de plomo, lo que hoy denominaríamos *Oldnewspaper types de 12 puntos*:

> … los vecinos que se quejan amargamente del ruido provocado por las obras de la Sagrada Familia y han elevado…

Y otra:

> … el regidor del barrio de la Sagrada Familia acusado de adjudicar a dedo la construcción de…

Nada trascendente. Se constata que el país no ha evolucionado lo suficiente durante el último siglo.

Nuevo trago de Baileys, profundo; el licor se entretiene en la boca pasando por cada una de las papilas, amortizando la bocanada de forma interminable, regusto infinito que me da unos segundos para ordenarme a mí mismo que ya está bien, que apague el ordenador y me vaya a descansar.

Con la mano izquierda inicio el gesto de bajar la pantalla y suspender el ordenador, pero los dedos de la derecha deciden hacer una última apuesta pulsando el ratón, como cuando abandonas un casino y encuentras una última moneda escondida entre los pliegues del bolsillo y la tiras sobre el tapete para descubrir si lleva acuñada tu

suerte.

De manera inconsciente, el dedo índice pulsa el ratón para rehacer la consulta y limitarse a noticias posteriores a 1890, descartando antiguos incunables que incluyan las palabras «Sagrada Familia» refiriéndose a una familia que, efectivamente, era sagrada. Y una apuesta más: rojo, par y pasa: el dedo selecciona uno de esos periódicos poco conocidos y anticlerical, *El Diluvio*, un noticiario que jugaba a desvelar lo que la prensa seria nunca se atrevía a publicar. Pulso el botón, un segundo, dos, tres y…

«No, demasiadas referencias», maldigo cerrando los ojos y apretando los dientes. La lista de resultados sigue siendo descomunal, imposible de analizar para un aficionado que mañana debe levantarse a las seis y media; necesitaría una vida monacal para encontrar alguna cosa interesante si es que realmente esconde alguna cosa interesante.

Caen los párpados, la oscuridad me puede, hago muecas con la nariz para inspirar un grano de polvo que todavía se encuentra por allí. El cerebro se duerme, pero los dedos siguen jugando con el ratón sin mi consentimiento, pulsando al azar noticias que aparecen en pantalla:

> Gratificaré la devolución de resguardo perdido frente a la Sagrada Familia…

Y el dedo todavía tiene tiempo de cerrar la ventana y abrir otra nueva:

> Se busca criada para familia de la Sagrada Familia. Se agradecerá…

«Basta!», ordeno nuevamente sin que los dedos se den por aludidos, con vida propia. Una nueva pulsación en el ratón, como la contracción maquinal de un cadáver que aparenta estar muerto, hace que se abra una última noticia, una del 4 de abril de 1896.

Con la mirada dormida, el rabillo del ojo lee unas palabras que me llaman la atención, pocas pero trascendentes, noticia que leída en diagonal me obliga a mantener abierta la pantalla para darle una segunda oportunidad.

«¡Coño!», exclamo a solas.

Abro los ojos… mucho… mucho más… Me sorprendo; sobredosis de dopamina, adrenalina disparada, río, sonrío, esta sí que sí… o sí que quizás.

La leo nuevamente, diseccionándola, analizando cada frase una vez y otra. Son ocho líneas perdidas en la noche de los tiempos en la página doce de *El Diluvio* del 4 de abril de 1896, sábado, san Teódulo y san Agatópodo.

Ahora sí, los ojos bajan la persiana definitivamente quedándome extendido en el sillón con la pantalla dibujando una antigua noticia enmarcada con mis ronquidos de fondo. Y a lo lejos se oye la bolita blanca que baila dentro del cilindro de la ruleta haciendo ese ruido seco tan hipnótico.

—Veintiocho: rojo, par y pasa. Gana el caballero del Baileys.

Vilanova i la Geltrú,
finales de 1860

El lenguaje de las campanas es tan rico como el de los animales en la jungla. La mayoría son para convocar a misa, procesiones o cualquier variedad litúrgica de este antiguo negocio nacido en Galilea, pero también se toca a *arrebato* para convocar a los vecinos, de *nube* para avisar del peligro de tormenta, *maitines* al inicio de la jornada o de *orientación* para avisar a la población *in itinere*. En el futuro, algunos pueblos turísticos mantendrán la costumbre de redoblar las campanas en horas intempestivas, provocando división de opiniones sobre la conveniencia de mantener la tradición *repiquera* durante la madrugada o mejor callarlas hasta la salida del sol, pero esta es una cuestión que nadie se plantea ahora, en 1860.

Las campanas tañen tristes; son dos toques con tonos diferentes que retumban de forma alternativa: *tocan a muerto*.

—Lo siento, sabes que siempre estaré a tu lado cuando lo necesites —dice aquel primo lejano que solo volverá a aparecer en la próxima misa de difuntos.

—Gracias —musita agradecida una de las hijas huérfanas.

La iglesia de San Antonio Abad de Vilanova únicamente ocupa las primeras bancadas. El protagonista del acto es el difunto Ramón Bolet, hombre intrascendente para la historia de esta ciudad que ya perdió a su mujer hace unos años dejando cuatro huérfanos.

—Ya tienes treinta y cinco años, ¿verdad? —se oye a una mujer, que remarca innecesariamente el adverbio «ya». Es Raymunda, una tía lejana de carácter inflexible, con profundos surcos en la piel y una mirada extraviada que no sabe lo que es la sonrisa.

Los lamentos se suceden dentro de la iglesia y más tarde en el cementerio. Lo que para el finado es el inicio de un largo descanso, para las hijas no colocadas en matrimonio se convierte en el punto de partida de una carrera de obstáculos plena de inseguridad y dudas. Es el desasosiego de quien vive de lo que producen sus manos: niñeras, remendadoras, bolilleras, hosteleras, lavanderas, vendedoras ambulantes, chicas de la vida… Nada que ver con aquellas mujeres que han sabido buscarse una pareja de baile a tiempo, un *manso* que les asegure el futuro a cambio de satisfacer esas pequeñas necesidades que todo hombre precisa.

—Treinta y dos años… treinta y tres… cómo pasa el tiempo —dice un vecino con quien no tiene ninguna relación y que rebaja la edad de la mujer para reconfortarla.

La ceremonia finaliza con los lamentos de rigor, la tumba sellada para siempre y los inevitables corrillos de desconocidos que llenan el tiempo apostando por quién será el próximo en visitar el cementerio en calidad de protagonista.

—Ya sabes que siempre nos tendrás a tu lado. Una mujer de tu edad necesita apoyo —vuelve a escuchar la hija que siente el filo de la navaja clavándose en su espalda en forma de caricia.

Pero la realidad es la que es: una mujer de treinta y cinco años se considera mayor en una época en que la esperanza de vida apenas sobrepasa los cincuenta, y si le añadimos que ha perdido a sus padres y no dispone de haberes en una sociedad que no conoce el concepto *seguridad social*, se enfrenta a un futuro incierto.

—Querida, deberíamos hablar. Es necesario que te repongas de la pérdida de tu padre, mi hermano —dice la tía que vive en Piera, a cuarenta kilómetros de Vilanova—. Sería interesante que te plantearas encontrar pareja, y más a tu edad —insiste inocentemente—. Por cierto, ¿sabes que mi hijo Ignacio, tu primo, está pensando en volver de Cuba?

El anzuelo ha sido lanzado a la espera de que la boca de la carpa se lo trague hasta el píloro. Y es que el concepto *matrimonio por amor* tampoco está consolidado en esta época. Vivimos en tiempos de conveniencias y apariencias donde lo prioritario es cubrir las necesidades básicas.

—¿Y su hijo ha tenido éxito en Cuba? —pregunta la carpa.

—Sí, más o menos —responde la pescadora.

Vilanova,
días después

—Pase, señora Raymunda, no se me quede ahí fuera, que cogerá frío.

El escenario está preparado; la sala ha sido arreglada no hace mucho destilando en el ambiente una sensación a limpio; se nota que la hija del hombre que falleció hace pocos días se ha esforzado para que todo esté en su sitio, sin una mota de polvo donde tropezar y con las flores regadas y sin pétalos marchitos. Decorado impecable.

Las dos protagonistas de la obra son conocedoras de la trama que están a punto de interpretar y han estudiado sus papeles a conciencia: el de *solterona* con interés para subir al altar, una, y el de madre que no duda en proteger su negociado, la otra. Durante la representación se notará el sabor a *quid pro quo*, que, lejos de referirse a una práctica irreverente, consiste en conseguir que aquello que ya les va bien a todos aparezca en escena de forma casual, como quien no quiere la cosa.

—¿Quiere tomar algo, señora Raymunda? Irene se lo preparará —la hermana, de edad y circunstancias similares, convive con ella en esta humilde casa. La tía no contesta y la sobrina rompe el *momentum* ordenando a su hermana que traiga un café.

La presencia de Raymunda es intimidatoria. La sobrina, de luto riguroso, siente que un nido de mariposas aletean en su vientre. A pesar de su edad, no puede evitar una mezcla de desazón y excitación, preludio de confirmar el motivo del encuentro familiar y sellar el compromiso matrimonial con su desconocido primo expatriado en Cuba. La piel de sus manos es áspera y reseca, deshidratada, con alguna mancha fruto de la edad; unas manos en donde la curva de Venus, Júpiter, Saturno, Apolo, Mercurio, donde las líneas del corazón, muñeca, de los viajes, de la vida, de la cabeza y del destino se fusionan de forma desordenada, descuidada. Son manos de haber cocinado, de haberse cortado con cuchillos; manos de haber sufrido contratiempos, manos de *ya me encargo yo que, si no, no acabaremos nunca*.

La luz de los candelabros se ha atenuado, como si la mujer prefiriese que las sombras ocultaran sus sentimientos, reflejados en los gestos.

—Bueno, querida —comienza la representación teatral—, le tenía

mucha estima a mi hermano, un hombre a veces rudo, pero de buen corazón. Conoces la historia de nuestra familia, ¿verdad? De los Bolet y los Vidiella.

—Sí, Señora.

—Lo sé, lo sé, pero deja que la recuerde yo; a mi edad —Raymunda cierra levemente los ojos, dándose cuenta de que los años pasan demasiado deprisa—, a mi edad, conviene repetir las cosas para no olvidarlas. Sobre todo si estás orgullosa de ellas.

Acto introductorio irrelevante que pone a los espectadores en contexto. Ambas saben que la función no ha hecho más que comenzar, que las protagonistas han salido a escena para calentar sin que la trama principal haya dado inicio.

—Los Bolet llegamos a Vilanova hace tres generaciones. Fue en 1787 cuando nació el primer Bolet en la ciudad, y los Vidiella todavía son anteriores, de 1711, intrépidos marineros. Algunos vieron truncadas sus esperanzas en el mar, pero otros fueron capaces de levantar grandes empresas en Cuba —habría que anotar que el singular sería de uso más apropiado: ha sido *una* única empresa, *Mestre y Bolet* se llama la casa de comercio—, un negocio que ha ayudado a mis hijos, a todos los que han viajado a la isla antes que ellos y a los que seguirán yendo para hacer fortuna.

Es interesante escuchar el sentido patrimonial que Raymunda Bolet imprime a sus palabras, orgullosa y en primera persona. Solamente los mafiosos y la Iglesia consiguen un efecto similar.

El discurso es *epopéyico*, recordando las historias familiares como si los jinetes del Apocalipsis cabalgasen sobre Vilanova y hubiesen escogido a la familia Bolet-Vidiella para cumplir un mandato bíblico. Una visión que poco se corresponde con la realidad de una familia de carpinteros, marineros y comerciantes que, habiendo acumulado un cierto patrimonio, se encuentra lejos de una burguesía local con la que no se puede comparar. Y es que ni mucho menos son los Gumà, los Samà, los Ferrer, los Balaguer, los Vidal ni los Macià, familias acomodadas de Vilanova, muchas enriquecidas en Cuba, con sus miembros distinguibles por unas patillas y bigotes que en otra época resultarían vergonzosos.

El difunto Ramón era, *de facto*, el patriarca de la familia, un querer y no poder, viviendo en una burbuja de apariencias donde los indianos de la saga son recibidos con los honores del éxito y situados sobre un pedestal que no se sabe si está compuesto de cemento o de cartón piedra. Un hombre que no daba opciones a la réplica y que, desde la tumba, todavía se siente con autoridad para decidir cuál debe ser el destino de su hija, aplicando unos criterios que solo se encuentran en su cabeza.

—Ya sabes que tuve que desplazarme a Piera para casarme y tener

a Ignacio y sus hermanos, pero tampoco ignoras que se trata de un pueblo pequeño, alejado, sin futuro — la vieja lleva el ritmo del espectáculo, ahora que empieza el nudo dramático que se ha hecho esperar. —Al contrario, Vilanova es nuestra tierra, donde Ignacio invertirá su fortuna cuando regrese a casa.

La sobrina no tiene líneas para declamar en un libreto que la tía interpreta en forma de monólogo; tampoco parpadea y agradecería que su hermana entrara en escena para romper la tesitura en un momento en que la tensión escénica sube grado a grado.

—Tu padre y yo hablamos a menudo de qué hacer cuando se diera la desgraciada situación de que uno de los dos faltase —la entonación empieza a variar, preludio de que no resta demasiado para que lleguen los actos más interesantes—. Porque… ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco… acabo de cumplir.

—Treinta y cinco, poco más que mi hijo… Cómo pasan los años — solo falta que la llame vieja artrítica para complicar más las cosas.

—Muy bien.

—Muy bien, sí.

Un respiro, un silencio. La puerta que finalmente se abre salvando la tirantez de la situación, con la hermana trayendo una taza de café que deja sobre una mesa damasquina antes de retirarse de nuevo. Aparición corta pero intensa de Irene, que regresa a camerinos.

—Creo —sigue Raymunda—, también lo creía tu padre, que estás en una edad un poco peligrosa y que debéis pensar en cómo queréis que sea vuestro futuro —eufemismo de *ahora será la familia quien os dirá cuál es el futuro que tiene pensado para vosotros*—. Especialmente tú, sin haberes y trabajando de lo que encuentras cada día, sin nadie que pueda cuidar de ti cuando te hagas mayor. Como te puedes imaginar, a mi hijo no le faltarán pretendientes, pero, por unos motivos u otros, también considera que será bueno reunir de nuevo el apellido en Vilanova.

Y ya está, los intereses familiares anteponiéndose sin que en ningún momento se pida opinión a una de las partes
afectadas.

Las últimas frases son pronunciadas suavizando las facciones, arrastrando levemente la butaca para acercarse físicamente a una sobrina que en ningún momento ha osado interrumpirla. Se podría decir que a la mujer ya le está bien, que el proceso de sugerir, inducir, recomendar, pensar, proponer, formular y opinar es demasiado costoso para alguien que hasta ahora nunca ha tenido necesidad de hacerlo.

Una representación con un desenlace previsible, sin espectadores que aplaudan ni reclamen a los actores que salgan de nuevo a saludar ante el telón, sin bises, con la satisfacción de las artistas que han

protagonizado su papel según marcan los cánones y donde la futura esposa se ha limitado a breves monosílabos por toda respuesta, aunque con su objetivo cumplido: colocarse en matrimonio y con un buen partido. O eso parece.

Isla de Cuba,
14 de mayo 1861

—Y aquí tiene el certificado de soltería, señor Marqués — entrega una carpeta el funcionario mulato. Su acento cubano es tan pronunciado que no se sabe bien si habla o declama una opereta—. Es extraño que lo haya solicitado con tanta premura.

—Sí, tengo pensado abandonar la isla en breve.

—Y por lo que veo para casarse.

—Sí, sí.

—Ahhh, las mujeres. Dios pidió referencias al diablo cuando tuvo a bien crearlas. Y si no es indiscreción… ¿cómo es ella?

—Bien, muchas gracias —corta el inicio de tertulia del aburrido funcionario—. Voy con prisa.

El hombre baja apresuradamente las escaleras del Tribunal holgando el cuello de la camisa para respirar un poco mejor. En la mano carga con la carpeta que acaba de recibir y que abre una vez se encuentra en la calle para comprobar el inicio del texto:

> Hacemos saber que habiendo presentado a este Tribunal Metropolitano por D. Ignacio Marqués, hijo legal de D. Pablo y de D' Raymunda Bolet, un escrito promoviendo información de testigos para justificar que durante el tiempo en que permaneció en esta Ciudad se conservó en estado de soltería, sin haber contraído compromiso esponsalicio con mujer alguna en este país…

«Perfecto. Ya falta menos para abandonar esta maldita isla».

Un gesto para llamar la atención de un coche de caballos que le llevará hasta su casa y un pensamiento que le asalta cuando el vehículo comienza a alejarse:

«¿Cómo es ella?, preguntaba el mulato. Yo también tengo curiosidad por saber qué yegua me prepara Madre para cabalgar».

puerto de Barcelona,
OTOÑO 1861

¿Havana o Habana? ¿Qué prefieren? Pues siempre se ha escrito con *v* hasta que algún escribano cambió la grafía por una *b* y el resto le imitó. Criterios toponímicos tan sólidos como aquel que rebautiza al *Canal de la Manga*, *Manche* en francés (traducido *manga*), como *Canal de la Mancha*, por obra y gracia de un funcionario que haría bien en pasar por la escuela de idiomas.

Hace frío, siempre hace frío en Barcelona cuando el otoño ha arrancado un buen puñado de hojas al almanaque. Si además te encuentras en la costa y el viento sopla de levante ya te puedes poner el refajo. El olor del mar es punzante, mezcla de sal y materia orgánica que algunos detestan y otros reconocen como propio. El puerto de Barcelona espera el barco que llega de Cuba con algarabía y familiares venidos de toda Catalunya para recibir a los viajeros, también desde Vilanova y Piera.

«Sin barbas ni bigotes exagerados. Odio las greñas y las patillas. Si tenemos que vivir juntos, al menos que no se pringue la barba con la sopa».

Es la sobrina quien intenta imaginar el físico de su prometido, versión primigenia de una cita a ciegas, compromiso epistolar tan apasionado como una carta bancaria. Ha sido su tía quien ha llevado la iniciativa interpretando los papeles de madre, tía, futura suegra, consejera matrimonial y celestina. Un primo que hace quince años que no ve y con quien nunca ha intimado. Recuerdos lejanos de un joven de Piera de quien no sabe de su físico ni de su vida en América.

—¡Señor Marqués, señor Marqués! ¡Aquí! —grita un joven apuesto a un pasajero que baja por la escalerilla del vapor, una plataforma que transmite tanta confianza como un puente suspendido sobre un río caudaloso, de aquellos construidos con lianas y con la madera carcomida.

El tal Marqués escucha su nombre de lejos y saluda con ambas manos con la suerte de que su equipaje lo carga un esclavo mulato que trabaja para la compañía naviera, eso es lo que aparenta.

Primera clase para Ignacio Marqués y segunda, tercera y sala de máquinas para el resto de pasajeros que recorren la ruta de Barcelona a Cuba, ahora de vuelta.

Las Américas, tierra de acogida para ricos, nuevos ricos, malhechores deseosos de iniciar una nueva vida, militares que buscan un lugar donde matar mejor y curas necesitados de carne joven que se arrodille a la altura adecuada.

«Y que sepa juntar las palabras, no como los que corren por Vilanova que no saben distinguir un espárrago de un as de bastos», continúa la sobrina ansiosa por descubrir la apariencia de su prometido.

—Hola, Ribera, ¿qué tal?

—¿Cómo se encuentra, señor Marqués?

El abrazo sincero entre dos amigos que hace años que no se ven. Cuba, La Habana, una aventura interminable. Un vapor que sale cuando se encuentra lleno, con familias perdiendo lo poco que les queda antes de zarpar y que llega cuando atraca, sin fecha ni hora fijada, cuarenta días aproximadamente. Es por ello que alguien decidió, sabiamente, eliminar los horarios:

—Y así evitaremos reclamaciones —dijo el contable, poco antes de ser ascendido a jefe de operaciones.

Siete nudos por hora, diez como mucho si las corrientes son favorables, con avituallamiento en alguno de los puertos de Madeira o Canarias, dependiendo de la bandera que ondee y del lado del que cargue el barco.

Ruidosos ingenios que ganan el embate a las olas y que pulverizarían un iceberg si se pusiera por delante. Salidas multitudinarias despidiendo a quienes van en busca de El Dorado y vuelta en solitario de los que cabalgan las olas del fracaso.

Ignacio Marqués no es el primero de su familia que hace las Américas, de hecho es una tradición familiar: una tercera parte de los catalanes que buscan el nuevo mundo lo hacen desde el Garraf, comarca de Vilanova, pidiendo la licencia correspondiente a los padres, sin billete de vuelta y estipulando por una módica cantidad quién les sustituirá cuando el ejército les reclame.

—Esto, para usted.

El recién llegado tiende la mano cerrada hacia el esclavo, entregándole unas monedas en muestra de agradecimiento por haber cargado las maletas desde la cabina hasta el muelle.

—Qué *figurín* que ha vuelto, señor Marqués. Se marchó de confitero y regresa como industrial y vestido de gala.

—Sí, la vida juega con nosotros.

—Me alegro de verle de nuevo.

—Yo también, Ribera, yo también. Quince años.

—Quince.

—Sí, mucho tiempo.

—Demasiado tiempo.

—Pero las noticias que nos han llegado han sido siempre positivas. No se ha sabido estar quieto en La Habana.

—No, no puedo. Mire, Ribera, solo le digo una palabra — Ignacio Marqués abre los ojos y habla con las manos, cerrándolas como un prestidigitador que esconde un secreto dentro de ellas para abrirlas repentinamente y que aparezca la paloma escondida—: ¡Hierro!

—¿Hierro?

—Sí, hierro, todo es hierro: herraduras, ruedas, maquinaria, puentes, trenes… Este barco está construido con hierro —señala detrás de él—. Tengo ideas, muchas ideas para explicarle. ¿Sabe? He pensado en un nuevo mecanismo para fabricar herraduras, pero este… eiii, sorpresa… que permitirá herrar cualquier tipo de animal.

—Bien, muy bien —contesta el huésped sin oportunidad de meter baza.

—Ribera, el hierro es el futuro —continúa el recién llegado emocionado—. Construiré una fragua con un martinete especial que yo mismo he diseñado.

—¿Martinete?

—Sí, martinete, diseñado por mí.

Los movimientos con las manos, la sonrisa, las frases que se solapan unas con otras, corresponden al lenguaje corporal de un joven que necesita explicarlo todo en pocos segundos, como un niño que sale de la escuela y narra su jornada con todo lujo de detalles al abuelo que le espera en la calle, sin saber que su sordera es un mecanismo de autoprotección que desarrolla el organismo a partir de ciertas edades.

Ignacio es uno de los pocos viajeros que se fueron en busca de una tierra donde triunfar y que, aparentemente, lo ha conseguido. Con dieciséis años se marchó y treinta y uno tiene ahora, toda una vida. A su alrededor muchos otros, sin nadie que les reciba, cargando sus maletas, fracasados, más pobres que cuando partieron y con la única esperanza de no ser repudiados cuando llamen a la puerta de sus casas.

—Tranquilo, tranquilo, ya tendrá tiempo de explicármelo todo, pero ahora —gesto de complicidad—… mejor, salude a la familia.

—¿Ha venido Madre? —pregunta el recién llegado ilusionado.

—Sí. Se la ve mayor, pero sana y fuerte.

La frase del amigo choca con la espalda de Ignacio, que deja la maleta en el suelo y corre para abrazarse a su madre, que le espera a un lado del muelle.

—¡Madre!

—Ignacio, cómo has crecido. Tu padre estaría orgulloso.

El recuerdo del padre aletea durante los instantes que dura el abrazo.

—También ha venido tu prometida. No quería que se perdiera tu

llegada. Saluda, mujer, no te quedes allí parada, como un pasmarote.

La mujer repasa de arriba a abajo al recién llegado como un ganadero que echa un vistazo al ganado antes de comprarlo, para acabar haciendo un leve gesto de aprobación.

—Salúdale, venga.

Un saludo de compromiso entre unos primos ya crecidos que comprueban el relleno que llevaba el envoltorio.

—¿Y qué noticias nos traes de tus hermanos? —pregunta la madre interrumpiendo el apasionado saludo entre primos.

—Bueno… Siguen allí… Van haciendo… Atareados, ya sabe cómo son —se oye con tono de circunstancias.

—Entiendo.

Demasiadas historias en quince años para explicar, pero ya lo dice el dicho: lo que sucede en La Habana se queda en La Habana… En sus playas.

Piera,
pocos días más tarde

Todo son apariencias en el tortuoso camino del éxito. Cuando uno de estos tipos vuelve a casa, nadie sabe a ciencia cierta los tufos que ha dejado en América ni qué excesos ha cometido antes de ser recibido como un héroe. Son los indianos, aristócratas de medio pelo que pasean en lujosas calesas, visten ropas de seda y tocados con aparatosos sombreros para aparentar palmo y medio más que el resto de humanos. Ganadores que montan una industria donde trabajan los mortales, aquellos que regresan a casa caminando con un par de alpargatas y vistiendo camiseta y gorra en lugar de sombrero.

Ignacio Marqués se encuentra en plena reinserción social; salvando las distancias, emula a esos condenados que se han pasado buena parte de su vida en prisión y al quedar en libertad necesitan recuperar en poco tiempo todo lo que se han perdido.

Se fue con dieciséis años y regresa con treinta y uno. Sus manos están cuidadas pero endurecidas, morenas en exceso, de aspecto rústico y agrietadas que poco tienen que ver con las de un rico terrateniente. Al contrario, sus manos son herederas de una familia humilde que las utilizaba como herramientas de trabajo. Manos de *déjame a mí y fíjate atentamente cómo se hace*. Alguna marca de quemaduras es testigo de una vida que ahora queda atrás.

Aparte de su madre y de su amigo Ribera, poca gente le reconoce: su casa hace tiempo que calló, que ya no muestra aquella alegría de antaño, con los hermanos en Cuba, el padre que vigila desde el cielo que todo se haga como Dios manda y la viuda viendo pasar las hojas del almanaque sin demasiadas preocupaciones. Vivienda de piedra en el Arrabal superior, humilde por fuera, pero bien cuidada y amueblada por dentro, con el dinero que el mismo Ignacio y sus hermanos envían periódicamente.

Y allí se han quedado los hermanos, corriendo por la isla, disfrutando de las riquezas naturales que ofrece el Caribe, y con Pablo, heredero del nombre del padre, que hace tiempo regresó al pueblo, enriquecido.

—¿Cómo se encuentran tus hermanos? —pregunta secamente la madre.

Unos segundos para montar la respuesta como si La Habana se

encontrara más lejos de lo que ya está.

—Pues… Manuel, Isidoro y Joaquín están bien, con más o menos suerte —contesta vagamente—. Manuel acabará en política, ya verá. Está bien relacionado con las élites locales y le gusta alternar con la alta sociedad.

La madre no habla, escucha. Las personas con más cordura y conocimiento son, a menudo, las que más callan.

—¿Y aquí, en el pueblo? —pregunta el chico.

—Ya lo has visto todo. Esto no es La Habana, aquí no hay novedades.

Las preguntas y respuestas son frías como el ambiente que invade las calles de Piera, con las brasas mitigando la sensación de frío que transmiten las paredes.

—¿No congenias con tus hermanos, verdad?

Pocas cosas dice la madre, pero esta va directa a la línea de flotación.

—Bueno, es tal como usted dice: cada uno escoge su camino.

—¿Y piensas regresar a La Habana?

—No lo creo, Madre, prefiero pasar página.

—No me extraña —alza la voz Raymunda—, regresas con una mano delante y otra detrás. Vergüenza debería darte.

—No es cierto, Madre.

—Calla, no me repliques. Tus hermanos hacen fortuna y tú poco que has conseguido, todo es apariencia: los zapatos lustrosos, el traje nuevo, esa sonrisa…

Ignacio mantiene un ojo en su madre y el otro en las brasas que crepitan en el brasero, ruido hipnótico del carbón que el aire aviva de forma caprichosa pasando del negro más rojizo al rojo más vivo, un juego de luces que la mirada no puede evitar.

—No sufras —continúa Raymunda—, nadie se enterará fuera de estas paredes y de la familia. Además, tu hermano Manuel ya me ha asegurado que hará lo posible para que puedas rehacer tu vida y te dejará el dinero que necesites para abrir un negocio. No es necesario que nadie sepa que es tu hermano quien te paga la fiesta desde Cuba.

La Junta de Accionistas se calienta con la directora general pasando cuentas de los últimos ejercicios: números rojos, reproches y medias mentiras que no consiguen engañar a Raymunda que juega con ese sexto sentido, exclusivo de las madres, de dilucidar la verdad haciendo la autopsia a las palabras que pronuncia su hijo. Ignacio se defiende introduciendo temas intrascendentes, desviando la atención, compartiendo proyectos con el martinete apareciendo de vez en cuando sin que la mujer entienda un carajo de lo que oye hasta que levanta la mano pidiendo atención:

—¡Basta, basta ya! No me interesa nada de lo que explicas. Lo

único que importa es organizar tu boda de la forma más digna posible.

Ignacio no contesta y calla, mejor así, no hay palabras que detengan una galerna cuando esta tiene forma de madre justiciera.

—El enlace con tu prima nos interesa a todos: ella no tiene donde caerse muerta y a ti te permitirá disimular tu fracaso. Una boda tapará las bocas de quien quiera hurgar en ese desgraciado episodio de Cuba. Tú ya tienes tu certificado de soltería y yo me encargo de conseguir la dispensa papal, ya que sois primos hermanos —la madre hace suyo aquel dicho de que *si algo quieres que se haga bien, hazlo tú misma*.

—Pero ¿qué pasará si no nos la conceden y…?

—De eso no te preocupes —corta Raymunda que parece tenerlo todo atado—, que donde no llega una oración lo hace una limosna.

Ignacio no tiene nada más que objetar, protagonista del concepto *empezar vida nueva*, aunque sea forzada con calzador.

—Por cierto —acaba la madre—, a ver cómo preparo el terreno para hacerle saber a tu prima que no es oro todo lo que reluce.

Roma,
23 de noviembre 1861

Bodas de conveniencia, costumbre habitual entre reyes que con esta práctica aseguraban la pervivencia de la dinastía a riesgo de cargar el linaje con una discutible limitación genética. La historia ofrece abundantes ejemplos de reyes gangosos con infantas que heredan las más variadas carencias, con miradas perdidas y comportamientos visiblemente afectados, llegando a casos lastimosos que ahora no es el momento de profundizar.

—*Dov'è la sposa?*

—*Qui.*

—Hai tutti i documenti necessari pronti?

Ignacio contesta entregando su certificado de bautismo con la tranquilidad que da el saber que su madre no ha dejado puntada sin hilo.

—E la futura moglie?

Entrega el certificado de la futura esposa.

—*Bene bene. Sono parenti di primo grado, giusto? Fratelli cugini?*

—¿*Cugini* es primos, verdad? —pregunta Ignacio, necesitando la asistencia de los testigos.

—Sí, somos… *fratelli cugini* —contesta con un divertido acento italiano.

Primos hermanos, el apocalipsis.

Alguien ha calculado que el ochenta por ciento de las uniones contraídas desde el inicio de los tiempos se han realizado entre primos de primer y segundo grado. Bodas en épocas en que las relaciones sociales se limitaban al poblado o la tribu, con todos los individuos contaminados más o menos entre sí.

—Bene bene, fratelli cugini. E la dispensa papale?

Y aquí es donde entra la iglesia: la dispensa papal, una extraña mezcla de intromisión y negocio envuelta, eso sí, de una puritana concepción del mundo. Trámite imprescindible para legitimar el contrato sacramental entre parejas prohibidas: hijo y madre, padre e hija, hermano y hermana, también entre gemelos, sobrino con tía, mujer con pastor alemán, de Alemania, y la más incomprensible entre yerno y suegra, siempre posterior a la muerte del cónyuge, otra cosa sería vicio. Son las llamadas relaciones incestuosas, donde la Iglesia ha

encontrado el mecanismo para erigirse en juez único, decidir entre lo preceptivo y lo inviable, un matiz tan insondable como el tamaño del bolsillo del *incestor*.

—Lo mejor para las dos familias es que unáis vuestro futuro en matrimonio —dijo Raymunda, madre y suegra *in pectore*—. Son muchos los intereses y a las dos partes les conviene volver a enlazar los apellidos. Además, dos personas de vuestra edad, sin casarse, dan pie a que la gente murmure y se imagine lo que no es.

Y Raymunda recorrió cielo y mar para conseguir los papeles necesarios para ser concedida la dispensa papal: registros de bautizo, de matrimonio de los padres acompañados de árboles genealógicos que demuestran la condición *primohermanal*, también la declaración jurada desde Cuba que confirma que ninguna esposa abandonada espera a Ignacio en la isla y los testigos que remachan el clavo sin piedad:

> Realizándose este enlace se coloca a la Oratriz que carece de bienes de fortuna, bien atendida a la laboriosidad y honradez del Orador.
>
> Que por estas circunstancias y previendo la triste suerte que podría sobrevenirle si se hallaba sin colocación en su vejez, había resuelto reunirse en matrimonio con Ignacio Marqués.
>
> … seguramente no encontraría otro partido tan ventajoso al hallarse en una edad avanzada…

Una *Oratriz* de treinta y cinco años a la que se le pasaba el arroz.

Y ya puestos, también se acuerdan de la hermana, que pasaba por allí:

—La dispensa papal puede alargarse dos o tres años, si nos la conceden —dijo alguien que no conocía la perseverancia de Raymunda.

—Pues esto se soluciona rápido —contestó la mujer, especialmente interesada en casar al hijo.

Y aquí estamos, en Roma. Ignacio Marqués ha cogido un vapor hasta la Ciudad Eterna cargando los documentos y un fajo de *razones* por si es necesario solucionar la cosa de forma explícita.

Un viaje a Civitavecchia, no tan largo ni pesado como el de La Habana, pero que también tiene su aquel, con el muelle convertido en un hervidero, familias despidiéndose, mozos cargando todo tipo de mercancías, ratas en busca de desperdicios para sobrevivir y rapaces ganándose la vida al menor descuido.

Entre la algarabía costaba escuchar las voces y menos cuando una

multitud, al compás de tambores y gaitas, uno de los instrumentos que más acerca los humanos a las fieras prehistóricas, apareció acompañando un cura y santo en procesión.

—No os preocupéis —decía un abuelo para tranquilizar a sus hijos, ya talladitos, en viaje comercial a Italia—: normalmente los barcos no sufren averías.

—Trescientos cincuenta y ocho ahogados, pero eso fue el año pasado y no hay motivo para que vuelva a suceder — recordaba el optimista.

—Lleva siempre el flotador contigo —aconsejaba la previsora.

Todo un festín que hacía vomitar a más de uno antes de zarpar.

Un viaje de siete días, ochocientos cincuenta kilómetros en un ruidoso vapor que parece enorme al principio, pero que pasado un rato recuerda más a una gigantesca prisión flotante que a un medio de transporte, de la zona de cabinas a la cubierta y regreso. Y es que el tamaño de los vapores no se mide tanto en eslora como en toneladas desplazadas, con buena parte del espacio destinado a acumular carbón, quintales, la bodega entera; si un polizón se escondiera allí, correría serio riesgo de acabar consumido por el fuego de las calderas.

—Y llegará un día —escuchaba Ignacio a un sabelotodo que trataba de hacerse el interesante—, que los viajeros se desplazarán en barco como diversión, de puerto en puerto, y durante las escalas preferirán quedarse en el vapor en lugar de bajar a tierra.

«¡Estúpido! —pensó— ¡Pero si en el barco no cabe un alfiler!».

—La misa está a punto de dar inicio —dijo un marinero al industrial adivinando cuáles eran sus apetencias religiosas.

Alguien podría cuestionar que una naviera destine parte de su preciado espacio a habilitar una capilla en lugar de ampliar las cabinas o añadir unas barcas de salvamento más dignas. También es interesante la preocupación por asegurar que uno de los miembros de la tripulación vista sotana a nivel profesional.

—¿Alguien ha visto el cepillo con las limosnas? —se oyó al cura poco después de finalizar la homilía mientras un muchacho, que poco aparentaba de católico, desaparecía de allí con cierto sobrepeso en el bolsillo.

—*Bene bene, fratelli cugini. E la dispensa papale?*

—Aquí la tiene —entrega Ignacio el papel que le permite celebrar la ceremonia canónicamente. Una interesante limosna aseguró su consecución en un tiempo razonable.

—*Sei pronto per iniziare la cerimonia?*

Ignacio afirma entendiendo que le preguntan si está preparado para iniciar la boda, su boda.

Una boda extraña, a distancia, por poderes, que da al celebrante

una segunda oportunidad. No sería la primera vez que alguien reacciona y cambia de opinión durante el viaje de vuelta o que, en una solución de compromiso, prefiere mentir excusándose por no haber conseguido la dispensa papal; también hay otros, pocos, que deciden quedarse en la ciudad eterna para no regresar nunca más, ciudad plena de riquezas esculturales y también estatuas de piedra.

—*Mi chiamo Rita Granchi, e vengo da Roma stessa* —se ha presentado la mujer que actúa en calidad de novia ficticia cuando ha visto a Ignacio entrando en la iglesia.

No es la primera vez que la tal Rita viste de blanco ejerciendo de novia en el papel secundario. En realidad, ya lo ha hecho en numerosas ocasiones, podríamos decir que es una profesional del altar, quien representa a la prometida por poderes. «De profesión novia» debería proclamar su registro de defunción.

—Yo me llamo Ignacio Marqués y Bolet y vengo de Vilanova, pero soy hijo de Piera —le ha saludado fríamente sin estar seguro de cómo debía presentarse. Ella le ha mirado, él la ha mirado, han callado, frío saludo, silencio incómodo—. ¿Sabe usted alguna cosa sobre martinetes? —rompió oportunamente el hielo.

Estamos en la iglesia de Sant'Agostino de Roma. El reverendo Angelo Antonio Lombardi revisa los papeles. Ignacio nervioso, dos testigos que el novio no sabe de dónde han salido esperan expectantes y la novia de alquiler demuestra tablas; la experiencia es un grado.

La ceremonia sigue el trámite habitual, afortunadamente en latín, aligerando el distanciamiento lingüístico y manteniendo la atención de los contrayentes, aunque con algún instante de debilidad durante el acto:

«¿Me pregunto —piensa Ignacio antes de comulgar— si en unos años la novia continuará ejerciendo su papel de *esponsal* de alquiler, cuando llegue a la *provectitud*?».

«Debe haber poca competencia ejerciendo de novia — analiza durante la homilía».

«Y el coste del servicio… incluye la consumación del matrim…».

> *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus. Amen.*

Extraña boda saludándose los contrayentes con la mano y sin carantoñas. Será en ocho días, tras atravesar de nuevo el Mediterráneo pero en dirección oeste, cuando el novio tendrá la oportunidad de amortizar el traje que se llevó a Roma. La novia definitiva, la suya, vestida de blanco puro y velo cubriendo el rostro, sustituirá a la tal Rita en la ceremonia de ratificación que se celebrará en la parroquia de San Antonio Abad. Eso sí, en latín, que es como siempre se ha

hecho, y con el cura castigado de cara a la pared.

Vilanova,
cuatro años más tarde

—Buenos días, querida.

—Buenos días, Ignacio.

Un beso, casto, para comenzar el día; que se trate de un matrimonio de conveniencia no es óbice para que con el tiempo florezca el afecto, aunque no de forma apasionada. Atrás quedó la boda, por duplicado, primero en Roma, con el marido y una mujer desconocida:

—*Mi chiamo Rita Granchi, e vengo da Roma stessa* —se presentó la novia profesional.

… y después en la iglesia de San Antonio Abad, ante familiares y amigos.

Un matrimonio como todos, en medio de una maraña de intereses.

—Sigues con la idea de montar una herrería —le preguntaba hace una semana Raymunda aprovechando que el hijo había ido a visitarla a Piera.

—Sí, Madre, el hierro es el futuro y he aprendido un montón en Cuba. Desgraciadamente, es mucho dinero…

—Dinero, tú lo has dicho, dinero, todo se trata de dinero… y de honor. Una familia no es más que eso: honor. Puedes tener buenas intenciones, unos hijos que te aman, un perro que te obedezca o mear más lejos que nadie, pero al final lo único que se aprecia desde fuera es tu posición social, si vives en una barraca o en un palacio, si puedes permitirte personal de servicio o has sido capaz de montar un negocio con unos trabajadores que rezan por tu salud porque de ella depende su futuro.

Ignacio no replica habituado a escuchar la misma monserga.

—Bueno, no importa, no me hagas caso —recula la madre—. En cualquier caso, no sufras por el dinero: tus hermanos te ayudarán. Parece que a la empresa *Marqués Hermanos y Compañía* le va bastante bien.

—Seguro que sí —contesta dando por cerrada la serenata.

Y pasa un año, dos, tres, cuatro… sin que el llanto de un hijo se escuche en el hogar de Vilanova. Algo falla en este secular mecanismo. O es él o es ella.

—No puedes tener hijos, ¿verdad?

La frase se pronuncia cuando la noche oscurece la habitación, como si contemplar los ojos de la esposa afrontando una pregunta tan íntima estuviera prohibido. Una confirmación tácita hace evidente que hay alguna rueda en el engranaje que no acaba de encajar, y eso que Ignacio ya hace lo posible por encajar.

Sin duda, una criatura ayudaría a mejorar la relación de pareja, por otra parte correcta, cada uno en su papel: dominante el industrial, haciéndose un hueco entre sus convecinos, y sumisa la esposa, que le quita los zapatos al llegar a casa.

La pareja convive en la calle Mayor acompañada de Irene, la hermana. Interesante caso de dos por uno en donde el marido se ha quedado con el pack entero sin que a Raymunda le preocupe en exceso la cohabitación del trío. Cabe decir que Irene ya no se siente aludida en buscar un cabestro que la cuide una vez ha constatado que puede vivir de la sopa boba.

—Querida, estoy pensando en hacer testamento. Nunca se sabe —se oye una noche de otoño poco antes de dormir.

—Tú sabes lo que más te conviene.

La frase se lanza sin una trascendencia especial, se diría que dentro de la cotidianidad, que ir al notario para explicitar dónde deben ir a parar tus bienes al fallecer es de lo más habitual. Quizás sí lo sea. En realidad, estamos hablando de un hombre con un patrimonio escaso que se va labrando el futuro poco a poco, a la espera de montar la herrería soñada y con el revolucionario martinete esperando en la recámara.

Pero lo que hoy le preocupa a Ignacio es otra cosa:

—¿Desea que sus intereses estén arreglados en caso de una muerte prematura? Suena extraño —pregunta el notario Torrents sin poder disimular su sorpresa. Él es el notario de Vilanova y por quien pasan la mayor parte de los temas delicados de la ciudad; entre él y el confesor de San Antonio Abad podrían escribir un volumen que dejaría atrás el libro del Apocalipsis.

—Sí, así es.

—Y… ¿hay algún motivo que le haga pensar que le tenga que pasar alguna desgracia?

—Bueno, nunca se sabe.

—Cierto, nunca se sabe.

Torrents entrecruza los dedos de ambas manos y clava los codos sobre la madera de caoba de la mesa.

—Pues bien, supongo que eso que usted quiere hacer se llama… testamento.

—Es eso precisamente lo que le quiero consultar: ¿cuál sería la forma más normal de hacerlo?

El notario se levanta y se da cuenta de que es ahora cuando debe ganarse la minuta, aunque la consulta tampoco parece muy exigente. Unos pasos a la derecha, unos más hacia la izquierda, pensativo. Reflexiona el error que supone la utilización de la palabra *normal* cuando lo que su cliente quería decir era *habitual*, aunque refiriéndose a cuál es la forma más *correcta* de hacerlo. La *normalidad* es un concepto subjetivo que depende de cada uno, mientras que lo *habitual* es un concepto objetivo que depende de cuántas veces se repite una cosa. Pero claro, no necesariamente lo *normal* ni *habitual* tiene necesariamente que ser lo más *correcto*.

—Háble*me normal* —dice quien piensa que el resto de lenguas que no son la suya son prescindibles.

—Una pareja *normal* —afirma alguien sobre un matrimonio canónico católico tradicional que no provoca que le estalle la cabeza.

—Un niño *normal* —se refieren a una criatura con una sola cabeza, dos orejas y un solo colgante en medio más o menos llamativo.

—Y si me permite, ¿puedo saber a quién piensa dejar sus bienes en herencia? —comienza el notario.

—La mayor parte a mi madre y a mi esposa.

—Muy loable por su parte.

—Sí, gracias… y también quiero acordarme de otras personas que aprecio.

—Lógicamente. Así pues… lo más *correcto* y *habitual* sería que hiciera un testamento y que yo levantara acta. Entiendo que todavía no ha hecho ninguno, ¿verdad?

—No, nunca.

—Pues si quiere concretamos una fecha y procederemos a realizar el trámite.

—Podemos quedar, pero…

El *pero* deja entrever que hay algo que a Marqués no le acaba de convencer de lo que el notario Torrents califica *forma correcta y habitual*.

—¿Pero?

—Sí, pero… quiero decir que tengo entendido que los testamentos no son siempre garantía de confidencialidad.

Una mueca de reconocimiento es la respuesta del fedatario, que sabe que los papeles, sobre todo los más confidenciales, están al alcance de demasiados ojos del bufete, y que no siempre actúan como tumbas mudas.

—Tengo que serle sincero —continúa Marqués—: quisiera mantener en lo posible el secreto de confidencialidad.

El notario Torrents tuerce el gesto; algo le hace pensar que cuando su cliente ha dicho que se deseaba recordar a otras personas que aprecia lo hacía sin incluir hermanos, familiares o quien sea que

esperase ansiosa a ser agraciada con la *pedrea* de la herencia, con indeseables consecuencias familiares.

—Le importaría decirme, si puede, ¿qué es lo que verdaderamente le preocupa? No es *habitual* ni *normal* tomar tantas prevenciones.

Unos segundos de duda…

—Le explico…

La conversación se alarga unos minutos en los que *mosén* Torrents desempeña el papel de confesor que tanto caracteriza a los notarios. Las confidencias salen a pasear, la falta de hijos se repite como excusa para la decisión que está a punto de tomar, aunque no es la única. Finalmente, el notario-confesor vuelve a levantarse en lo que parece un *postureo* minuciosamente estudiado para darse importancia y, mirando a los ojos del industrial, da la respuesta que el hombre espera:

—Habría otra opción, aunque legalmente supone más riesgos que escriturar un testamento tradicional.

Es ahora cuando el notario empieza a hacerse acreedor de la minuta.

—¿Y?

—Pues… entregar un testamento ológrafo en sobre cerrado y lacrado. Una carta escrita de puño y letra y entregada con dos testigos que den fe. La carta estaría en mi poder hasta que llegara el luctuoso día en que fuera obligado abrirla para, entonces sí, levantar acta de la entrega del testamento.

—Entiendo. ¿Y por qué dice que legalmente supone más riesgos?

—Pues porque primero se deberá autentificar la firma de unos testigos que quizá hayan muerto, y porque es habitual que un familiar que se sienta agraviado impugne el testamento aduciendo cualquier excusa. El testamento ológrafo es una herramienta muy fácil y útil a condición de que esté bien redactado y formalizado.

Ahora es el industrial quien se levanta para dar un paseo por el despacho. Las paredes empapeladas con títulos y diplomas intentan justificar una minuta más que onerosa: Colegio de Abogados, de Notarios, cursos de abogacía, simposios y conferencias. Un par de cuadros recuerdan su figura y demuestran que los pintores optan por disimular los defectos de sus clientes si lo que pretenden es cobrar puntualmente y repetir de nuevo. Alarga las puntas de los dedos para acariciar las fibras de la tela. Sus manos han cambiado desde que regresó de Cuba y ahora son elegantes y distinguidas, bien cuidadas y refinadas, ya no tienen la necesidad de carretear carretillas ni acercarlas a un horno ni golpear con ellas sobre un yunque con una pesada maza; manos de *ir adelantando vosotros y me avisáis cuando hayáis acabado*.

—De acuerdo, señor Torrents, haré lo que usted me recomienda.

Escribiré la carta con las últimas voluntades y se la entregaré en unos días acompañado de dos testigos.

—Mejor si son jóvenes —se le escapa al notario recordando que es mejor prever que curar.

Una confirmación de Marqués moviendo repetidamente la cabeza de arriba abajo y la mano que se alarga para despedir la visita.

—Discúlpeme, pero… ¿le importa si le hago una pregunta indiscreta?

El notario todavía no ha despegado su mano de la del industrial.

—Sí, si le puedo contestar…

—Señor Marqués… dígame, su mujer… ¿conoce los detalles del testamento?

Unos segundos de silencio y un pequeño rictus de nerviosismo.

—Sí, lo sabe, en términos generales lo sabe.

—Si es así, perfecto.

Vilanova,
26 de noviembre 1870,
cinco años más tarde

—… y todas las fraguas disponen de un horno, una trompa de agua para alimentarla, un martinete de fraguar y otro martinete de estirar, y será un mazo quien se encargue de girar la rueda hidráulica del martinete hasta que…

—Entiendo, señor Marqués, entiendo —interrumpe el periodista que no entiende una palabra de la jerga que utiliza el industrial—… y, supongo, señor Marqués, que lo que arrastran las mulas es… es…

—El martinete —acaba la frase el experto.

—Eso… El martinete.

—Lo traen desde Vila-rodona.

—¿Cuarenta kilómetros cargando este trasto?

La sorpresa del articulista es comprensible. Veinte mulas aparecen por la carretera arrastrando el famoso martinete. El sonido del látigo queda enmudecido por el crepitar de las ruedas y los relinchos de las mulas y del conductor, difíciles de distinguir. El camino se llena de curiosos que nunca habían contemplado un tiro de mulas igual; lo mismo pasó hace dos días cuando el circo atravesó Tarragona en su camino hacia Vilanova.

—Las bestias llegarán al torrente de la Pastera —explica el señor Marqués—, donde comienza la carretera de Sitges. No es este el primer elemento de la herrería, pero sí el más espectacular.

—¿Y cómo se llamará la herrería? —pregunta el periodista tomando notas.

—Herrería San José —contesta orgulloso el empresario.

Y así queda escrito en las crónicas del *Diario de Villanueva*, tanto para los lectores de mañana como para los que lo quieran descubrir dentro de ciento cincuenta años.

El martinete ya se encuentra en su lugar e Ignacio Marqués regresa a su casa, en la calle Mayor, no muy lejos de la iglesia donde ratificó su propia boda y donde cada día acompaña a la esposa y prima.

—Buenos días, señor Marqués —saluda nominalmente un vecino a quien no conoce.

—Buenos días… —saludo al portador de Ignacio.

Y es que el industrial se ha hecho un hueco entre una burguesía local que tiene a Víctor Balaguer como máximo referente, uno de esos todoterreno que precisa de un papiro como tarjeta de presentación: poeta, historiador, periodista, masón en sus momentos de ocio, político en el Congreso y que suena para ministro.

Pasa por delante de la casa de sus abuelos, junto a la plaza del ayuntamiento, con un embaldosado que, a vista de pájaro, permitiría jugar al ajedrez sin problemas, y en cinco minutos más, una barbaridad para tratarse de una ciudad del tamaño de esta, llega a su casa donde le espera la mujer con el *Diario de Villanueva* en la mano, una publicación que recuerda más a una sábana extendida que a un diario.

—Buenos días, señor Ignacio —saluda la criada.

—Buenos días, Ignacio —saluda Irene, la cuñada que vive con ellos y que ya le está bien que sea así.

—Buenos días, buenos días —saluda el hombre a ambas.

—Hola, Ignacio. ¿Cómo ha ido el día? —pregunta la esposa de forma rutinaria.

—Todo bien, todo bien. Ya hemos instalado el martinete y no falta mucho para que podamos…

—¿Has visto el anuncio? —corta la mujer el intento de diario de bitácora.

> A las nueve de la mañana del día 27, en la parroquia de San Antonio Abad, se celebrará la misa mensual en honor del patriarca san José, concluida la cual se practicarán los ejercicios de costumbre.
>
> Se entregará cédula de agregación a los que quieran ingresar en la Asociación del referido santo.

Será mañana cuando el matrimonio conozca la asociación que organiza la misa. Son decenas de miles los miembros registrados, una barbaridad, con el objetivo de recaudar limosnas en su cruzada para ayudar al papa acosado por las tropas del *Risorgimento*. Una asociación creada hace cuatro años por Josep Maria Bocabella, un impresor que no imagina la trascendencia que su asociación supondrá para el futuro de Barcelona.

Barcelona,
madrugada del 7 de mayo 2019

La pantalla del ordenador se ha unido a la oscuridad de la habitación y ya no muestra la noticia que me ha sorprendido mientras navegaba entre los *bytes* de internet. A la izquierda, la botella Baileys es un simple cristal etiquetado sin rastro de líquido y, a la derecha, descansa el ratón a la espera de que alguien le mueva la cola.

Duermo profundamente; bochorno. El sillón cumple sobradamente el papel de cama y la imaginación juega sin descanso creando fantasías de la nada, imágenes prohibidas, labios, cuello, orejas, nuca… Sigmund Freud ataca en formato femenino. Una mujer, una mujer atractiva, la boca medio abierta, excitante. Se forma la imagen de la pantorrilla, de las piernas, de los muslos, de la entrepierna, de las caderas y del ombligo, un leve movimiento para recolocar la recrecida. Buff, difícil no notar un extraño cosquilleo en la ingle inferior. Una mujer fantasmal que me visita cada noche, sueño con ella, ella me mira, yo la miro, mejillas atractivas, piel fina, pechos abundantes que… que… ¿qué desaparecen? «¿Por qué? ¿Qué está pasando?». Imposible controlar los caprichos del Baileys acompañado de mi estimulante; juntos provocan efectos tan impensables como indeseables. Busco la entrepierna, pero ya no la encuentro.

«¿Dónde estás? ¿Dónde estoy? Es un sueño. Sí, un sueño, un sueño dentro del sueño. En el sillón… estoy en el sillón… y ¿dónde está la mujer? ¿Y la entrepierna? ¿Dónde está la entrepierna? La pantalla del ordenador… y el Baileys… sí, Baileys y un poco de polvillo… ufff… la entrepierna… Estaba mirando diarios antiguos… el cuello… los pechos… líneas de texto que recorrían la pantalla, veloces… muchas líneas… los labios… orejas… Estoy soñando. ¿Qué estaba buscando? Sí, *El Diluvio*… leía *El Diluvio*… y un nombre: Ignacio Marqués… sí, Marqués, un tal Marqués apareció de la nada, un donante anónimo de la Sagrada Familia decía una noticia… Y la entrepierna… la entrepierna… pero vaya entreppp…».

Y es que el cerebro sueña despierto.

Iglesia de San Antonio Abad,
1870

> A las nueve de la mañana del día 27, en la parroquia de San Antonio Abad, se celebrará la misa mensual en honor del patriarca san José…

La efectividad de la campaña liderada por Josep Maria Bocabella en su cruzada para ayudar al papa no tiene fin. Su sombra llega a todos los rincones del país con anuncios en los periódicos locales en donde presenta su asociación.

Ignacio Marqués y esposa llegan a la iglesia de San Antonio Abad. Edificio construido por etapas, todavía no se puede afirmar que esté finalizado por completo. Visto desde fuera cuesta adivinar dónde se encuentra el ábside y la fachada principal; la mitad de la población cree que la puerta principal es la que da a la plaza de las Nieves, mientras la otra mitad opina que es la que se encuentra frente a una pequeña plazoleta lateral, obviando, todos ellos, que la verdadera entrada es la que se abre a la plaza de San Antonio, siempre en obras. Iglesia con un campanario peculiar, separado del edificio que necesitó treinta y cinco años para ser construido en una curiosa historia que no es este el lugar donde explicarla.

La misa toca a su fin. Los asistentes abandonan el edificio chocando unos con otros, dudando a qué puerta deben dirigirse; incluso un par de ancianos discuten airadamente cómo diablos salir de allí.

Por el contrario, Ignacio y esposa se mantienen clavados al banco, esperando que la iglesia se vacíe por completo para acercarse al monaguillo:

—Disculpa, nos puedes dar un par de cédulas de agregación para unirnos a la Asociación de San José.

—Claro, ahora las traigo. Si quieren pueden hablar con *mosén* Marçà: ha venido expresamente de Barcelona para esta celebración; él les explicará mejor que yo.

—Esperamos.

El matrimonio levanta la mirada: la iglesia no es especialmente atractiva: tres naves, bóveda de cañón, arcos de medio punto y…

—Bu… bu… buenos días, s… s… soy el padre Marçà. M… M… Me han dicho que están interesados en ha… ha… hacerse miembros de la asociación.

Barcelona,
7 de mayo 2019, 7:10

Café con arcadas para desayunar acompañado de un paracetamol 500 mg. Las bascas no son suficientes para sacar fuera de mí aquello que el organismo ya considera como suyo, como si el excitante que me preparo a base de granos de café arábigo y pimienta de cayena formara parte de su esencia.

Abandono la cocina y me estiro de nuevo sobre el sillón cayendo sobre él como un saco de escombros, microhábitat de escay donde trabajo, como y dormito; ejemplo de que con diez metros cuadrados ya se puede ir tirando.

Un dolor de cabeza fuera de lo común y una fuerte tortícolis han venido para quedarse. No soy capaz de recordar lo que hice la noche anterior ni cuántos cabezazos he dado mientras dormía —«¡Señor, llévame pronto!»—. Solo soy consciente de que en hora y media tengo que estar a treinta kilómetros de aquí, trabajando, y que por la tarde… hoy… hoy… tengo… creo que tengo… clase en el instituto… sí.

Soy informático y trabajo como autónomo para una pequeña empresa de las que tanto se enorgullece un país destinado a no salir de la mediocridad. Negocio en donde las decisiones más trascendentes dependen de factores tan dispares como la dureza con la que el dueño ha cagado por la mañana.

No es de extrañar que las empresas prefieran relacionarse con autónomos: no refunfuñamos sabiendo cuáles son las consecuencias de hacerlo, milagrosamente nunca nos ponemos enfermos, no es necesario que la empresa emplee ningún gasto en ordenadores ni otros equipos porque ya los llevamos de serie, no tienen que pagarnos seguridad social, trienios ni otros detalles sin importancia y no es necesario habilitar un fondo de provisión si deciden prescindir de nosotros:

Repóquer de *noes*.

Ante mí, el Baileys, el ordenador y el ratón en perfecta disposición, tal como se quedaron anoche, pero…

«Pero… pero ¿qué estaba buscando?».

Imagino que haría lo de siempre, obsesionarme con Gaudí o con doña Isabel, aquella desconocida que se mantiene en el anonimato y que apareció cuando más lo necesitaba el arquitecto, con una fortuna

que permitió que una iglesia vulgar se convirtiera en un inacabable y anacrónico rompecabezas de piedra. Y es que no hay nadie a quien no le haya preguntado por la mujer:

—¿De verdad no sabe quién era doña Isabel? —interrogaba a la responsable del archivo.

—No, qué más quisiéramos, nadie lo sabe. Toda la documentación desapareció en la guerra —me respondía refiriéndose al ataque que sufrió la Sagrada Familia al día siguiente del Alzamiento, arrasándola y convirtiendo la memoria en cenizas.

—Seguro que su padre conoce su identidad —recuerdo preguntar al cura de la parroquia, hijo de un colaborador del arquitecto barbudo.

—Pues no, nunca se ha hablado de esto en casa —deduje la respuesta con las dificultades de habla de un hombre octogenario de compleja dicción.

«Pero ¿qué es lo que estaba buscando ayer?».

Solo recuerdo vaguedades: la televisión de fondo con un canal que se regocijaba exhibiendo inmundicias, también un correo de un admirador felicitándome por una novela que no he escrito y… y… bufff, no soy capaz de recordar nada más, solo un bosque de ideas confusas que intento ordenar: «Consultas, bases de datos, Baileys, más consultas, *imposible de revisar una por una*, otro vaso de Baileys… no recuerdo si mezclado con café y cayena; supongo que no… y… sí… buscaba algo relacionado con Gaudí».

Me esfuerzo. «Una noticia… sí… algo inesperado… *El Diluvio*… sí… encontré una noticia antigua, pero no… sí… era esta» —recuerdo mirando la pantalla en medio de un dolor de cabeza persistente que tardará en abandonarme:

> … desde hace algunos años aparece un subscriptor de la Asociación de San José que contribuye con cinco mil pesetas cada mes. ¿Quién es o quien fue el devoto en cuestión? Nosotros queremos levantar el anonimato. Fue otro devoto como Bocabella, el que fue propietario de la Herrería de San José en Sans… Ignacio Marqués.

«Sí, ahora recuerdo». Es solo una noticia, como muchas otras, que no sé cómo ni por qué ha aparecido en la pantalla.

Vuelvo a leer con calma:

«¿Ignacio Marqués? ¿Quién es? ¿Quién fue? Está claro que un personaje desconocido dentro del universo Gaudí, pero… ¿vale la pena profundizar?».

Algo me dice que sí.

«Bueno, no se trata de mi Isabel, pero ¿quién sabe?, por menos se descubrió el microondas».

Vilanova,
14 de agosto 1871

Y es finalmente en miércoles cuando se inaugura la deseada Herrería de San José, ubicada en el lado opuesto del puente, sobre el torrente de la Pastera, justo donde comienza la carretera a Sitges todavía en construcción. Fruto del esfuerzo de varios industriales de la villa, entre ellos Ignacio Marqués, orgulloso de la fábrica que está a punto de inaugurar, y acompañado, como siempre, por su esposa en funciones de jarro sin flores y la cuñada como parte del cortejo.

—Es por aquí, seguro —insiste uno de los abuelos que hace unos meses tenían graves problemas para encontrar la salida en la iglesia de San Antonio Abad—. Estoy convencido de que es por aquí —dice buscando el escenario donde se presenta el acto.

Y, mientras tanto, un corrillo sin oficio ni beneficio discute acaloradamente sobre la raza de las mulas que hace un año carreteaban las piezas más grandes de la herrería y, en particular, el martinete.

—Memorable espectáculo —reconoce uno de ellos que difícilmente sabe encontrar mejor entretenimiento entre los recuerdos de su apasionante existencia.

La bendición es obligada: Ignacio Marqués no concibe una celebración donde el Todopoderoso no esté presente para dar su visto bueno; en este caso será san Eloy, patrón de los herreros, quien da la aprobación desde un altar provisional. Un descreído propone que sea el mismo santo quien haga los honores y produzca los primeros lingotes de hierro.

—¡Quiere hacer el favor! —le recriminan desde atrás.

La inauguración congrega a las autoridades locales, encabezadas por los rectores y sacerdotes de las dos parroquias, y, en segundo plano, el juez, fiscal, alcalde, militares y administrador de cuentas. Solo faltan el profesor y el cartero para hacer el pleno.

Exposición del funcionamiento del horno, del martinete, explicación de los beneficios de la empresa para Vilanova, exploración de las dependencias…

—Como pueden comprobar, industria y religión pueden ir unidas de la mano —explica Ignacio Marqués ante la satisfacción de los

presentes, que son todos de la misma cuerda.

Nueva bendición, vinos, habanos, felicitaciones a raudales y la pareja de ancianos que, definitivamente, se ha perdido para siempre en el estómago de las calderas donde se funde el hierro.

—Muchas gracias, Madre, sin su ayuda no habría sido posible montar la herrería.

—No, no he sido yo, Ignacio: ha sido la familia —contesta con gestos evasivos, hablando lo justo y callando los secretos que le permite mantener el estatus dentro del clan familiar. Quien la conoce ya sabe que le es imposible cambiar el rostro agrio de su cara—. No veo a ninguno de tus hermanos. ¿Qué extraño?

Un gesto de circunstancias sirve para confirmar.

—Señor Marqués —interrumpe el emotivo encuentro familiar el redactor que dará cuenta del evento—: ¿me puede decir por qué ha decidido llamar San José a la herrería?

—Pues… no sé decirle. ¿No le gusta a usted el nombre?

El reportero confirma mientras Marqués recoge la cartera y coge la mano de su esposa que la espera para regresar a casa.

—Y tú, querida, a ti sí que te gusta el nombre, ¿verdad?

—Bueno, estimado, si no me equivoco fui yo quien te lo propuso.

La cuñada sonríe y asiente.

Barcelona,
7 de mayo 2019, 7:25

Me siento mareado; sensación de picor y persianas en los ojos.

Una pequeña dosis de manzanilla mezclada con una rama de cola de caballo, bien picada, me permite contrarrestar los restos del psicoactivo que aún dormitan dentro de un sistema circulatorio convertido en improvisado campo de batalla de una guerra química.

> Nosotros queremos levantar el anonimato… el que fue propietario de la Herrería de San José en Sans… Ignacio Marqués.

Noticia escasa en un antiguo diario. Punto insignificante en el firmamento gaudiniano, pero con menos se descubrió el microondas, los antibióticos, el Post-it o la Viagra. Serendipia en acción.

La obligada utilización del castellano en la referencia a Sants me produce un escalofrío, con una normativa que obligaba a traducir patronímicos, nomenclátor y toponimias en previsión de colapsos mentales no deseados.

07:35: todavía dispongo de un margen de veinte minutos para desplazarme hasta el trabajo y dispongo de un ratón y un navegador a mi alcance.

Dejando a un lado el dolor de cabeza, me siento feliz, como Livingstone y su sombrero, esgrimiendo un machete con el que me adentro en la jungla de internet, solo, penetrando entre múltiples archivos en busca de lo desconocido, aunque con escaso resultado:

«Ignacio Marqués y Bolet —leo—, industrial, Herrería de San José de Villanueva, herrería de Sans, fallecido el 19 de agosto de 1885», nada más.

Poco, pero suficiente para escalar medio escalón en mi particular pirámide de Maslow, esa herramienta que sitúa a cada uno en su lugar dependiendo del grado de satisfacción personal que se alcance: primer nivel, asegurando que las necesidades fisiológicas básicas quedan atendidas; segundo con la seguridad física; tercero, la afinidad social y de pareja, para acabar en los últimos escalones con el reconocimiento social y la autorrealización.

Vivimos tiempos donde a muchos les basta con vivir, respirar y

disponer de un excusado para darse por satisfechos y, si son afortunados, dormir en una cama caliente y tener un amigo con quien compartir sus desgracias. Por lo que a mí respecta, el tercer nivel se tambalea con algún conocido, pero sin verdaderos amigos con los que compartir mis pecados, y con el reconocimiento social y la autoestima como quimera inalcanzable.

07:50: mi rostro refleja alegría, pero fatiga tras una mala noche, con los ojos vidriosos de tanto observar la pantalla, aunque eso no evita que aparezca una ligera mirada picarona.

Pasan los minutos, más de los previstos. Miro y remiro en bases de datos destinadas a alimañas de biblioteca, pero poco, muy poco. Es extraño.

«¿Cómo es que una persona de su categoría social, industrial, fundador de una herrería en Vilanova y más tarde, en Sants, la segunda más importante de Catalunya, no aparece en la prensa de la época? ¡Es como si nunca hubiese existido!».

08:05: observo la pantalla y me vienen más y más ganas de averiguar alguna cosa sobre este Marqués. «¿Quién era? ¿Vale la pena dedicar esfuerzo o es solo agua de borrajas?».

Tarde, es tarde, pero todavía tengo un momento para… para…

8:07:

—Sí, buenos días… sí… sí… nada… todo bien… el programa ya está listo… bueno, casi listo… solamente a falta de unas pruebas… sí… sí… no os preocupéis que os lo entrego mañana… o pasado… no creo que más tarde… Pero escucha, llamaba porque hoy no podré ir al trabajo. Sí, nada grave, pero… mi padre… sí, mi padre, que no se encuentra bien… Shhhhí, sí… el que vive en Canarias… shhhhí, pero… pero ha venido a Barcelona, sí… unos días y… bueno… te dejo… debo irme. Llamo mañana.

Y la pantalla que me espera con el ratón a la derecha y a la izquierda una botella de Baileys que alguien debería reemplazar.

Vilanova,
poco después de inaugurar la herrería

No es que los martinetes apasionen especialmente a la mujer: ella va a la suya y su marido, también, ganando cada día más trascendencia social, mientras que la esposa también gana protagonismo: hoy lo ha hecho en el papel estelar de paragüero con piernas.

La piel de sus manos ha cambiado con el paso de los años: ahora es lisa y cuidada, pero también son manos de querer y no poder, de quedarse a medias, de untar el pan sin orgasmo, manos escondidas tras las del marido, manos que sufren en silencio y ríen en público, manos de *no os dais cuenta, pero soy yo quien empujo del carro*.

Ignacio Marqués no se encuentra en casa, tampoco ella le preguntará cómo le ha ido la jornada sabiendo que la respuesta le obligaría a escuchar una serie de tecnicismos propios de una escuela de ingeniería. Pocas veces la puerta del despacho queda abierta ni la mujer tiene necesidad de entrar, pero es hoy cuando lo hace, ahora, no se sabe por qué, pero es aquella casualidad que aparece cuando menos se la necesita:

«¿Por qué a mí? Cientos de pasajeros y me ha tenido que suceder a mí», se pregunta el único tripulante de un enorme barco que naufraga y comprueba, atemorizado, que su cabina se llena poco a poco de agua. Durante el tiempo que le regalen los pulmones nadie oirá sus lamentos.

O cuando, en una manifestación multitudinaria, la policía detiene a uno de los protestantes, el más escuálido, mientras el resto huye como si les persiguiera el diablo:

«¿Por qué yo? ¿Por qué me han detenido a mí?», se preguntará mientras conozca las nuevas estrategias comunicativas del cuerpo.

El despacho es pequeño y la casa, no muy lujosa. Allí vive el matrimonio con la cuñada, solterona *cum laude*, y Josefa, la criada.

Mueble empapelado de libros de todo tamaño hasta el techo y archivos donde cada hoja es una historia. Cuadros en la pared en los que, en muestra de discreción, el industrial nunca aparece, y un número incalculable de títulos y diplomas que emulan el despacho del notario. ¿Y qué decir de la mesa? Mejor no mirarla y menos tocarla, con comunicaciones, dibujos, pedidos, facturas, sobres, papeles y pisapapeles que forman complicados castillos con almenas, torres, foso

y torreones, y a su lado un montón de hojas todavía sin ensobrar.

Y sucede lo que nunca debería suceder; algunos lo llaman *Destino*, con mayúscula, personificado, y otros, mala suerte, gafe… como cuando el marido engaña durante décadas a la mujer y, sorprendentemente, llega una ocasión en que la cándida descubre el pastel.

La mujer observa las hojas que se encuentran a la vista: un par de cartas de pago a proveedores, dos a un fabricante, pero hay una que le llama poderosamente la atención sin que pueda evitar cogerla entre las manos. Mira tras de sí para asegurarse de que se encuentra sola, como si fuera consciente de que está a punto de abrir una caja fuerte que debería continuar cerrada. Mira destinatarios, lee la dirección, comprueba la firma del marido y, finalmente, lee la carta que incluye una orden de pago que jamás debería haber descubierto.

«¡Cabrón!», insulta sin verbalizar. Ya no siente la necesidad de leer las líneas que siguen. Un golpe mortal, una lanza que la atraviesa. La mujer mantiene las formas aunque con las manos ligeramente temblorosas, medio rabia, medio impotencia.

Es ahora cuando lo comprende todo y las palabras de su tía lo primero:

—Lo mejor que podemos hacer para las dos familias es que unáis vuestro futuro en matrimonio —dijo la señora Raymunda hace años, convertida en poseedora de la verdad—. Dos personas jóvenes sin casar dan pie a que la gente hable de ellas y se imagine lo que no es —remató más tarde entre llantos.

«Y yo soy la excusa para que la gente no hable», piensa devolviendo los papeles a su sitio.

Aquí no ha pasado nada… todavía.

La noche llega como el granizo lo hace sobre los campos y es ahora cuando el marido participa a la mujer de una de aquellas noticias, no son más de una docena durante la vida, que hará cambiar el rumbo de la casa:

—Querida, el negocio ya no es suficientemente rentable en Vilanova. Me veo obligado a trasladar la herrería al lado de Barcelona, a la Vila de Sants.

La mujer no dice nada; le deja hacer.

—Los técnicos han encontrado una veta de óxido de hierro en la zona de Gavà, en la sierra de Ferreres, y me han recomendado trasladar la producción allí.

Silencio de la mujer.

—Estoy en conversaciones con los propietarios de una antigua herrería de Sants para aprovechar sus instalaciones.

La mujer mueve la cabeza. Abandonar su ciudad se añade a las puñaladas del día.

—Estoy preparando la inauguración para dentro de unos meses…

Más silencio.

—Y he encontrado casa en el paseo de Gracia, la calle con más clase de la ciudad.

Una zanahoria con forma de vivienda para la boca del asno.

—¿Te pasa algo, querida? ¿Te encuentras bien?

Unos segundos para contestar.

—Sí, Ignacio, estoy bien. Nunca había visto las cosas tan claras.

La esposa del industrial se siente herida pero superior, sabedora de que debe ser precavida y esperar que llegue su momento, como la hembra de la mantis religiosa, dominante, utilizando a los machos para calmar su ardor, liberar su fogosidad de manera instintiva, cabalgando sin compasión, tan solo unos segundos de violencia extrema alargando el sufrimiento de su víctima hasta el infinito, penetrando al límite lo más íntimo, baile impulsivo, impetuoso, apasionado, aceptado al principio, pero no consentido después, agresivo, implacable, feroz. Cortejo mortal que estrangula a la pareja sin piedad, una víctima que acaba deshecha, humillada vilmente, decapitada y devorada por la hembra que logra el máximo placer.

En esta casa ha nacido una mantis.

Biblioteca Nacional de Catalunya,
7 de mayo 2019, 10:05

—El *Diario de Barcelona* de agosto de 1885.

—Tenemos los volúmenes por años.

—Pues de 1885.

—Y *La Vanguardia Española* de la misma fecha.

—Las ediciones de ese año no las tenemos. Las tendrá que buscar en la hemeroteca del propio diario, por internet. Puede consultarlas desde aquel ordenador, mientras le traemos el *Diario de Barcelona*.

—Muchas gracias.

Solicito los dos diarios más prestigiosos de la época, aunque hoy ya no son lo que eran: uno porque ha desaparecido y el otro, porque ya no es lo que era.

Es imposible disimular las pisadas sobre el parqué de la biblioteca, antiguo hospital de la Santa Cruz, detrás de la Boqueria. Hace tiempo que no lo visitaba.

Me siento frente al ordenador, aspiro, inspiro y doy un vistazo a mi alrededor: no debe haber en la ciudad un espacio que invite a la investigación como este lo logra; quizá la biblioteca Pompeu Fabra en el antiguo depósito de aguas, pero este, inmerso en el Raval, es especial, diferente, mágico: techos altos, arcos de piedra atravesados por maderas envejecidas, muros perforados por estilizadas ventanas y, cerrando los ojos, se pueden escuchar los lamentos de los moribundos que llenaban este espacio cuando todavía era un hospital y llegaban hasta aquí para morir. Sí, morir, porque en aquella época el hospital no era lugar de sanación, sino donde acabar los días. Así le pasó a Gaudí bajo este mismo techo, mezclado entre tantos otros desahuciados, hasta que alguien le reconoció y le trasladaron a una zona VIP, a una habitación hoy convertida en lavabo, por obra y gracia del ingenio del ministerio competente que consideró que el rincón no tenía suficiente trascendencia histórica.

«Busque por la palabra clave», me ordena el buscador de *La Vanguardia*.

«"Ignacio Marqués"», contesto.

Una única referencia aparece, eso sí, en décimas de segundo:

Movimiento del puerto

> Embarcaciones llegadas desde el mediodía de ayer de Málaga y escalas en 15 días, berg.-gol. Joven Pepe, de 125 ts, c. Crespo, con 90 toneladas hierro viejo a Ignacio Marqués, 301 barras plomo a la orden, 1,050 bultos espartería y otros efectos a varios señores.

Nada que cambie el curso de la humanidad; un pedido que llega a su destino en un momento en que la confidencialidad no era tema candente.

«19 08 1885», escribo la fecha de fallecimiento.

«16 páginas», contesta.

Las leo atentamente sin dejar pasar por alto ninguna línea.

«HERPES. Todos los que sufren de herpes de la piel y del interior…».

«Veamos, veamos… quizás no hay que leerlo todo. Solo titulares…».

«SINGER, máquinas para coser… Espectáculos… Crónica, bajo la presidencia del señor alcalde constitucional… Política palpitante… Correspondencias… Anuncios… Camisería y corbatería de Salonas y Pons… Grandes almacenes de El Siglo… Telegramas… pero… ¿y las necrológicas? ¿Dónde están las necrológicas?».

—Aquí tiene el *Diario de Barcelona* de 1885 — aparece la bibliotecaria.

—Gracias —agradezco con cara de circunstancias al comprobar la falta de noticias sobre la muerte de una persona supuestamente tan relevante.

«Quizá al final no era tan distinguido como me pienso», comienzo a dudar de la veracidad de la noticia del *Diluvio* con la que he empezado la búsqueda.

—¿Sabe si en *La Vanguardia* de finales del XIX había esquelas? — pregunto a la archivera que me ha entregado el volumen.

—Creo que no, pero no se lo sé decir a ciencia cierta.

Agradezco con la barbilla y la mujer se da por pagada.

El volumen que me ha traído es grueso, mucho, y pesado. Lo dejo cuidadosamente sobre la mesa y lo abro por la mitad. El tamaño del papel, la textura, el color, el tipo de letra me transporta a tiempos de calesas y florituras, luz de gas y ricino, tiempos olvidados en negro y gris.

Repito la operación. Busco la portada del 19 de agosto con anuncios que ocupan la mitad del periódico, con el láudano y otras soluciones como protagonistas estelares en la lucha contra la peste y el cólera y, ahora sí, las esquelas cobran vida.

Busco, miro y remiro las necrológicas con difuntos despedidos por la familia, amigos y otros desconocidos que cumplen con el trámite a la espera de saber lo que les corresponde en el esperado testamento y poder calificar entonces al finado con conocimiento de causa. El

número de páginas, muy superior al de *La Vanguardia*, con ediciones de mañana y tarde, da idea de la importancia que cada cabecera tenía en aquella época.

Doctores milagrosos que curan el cólera, métodos contra el cólera, avisos para no descuidarse del cólera, farmacias con soluciones para el cólera… todo es cólera, pero nada es Ignacio Marqués.

«¿Por qué?».

Continúo la búsqueda en el diario del día siguiente donde, por fin, aparece una raquítica referencia a su muerte, pero nada más.

> D. Ignacio Marqués y Bolet pasó a mejor vida el día 19 de agosto de 1884, recibidos todos los Santos Sacramentos. E. P. D.

… y a tomar por culo, que tenemos cosas mejores que hacer — parece decir la familia, si es que tenía. Y es que la noticia de la muerte del hombre recuerda más a un ejercicio periodístico que un elogio fúnebre patrocinado por familiares y empleados.

«¿Quién sabe? Quizá no era una persona tan reconocida como he querido suponer y la noticia del *Diluvio* tiene más virutas que madera».

Sigo hojeando por si al mes siguiente conmemoraron o celebraron el fatal suceso, pero nada aparece.

Sudo, sudo mucho y es que, cuando me enfado, sudo.

—¡No lo entiendo! —exclamo alzando la voz sin darme cuenta del entorno que me rodea.

—¡Xssssst! —chistan detrás de mí.

—¿Qué pasa? —respondo a la inoportuna advertencia.

—Joven, puedo ayudarle —interviene la archivera. Llamándome joven nos hacemos idea de cuál es su edad. La mujer aparece justo en el momento más oportuno, rabioso como estoy por no ser capaz de encontrar ningún indicio del fantasma. Me imagino que la responsable de la patrulla canina ha observado mis muecas y es ahora cuando llega al rescate.

—Sí, gracias. Estoy buscando a un hombre que murió en 1885, supuestamente propietario de una herrería, rico, casado, pero no encuentro nada más, hay muy poca información.

—¿Ha probado en algún portal especializado?

—Sí, sin éxito.

El tono de la mujer es cadencioso y relajado, apariencia tranquila, acostumbrada a susurrar en lugar de gritar y que contrasta con mi voz, que resuena en las paredes góticas del edificio.

—Pero… ¿qué es lo que realmente busca usted?

La pregunta hace emerger el carácter curioso de quien se supone acostumbrada a revolver entre antiguos legajos que nadie sabe los

misterios que ocultan.

—Se supone que a la muerte de este hombre hizo un legado importante…

—Y quiere encontrar su testamento.

—Sí.

—¿Y ya tiene el certificado de defunción?

—¿Perdón?

—El certificado de defunción. Con el certificado podrá personarse en la Oficina de Últimas Voluntades y, más tarde, acudir al Colegio de Notarios para buscar el testamento, si es que lo hizo.

No entiendo una palabra de lo que dice; habla de unas oficinas que ni siquiera sabía que existiesen. Yo, que lo mío es la informática, los números, el teclado y no ir por los archivos buscando fantasmas. Agradezco, cierro el enorme volumen, me levanto y dejo atrás la algarabía de los moribundos que llenaban una sala hoy repleta de libros y que me despiden en medio de una fiesta mientras regreso a mi cantinela:

«¿Por qué no soy capaz de encontrar nada sobre ese hombre?

»¿Ocultaba alguna cosa?

»¿Una única esquela y de compromiso?

»¿Ningún familiar que se acuerde de él?».

Obviamente, alguien adinerado, imagino que con una vida sin mancha, católico que no duda quién creó el Universo y que ayudó de forma sustancial a la construcción de la Sagrada Familia, eso sí, de forma anónima. Sin embargo, nada más: ni el físico, edad, residencia, condición, ni si su fortuna provenía de las Américas, como se estilaba en aquella época, o labrada en el país. Apuesto que en las colonias.

—Pierde el señor del Baileys —oigo como si un crupier se encontrase detrás de mí. Me doy la vuelta sin saber de dónde proviene la voz.

Nada sé y posiblemente nada sabré nunca.

Vila de Sants,
febrero 1875,
cuatro años después de inaugurar la herrería de Vilanova

El marido hace largo rato que está preparado en la elegante casa del paseo de Gracia. Paciencia, serenidad y cucharada sopera de resignación mientras espera a la mujer, que requiere de una compleja sesión de chapa y pintura para sentirse en condiciones de ser vista. La cuñada se encuentra junto a Ignacio, pero este la ha confundido con una estatua de la dinastía Ming. Un cuadro ocupa buena parte de la pared del salón, apoyado en el suelo y rozando el techo. La pintura espera, paciente, a que llegue la hora de quedarse sola, acompañada por su fiel reloj que marca cada hora un par de veces al día.

El hombre observa el cuadro y resopla: *Inmaculada Concepción*, de Mateo Cerezo, burgalés, escena que recuerda la magia antinatura de donde nace la historia más portentosa de la humanidad: la de una madre que da a luz un niño sin que el marido sepa nada: concepción divina llaman al prodigio que origina una curiosa tradición que niega el sexo no procreativo a las parejas, impide el matrimonio para quien desee ser miembro del club en calidad profesional, separa niños y niñas en el colegio no sea que… y estimula peculiares tendencias en curas forzados a una vida monástica y solitaria.

—¿Todavía te falta mucho, cariño?

Analizando la frase, se puede observar que el tono es excesivamente elevado, pero no motivado por una impaciencia o cansancio evidentes, no, sino por el tamaño de la vivienda que obliga al marido a elevar el volumen de voz más allá de lo deseable; seguro que es así. La palabra *todavía* debería evitarse para no dar la falsa impresión de estar presionando a la víctima o, mejor dicho, a la destinataria de la pregunta. Afortunadamente, el añadido *cariño* pone las cosas en su sitio, aunque recuerda vagamente cuando un padre afea la actitud del hijo y, suavemente, le recrimina: *estoy harto de que hagas siempre tu real gana, cariñito*.

El hombre continúa entreteniendo la mirada en la pintura, enorme, excesiva diría, elegida por la mujer que decidió eliminar los recuerdos que el marido tenía allí colgados, toda una vida, para dar al cuadro la relevancia que se merecía sin que nada estorbara su contemplación. Los bultos del hombre quedaron relegados a un pequeño despacho,

lugar más discreto y adecuado que el salón.

—¿Vienes ya de una vez?

Las palabras *ya* y *de una vez*, en realidad toda la frase, son claramente improcedentes.

—Un *minuuuuto* —se oye venir la mentira por el riachuelo del pasillo.

—¡Llegaremos tarde!

La advertencia se pierde sin que llegue a su destinataria. Dos, tres, cuatro capas de ropa y una mujer vanidosa: mala combinación. Lo que se podría solucionar en pocos minutos se alarga hasta el infinito, como si el tiempo entrara en un bucle imposible de explicar por la física tradicional.

—¡Pero quieres venir ya! ¡Todavía tenemos que desplazarnos hasta sants!

Silencio como respuesta.

—Ves, ya estoy, impaciente —se escucha a la esposa entrando en el salón—. Solo ha sido un momento.

El marido coge aire y prefiere callar, prudentemente.

«Cuarenta minutos —piensa—. Y todo para acabar escondiendo el maquillaje tras un velo que impide saber cómo es su rostro».

—Y será desde aquí, desde la Vila de Sants, desde la herrería de San José que hoy inauguramos, desde donde se distribuirá el hierro con que se construirá la ciudad del futuro, las vigas sobre las que se cimentarán nuestros mercados, las estaciones del tren, el hierro de los propios trenes, de sus raíles y de los edificios más representativos.

Discurso emotivo y aplausos que responden a las palabras de Ignacio Marqués, acompañado por su mujer en funciones de candelabro con brazos móviles, que le mira embobada durante el transcurso del acto de inauguración de la nueva factoría, heredera de la antigua herrería de Vilanova.

La gigantesca chimenea es perfectamente visible desde las canteras de la montaña de Montjuïc, donde los picapedreros vislumbran la ciudad mientras cincelan las piedras con las que se construyen sus edificios.

Y es que la herrería es enorme, la segunda más grande de Catalunya, incluso con calles que la recorren en su interior, una de ellas dedicada a san José y otra de nombre Marqués. ¿Pecado de soberbia?

—Enhorabuena, señor Marqués, impresionante fábrica.

—Lo es, lo es. Muchas gracias, padre Crusellas.

—Y se llama San José, espléndido nombre.

—Sí, elegido por mi esposa.

El maniquí agradece que la nombren.

La mujer acompaña al marido en su baño de masas. El encuentro de

aquella carta con un pago desleal le permitió vislumbrar con claridad, conocer mejor a su hombre, lo que piensa, lo que siente. Nada le ha dicho del hallazgo, no se lo ha restregado por la cara ni le ha abroncado ni humillado. ¿Para qué hacerlo? Hay que medir bien las fuerzas cuando te encuentras en desventaja para evitar salir mal parado en una apuesta mal calculada. Y es que todos tenemos nuestros secretos y un pasado que olvidar. Todos conocemos cosas más o menos indecorosas de hijos, padres o pareja, pero el sentido de supervivencia nos enseña que no siempre hay que aventar al aire las vergüenzas que conocemos, no sea que ellos también sepan de alguno de nuestros pecados. En cualquier caso, siempre llegará mejor momento para aprovechar la coyuntura. Y es que el secreto de una buena relación consiste en lograr que la pareja no rebele tus vergüenzas a cambio de que tú tampoco lo hagas con las suyas y, de paso, encontrar algún punto en común que haga más llevadera la convivencia.

La mujer alza el cuello y busca a su alrededor: «Ningún hermano de Ignacio está presente», piensa ella. Tampoco su madre Raymunda, pero eso ya era más previsible. Las paredes de la casa de Vilanova todavía tiemblan recordando sus gritos cuando recibió la noticia de que la herrería abandonaba la ciudad; una patada que recibió en sus zonas nobles y de la que todavía no se ha repuesto.

—Seguro que los vecinos de Sants sabrán agradecérselo como se merece —continúa el cura departiendo con Marqués.

—Bueno, necesitaremos la ayuda de todos; harán falta muchas manos para sacar la fábrica adelante.

—¿Nos acompañará más tarde en la misa de la tarde?

—Hoy no, padre, será mañana.

—Pues mañana, la iglesia no tiene pérdida, en la calle Olzinelles.

La jornada se alarga varias horas; la inauguración de una factoría de estas dimensiones no se realiza todos los días.

Una pareja de ancianos llegados de Vilanova ha querido acompañar a Marqués en este acto, son los mismos que no sabían encontrar la salida de San Antonio Abad ni tampoco de la primera herrería y que ahora vuelven a tener problemas para orientarse entre las calles del recinto.

La fiesta llega a su fin y el protagonista recoge gabardina y sombrero para subirse al carruaje donde le aguarda su esposa para regresar a casa, a su nueva vivienda del paseo de Gracia donde les espera el enorme cuadro.

El matrimonio entrecruza miradas, no habla, pero ambos comparten el recuerdo de las mulas llegando desde Vila-rodona, cargando aquel enorme martinete de la antigua herrería. Aquella tirantez inicial de los primos que fueron casados por compromiso y no

por amor, y que con el paso del tiempo se han ido adaptando hasta disfrutar, al menos en apariencia, de un matrimonio idílico… como todos.

—¿Piensas en Vilanova, verdad? —pregunta el hombre.

—Sí, siento haber dejado la ciudad y la familia. Allí nací, crecí…

—Sí, te entiendo, pero ha sido necesario: el negocio se encuentra aquí, junto a Barcelona. Dicen que aprovecharán el viejo edificio de Vilanova para instalar una papelera.

El repicar de las herraduras resuena dentro del carruaje cuando los caballos pasan por una zona adoquinada.

—Tú también tuviste que dejar Piera…

—Sí, pero fue diferente: yo era joven, iba a Cuba, a la aventura, a ganarme la vida…

—… con tus hermanos.

—Sí, con ellos, pero ya les fue bien que yo abandonara la isla —dice avergonzándose de los tiempos pasados.

Es un cuarto de hora lo que necesitan para llegar de nuevo a su casa, un paseo agradable: bajar un par de travesías hasta la futura calle Cortes, tierra endurecida antes de entrar en la ciudad y cuatro kilómetros de recorrido fuera de las murallas.

El perfil de la nueva universidad, todavía en obras, pero en activo, se dibuja ante los ojos de la pareja, edificio que anuncia lo que será la nueva zona noble de Barcelona: el Ensanche. La calesa pasa por delante, rodeada de alumnos que acaban las clases; unos chopos en doble hilera extienden una alfombra en forma de sombra. Uno de los estudiantes de arquitectura se queda mirando el carruaje: ojos azules, mirada profunda, rubio o pelirrojo según le refleje la luz y una barba iniciática que lo aleja de la apariencia estrambótica de sus profesores.

—Antón, nosotros somos pobres —dice otro chico al de los ojos azules—, nos tenemos que conformar con desgastar las suelas de los zapatos. Seguro que, aparte de chófer, esta gente dispone de sirvientes que les preparan la comida y les limpian la casa.

El de los ojos azules asiente.

—Será como tú dices, pero me gustaría ser yo quien anduviera con caballos y tuviera asistentes, con ropa lujosa y yendo al teatro y a conciertos.

—Todo llegará, Antón, todo… —interrumpe el amigo—, pero antes estaría bien que preparases el examen de mañana. ¿Será la tercera vez que te presentas, verdad?

Unos segundos de pausa para recordar las veces que ha suspendido y comprobar que su amigo se queda corto.

—Lo haré, no lo dudes —dice el de los ojos azules.

—¿Qué es que vas a hacer? ¿Sacar buena nota o ir en calesa y disponer de personal a tu servicio?

—Todo.

En casa,
18 de mayo 2019

Nada sé de Ignacio Marqués y posiblemente nada sabré nunca.

«Pero… ¿por qué me siento tan atraído por este fantasma sepultado por el polvo del tiempo?».

Me siento abducido, como si tuviera el presentimiento de que detrás de este desconocido se escondiera un hallazgo, algo que tan solo yo puedo descubrir, que alimentará mi escaso ego rebelando una historia apasionante que ahora no me puedo ni imaginar. Una búsqueda a ciegas que me cautiva día y noche. Solamente dispongo de un nombre y de una fecha de defunción. Nunca me he enfrentado a un reto así, me parece imposible penetrar en la intimidad de una persona que murió hace ciento treinta años, pero hay algo que me impulsa a continuar.

Y es que solo soy un informático en busca de una tumba perdida. Soy experto en bases de datos, *business intelligence* y ciberseguridad, conozco lenguajes de programación de los que pocos han oído hablar y soy capaz de montar dos procesadores donde hay espacio para uno solo, pero nunca he sido rata de biblioteca ni tengo paciencia para pasarme horas entre viejos documentos con hedor a siglos; tampoco soy de aquellos aventureros en busca de un tesoro escondido, pero no puedo estarme quieto, necesito moverme, buscar, investigar, rastrear, preguntar… tengo que hacer alguna cosa, aunque no sé exactamente el qué.

—¿Tienes alguna cosa que hacer mañana? ¿Quieres acompañarme al cementerio de Montjuïc?

—¿Al cementerio? —contesté mientras comprobaba en mí mismo los efectos de la ratafía mezclada con tabasco.

—Sí, no puedes ni imaginarte las obras de arte que se esconden allí.

La inesperada propuesta me la hizo Maximus Hermes, amigo adicto a los cementerios en calidad de visitante sin lápida personalizada; ni siquiera yo conozco su verdadero nombre. Posiblemente, él es el único que me permite poner un pie, uno solo, en el tercer nivel de la pirámide de Maslow, el destinado a las amistades. Así de mal estoy.

Maximus es uno de esos locos que se abre un hueco en las redes sociales como lo haría cualquier desequilibrado, poseído, satanista o masturbador compulsivo que con un teclado al alcance de sus dedos

siente que el mundo gira a su alrededor. Evitaré descubrir tras cuál de estos engendros se esconde Maximus, el hombre que dedica los domingos a rastrear la ciudad disfrazado con un sombrero Fedora color chocolate que le da un… como lo diría… aire particular.

—¿Visitar el cementerio? —una duda oportuna me asaltaba cuando la alternativa sería ir a la playa.

—Sí, anímate, ¿quién sabe?, tal vez haya suerte y encontremos la tumba de… ¿Cómo me has dicho que se llama el hombre que buscas?

Dudo mucho que Montjuïc sea la solución, pero, por algún motivo que desconozco, le hago caso. Son varios los cementerios de la ciudad: Collserola, Les Corts, Poblenou, Sarrià, Sants, Sant Andreu, Sant Gervasi, Horta… pero el de Montjuïc es el más conocido, visible desde la autopista cuando se llega a la ciudad, la montaña en la que se colgaban las cabezas de los ajusticiados para aleccionar a los rebeldes.

Penetramos dentro de la ciudad, eso parece, una ciudad de muertos con decenas de calles y cientos de miles de habitáculos ínfimos, apilados, nichos ocupados por uno, dos, cuatro, ocho inquilinos y también algún palacio.

En realidad no es la primera vez que me paseo por un camposanto como lo haría un buscador de tesoros. Fue en el de Sitges donde encontré a la famosa Pepeta Moreu, la mujer que hizo perder el oremus al arquitecto barbudo. Más tarde, en el del Poblenou, en medio de una terrible tormenta que dejaba atrás el diluvio universal, estuve buscando los restos del impresor Bocabella, el promotor de la Sagrada Familia, sin saber que hacía décadas formaba parte del polvillo de la fosa común de los desahuciados. Recuerdo que fue allí donde pedí ayuda a un sepulturero:

—No, no sé decirle dónde se encuentra la tumba que busca —me dijo.

—Qué mala suerte —le agradecí igualmente.

—Pero, si quiere, le puedo decir dónde está… —expectación—… la de Cassen y la de Mary Sempere —me soltó demostrando cuáles eran sus referentes morales.

Más de cuatrocientas mil sepulturas me observan discretamente, una tras otra, esperando que pase por delante de ellas, despistado, sin saber cuál de ellas es la que busco, burlándose de mí a mis espaldas.

«Pero… ¿qué hago aquí? ¿Por qué he venido? ¿Verdaderamente soy tan bobo de pensar que la tumba de este desconocido se me aparecerá por arte de magia?».

Congregación de la Esperanza, Barcelona,
1875

Una minúscula gota se desliza deteniéndose en cada poro de piel; gota fría, salada, microscópica; refrigeración natural o respuesta a un estímulo. ¿Excitación? ¿Hipertensión? ¿Agitación? No, nada de eso, la gota que se aventura en solitario, empujada por la atracción terrenal, es fruto de los nervios.

Es *mosén* Marçà, aquel celebrante de habla especial que hace unos años se desplazó hasta Vilanova para presentar al matrimonio la Asociación de San José. Se encuentra en la sacristía, solo como un búho. Piensa en la ceremonia, en el tono que utilizará. Mira con desazón el reloj, mira al suelo, mira al techo; la imagen de la Virgen, tras el altar, se extraña de tal falta de puntualidad.

«¿Do… do… donde diablos se en… en… encuentra Bocabella? No… no… no podemos comenzar sin él», se aturulla el celebrante dibujando una pequeña cruz imaginaria con el que compensa la ofensa que la boca se ha permitido exteriorizar sin pedir consentimiento. «Ya pasan tres… tres… tres minutos, tres, de la hora».

El cura echa un vistazo por la estrecha rendija de la puerta.

«Bufff, y la iglesia repleta hasta la calle».

—*Psst, psst* —llama el cura al joven monaguillo, nuevo en esto de los pelitos, con una pequeña sombra bajo la nariz que le hace sentir más hombre. El chico está entretenido preparando los utensilios de la ceremonia.

—Dígame, padre.

—Sa… sa… sal a la calle y comprueba si llega el señor Bocabella. No… no… no podemos comenzar sin él.

Mosén Marçà olvida que el único que no puede faltar en la homilía es el Todopoderoso y no está previsto que eso ocurra hoy.

—Es extraño que se retrase el inicio de la ceremonia, tan puntuales como son siempre —comenta la esposa de Marqués que ha vuelto a hacer esperar a su marido mientras se arreglaba. Para el acto de hoy presenta vestido largo, negro, cubierta de un velo de tul que impide contemplar sus facciones. La piel de las manos ya no es tan distinguida como antes, ligeramente agarrotada y con alguna arruga que rompe el secreto de que los años también pasan por ella. Manos de conformismo, de que ya me está bien como me va la vida, de mejor

me callo, de *para qué romper un hechizo inexistente si ya hemos llegado hasta aquí y a partir de ahora es bajada*.

—Sí, querida, tienes razón. Es extraño —ratifica acertadamente el marido—. Supongo que están esperando a que llegue el señor Bocabella. No le veo en la iglesia.

—Creo que ya viene —se oye la voz infantil del monaguillo entrando por la puerta.

—*¿Cr… creo? ¿Le has visto o no?*

No es necesaria la respuesta. Por la rendija vislumbra al hombre de ropa oscura que ilumina la entrada, acompañado de su mujer y de la hija. Bocabella es la razón de que exista la Asociación de San José, decidida a ayudar al papa acorralado por las tropas del *Risorgimento*. Hombre que ha superado los sesenta, alto, espigado, espalda curva y cansada, sin facciones que le caractericen, pero con unas orejas que marcan uno y tres cuartos, con una barba que recuerda la marca que deja un cuadro recién descolgado y un cabello difícil de describir porque poco hay. Su apariencia es serena, calmada, como el de aquellos oficinistas sin alma que atienden tras la ventanilla.

—Mira —dice el marido a la mujer—, ya llega.

Un bufff tranquilizador del sacerdote, un soplo de distensión, el esfínter que se relaja provocándole un pequeño sobresalto, una inspiración profunda y una sonrisa intranquila que nace desde el corazón de la sacristía. La ceremonia puede dar inicio.

> *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen. Introibo ad altare Dei.*

Misa en latín y sacerdote dando la espalda a los celebrantes, así se ha hecho siempre y no hay motivo para cambiar lo que se ha demostrado que funciona. La Iglesia debe ser la institución que más precauciones se toma antes de introducir cualquier novedad; así de eficiente es su control de calidad.

> *Misereatur tui omnipotens Deus, et dimissis peccatis tuis, perducat te ad vitam aeternam*.

Mosén Marçà dirige la homilía con firmeza. Su tartamudeo desaparece como la nieve con la lluvia cuando utiliza la lengua de la Iglesia. Las frases revolotean por las bóvedas, captando la atención de los asistentes que interpretan más que entienden y con un grado de atención variable para cada uno de ellos:

«Qué aburrimiento esto del latín», piensa el monaguillo tocándose el vello de debajo de la nariz.

«Un vinito, un dominó antes de ir a casa, a comer y una buena siesta antes de cenar», opina un feligrés de la tercera bancada con media sonrisa en la boca.

«Y el ayuntamiento, que no podía hacer pasar la calle por ningún otro sitio que por medio de mi imprenta», reniega Bocabella que recuerda que la apertura de la calle Princesa le arrebató la mitad de su negocio.

Gloria in excelsis Deo.
Et in terra pax hominibus bonae voluntatits. Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te. Adoramus te. Glorificamus te.

«Y me pregunto, ¿por qué querrá el cura que me quede a solas con él después de misa?», duda el monaguillo palpándose los cuatro pelos de debajo de la nariz.

«Y antes de la cena, una cervecita y algo para acompañar», imagina el hombre de la tercera bancada.

«Porque si fuera para derribar unos pisos y construir una iglesia, se entiende, pero, ¡para abrir una calle!», se indigna el librero.

Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.

—Amén —proclaman los asistentes en la seguridad de que esta es la última frase en latín que escucharán hoy. Y entre ellos, el matrimonio que sigue la ceremonia desde el pasillo lateral, discretamente, alguien podría decir que escondiéndose de las miradas.

—Extraordinaria ceremonia, padre; palabras llenas de sentido: le felicito —premia Bocabella acercándose al cura que, satisfecho, constata que ha logrado captar la atención de los presentes y provocar su reflexión.

—Se trata de… de… de estar al lado del pueblo —señala Marçà sin darse cuenta de que la mayoría de ellos no entiende el latín.

—Bueno, no le molesto más, padre, le dejo que descanse. Aprovecharé la presencia de tantos fieles para comunicar un anuncio muy especial.

El impresor Bocabella sube a la tarima para dirigirse a los asistentes. Tose, mira a los congregados; la iglesia llena hasta la bandera: una única nave con pequeños laterales, dos capillas en la entrada, paredes desnudas y dos humildes candelabros que cuelgan sobre el altar y el pasillo. A falta de local propio es aquí, junto a la iglesia de Just i Pastor, donde la asociación celebra sus misas y reuniones.

—Muy buenos días a todos. Después de la homilía que nos ha regalado *mosén* Marçà —Bocabella dirige la mirada hacia el cura que agradece el halago—, quiero aprovechar la presencia de tantos y tantos amigos para haceros un anuncio muy importante.

La voz resuena en la capilla; quien la conoce afirma que no hay ninguna otra sala en la ciudad que ofrezca mejor sonoridad. Es habitual que las misas de los domingos se conviertan en una especie de reunión de vecinos con administrador, presidente, afectados, quejosos y deudores que dirimen sus disputas ante la imagen de la Virgen, encargada de levantar acta al finalizar la sesión. El librero continúa la arenga sin necesidad de forzar las cuerdas vocales:

—Amigos, es un placer comprobar que esta antigua capilla se llena con aquellos que hemos decidido que el bienestar del papa merece nuestro apoyo.

Sonrisas de aprobación de los concurrentes que ahora no necesitan intérprete para interiorizar las palabras que escuchan. Dos hombres del fondo hacen visera con la mano para evitar que la luz reflejada en la calva del librero les deslumbre. A su lado, un abuelo pone el mismo semblante que cuando escuchaba las palabras en latín del padre Marçà, lo que deja en el aire si atiende o solo se encuentra de cuerpo presente.

—La situación en Roma sigue siendo crítica, con los antiguos Territorios Pontificios arrebatados de forma indigna: la Romagna, Las Marcas, Bologna, Rimini, Ancona, Tolentino… y con Su Santidad heroicamente recluida en el Lazio, con la ayuda de su fiel Guardia —explica Bocabella.

Aquí cada uno utiliza los adjetivos que más le convienen. Y es que la asociación que hace diez años fundó Bocabella no hace más que recaudar dinero para salvar el papa de la delicada situación en que se encuentra, prisionero en el Vaticano, así le describen, desde que el rey Víctor Manuel decidió apropiarse de los Territorios Pontificios bajo su control.

—Eso sí —continúa Bocabella—, Su Santidad me ha pedido que haga llegar a los cuatrocientos mil asociados su agradecimiento por vuestra generosa donación.

—¿Cuatrocientos mil? —susurra la esposa de Bocabella al padre Marçà— Esos son muchos.

—Sí, de… de… de hecho ya superamos esa cifra —contesta el padre al oído.

—¿No decían que era tan difícil conseguir nuevos miembros?

—Y lo es, pe… pe… pero estoy por decirle que el señor Bocabella persigue a cada uno de ellos hasta conseguir que… que… que firmen una cédula de agregación.

—¡Ahhh!, entiendo —asiente la mujer sin saber si se trata de una

ocurrencia del cura o la constatación de la agresividad comercial del librero.

—Les recuerdo —continúa Bocabella— que no hace mucho entregamos a Su Santidad un óbolo de ocho mil ciento diez reales de vellón.

—¡Ohhh! —exclama la sala como si se tratara de una cifra desorbitada.

—¿Eso es poco o mucho? —vuelve a preguntar la esposa de Bocabella al cura que sufre cada vez que la mujer abre la boca.

—Pu… pu… pues le diré que no es para ir presumiendo. La… la… la cuestión es que tenemos muchos asociados, pero solo una pequeña parte acaba pagando la revista, y, en… en… encima, la mayor parte se va en gastos. De hecho, le podría decir un bu… bu… buen número de asociaciones en Europa que recaudan el doble o el triple que nosotros.

—¡Ocho mil reales! —insiste Bocabella elevando el tono de voz y olvidándose del calificativo *vellón* que reduce considerablemente el valor a la donación—, una cifra sin parangón en Europa y mucho menos en España y que nos enorgullece —proclama a los cuatro vientos demostrando que lo que importa no es el contenido sino el envoltorio.

La última frase deja satisfechos a los correligionarios que asienten, convencidos de pertenecer a una de las asociaciones más importantes que jamás haya existido en la historia.

—Si me lo permiten, quiero terminar la sesión haciéndoles partícipes de una noticia que les llenará de gozo.

Los asistentes se miran entre sí a la expectativa. También lo hace Marqués y su esposa, que sigue la reunión de la comunidad de vecinos desde el anonimato de las bancadas laterales.

¡He decidido —levanta la voz el líder Bocabella—, que la asociación costee y se haga cargo de la construcción de una iglesia dedicada a san José! ¡Será nuestra nueva sede!

El anuncio coge por sorpresa a todos: al padre Marçà con la boca abierta, a la esposa con rictus de no entender que es lo que pasa y el resto que necesita unos segundos para reaccionar. No es hasta que se escucha un primer aplauso que no arrancan los demás hasta que la sala entera, de pie, estalla en una sonora ovación que hace imposible cumplir con el último trámite del día: ruegos y preguntas.

Así pues se levanta la sesión, mitad misa, mitad anuncio. Satisfacción general de los asistentes mientras desfilan por la puerta. Y, entre ellos, la mujer del vestido negro, risueña tras el velo de tul. Ha sido de sus manos de donde han prendido los primeros aplausos que han contagiado al resto de la sala, como ficha de dominó cayendo sobre el resto. Todavía no lo sabe nadie, pero este anuncio no hace más que poner en marcha un complejo mecanismo que permitirá a la

mujer poner las cosas en su lugar, como si una deuda pendiente, ahora sí, estuviera en vías de ser cobrada.

A los pocos días se formaliza la noticia; y es que las palabras se las lleva el viento, pero la tinta queda impresa:

—Querido —las formas es lo último que se debe perder en este teatro de las apariencias—, querido, ¿has leído *El Propagador*? —la mujer se refiere a la revista de la asociación, el indispensable punto en común que hace que la convivencia sea más llevadera.

La pregunta se contesta con un golpe de cabeza negativo que hace que el hombre rebusque dentro de un bolsillo exterior de la chaqueta para extraer el último número de la publicación.

La pareja se conoce de memoria las treinta y dos páginas de la revista, libro de cabecera de obligada lectura antes de acostarse. Un vistazo rápido a la Carta de Roma, uno de los fijos de la publicación, dirige al señor Marqués hacia el artículo que la mujer quiere que lea:

> … este templo se levantará en Barcelona… y será una copia del de Loreto…

—¡Y dale con la iglesia! Es a la diócesis a quien le corresponde construir un templo y no a una asociación. Además, si apenas recaudan dinero para entregar al papa. Dudo que sean capaces de sacar adelante este proyecto —arremete el marido con un alto grado de incredulidad, acostumbrado a anuncios que más tarde no se hacen realidad.

—Quizá tengas razón, querido, aunque todo dependerá del apoyo con el que cuenten.

Gesto de escepticismo del marido.

Cementerio de Montjuïc,
20 de mayo 2019

—Este cementerio es una obra de arte —afirma Maximus, que se encuentra como pez en el agua rodeado de este entorno tan siniestro. Le miro con cara de circunstancias cuando le oigo decir eso de *obra de arte*.

—Realmente, las familias más adineradas no tenían reparo en gastar todo lo que habían ganado en vida para seguir aparentando una vez muertos.

Buena reflexión.

—Y los descendientes satisfechos, comprobando cómo se dilapidaba su herencia.

Ahora la cara de circunstancias es de Maximus y su sombrero Fedora color chocolate que recuerda vagamente a un Indiana Jones de pacotilla. Él es uno de esos *figuras* que necesita atrezo, disfrazarse fuera de carnaval para sentirse él mismo, como aquellos que se presentan como templarios, cargando una enorme cruz bien visible en el pecho. Yo creo que hay algo de postureo, pero allá cada uno con sus fantasías más inconfesables.

—¿Todavía te sigues preparando esos cócteles?

—No son cócteles, son reconstituyentes naturales.

—¿Para conseguir que se te levante? —pregunta irónicamente sin saber que si no llego al tercer nivel de Maslow es porque mis relaciones se limitan al teléfono y al ordenador.

—¡Nooo! Mis psicoactivos sirven para mejorar el intelecto y la atención.

—¡Ya!

—¿De veras?

—Yo prefiero la ketamina.

—¡Pero la ketamina es una droga ilegal!

—Escúchame bien, Àlex —me dice agarrándome del brazo—: no existen drogas ilegales, sino leyes de mierda.

Punto y aparte.

Mi amigo se distancia buscando símbolos que le acerquen a Robert Langdon, mientras que yo prefiero seguir mi camino para estudiar una por una las lápidas que se me ponen por delante.

«Pedro Masferrer Ginovart, Familia Peris Mateu, Magda Ximenis y

Graudepera de la Tallada…».

Leo los nombres, algunos con más gracia que otros:

«Juan Macho Sinfondo, Ana Tomía, Lola Mento…».

«Pero ¿qué estoy haciendo?», me interrogo a mí mismo cuando solo hace cinco minutos que mal leo nombres borrados en las piedras, «¿Hasta dónde quiero llegar?».

Es ahora cuando tomo conciencia de la locura: es como buscar un milimétrico grano de arena en una playa kilométrica; en ciberseguridad se llama *ataque de fuerza bruta* cuando se busca una contraseña sin ninguna estrategia, probando una por una todas las combinaciones posibles, siglos para un ordenador e ilusorio para un individuo solitario. Mi mente matemática actúa y calcula que dedicando cinco segundos en cada tumba necesitaría…

«¡Diecisiete días enteros! ¿Qué es esta locura?»

Se necesitarían diecisiete días para recorrer todas las tumbas, una por una, con la agravante de que la mitad no tienen nombre o el tiempo lo ha borrado.

Una tontería ridícula.

—Mira, Àlex, estas cruces —dice Maximus señalando unas marcas en una tumba— son rosacruz… o quizá martinistas, una orden esotérica e iniciática creada a finales del siglo XIX.

Miro, le pongo interés, me esfuerzo, hago muecas intentando descubrir una cruz donde solo veo las marcas dejadas por el albañil cuando selló la tumba. En cualquier caso, la advertencia de mi amigo me hace reaccionar: no puedo buscar a mi hombre por la fuerza bruta, al menos aquí, en un cementerio que aparenta ser una ciudad, con residentes en la planta baja, primera, segunda, tercera hasta séptima, ático y sobreático, con tumbas habitadas por pobres de solemnidad conviviendo con ricos panteones. La mitad de los nichos son de protección oficial y el resto, a precio tasado. Eso sí, se ahorran tener que asistir a las reuniones de vecinos.

—El doctor Farreres y Framis —dice Maximus señalando una sepultura que muestra un esqueleto esculpido sobre la tumba. Me estremece la crudeza del velo de piedra que transparenta la calavera.

Llama la atención la necesidad que tienen los médicos en remarcar su título antes del nombre, como si el hecho de ser doctor ya les situara un peldaño por encima del resto de mortales. Mi imaginación me lleva a leer *barrendero Matías Reixinachs* en una lápida y *Gigolo Javier Glande Alegre* en la de al lado.

Mayo, hace calor, mucho calor. El puerto de la ciudad a mis pies, con enormes barcos que descargan un rebaño de cruceristas que, en pocos minutos, pasearán Ramblas arriba comprando el *souvenir* de una folclórica con un toro empitonándola hasta el fondo, y también algún recuerdo taurino, y explicarán al mundo que han estado en Barcelona

estableciendo vínculos con alguno de los miembros mejor dotados de las tribus indígenas.

—… De la Riva, Seycher, Vial y Solsona, Fortuño y Ferrús… —enumera Maximus los panteones más artísticos.

—… Almendro, Sevilla y Montoliu, Coromina, Buhigas… —le sigo.

Y es que ya he abandonado el delirio de encontrar a Wally en San Mamés. La afirmación de mi amigo no estaba exenta de razón. Enfrente se abre un verdadero museo que difícilmente atraerá la atención del gran público, más allá de los amantes del arte sacro, buscadores de vampiros y amantes de curiosas prácticas necrofílicas.

La visión de la tumba del presidente Companys en el Fossar de la Pedrera, en medio del memorial dedicado a las víctimas de la represión franquista, presenta un espacio solemne que en otro país sería venerado y que en el nuestro pasa desapercibido, como si alguien procurase esconder el pasado.

—¿Cómo se llama el hombre que buscas?

—Ignacio Marqués y Bolet —contesto con los dos apellidos, como los árbitros de fútbol obligados a ser llamados así desde que uno de ellos compartía apellido con un conocido dictador criptorquidiano. *Franco se carga el partido*, anunciaba el titular de prensa que exaltó a más de uno. El equívoco provocó llamadas inmediatas a los medios informativos con instrucciones precisas sobre cómo referirse a partir de entonces a los trencillas si querían mantener el negocio abierto.

Maximus simula un cierto interés mientras continúa buscando marcas de cruces y alguna calavera pirata. A mí me parece descubrir las caras de Bélmez en una tumba, pero enseguida me doy cuenta de que hay un charco de agua en la calle superior y traspasa las humedades.

El camino ya es de vuelta, bajo el sol del desierto.

—¡Coño, Batlló! —me sorprendo al ver el panteón de una de las familias más adineradas de la ciudad, la que encargó la reforma del edificio colorido que preside el paseo de Gracia.

Me lo quedo mirando, es enorme, una especie de inmueble sobre un pedestal; recuerda la entrada de una pirámide egipcia con dos faraones a ambos lados examinando quién osa aproximarse, como vigilantes de una discoteca. No puedo evitar mirarme instintivamente el color de las zapatillas que llevo.

Maximus continúa su búsqueda de rayas entrecruzadas en forma de compases, tijeras, tibias, peronés y señales del Zorro mientras continúo sorprendido por la modestia y sencillez del panteón de los Batlló, demostración de pudor y moderac…

—¿Cómo dices que se llama la tumba que buscas? —Maximus necesita que le recuerde cada diez minutos el nombre de mi fantasma.

—Marqués, Marqués, Ignacio Marqués y Bolet —contesto evocando

James Bond con cierto hartazgo.

—Pues creo que te lo he encontrado —escucho de lejos.

Un golpe en la ingle me recorre el cuerpo.

«No es posible», pienso en un intento de controlar mis emociones con miedo de que se trate de una broma del explorador del sombrero Fedora.

Me dirijo hacia la voz. Detrás queda el imponente panteón de los Batlló que ahora me parece perfectamente prescindible. Me siento Marco Polo, Américo Vespucio, Cristóbal Colón, Simbad el Marino y Magallanes, todos juntos. Nadie había escuchado el nombre de este individuo que murió hace un siglo largo ni lo que hizo por la ciudad; y soy yo, yo, solo yo, quien estoy a punto de encontrar su tumba.

Camino, corro emocionado. Nunca antes me había pasado. Cuatrocientas mil tumbas y mi amigo, el gran Maximus, el del sombrero Fedora color chocolate que tanta personalidad le da, gafas de sol, chaqueta de piel forrada en día de canícula, el gran experto en enigmas, simbología, ideogramas, pictograma, monogramas, anagramas y pentagramas, él es quien ha encontrado la ÚNICA tumba que interesa a la humanidad.

Me acerco a mi amigo que simula normalidad, como si estuviera acostumbrado a convivir con los hallazgos arqueológicos. Tras él, una casa de muñecas, un panteón que recuerda la morada de Hänsel y Gretel: casita de turrón rodeada por una valla oxidada que ningún descendiente ha sentido la necesidad de honrar durante las últimas décadas.

—M. Marqués Bolet —proclama el afamado experto en simbología mientras yo leo mentalmente lo mismo.

«¿Eres tú? Contigo quería hablar», pienso dirigiéndome al vacío cuando ya daba mi búsqueda por perdida.

Maximus sonríe por primera vez. Se da cuenta de mi emoción.

No tengo muy claro qué debo hacer ahora: si entrar en el panteón y preguntar quién vive allí o si todo se acaba en este punto, con los apellidos del desconocido esculpidos en la piedra. Es el encuentro casual de la abeja reina dentro de una gigantesca colmena. Un hombre del que no sé nada, pero que ahora ya tiene tumba… o eso quiero creer.

—Tu hombre se llama Ignacio, pero aquí pone *M* — comenta inoportunamente Maximus.

«¿Y si Ignacio hubiese tenido hermanos?»

Cierro los ojos en gesto de rabia. Nunca lo sabré… o quizás sí.

Un día fructífero que acaba por la noche disfrutando con un programa de humor: España logra un meritorio último lugar en el Festival de Eurovisión, un hito que marca una continuidad difícil de

emular.

Siete años después del anuncio de la construcción de la iglesia

Microsueños, un regalo al alcance de todos: pequeños descansos que se da el cerebro sin pedir permiso. No son muchos segundos, pero suficientes para que la mente construya un castillo de naipes de la nada, para que consiga los favores carnales de aquel ser mitológico que vive en la puerta de al lado o para que ese proyecto en forma de asociación al que se dedica toda una vida chispee como vino espumoso.

—El… el… el regidor de comercio también quiere reunirse con… con… con usted, señor Bocabella —anuncia el padre Marçà—, y el… el… el de la Cámara de Comercio… y el de la Caja de Ahorros.

—Los jesuitas solicitan más ejemplares del *Propagador* y también los carmelitas y los escolapios —dice la hija.

—¿Pi… pi… piensa asistir a la reunión con el señor alcalde, señor Bocabella?

—¿Y con el obispo de Vic?

—¿Y con el de Barcelona?

—Mire, acaba de llegar una carta del Palacio Real donde el rey solicita una cédula de agregación para él y toda la familia real.

—El… el… el marqués de Castellbell también quiere una.

—Prácticamente se han cubierto todos los empréstitos, padre.

—M… m… más de cuatrocientas mil pesetas.

—Mire, padre, ya tenemos las galeradas de la revista de este mes y prácticamente tenemos listas las del próximo número a falta de la portada. Si en lugar de mensual fuera quincenal, la podríamos publicar sin esfuerzo y recaudaríamos el doble… o el triple. Incluso aumentando el precio la seguirían comprando.

—Señor Bocabella, hemos recibido una carta de la diócesis donde le invitan… vitan… itan… a un… acto de agradecimiento… miento… iento…, por la publicación de la colección… cción… ón…

—¿Señor Bocabella?

—… colección… de…

—¿Señor Bocabella, me oye?

—… de… novenas… enas… enasss…

—¿Señor Bocabella? ¿Le pasa algo, señor Bocabella?

—¿Padre?

—¡¡¡Bocabeeellaaa!!!

—¡Ehhh!, ¡Ehhh! ¿Decían algo?

—Sí, señor Bocabella. Que no hemos recibido ninguna respuesta a las solicitudes que hicimos llegar al alcalde ni a los obispos de Vic y Barcelona.

—¿Y qué me dicen del regidor de comercio? Me debe un favor. Sería un buen reclamo para atraer más asociados.

—Nada, ni del presidente de la Cámara ni del de la Caja de Ahorros. He intentado hablar con ambos sin respuesta.

—Afortunadamente, el marqués de Castellbell sí que ha aceptado reunirse.

—Estupendo. ¿Cuándo?

—Para dentro de mes y medio.

—¿Mes y medio?

El grito de Bocabella no hace más que constatar que por cada puerta que se medio abre, hay veinte que se cierran. La hija mira, escucha, calla, de vez en cuando respira y solo se mueve cuando le encargan alguna cosa.

—¿Y los empréstitos?

—No se han cubierto ni cien de los dos mil. Veamos qué pasa durante los próximos meses. La Herrería de San José de Sants ha sido una de las primeras interesadas.

—Bueno, afortunadamente el *Propagador* sale puntual.

—El de este mes, sí, padre, aunque ha ido todo muy justo. Es muy difícil rellenar treinta y dos páginas; dudo que tengamos suficiente material para el próximo ejemplar. Además, hemos recibido muchas devoluciones: jesuitas, carmelitas, escolapios… Es como si estuvieran interesados en el ejemplar de muestra y, luego, cuando se les insinúa que lo deben pagar, se desdicen.

Es difícil distinguir el color de la madera que se esconde bajo la pila de papeles. Allí se encuentran cédulas de agregación para que los devotos se registren en la asociación, modelos para enviar a obispos, dignatarios o cualquiera que aparente rango de autoridad, también donativos, no muchos, y felicitaciones, muchas más. ¿Por dónde empezar?

Bocabella, de día en la imprenta heredada de su madre, y de noche, madrugada y domingos trabajando incansablemente, buscando dinero debajo de las piedras, el dinero de san Pedro dice él, la ofrenda al papa para sacarle del callejón sin salida en que se encuentra.

—Un bicho raro —critican a Bocabella a escondidas.

—Un fanático —acusan otros por detrás.

—Se quiere quedar con el dinero que recauda porque la imprenta está a punto de quebrar —opinan los que todo lo saben.

Una fantasía inaceptable para quien ve en la Iglesia una secta

anacrónica y en el papa un aprovechado que vive a manos llenas a costa de unos analfabetos adoctrinados.

Es domingo, pero el ultracatólico Bocabella olvida que Dios descansó el séptimo día. Si alguien busca dentro de su diccionario se dará cuenta de que tras la palabra *festival* salta directamente a *festizar* sin que el vocablo *festivo* aparezca por ninguna parte.

Se encuentran en el despacho de la calle Princesa. Los elegidos se sientan alrededor de una mesa con amplio espacio para seis sillas, pero donde solo tres son calentadas por los glúteos del propio Bocabella, de su hija y del padre Marçà, amigo personal y guía espiritual con alguna carencia de dicción.

—Les diré lo qué vamos a hacer —coge aire el director de operaciones Bocabella—: hija, quiero que envíes una carta a los obispos, abades y priores de toda Catalunya, con cualquier excusa, felicitándolos por su misión, por la última homilía o por haber conseguido que el sol vuelva a salir por oriente, no me importa, y quiero que la acompañes de una medalla conmemorativa y les dejes caer que Su Majestad el rey ha hecho una donación generosa para construir la iglesia.

La chica toma nota escribiendo con unos garabatos que solo ella sería capaz de interpretar.

—Pero, padre, eso es falso.

—No lo es —replica el responsable de estrategia Bocabella—, únicamente me adelanto a los acontecimientos. Además, nadie se atreverá a preguntar a la Casa Real si es cierto o no; y quiero que envíes otra misiva al Palacio Real, alabando su tarea y proponiéndoles que hagan una cuestación, de la misma forma que ya lo han hecho todos los obispos catalanes.

—Pero, padre, eso tampoco es…

Una mirada capaz de atravesar las escasas murallas de la ciudad que quedan en pie deshace la insinuación como granizo con los cultivos.

—Y usted, padre Marçà.

Ahora, el responsable de *marketing* Bocabella cambia de objetivo y dirige mirada y voz hacia el cura, gordito, mollejas en las mejillas, dentadura poco mordida y gafas de culo de vaso que, inútilmente, intenta pasar desapercibido.

—Di… di… dígame.

El tono de voz revela su miedo y agrava su ya de por sí pronunciada tartamudez.

—Usted acudirá a los escolapios, jesuitas y carmelitas y les llevará más *Propagadores*.

—¡Pe… pe… pero… si acaban de devolver los que tenían! —masculla Marçà.

—No importa. Dígales que ha recibido una notificación del superior de la orden para llevarles más y que dispone de su permiso para entregarlos personalmente en la salida de la celebración. Hágalo en misa de doce, cuando los asistentes son más generosos y desean llamar la atención.

El huracán de órdenes, el vendaval de ideas, el torbellino de iniciativas, la galerna de mandatos solo se encuentra delante con la sumisión de quien sabe que ante una tromba de agua no hay arroyo que lo contenga.

Es ahora cuando el director general Bocabella se levanta y da por concluida la reunión del comité ejecutivo. Bocabella, el hombre orquesta, el emprendedor que no sabe mirar hacia atrás, sino siempre hacia el futuro, enriqueciendo el país con sus ideas y recibiendo a cambio una generosa dosis de impuestos y el dudoso reconocimiento de quien le conoce:

«Se aprovecha de sus trabajadores mientras él se levanta al mediodía», opina un albañil que no se inmuta viendo pasar la vida por delante.

«Para lo que debe ganar, pocos impuestos paga», piensa un vagabundo que pone la mano esperando que le caiga una ayuda del cielo.

«Todo lo que tiene es por herencia», afirma un joven bachiller que dejará pasar los años antes de abandonar la casa de sus padres.

Las órdenes han finalizado… por ahora. Bocabella se ha quedado descansado, como aquellas fieras que dejan escapar una alimaña cuando han quedado saciadas. Pero él sabe que todo lo que tiene en sus manos es un espejismo, un globo que se desinfla, que pierde aire cada día que pasa, sin remisión.

—Cariño, ¿ya has adscrito la herrería a los empréstitos de la asociación?

—Claro que sí, querida, como me pediste.

Cementerios de Barcelona,
21 de mayo 2019

—¿Servicios Jurídicos?

—Segunda puerta, donde pone *Servicios Jurídicos.* — Cierto, con un poco más de atención, hubiera ahorrado un valioso tiempo a ambos. Por menos de esto empezó el efecto mariposa.

La oficina se encuentra en el cementerio de Les Corts, junto al club que da nombre a la ciudad y que domingo tras domingo entierra las ilusiones de sus socios. En la sala de espera, un señor vestido de luto riguroso contrasta con un semblante de sana calma; es la satisfacción por el trabajo bien hecho. Será después cuando me entere de que se trata del joven viudo de una anciana infelizmente finada, una rica que le deja en herencia todo lo que poseía.

Oficio complicado el de *perro faldero*. Un trabajo que no se anuncia en los periódicos, que exige a los candidatos estudiar las vacantes existentes en el mercado y a apresurarse a cubrir la plaza antes de que desaparezca la beneficiaria por motivos de fuerza mayor. Una labor que obliga a estar siempre atento, limpio y pulido 365 días 24 horas, sin descanso, hasta que la *Muerte*, siempre puntual aunque a veces un poco lenta, dé por finalizado el contrato laboral. Se sabe de un joven de treinta años, con buen empaque y sobradamente calzado, experto en lenguas, que opositó a *faldillero* de una dama nacida poco antes de la Guerra Civil y que no supo soportar la espera. Acabó siendo ella quien tuvo que llamar a urgencias y preparar un discurso para alabar al chico en su funeral. *Ataque de corazón por aburrimiento*, confirmó el acta de defunción.

El hallazgo del panteón me ha traído hasta aquí, buscando la respuesta que en la oficina del cementerio no me han querido dar: ¿cuáles son los inquilinos del mausoleo que mi amigo Maximus encontró en Montjuïc?

—¿Son ustedes familiares? —me preguntó el trabajador del cementerio.

—No.

—¿Amigos?

—Tampoco.

—¿Algún otro tipo de parentesco?

—No.

—Buscamos vampiros —cortó Maximus el rosario de preguntas sin sentir la necesidad de quitarse el sombrero dentro de las oficinas.

—Información confidencial.

—¿Aunque el hombre haya muerto hace ciento treinta años?

Y todo terminó en un intento, fútil, de descubrir el secreto espiando discretamente el reflejo del ordenador a través de un espejo mientras el trabajador que me atendía realizaba la consulta. La imagen reflejada me permitió adivinar una larga lista de cuerpos que convertían ese panteón en un vagón del metro en hora punta.

Sigo esperando mi turno y es ahora cuando decido ausentarme mentalmente durante unos segundos. La imagen de doña Isabel aparece de nuevo, sin rostro, perfecta, exquisita, la mujer que había olvidado durante un tiempo y un pensamiento imposible que se me cruza por la cabeza como una estrella fugaz en la noche de san Lorenzo. Un leve rictus de hilaridad emerge mientras pienso en la tontería que se me acaba de ocurrir.

«No, no es posible», pienso con una sonrisa en los labios y los ojos cerrados.

«No lo creo, seguro que no», me repito queriéndome equivocar y que en realidad resulte un sí rotundo.

«Imposible», insisto. Una quimera que finaliza al llegar mi turno.

—Usted dirá.

—Sí —carraspeo gutural provocado por los nervios—, estoy realizando una investigación… sobre un hombre que murió hace más de un siglo. Se llamaba Ignacio Marqués y Bolet.

La cara de la trabajadora reacciona. Mujer atractiva, rubia… no… castaña… *rubicastaña* que transmite serenidad en consonancia con los temas que suele tramitar. No me imagino a un psicópata histérico tratando con un hombre que acaba de perder al padre a causa de una sobredosis de anfetaminas.

—¿Y cuál es el motivo de la solicitud? Estas informaciones están reservadas a los familiares.

Resoplo con cierta vergüenza al tener que confesar mis obsesiones. Son un par de minutos los que dedico a contar mi devoción por Gaudí y el hallazgo del cementerio de Montjuïc, un panteón que, probablemente, pertenece al hombre que busco, clave en la construcción de la Sagrada Familia.

La mujer, Cristina se llama, no me interrumpe, me escucha atentamente; imagino que debe ser más excitante ir en busca de una historia novelesca que dedicar su vida a imprimir un registro de defunción para que una familia se dirija después a la notaría y que puedan sacarse los ojos unos a otros.

La explicación solo puede acabar de una forma:

—Son doce euros con sesenta y dos céntimos. ¿Pagará en efectivo o

tarjeta?

Trámite rápido, pero con un pensamiento que me baila en la cabeza sin que todavía me haya atrevido a verbalizarlo, una ilusión que nació en Montjuïc al ver aquel ordenador reflejado en el espejo con una larga lista de cuerpos enterrados en el panteón, una esperanza frágil como el hilo de una telaraña castigada por el viento, una quimera que hace dos días que me ronda por la cabeza, casi un delirio.

«¿Y si fuera verdad?», vuelvo a pensar delante de Cristina.

«No lo creo», me contesto a mí mismo.

«Pero… podría ser», insisto.

Jekyll y *mister* Hide, el ángel de la guarda y Belzebú, Jack Lemmon y Walter Matthau, extrañas parejas que bailan en mi cabeza.

—¿Le puedo ayudar en algo más? —me pregunta Cristina adivinando que hay alguna cosa que necesito compartir.

—Puesss… shhhhí.

Bufff, ya lo he dicho, no puedo echarme atrás, el pensamiento que hace horas me trepana la cabeza ya no continuará tan solo dentro de mí.

—Sí… quisiera saber… no sé si es posible…

Cristina me mira dándose cuenta de mi desasosiego.

—… es decir… si finalmente se tratase de la tumba de Ignacio Marqués… sería posible… me podría decir… o sea… ¿saber cuál era el nombre de su mujer y si se encuentra enterrada en el mismo panteón?

La pregunta no era tan terrible, pero para mí tiene una importancia vital que la trabajadora intenta intuir.

—Sí, en el acta de defunción aparecen los datos más relevantes del difunto: motivo de la muerte, edad, notario y también el nombre del cónyuge en caso de que estuviese casado. ¿Busca alguna cosa en particular?

Una sonrisa se dibuja en mi rostro y una luz de esperanza.

—Sí… necesito… quiero saber cómo se llamaba la esposa de Ignacio Marqués. No puede imaginarse lo que supondría para mí si fuera el que estoy pensando ahora mismo: Isabel.

Una gota no puede soportar la emoción y mancha mi lagrimal.

Imprenta de Bocabella,
1882. A falta de una semana para colocar la primera piedra

—Debe relajarse, padre, o sufrirá un soponcio.

—¡Estoy relajado! —exclama el padre con tono contradictorio.

—¡No lo está! No hace más que dar órdenes sin ton ni son, acalorándose usted y exaltando a los que están a su alrededor.

No hace falta ser un adivino ni médico de cabecera para darse cuenta de que el organismo de Bocabella se defiende de la tensión acumulada durante las últimas semanas. Es el cerebro quien envía órdenes que se convierten en dolores punzantes en el estómago, que altera el ritmo del habla hasta convertirla en una ametralladora, que provoca una copiosa y desagradable sudoración y que causa un leve temblor en el párpado que en alguna ocasión ha provocado enojosos malentendidos. Y es que ya hace siete años que el librero aprovechó una misa de la asociación para anunciar lo imposible:

—Levantaremos un templo en honor a la Sagrada Familia y lo haremos en Barcelona.

Un anuncio acompañado del silencio hasta que un aplauso anónimo rompió la tensión escénica y consiguió que la sala, al unísono, se uniera a la noticia.

—El padre chochea, deberíamos estar más con él —diagnosticó la hija que veía en su padre un peligroso demente senil.

«Pero si el poco dinero que recaudamos es para ayudar al papa y casi desaparece costeando el viaje a Roma», reflexionaba el padre Marçà con una alta dosis de preocupación y sin que el pensamiento tenga los problemas de dicción que demuestra el habla.

—Se… se… señor Bocabella —regresa la ametralladora humana en un intento de parar el golpe que se le venía encima—, me… me… me puede explicar, por favor, como piensa cos… cos… costear las obras. Las limosnas son… son… son cada día más escasa y casi no llega para publicar la revista.

Fueron días difíciles donde hija y cura intentaron sacar de la cabeza la loca idea para la que no había ni dinero ni energías.

—En diez años hemos recaudado doscientas setenta mil pesetas para ayudar al papa, pero serían necesarias dos o tres veces esa cifra para construir una iglesia— se escuchó en repetidas ocasiones.

—¡Pues deberemos ser más imaginativos! — espetó el librero.

—Podríamos cobrar una cuota a los asociados —dijo la hija.

—No, ser asociado es gratuito y así lo seguirá siendo — replicó el padre.

—¿Y solicitar al obispo que colabore con la construcción?

—¡No digas tonterías! La diócesis solo está interesada en las iglesias que promueve ella misma, no la de una asociación ajena.

—Pero tenemos su aprobación canónica.

—Sí, pero solamente se trata de un compromiso vacuo, un pasaporte que nos abre las puertas, pero sin que tengan más interés. Para ellos, somos tan solo un grupo de laicos que van a su aire.

La confidencia arrastra un amargo tono de soledad de quien esperaba algo más de apoyo desde el Palacio Episcopal.

—Entiendo, padre —asume la hija el sentimiento de abandono—. ¿Y si usáramos el dinero que destinamos a la causa del papa para construir la iglesia?

—¡Noooooooooo! —gritó Bocabella golpeando con el puño sobre la mesa. La habitación calló, las paredes abrieron los oídos y los presentes enmudecieron al ver al librero comportándose de aquella manera—. El Santo Padre necesita nuestro dinero, es prisionero en el Vaticano. Hay que encontrar otras fuentes de ingresos: empréstitos, acciones, rifas, cédulas, tómbolas si es necesario, cualquier idea será bien recibida.

Así ha sido durante todos estos años, a pocos días de colocar la primera piedra de la iglesia.

—Padre —la hija se dirige a su padre en tono paternal—, padre, debe relajarse. Ha recorrido un largo camino y debe enorgullecerse de todo lo que ha conseguido hasta ahora. La próxima semana coloca la primera piedra que tanto ha soñado y entonces solo será cuestión de contemplar cómo crece el edificio, día a día. Estoy orgullosa de usted.

El padre devuelve los deseos a su hija con un agradecimiento, agachando levemente la cabeza, pero sin que la boca sea capaz de pronunciar palabra. Se trata de una afonía temporal, algo que le impide hablar, quizá relacionada con un leve pero perceptible humedecimiento de la zona ocular. Finalmente, lo consigue:

—Hija, deja que me siente.

El viejo camina fatigado hasta una silla donde apoya el cuerpo y toma aire.

—Hija… no te engañes, todo lo que estoy viviendo es un espejismo, una falacia, nada es real.

La contundente afirmación se realiza con semblante agotado y triste, provocando un rictus de sorpresa en la hija.

—En una semana —continúa Bocabella— colocaremos dos piedras; sí, dos: la primera, pero también la última.

»Cuando me embarqué en este proyecto me imaginaba al obispado

apoyándonos, a los miembros de la asociación haciendo aportaciones de forma entusiasta y a los barceloneses emocionados como no lo habían estado antes, pero la realidad ha sido muy diferente.

—Llegan aportaciones cada día —apunta la hija que observa que las cuencas de los ojos de su padre se hunden por momentos.

—¡Migajas! ¡Miseria! Doscientas pesetas el mes de mayo, ciento sesenta en junio, no llegan a cien desde hace meses. Imposible construir una iglesia con ese dinero.

—La gente se animará cuando comience a ver las primeras piedras.

—Espero que tengas razón, de lo contrario no habrá nada que hacer, será como un epitafio, una roca solitaria en medio del desierto que algún día alguien verá y se preguntará qué hace allí.

La hija calla, no sabe qué decir. Las palabras del impresor son elocuentes: nadie prestará atención a la iglesia que dentro de una semana se empezará a construir en el Poblet, a medio camino entre Barcelona y Sant Martí dels Provençals, en tierra yerma, donde difícilmente irá nadie a vivir y donde no hay nada que ver.

Servicios Jurídicos,
21 mayo 2019

El silencio regresa a la oficina de los Servicios Jurídicos, pared con pared con el cementerio de Les Corts y a cien metros escasos del estadio del Barça. Todavía recuerdo cuando un locuaz presidente del club, uno que demostró que tras un hombre aparentemente inepto puede encontrarse un empresario que efectivamente era inepto, aunque exitoso, propuso que los socios que lo desearan fuesen enterrados en una zona especialmente habilitada del cementerio, probablemente rodeados de crisantemos azulgranas y banderines a juego.

Cristina se ha quedado a solas una vez que ha atendido al joven *faldillero*, aquel de luto riguroso y cara de satisfacción.

—No, nosotros no nos encargamos de la tramitación de los testamentos —le dijo la mujer cuando se percató de que solo estaba interesado en la herencia de la difunta.

—Pero me habían dicho que…

—Pues se han confundido. Vaya a la Oficina de Últimas Voluntades.

Ya no queda nadie en la sala de espera y la mujer aprovecha para resolver las tareas acumuladas durante el día. A menudo, se afirma que el horario de ventanilla, solo de mañanas, sirve para que el trabajador disfrute de las tardes a costa del erario público. Aunque cierto en algunas ocasiones, por lo general las tardes es cuando la tranquilidad permite acometer el trabajo acumulado durante la jornada.

La pantalla del ordenador refleja las finas gafas oscuras de pasta azul que esconden unos ojos café dulce. Pequeños pendientes, collar elegante y poco aparatoso y un semblante sereno.

Los dedos de Cristina empiezan a teclear y en pocos segundos el navegador transforma la negrura de la pantalla en líneas, muchas líneas, en texto blanco sobre negro, datos que bien presentados se convierten en información y la información en las manos adecuadas en conocimiento, una inteligencia capaz de derribar un dictador o de satisfacer la curiosidad de un loco como yo.

Cinco minutos, diez, silencio, quince minutos. Cristina se da un respiro y recuerda inspirar. Letras en la pantalla, alguna cifra, más

letras, nombres, apellidos, fechas, muchas fechas y también espacios en blanco que corresponden a datos inexistentes en el siglo XVIII, cuando no se sentían en la obligación de registrarlo todo. Hasta que, finalmente, un lamento surge de su boca, una contracción labial acompañada de un pequeño gesto negativo levantando los hombros.

Repite la operación en varias ocasiones, consultando nuevas bases de datos, tablas, registros, anotaciones, apuntes, inscripciones, leyendas, etiquetas, rótulos, notas, epitafios… nada… nada… nada hace cambiar el rostro crispado de Cristina que ha hecho suya mi búsqueda.

—Me voy —se despide Cristina en busca de una nueva vida, en su casa, aunque dándole vueltas a mi Ignacio, recordando la tensión de mi voz cuando le dije que quería saber el nombre de la viuda y la esperanza, reflejada en la rigidez de mis músculos, cuando le expliqué mi fantasía.

Y entre libros de historia y un estante lleno de novelas, Cristina se da un descanso después de una larga jornada, aunque sin poder evitar que sea ahora a ella a quien se le aparezca un nombre en la cabeza: Ignacio, Ignacio Marqués.

Es como si le hubiera contagiado mi obsesión.

Cantera de la Foixarda,
Montjuïc 1882. Una semana antes de colocar la primera piedra

La gota tiembla a cada nuevo envite; sudor salado que resbala por la mejilla desde la frente hasta llegar a la barbilla; la danza líquida solo puede sucumbir con un triste final: o mojando el suelo, perdiendo la desigual batalla contra la ley de la gravedad, o ahogada entre los pelos del bajo vientre. Pues bien, ni lo uno ni lo otro: el cantero se regala un descanso, pasa el dorso de la mano por la cara arrastrando la gota para mezclarla con el polvillo, formando una masa compacta que salpica el rostro como cemento endurecido.

Un vistazo hacia el horizonte: Collserola al fondo, la llanura de Barcelona a la derecha, la larga calle Cortes y el perfil de la enorme chimenea de una herrería en la parte baja de la villa de Sants, una factoría que hace años instaló un hombre llegado de Vilanova.

La cantera se encuentra en la vertiente noroeste de Montjuïc, la Foixarda se llama; una herida abierta en la montaña, tan grande que podría tragarse la iglesia más alta de la ciudad con feligreses y sacerdotes dentro. Es ahí donde nace la piedra blanca violácea que invade la ciudad: de buena calidad, dura, pero fácil de trabajar; gres cuarcítico del mioceno, describen los geólogos, o un buen pedrusco afirman los constructores a quienes se la sopla los tecnicismos de los sabelotodo.

El picapedrero se ha quitado la camiseta y suda como un cerdo a pesar de ser marzo. Los pelos le crecen en el pecho, en los hombros, en la espalda y se supone que mantienen la rebeldía allí donde la alegría cobra protagonismo.

El hombre levanta la maza y la deja caer sobre la roca; es un movimiento violento pero rítmico, acompasado y armonioso, que retrae poco a poco los pantalones abriendo peligrosamente la hucha de los secretos. La piedra acaba desmenuzada como le han ordenado y, sin detenerse, comienza con la siguiente, pero esta será especial, diferente, grande, muy grande, muy grande y cúbica, de más de un brazo de longitud por cada lado.

—Una piedra cúbica de un brazo de lado —ordenó un cura hace un par de semanas—. Es para las obras que deben iniciarse en el Poblet, en la nueva iglesia de la Sagrada Familia. El acto será el 19; quiero

que la transporten hasta allí.

—No se preocupe, padre —recogió el pedido extrañado al contemplar una sotana paseando por las oficinas de la cantera. Una limosna en especies en lugar de dinero destinado a la nueva iglesia.

—¿A nombre de quién?

—Padre Josep Castells.

—De acuerdo, padre, usted paga.

El picapedrero está a punto de ejecutar el encargo:

—¿Está seguro?

—¡Tú haz lo que yo te digo y punto! No estás aquí para pensar.

Una respuesta que no da margen a la discusión.

El procedimiento es siempre el mismo: hundir unas puntas de hierro en la roca, en puntos estratégicos, para que llegue un momento que hagan cuña y rompan el bloque de arriba abajo. Escuchar los golpes y contemplar la maza impactando en el clavo es hipnótico, cautivador, fascinante… es como quedar seducido por el fuego que crepita lentamente unas ramas.

El cantero apoya un clavo de medio palmo sobre una piedra reventada; con una mano coge el hierro puntiagudo y, con la otra, la maza que la levanta para golpear la piedra con una precisión que ninguna máquina sería capaz de conseguir. No cualquiera puede hacerlo; ser cantero es un arte, como un amante, capaz de clavar la estaca en el lugar preciso, amorosamente, con fuerza pero con delicadeza. Y es que un embate mal dado puede dañar un trabajo de calidad. Incansable, una vez, otra, gemidos del esfuerzo nacen en su boca sin parar; no se dará descanso hasta que termine el trabajo en un clímax colosal, exhausto pero satisfecho y con una sonrisa en la boca.

Los fragmentos saltan como pequeños proyectiles; no sería la primera vez que se clavan en la piel del incauto. Los ojos del picapedrero son testigos de la operación, sin que considere oportuna ninguna incómoda protección.

El clavo horada la dura piedra, apodándola con precisión. Los golpes astillan la roca creando un pequeño embudo bajo el clavo de punta fina evitando que arranque el corte. Y ahora, un segundo clavo, y un tercero, y uno más, separados palmo y medio entre ellos. Parecería que los punzones se ponen allí sin ton ni son, pero no es así, se sitúan en el lugar preciso para provocar la presión que acabará abriendo la piedra como un melón. Los punzones ya están clavados, llega el momento: un fuerte golpe con la maza más pesada…

—*Crackcccccccc*.

El ruido es seco, sordo, profundo, como si un coco gigantesco se abriera poco a poco mostrando su interior. Corte perfecto y la operación que se vuelve a repetir en cada uno de los lados de este dado gigante. Ya con la forma definitiva, el artista bujarda el entorno

para darle los últimos retoques transmitiendo su alma a la piedra.

—Bufff, ya está. Aquí la tiene —exhala el artesano. Enfrente de él, el trofeo, un pisapapeles que el viento nunca se llevará y con las esquinas cortadas de forma milimétrica, como si la hubieran guillotinado con un instrumento de precisión.

—¿Qué quiere que haga ahora, maestro? —pregunta alejándose de la creación y rascándose la entrepierna, llevándose luego los dedos a la nariz.

—¿Adónde vas? —recrimina el encargado—. Aún no has terminado.

El cantero mira confuso; la piedra ya está cortada como le han ordenado, perfecta por los ocho lados.

—Quiero que le hagas un agujero por dentro, una boca cilíndrica por donde pueda entrar todo un brazo.

Callar y golpear. En unos minutos llegará el turno de uno de los mozos, uno bajito con más espalda que altura, que homenajeará con su sudor a los antiguos porteadores del puerto y cargará la piedra en un carruaje.

Y así fue como construyeron la Gran Muralla China: con un picapedrero en una cantera, dando forma a una primera piedra, a una segunda, una tercera… fácil.

Es de noche en el paseo de Gracia y el matrimonio se desviste con la luz apagada. La rutina se ha hecho dueña de la cama, como si la pasividad de la mujer fuera, en realidad, la respuesta del subconsciente a aquella carta de pago que descubrió antaño. Una tortura que la acompaña cada noche sin que nunca haya cometido el error de descubrir el hallazgo. Si lo hiciera, heriría de muerte al marido y, probablemente, acabaría con el matrimonio.

—Querido —se oye la voz de la mujer que revolotea en medio de la oscuridad de la alcoba. La esposa se repone del pensamiento que la atormenta.

—Dime.

—Después de tantos años de espera, mañana colocan la primera piedra de la iglesia de la asociación. Aún recuerdo el día que la anunciaron. Me haría tanta ilusión asistir. Lo sabes, ¿verdad?

¡Peligro! La mujer usa una frase condicional y, posteriormente, la interrogativa cuando, en realidad, se trata de una frase exhortativa de carácter imperativo que se puede resumir en: ¡mañana iremos al acto de colocación de la primera piedra!

Es un hecho demostrado que las bestias que más perduran al paso del tiempo son las más dotadas para adaptarse a su entorno, donde los miembros más aptos son aquellos que dominan el complejo arte de tomar la decisión acertada en cada momento, igualando humanos,

ratas y cucarachas.

—Claro que sí. Ya sabes la ilusión que me hace.

La respuesta del marido ha sido excelente, sublime; ninguna otra hubiera superado el examen. Nueva demostración de la habilidad genética del macho que convive con la mujer.

Un casto beso en la mejilla es el inicio de una noche, otra más.

—Hasta mañana.

22 de mayo 2019,
8 de la mañana

Cojo la maza y el mortero y majo unas ramitas de tomillo mezcladas con jengibre: mano de santo cuando los nervios no me permiten dormir y debo afrontar un nuevo día. Y es que la impresión de encontrar el panteón en el cementerio de Montjuïc me ha trastornado la vida como nunca antes me había sucedido. No hago más que pensar en quién era ese hombre misterioso de quien nadie ha oído hablar hasta ahora.

Es miércoles y me dirijo al trabajo con mi Piaggio 125 a ochenta por hora compartiendo autopista con Ferraris que vuelan a ciento ochenta. La cabeza me sigue dando vueltas recordando la inscripción:

«¿Qué significa la *M* de M. Marqués Bolet?».

Y la sospecha cada vez más fundada de que no se trata de mi Ignacio.

«¿Qué hace esa maldita *M*? ¿Y si se tratara de otra familia? No, seguro que no —trato de autoconvencerme—. No pueden existir dos Marqués Bolet que se puedan costear una casita de chocolate para disfrutar de la muerte». Solo espero que sea Cristina, la trabajadora de los Servicios Jurídicos, quien me saque de dudas.

«¿Lo hará por *mail*? Espero que sí. ¿O por correo ordinario?, que con la Administración nunca se sabe. En cualquier caso, si la reunión fue ayer, pasarán… un par de semanas por lo menos antes de tener respuesta».

Aparco la moto, privilegio de poder hacerlo a diez metros de la entrada con la esperanza de que el día no se tuerza y sea una balsa de aceit…

—¡Que avisan de la oficina que no saben cómo funciona tu programa! —me reciben a puerta gayola y cara de malas pulgas cuando todavía no he traspasado la entrada.—También se quejan de que no calcula bien las horas extras.

—Sí, sí… —avanzo hacia el matadero.

—Oye, que yo solo te digo lo que me han dicho a mí. Que yo no sé nada.

«Este es el problema: que no sabes nada».

—Àlex, ¿ya se encuentra mejor tu padre? —me pregunta la

secretaria mientras subo las escaleras.

—Shhhí… en realidad le han tenido que…

—Me lo explicas más tarde. Quieren reunirse contigo en la sala de juntas para saber qué está pasando con tu programa.

«Buenos días a todos —pienso—. Yo también os quiero».

Una nueva jornada en mi guarida, constatando que las proporciones de mi preparado relajante no han sido suficientemente contundentes para mitigar los nervios que me genera esta casa de locos. Cada vez que aparezco por aquí, se me reafirman unos sospechosos surcos a ambos lados de las mejillas.

—¿Qué tal tu padre, mejor? Pensaba que vivía en Canarias — aparece en mal momento mi compañero Joan Ramón, mientras me dirijo al baño con el *Dance Monkey* en el hilo musical, acompañándome con la peculiar voz de la grácil cantante australiana:

They say oh my god I see the way you shine
Take your hand, my dear, and place them both in mine
You know you stopped me dead while I was passing by
And now I beg to see you dance just one more time.

Momento de calma en medio de la tormenta. Cremallera bajada, silencio roto por el hilo que resuena dentro de la taza y terribles muecas. Apoyo la mano en los azulejos, postura que acerca el hombre común a un macho asilvestrado, a la altura del palillo en la boca, la mancha del aceite en la camiseta *imperio* y un cigarrillo en la oreja, y animo al aparato excretor y a su complejo mecanismo para que elimine líquido color cerveza y, posiblemente, también restos de cerveza.

Instantes de relajación en donde aparece el rostro difuminado de mi dama. Isabel, Isabel, Isabel… que enojada reclama a gritos que le devuelva el trono que le ha arrebatado ese recién llegado en forma de industrial del hierro. Obsesión que se deshace como un castillo de arena cuando llega la marea.

«Quiero, necesito saber quién era, cómo era, qué gusto tenía…».

Acabo y me dirijo a mi madriguera, porque el personal externo no tenemos despacho, sino madriguera, cambiando de emplazamiento cada día como nómadas, conformándonos con un poco de pan, una silla y una superficie plana donde apoyar el ordenador y el móvil al lado.

Cliente el mío complicado de torear, con toros de la ganadería de los ineptos, con elementos a vigilar a corta distancia porque, efectivamente, son cortos; acompañados de astados de la ganadería de los trepas, bravura y embestida baja que ponen en compromiso al torero más experimentado.

—Te esperan en la sala de juntas, Àlex. ¿Tu padre, mejor? Creía que vivía en Canarias.

—Ssssí, sí —resoplo.

Momento para visualizar la reunión: plaza complicada, nervios a punto, inquietud, excitación, la profesión va por dentro visualizando cuáles serán mis movimientos, cadencia, postura, envites… El toro me espera en el ruedo para empitonarme a mi primer descuido.

Y es que el morlaco que tengo por jefe es uno de esos que necesita demostrar al rebaño quién manda allí:

—Tengo tres másteres —me dijo el primer día en un intento de crear buen ambiente.

—Estoy aquí para acabar con los trabajadores que hacen ruido —dijo con estrépito excesivo.

—Yo te conozco a ti, me he informado —me amenazó cuando yo ya había comprobado que de él no aparece ninguna referencia en internet.

El relajante de la mañana parece haber reaccionado con el brebaje a base de achiote y cardamomo que me preparé por la noche, provocándome una sensación difícil de describir, como desacomplejada, que me lleva a pensar en la cantidad de fórmulas naturales que esperan a ser descubiertas.

—¡Ya era hora! —me recibe el morlaco ante la atenta mirada del propietario de la plaza que presenciará la faena desde la barrera, peligroso pavo que ha destruido lo que construyó su padre—. ¿Me puedes decir por qué motivo la oficina lleva parada desde ayer? Si tuviésemos una inspección, nos empalaría —el individuo pronuncia todas las palabras exageradamente marcadas.

Respiro, aspiro, suspiro, transpiro, me santiguo mentalmente: *norte-sur-oeste-este*.

—¿Habéis probado a ejecutar los cambios que os entregué la semana pasada?

—No sé a qué cambios te refieres.

Faena complicada la mía, con los cuernos sin recortar. Trato de capear los golpes como puedo, chicuelinas, verónicas, lidiando las acometidas de la acémila que embiste sin compasión.

—Mira, Àlex, ¿así te llamas, verdad? A mí no me pagan para estar aquí discutiendo contigo, ni para…

Y es ahora cuando mi reloj digital, uno de esos ingenios que convierten la muñeca en un centro de datos con colorines, tiembla levemente avisándome de una llamada. Miro de reojo y aparece un número que me es desconocido. Un segundo para pensar:

«¿Contesto? ¿No contesto? Sería una buena excusa ante la avalancha que se me viene encima… Pero estoy en medio de una reunión de dirección… Nunca un autónomo deja una llamada sin

contestar… Pero sería una falta de respeto…». Finalmente:

—¿Me disculpan un momento? —me excuso fríamente, sin perder la compostura, con dignidad.

Mi interrupción deja sin palabras a Al Capone, que me ve pasar a su vera quedándose con la boca abierta:

—¿Dígame?

Una respuesta, un nombre.

—Es del hospital… mi padre… —me excuso mintiendo.

En un segundo, la epinefrina sube una montaña rusa acompañada por su compañera la suprarrenina, la boca se convierte en un paño, sudor copioso, espasmos musculares que me atacan sin poderlos disimular, el corazón desbocado que preferiría detenerse unos segundos, no muchos, temblor en la mano que sostiene el teléfono, una colmena de abejas que se despierta en el estómago e incluso una pequeña e inexplicable erección, mínima pero consistente, que delata un golpe de ansiedad nunca antes vivido.

—Señor Canard, soy Cristina Brossa, de los Servicios Jurídicos de los cementerios de Barcelona.

Desde la enorme mesa de la sala de juntas nadie sabe qué es lo que me sucede. Mientras tanto, el hilo musical recuerda al tartamudo que encontró en la música la forma de superar su deficiencia:

I'm the Scatman
Ski-bi dibby dib yo da dub dub
Yo da dub dub
Ski-bi dibby dib yo da dub dub
Yo da dub dub.

El Poblet,
19 de marzo 1882

La mejor defensa, un buen ataque. El acto de colocación de la primera piedra como reclamo para conseguir más limosnas. Gran estratega Bocabella.

—Construirán un jardín, creo, y tal…
—Sí, un jardín. Yo también lo he escuchado.
—Está bien que haya un jardín.
—Sí… y tanto. Era necesario.
…
—Era necesario… pero un poco lejos, ¿no crees?
—Sí, lejos, ya te digo.
—Esperemos que lo terminen pronto y lo podamos disfrutar.
—Es lo que yo digo…
…
…
—Un poco grande el jardín.
—Sí, pero la perspectiva engaña.
—Sí que engaña, sí.
—¿Y la mujer?
—¿Qué mujer?
—Tu mujer, Enriqueta.
—Se llamaba Patricia y hace diez años que murió.
—¡Ah! ¿Diez años?
—Sí, diez.
—¡Ah! Lo siento mucho.
Silencio largo mientras siguen observando el futuro jardín.
—¿Y sufrió mucho la Enriqueta?
—Mira, déjalo ya, Matías.

Los abuelos pasan el rato paseando por el Poblet, antes de que la *Muerte* decida dejarse caer en sus casas a tomar un café.

La *Marcha de infantes* resuena en el descampado, es el Regimiento de Ingenieros quien lo interpreta como marca el protocolo, saludando a la categoría de los presentes. Un himno originado en época de Carlos

III y que suena en honor de los infantes de España. Un mínimo análisis crítico pondría en entredicho la conveniencia de envolver un acto religioso con una guinda en forma de música bélica; pese a ello, ninguno de los presentes pone en duda la idoneidad de tan marcial melodía.

—El obispo Urquinaona, el obispo Morgades, el rector de Sant Martí dels Provençals, el de la parroquia de Belén…

—El mariscal de campo, el presidente de la Audiencia…

Son unas vecinas de Sant Martí quienes enumeran a los asistentes; lo hacen repasándolos de arriba abajo. Un entretenimiento que aprovechan para despojarlos de toda dignidad, como lo haría un rebaño de hombres asilvestrados en medio de un desfile de mujeres de buen ver.

Allí están todos representados: Iglesia, militares y políticos… la Santísima Trinidad; solo falta el alcalde, el pastor y el veterinario para tener a tiro a la totalidad de las fuerzas vivas de la ciudad.

—Pensaba que los curas no aparecerían en este acto. Esta iglesia no pertenece a la diócesis, sino a una asociación.

—Cierto, pero va, ¡esos se apuntan a un bombardeo!

—¿Has visto qué uniforme lleva el mariscal de campo? — dice una de las vecinas con una innegable dosis de lascivia, mordiéndose inconscientemente el labio inferior.

—¡Aishhh, por favor! —le corrige falsamente la amiga.

—Va, que solo es un comentario.

—Ya, comentarios. ¡Cómo si no nos conociéramos!

—Elies Rogent, Joan Martorell… —siguen inventariando ahora a los arquitectos presentes.

—Del Villar —reconocible por su perilla aristocrática.

—El segundo teniente de alcalde…

—¿No ha venido el alcalde?

—¡Qué va! Poco le interesa la iglesia.

—¿Quién es aquel joven tan interesante? El de la barba.

—Todos tienen barba.

—El que se encuentra al lado de Martorell. El de la barba pelirroja.

—Ni idea.

La mujer se refiere a un joven arquitecto que hace poco que se ha incorporado a esto de las primeras piedras, un tal Antoni Gaudí, un chico protegido por Eusebi Güell a quien ya le han encargado un par de proyectos fuera de Catalunya y una casa en la Vila de Gràcia.

—Ummm, interesante. Me gustan las barbas… pelirrojas.

La zona está repleta de invitados y vecinos de ambos lados de la frontera, Barcelona y Sant Martí dels Provençals. Entre ellos, el señor Ignacio Marqués y esposa, perfectamente ataviados para la ocasión, que siguen la ceremonia desde la distancia, manteniendo la discreción.

Vistos desde detrás se distingue el traje negro funeral, cubierto con un bombín como la guinda de un pastel, y a su lado el *hourglass dress* de seda gris amarronado, con detalles negros y pliegues distribuidos por todo el vestido con velo cubriendo el rostro y una invisible estructura interna que realza claramente los glúteos. Es de suponer que el espantapájaros de al lado sea la cuñada.

—Estupenda ceremonia, querido.

—Claro que sí. Estoy contento de estar aquí, los dos, juntos —contesta el hombre, miembro de honor del club de los que saben lo que se debe decir en cada momento.

La mujer mira a su alrededor sin que nadie sea capaz de imaginarse lo que se le pasa por la cabeza. Ella es religiosa, mucho, pero las sensaciones que tienen no son piadosas, sino todo lo contrario. Ideas terribles que la acompañan desde aquel día en que le propusieron casarse para evitar los cotilleos por envejecer soltera y que ahora sufre en soledad, humillada, riendo las gracias en fiestas y convites, olvidando o simulando que olvida, aceptando sumisamente lo que la difunta Raymunda decidió a su espalda.

—¿Sabes, querido? —dice rehaciéndose del mal momento.

—Dime.

—Me gustaría que esta iglesia fuera especial, diferente.

Un gesto afirmativo que no compromete a nada es la feliz respuesta del marido.

Bajo el tupido velo negro se dibuja la sonrisa de quien acaba de encontrar un objetivo en su vida, un faro a seguir, se podría decir que una forma de revancha a tanta fiesta y convite a las que asiste en calidad de muleta de su marido.

Y todo esto ocurre mientras unos imaginarios Reyes Magos han llegado desde la cantera de Montjuïc, cargando una enorme piedra de regalo, símbolo del inicio de las obras. En pocos minutos desaparecerá devorada por el suelo, tragada para siempre, como si en lugar de enterrar un occiso muerto de un ataque de piedra, se diera santa sepultura a la causante del trance.

A Bocabella se le ve emocionado; los ojos se le humedecen, aunque lo intente disimular, «llorar no es cosa de hombres», piensa. Ha sido capaz de cumplir su sueño antes de que la *Muerte* le hiciera una visita muy personal.

La ceremonia continúa. El pequeño monaguillo que asiste al obispo le acerca la caldereta con el agua bendita y el hisopo; Su Ilustrísima esparce unas gotas sobre el pedrusco y con un punzón deja la marca de la cruz en cada una de sus caras, solo visibles a contraluz, como si le practicara un extraño exorcismo.

Las sentidas palabras de un salmo contrastan con el estruendo de una salva de artillería. Las autoridades introducen unas monedas y un

acta notarial en el agujero cilíndrico que el cantero practicó. Y es ahora cuando la piedra inicia su último periplo sin entender un carajo de lo que le está sucediendo desde hace un par de días, de aquí para allá, descendiendo hacia los infiernos a ritmo de la *Marcha real*, melodía que nunca puede faltar en un acto religioso no politizado.

La mujer del velo sigue con la vista el viaje de la piedra, emocionada, convencida de que hay algo en todo lo que está viviendo que le pertenece.

Discurso del obispo, palabras, más agradecimientos, los militares que disparan salvas, demostrando que la artillería siempre estará presente cuando el país la necesite, y mientras, el pedrusco, mareado de tanto ajetreo, descansa felizmente bajo tierra después de una jornada agotadora, protagonista de todas las miradas.

—Enhorabuena, señor Bocabella —recibe la felicitación del obispo —. Es un privilegio ser testigo del nacimiento de una iglesia en un terreno tan alejado de la ciudad. Quién sabe si algún día Sant Martí crecerá alrededor del templo, como lo hacían los antiguos poblados en la época medieval.

—No lo creo, Ilustrísima —contesta Bocabella dando un vistazo a su alrededor—. Mucho me temo que este terreno está destinado a mantenerse en las afueras para siempre, tanto de Sant Martí como de Barcelona, entre dos aguas, rodeado de parques y jardines.

El obispo se aleja una vez cumplido el ritual de saludar al anfitrión. Poco o ningún interés le despierta esta iglesia; la Asociación de San José no es de la familia, sino apegada. Y es que la iglesia que se construirá no está patrocinada y pagada por la diócesis, sino por una asociación ajena.

Los invitados saludan y ríen, un ritual dominado con maestría por las autoridades religiosas, civiles y militares que, aunque no tengan nada que decir, saben mantener la cadencia de una conversación.

—Magnífica ceremonia para la ciudad —dice un concejal que no sabe si el terreno que pisa pertenece a su término municipal o al vecino.

—Sí que lo es, sí —ratifica el notario Planes, que se encarga gratuitamente de gestionar los papeles—, especialmente el acto de firma del documento que da fe del mismo.

—Y bien organizada —proclama el organizador.

—Sí, muy bien todo, a Dios gracias —corrobora el agnóstico.

—¿Y qué hay de lo mío? —pregunta uno a quien le importa un pimiento lo que se está celebrando y que busca al alcalde que no está ni se le espera.

Cada uno protege su negociado y Bocabella se da un respiro para echar un vistazo agradecido a su alrededor, aspira hondo y sonríe: él es el protagonista de este acto si descontamos a la piedra.

—Enhorabuena, señor Bocabella —recibe la felicitación de Joan Martorell, convertido, *de facto*, en el asesor artístico del impresor—. Esperemos a ver cómo progresan las obras. Hasta ahora todo lo que hemos visto es sobre el papel y las sensaciones siempre son mejores cuando las piedras substituyen a los planos.

—Creo que eso no será ni mañana ni pasado mañana — contesta el promotor con tono de circunstancias.

—¿Por qué?

—Me temo que aún tardaremos un tiempo en comprobar los resultados. No tenemos ni un real —la frase se acompaña de un elocuente gesto pasándose dos dedos de forma rápida a ambos lados de la nariz—. Todo el dinero ha desaparecido en la compra del solar, a pagar a plazos a diez años, y justo nos da para comenzar a excavar.

—Pero tenía entendido que las donaciones eran abundantes.

—No tanto como deberían de ser.

—Entonces, ¿por qué han puesto la primera piedra hoy…?

Es el mismo arquitecto quien se autorresponde sin necesidad de que lo haga Bocabella:

—Claro, la piedra como reclamo.

—Así es.

Un pequeño silencio interrumpido repentinamente:

—Sí, es él, ya te digo… el de negro —dice uno de los abuelos mezclados entre el público—. Pregúntale ahora que está solo y tal…

—Disculpe, señor, creo que usted es el encargado, ¿verdad? —dice el abuelo dirigiéndose a Bocabella.

—¿Encargado? Bueno, supongo que sí.

—¿Nos podría decir para cuando está previsto inaugurar el jardín y tal?

Parecería que Bocabella y Martorell tuvieran delante a alguien recién aterrizado en la Tierra.

La jornada finaliza con la música resonando en la cabeza de Bocabella como si la orquesta con los trombones, cornetas, flautas y bombos continuaran la fiesta por su cuenta dentro del cerebro, con unos triángulos repicando rítmicamente el yunque y unos caballos cabalgando entre el estribo y la caja timpánica.

Y mientras tanto, el elegante y discreto matrimonio abandona la ceremonia montado en su carruaje. La pareja ha seguido el evento desde un segundo plano, casi de incógnito, lejos de la fiesta.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta el marido descubriendo en su mujer algo que se le escapa.

—Bufff, no sabes la cantidad de cosas que me imagino.

—Dime.

—Mejor que no. Veo la parcela vacía, cierro los ojos, y fantaseo con todo lo que se podría llegar a construir.

El hombre confirma con la mirada sin tener clara cuál debería ser la siguiente frase a pronunciar. El instinto de supervivencia le recomienda callar.

22 de mayo 2019, 14:58

Un antes y un después.

Todos tenemos ese momento culminante, aquel clímax que recordamos para siempre, un punto de inflexión en nuestra vida que representa un antes y un después. Aquellos que recordamos como si fuera ayer una llama volando en el cielo de Barcelona estamos confesando una cierta edad en cada pierna; los que ponen el recuerdo en dos aviones jugando a bolos pueden afirmar, con razón, que todavía son jóvenes; y quien mide la vida comparando sus vivencias con la Guerra Civil demuestra disfrutar de una longevidad impensable si no se sustenta a base de drogas.

—Señor Canard, soy Cristina Brossa, de los Servicios Jurídicos de los cementerios de Barcelona.

Mi vida está a punto de abandonar una flecha como referencia vital para ser sustituida por otra imagen y fecha, la de hoy y ahora. Estoy a punto de vivir un momento crítico, clave, crucial, decisivo, mucho más que aprobar un examen o unas oposiciones: estoy a punto de resolver un enigma que me hará cambiar la vida, pero solo si las palabras que estoy a punto de escuchar por teléfono son las que espero, las que quiero, las que sueño.

Desde la enorme mesa de la sala de juntas me observan sin entender un carajo de qué es lo que me está pasando, el porqué de mi repentina espantada dejando con un palmo de narices al gaznápiro que tengo por jefe.

«No hace falta que me digas quién eres, Cristina. Con escuchar la primera palabra era suficiente», pienso abandonando discretamente la sala. Las caras cambian, los cuerpos se estropean, pero las voces no engañan, aunque pasen los años y menos cuando hace tan solo unas horas que la escuché.

—Señor Canard, soy Cristina Brossa.

La voz al otro lado del teléfono es cercana, tierna, dulce, incluso amorosa.

—Sí, Cristina —tuteo—, sé quién eres.

Por el contrario, mi voz suena encogida, angustiada, contrita, acongojada, desencajada…

—Es respecto a la consulta que realizó ayer.

«¡Claro que sé por qué me llamas! —pienso sintiendo una fuerte opresión en el tórax que me impide respirar— Tú y yo no nos conocemos de nada más».

—Sí… sí… —contestó obediente.

—Por el tema del panteón que encontró en el cementerio de Montjuïc.

—Sí… claro…

—El de Marqués Bolet.

«¡Por el amor de Dios! ¡Sé el motivo de la llamada! ¡No hago más que vivir para esto desde hace dos semanas!».

—Sí… sí…

—Y… —la voz ya no me parece tan tierna, sino irritantemente pausada, como la de aquellos abuelos que deben confesar el número secreto de la cuenta bancaria y el motor se les cala cuando están a punto de morir—… y… pues… que he estado mirando las bases de datos de que disponemos y…

«¿Y? ¿Y? ¿Y? ¿Y?…».

—Pues… siento decirle, señor Canard, pero… espere que lo busco mejor… un momento… sí, aquí… que… que… que dentro del panteón no reposa el cuerpo del señor Ignacio Marqués y Bolet.

…

…

…

…

El agua no está fría, soy yo quien se ha congelado. La sangre se me ha helado. La maldita flecha de aquel arquero discapacitado continúa siendo mi referencia vital y la voz falsamente melosa, la mujer de las ridículas gafas de pasta azul y cabello tintado continúa en el otro lado del auricular, mientras que en el pasillo resuena la música de un joven Sting interrumpiendo el drama:

I don't take coffee, I take tea, my dear
I like my toast done on one side
And you can hear it in my accent when I talk
I'm an Englishman in New York

Me mantengo quieto, firme, en medio del pasillo, congelado como una estatua de hielo, con el alma perdida en una fosa común. La secretaria se molesta porque le entorpezco el paso; otro compañero, más atento, me evita al ver mi rostro desencajado y mi amigo que me vuelve a preguntar:

—¿Te encuentras bien? Tu padre, ¿verdad?

Un gesto evasivo soluciona la situación.

—Señor Canard, he comprobado los datos de que disponemos y nos

consta que el panteón pertenecía a Manuel Marqués y Bolet. Me he informado y veo que está ocupado por dieciséis cuerpos, entre ellos dos hermanos Marqués Bolet, Manuel y Fermín, pero ningún resto corresponde al Ignacio Marqués que usted busca ni puedo asegurarle de que se traten de hermanos.

La vida gira a mi alrededor, pero yo solo oigo la desagradable voz de esta mujer. Mis expectativas diluidas como el café en un vaso de leche. Un camino que me había ilusionado, que me había hecho sentir como uno de esos aventureros en busca de un tesoro, Indiana Jones con el látigo en la mano, sacando a la luz secretos olvid…

—Pero he podido comprobar —continúa la voz agria e irritante del teléfono— que sí que hay referencias de un Ignacio Marqués y Bolet que estuvo enterrado en otro nicho del mismo cementerio, y que fue inhumado dos años más tarde de su muerte para ser trasladado a Tiana, su lugar de nacimiento.

Nuevamente la voz consigue captar mi atención, como las sirenas lo hacían con Ulises.

—Te pasa algo —insiste mi compañero asustado por los repentinos cambios de coloración de mi piel.

—Señor Canard… ¿se encuentra allí?

—Sí, sí… sí… estoy aquí.

—He conseguido encontrar el certificado de defunción de Ignacio Marqués…

—Sí… certificado… de… defunción… sí…

—… y aparece la fecha del óbito, el motivo, por cólera…

—Sí… óbito… sí… sí…

—…, que vivía en el paseo de Gracia número 6… de Barcelona…

—Sí… sí… sí…

—… que era comerciante…

—Sí… sí… sí…

—Pero no haga mucho caso a la ocupación, señor Canard, porque era bastante habitual que los funcionarios de la época cometieran errores rellenándolo.

—Sí… errores… sí… no sufra… y… ¿algo más?

—Y también aparece el nombre de su mujer…

—Sí, sí, sí, sí, sí…

—… que se llamaba… se llamaba…

—Sí, sí, sí, sí, sí… se llamaba…

—… se llamaba… espere que lo miro… se me ha traspapelado la hoja…

—Sí… sí… sí…

—… señor Canard, la mujer se llamaba… Isabel Bolet i Vidiella…

—¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Un salto, un grito, una sonrisa, un golpe en el aire con el brazo

como si acabara de marcar el gol decisivo de la liga, y otro, y otro más, y más y más, y un beso al teléfono y la bella Cristina, la mujer de los ojos café dulce, un abrazo a mi compañero que no entiende cómo una llamada del hospital puede provocar una reacción tan virulenta y la vida que me regala un antes y un después, un punto de inflexión, un momento que recordaré para siempre, una escena donde solo deberé cerrar los ojos para narrarla, si es que algún día alguien me pide que lo haga.

—¡Te quiero, cristina!

Cristina no dice nada al otro lado del teléfono, me deja hacer. No es la primera vez que ayuda a alguien a encontrar una persona olvidada por la niebla de los tiempos, pero es ahora cuando se da cuenta, desde la soledad de su cubículo, que dar es a menudo mil veces más gratificante que recibir.

—Señor Canard —continúa con su voz dulce y profesional, haciendo caso omiso al exabrupto que acaba de escuchar—, anoche busqué más información sobre el marido y la mujer y ahora le envío un *mail* con todo lo que he encontrado.

22 de mayo 2019, tres y un minuto de la tarde, Sting resuena en la megafonía y yo acabo de vivir un antes y un después. La flecha más maravillosa que ha vivido Barcelona acaba de pasar a la historia.

Plaza de Catalunya,
23 de mayo 2019

Una intensa sensación de paz mental me invade desde que recibí la llamada de Cristina. El fantasma que me atormentaba se ha liberado, me siento un hombre nuevo, completo, satisfecho. He conseguido escalar un nivel en la pirámide de Maslow, con la autoestima volando fuera de mi alcance. Esta noche, doña Isabel y su rostro oculto no ha aparecido en escena y ha sido la imagen de una vecina y de su entrepierna quien ha visitado mi cama con su compañía imaginaria.

La llamada de Cristina ha sido contundente:

—Isabel Bolet i Vidiella era la esposa de Ignacio Marqués —el hombre que según la prensa de la época ayudó a construir la Sagrada Familia. Isabel, como la enigmática dama que desde hace un siglo historiadores de todo el mundo han buscado sin lograr ponerle apellido. Y soy yo, solo yo, yo, yo… desde el cuarto pedestal de Maslow, quien lo ha conseguido, quien la ha encontrado: Isabel Bolet i Vidiella.

—Isabel Bolet murió el 10 de septiembre de 1888 y vivía en el paseo de Gracia número 6, segundo piso —me ha informado Cristina. Esa era la dirección de la doña. Allí. Cierro los ojos para verla ante mí, saliendo a la terraza.

Los zapatos me llevan hasta el paseo de Gracia esquina con Caspe, actual número 6, donde unos enormes andamios, como envoltura de harina, mantienen en pie una pared sin que nada más se encuentre detrás de ella. Una de aquellas fachadas que se hace lo imposible por preservar; a menudo me pregunto si no sería más económico y menos peligroso tirarla abajo para levantarla de nuevo sin tanto revuelo, reproducida fielmente.

Paso de largo; no es este el número 6 que busco.

Y es que en 1885, la plaza Catalunya no era más que un enorme solar, una referencia popular sin que ninguna edificación atendiera al nombre de una plaza inexistente. En su lugar, el paseo de Gracia empezaba a mi derecha, esquina Fontanella, en un frontal ocupado por la casa Girona, la casa Sicart y el Club San Jorge, donde se encontraba un eufemístico *Centro Cultural de los Ejércitos* que da al mundo un feliz ejemplo de incongruencia.

Fue al inicio de los años sesenta cuando una excavadora acompañada de una de esas bolas gigantes derribó los edificios históricos para sustituirlos por la nueva silueta de El Corte Inglés, ejemplo de románico y gótico con tres gotas de barroco, cuarto y mitad de eclecticismo, libra y media de modernismo mudéjar y una pizca de rococó neoclásico pasados por una licuadora industrial para llegar a lo que tenemos hoy: un edificio con personalidad propia, fachada alegre, imaginativa, solución ingeniosa, revolucionaria y creativa… ébola arquitectónico imposible de encontrar en otro lugar del mundo. Un edificio que por la derecha pierde casi tanto como por la izquierda. Nuevo estilo Barcelona.

Miro adelante y me imagino el número 6 en el portal y una pequeña placa con el nombre del marido; no creo que apareciera el de la mujer. Se encuentra justo detrás de una multitud de sábanas tiradas en el suelo con camisetas de un futbolista que se jubiló hace años y que lo promocionan como si al jugador lo hubieran fichado ayer. A su lado, una chica con los dedos del pie malformados, amontonados entre sí como si quisieran cargar un *pilar de cinco*, tapada con un pañuelo que solo deja entrever los ojos y una criatura durmiendo en sus brazos. No muy lejos, unos policías miran distraídos hacia el otro lado.

El Corte Inglés. El número 6 del portal se ha convertido en una pantalla led que invita a entrar a los grandes almacenes. Veo a doña Isabel subiendo las escaleras mecánicas mientras una sirvienta carga con la compra y el marido la espera en la planta 2: *moda hombre él y moda joven ella, artículos de viaje, accesorios para el hombre y moda baño.*

—¿*Slips*, señor?

—No, gracias.

Un descanso mental me permite imaginarme a mí mismo vestido con un tanga rojo, muy mono, que hay en un cajón de sastre con ofertas.

—¿Cuánto cuestan?

—Veintinueve euros, señor.

«Joder con la oferta».

Miro a mi alrededor trasladándome al pasado, con el anuncio de una modelo que se le da un aire a la Inmaculada Concepción del cuadro, y en un expositor de complementos encuentro un crucifijo y un san José de Lladró que debían pertenecer a la antigua vivienda. Al contrario, soy incapaz de encontrar ninguna relación entre la pareja que habitó este lugar y unas correas de cuero y una colección de cinturones de diferente grueso y rugosidad.

—¿*Territorio Vaquero*?

—No gracias —contesto con la duda de si los pantalones piquillo me quedarían bien.

Frente a mí, el lavabo de la señorial casa, un taburete especialmente alto que debe ser la cuñada, la cocina detrás de los bañadores y los cambiadores coinciden con el despacho de… de…

«¿Pero qué me está pasando?».

El viaje en el tiempo, el *Stargate* se cierra, la puerta al pasado desaparece, repentinamente, cuando una duda se me cruza por la mente, una sospecha cruel que puede convertir un castillo de ilusiones en una semilla de aquellas que pulveriza el viento ensuciando las calles:

«¿Es realmente Isabel Bolet la misma Isabel con la que he soñado durante todos estos años? ¿Podría ser todo pura casualidad?».

La duda ha venido para quedarse.

Una rápida consulta en internet me descubre que hoy hay 275.443 mujeres en España con el nombre de Isabel, una de cada diez.

El semblante se me cambia de repente, acabo de envejecer diez años, Maslow se ríe y me devuelve al nivel dos y medio de donde nunca debería haber salido.

«Bufff, que la mujer de Ignacio Marqués se llamara Isabel Bolet no significa necesariamente que se trate de doña Isabel».

A mi alrededor ha desaparecido el dormitorio del matrimonio, tampoco veo el lujoso salón ni la sirvienta servicial ni la cuñada trabajando de estatua humana, sino unos estúpidos pijamas a colores, unas camisas que nunca en la vida me pondría y la foto de una modelo que pide a gritos dar un bocado a un bocadillo de jamón.

Estoy inquieto, muevo la cabeza nervioso. Quiero irme, ya, no lo soporto y más cuando me doy cuenta de que antes había más *Isabeles* y menos *Jenifers, Adas, Alexias, Fannys, Shaylas y Tamaras*.

Y la escalera mecánica que se convierte en un Dragon Khan que me envía de nuevo al precipicio de la desesperación.

El Poblet,
hace un año y medio de la colocación de la primera piedra

—Bien, han pasado los meses con poco movimiento, pero ya se empieza a vislumbrar los primeros cimientos.

—Sí, ha sido una tortura recaudar lo suficiente para poder comenzar, pero a partir de ahora esto será imparable.

—Esperemos que sea así.

Son el asesor Martorell y el promotor Bocabella ante el cráter de lo que será la futura iglesia. El librero se emociona viendo el enorme agujero. Si se pone así ahora, será interesante saber lo que le pasará si vive lo suficiente para ver como se alzan los campanarios y el cimborrio.

—Y bien, señor Martorell, ¿qué le parece?

—¿El qué?

—¿De qué quiere que hable? De los planos.

—Pues… bien, muy bien.

—¿Bien… muy bien?

—Sí.

—No le veo demasiado entusiasmado.

—¿Qué quiere que le diga…?

—Diga, diga, le estoy preguntando. Es usted mi asesor.

—Pues… clásico.

—¿Clásico?

—Sí, clásico.

—Eso es bueno, ¿no?

—Se lo diré de otra manera para que me entienda mejor: clasicoide, anacrónico, pasado de moda, ¿qué calificativo prefiere? Usted quería una réplica de la basílica de Loreto, más tarde escogió a Del Villar como arquitecto que comenzó entregándole dibujos mezclando estilos, primero románico, después neo-románico, ahora historicista… vulgares desde mi punto de vista, hasta llegar al que tenemos ante nosotros.

—Entiendo.

—Bueno, usted me pregunta y yo le contesto. Se trata de un trabajo impresionante, sin duda, pero ni pizca innovador. Nunca Del Villar ha sido innovador, pero en esta ocasión se ha pasado tres pueblos. Pero bueno, entiendo que es eso lo que usted quiere, ¿no es así?

Dudas del promotor antes de responder.

—Bueno, quizá me equivoqué escogiendo a Del Villar, pero esta discusión ya la hemos tenido en más de una ocasión: recuerde que él es el arquitecto diocesano y a quien le corresponde el diseño de las nuevas iglesias.

—Solo si usted lo decide. La asociación es una entidad privada y podía haber escogido a otro arquitecto.

—Sí, podía haberlo hecho, pero no quería enemistarme con el obispado.

—Me temo que el obispado poco interés tiene en una iglesia que no les pertenece, pero bueno, usted sabrá lo que se hace.

No pasarán ni dos meses desde que se pronuncian estas palabras cuando una discusión entre arquitectos, egos malentendidos, llevará al arquitecto Francisco de Paula del Villar a renunciar a su cargo, dejando vacante una plaza que alguien debería ocupar.

Nunca se acabará sabiendo cuáles son los verdaderos motivos de la marcha de Del Villar. Una renuncia gracias a la cual la ciudad entera y, en general, la humanidad se beneficiará durante los siglos venideros.

—Disculpe.

—Dígame, señora.

El peón se sorprende por la presencia de una dama vestida con un vestido largo. La polvareda que se levanta en la zona de obras de la futura iglesia obliga a la mujer a taparse la boca con un pañuelo. Su figura es distinguida, el rostro oculto por la tela y las manos que muestran el paso de los años, cuidadas pero con arrugas y manchas en la piel claramente visibles. Manos firmes que no tiemblan a pesar de la edad, manos que mandan y ordenan, manos que saben lo que quieren, que han decidido su camino por sí mismas, que ya no dependen de los demás, manos de *estoy haciendo lo que quiero y como quiero, y, aunque nadie lo sepa, soy yo quien mando*.

—¿Me puede decir quién es aquel hombre que dirige las obras?

—Sí, es Antoni Gaudí. Ha substituido al anterior arquitecto no hace mucho.

—Muchas gracias.

La mujer se aleja en dirección al carruaje que la espera.

«Antoni Gaudí, me suena».

Efectivamente, el tal Gaudí comienza a hacerse un nombre entre la alta sociedad, con Eusebi Güell como principal valedor y Manuel Vicens encargándole su nueva casa.

—Regresemos.

—Sí, señora Isabel —y el carruaje abandona este terreno perdido en tierra de nadie.

Calle de Santa Anna,
23 abril 1884

—Isabel, quiero hablar contigo —le dijo Raymunda hace una eternidad.

—Sí, tía.

—Ya tienes treinta y seis años…

—Treinta y uno —replicó la sobrina en una pequeña travesura que la acompañará durante toda la vida.

—Muy bien, treinta y uno —aceptó la tía con media sonrisa en los labios—. Ya no eres tan joven y a la familia le conviene saber cuál es el futuro que tienes pensado.

Una conversación que le extrañó que procediera de los labios de la tía, en una época en donde sobrepasar los treinta y ser soltera la convertían en solterona y un cierto deshonor familiar. Una reunión en donde las paredes tuvieron que escuchar frases como «sabes que quiero lo mejor para ti», «tengo entendido que os caéis bien» y la más dolorosa: «ya lo tengo todo preparado».

Y ella sin opciones para trabajar, para desarrollarse socialmente, profesionalmente, para ser ella… obligada a perder el apellido convertida en *señora de tal*, aunque todo eso no fue nada comparado con lo que estuvo obligada a escuchar unos minutos más tarde:

—Espera, Isabel, no te vayas, hay algo que te quiero comentar… a solas, un tema… delicado, sobre tu futuro marido.

En solo dos ocasiones Isabel llorará en su vida; una está todavía por llegar, pero en aquella nefasta tarde conoció la primera. Un día donde hirieron a la fiera que todo el mundo lleva en su interior, a la espera de que llegue el momento de que la mantis ataque para vengarse.

Isabel (todavía no sé si se merece llamarse doña Isabel) se encuentra en su casa, edificio señorial de la nueva Barcelona, fronterizo a las murallas destruidas. Casas de burgueses, familias adineradas por herencia y nuevos ricos que han mordido en las nuevas tierras de ultramar todo lo que poseen.

—Madre Patria —afirman los que pueden hablar.

—Madre Puta —refutan los nativos sin voz.

En las viviendas de los indianos, la palabra *museo* cobra un sentido especial, con más obras de arte que las que se podría encontrar en una

pinacoteca. Enormes cuadros al óleo, tan grandes que si la madera, tela y pintura se vendiera a peso conseguirían un buen jornal, y entre ellas la favorita: la *Inmaculada Concepción*, para la que un marchante ofreció tres mil quinientas pesetas con la intención de revenderlo en Barcelona o probando suerte en París.

Isabel sale de casa. Ante sí se encuentra con un descampado que alguien llama plaza Catalunya. Un terreno que parece el vestido de un arlequín cosido con retazos de colores, sin orden ni concierto: parterres, plataneros, un par de caminos, zonas sin urbanizar. Es como si el arquitecto municipal hubiese lanzado al cielo todo lo que sobraba en la ciudad y se hubiera quedado tal cual ha caído. Hay quien afirma que este rincón representa fielmente el país al que da nombre.

Isabel baja por el Portal del Ángel, relajada, dirección mar, dirigiéndose como cada día al antiguo monasterio de Santa Ana, parroquia y colegiata, uno de esos tesoros escondidos detrás de los nuevos edificios que crecen a su alrededor y que, en poco tiempo, parecerá que su presencia sea anacrónica.

Vuelve a atormentarse con aquel desgraciado día y recuerda la familia que dejó en Vilanova. Boda de intereses que a cambio de dejar de ser ella le regalaba una vida cómoda que no la inoportuna con demasiadas preocupaciones. Es el privilegio de vivir en una prisión sin barrotes, un paraíso dentro de una burbuja invisible de donde se escapa a escondidas cada vez que puede.

Y es que la mujer ha convertido la construcción de la iglesia del Poblet en cosa suya, no sabe por qué. Tan pronto supo la noticia, hizo una pequeña donación, la primera:

—Aquí tiene, para la Sagrada Familia —dijo orgullosa como quien considera que lo que está haciendo cobra un sentido especial, como si fuera ella la verdadera promotora y no Bocabella.

—Ocho reales —dijo la mujer.

—Me dice cuál es su nombre, para registrar la limosna.

Fue la única vez que no se escondió entre las sombras, que pronunció completo su nombre, sin antifaz: Isabel Bolet; un nombre y un apellido perdidos entre los miles de donantes que aparecen en el *Propagador*.

Ahora siente la iglesia como suya, escabulléndose día sí día también para comprobar la evolución de la construcción, con una primera piedra que ya puede jugar junto a otras compañeras. Ahora las obras dibujan la futura cripta dentro del interior de un enorme cráter.

La mujer camina por el Portal del Ángel dirección a Santa Ana. Tiendas y negocios a ambos lados de la amplia avenida, antigua riera. Pasa por delante de la pequeña escultura del ángel que un día veló por la ciudad defendiéndola de la peste, aunque vistos los episodios

epidémicos que sufre periódicamente la ciudad, se diría que hace siglos que vive de rentas.

Y es ahora, a punto de llegar a la calle de Santa Ana, estrecha cicatriz que cruza el barrio hasta la Rambla, cuando escucha de fondo una pelea, gritos altisonantes que se interponen en su pensamiento, voces claramente audibles, pero no las de dos borrachos que pelean entre sí, sino como si don Juan Tenorio y las *Valkirias* de Wagner regresaran del campo de batalla dándose cita al final del callejón.

Isabel se mantiene a distancia, todo el mundo que transita por la calle lo hace. Un combate de boxeo inesperado entre Bocabella y Del Villar, promotor de la Sagrada Familia y arquitecto cesante de perilla aristocrática. Y es que, sin duda, las peleas ganan notable interés cuando los gallos en disputa no son indigentes o chiquillos, sino dos hombres ataviados de frac que se insultan de usted. Cabe decir que la cosa no tiene parangón cuando las protagonistas son dos mujeres elegantes o, mejor, dos monjas que blasfeman perdiendo totalmente la compostura.

—Siento que haya abandonado el proyecto —esconde el golpe Bocabella.

—No me venga con cuentos. Si incluso la prensa descubre que miembros de su Asociación —remarca el *su*— ponían velas suplicando mi dimisión.

El *uppercut* de Del Villar va directo a la mandíbula.

—Mi voluntad era la de que hubiese continuado con nosotros. En realidad, fue usted quien nos abandonó incumpliendo su compromiso.

Directo de izquierda que aturde al arquitecto a la vez que el impresor mantiene alta la guardia.

—Renuncié porque ustedes hicieron todo lo posible para acabar con mi reputación. Sus decisiones solo corresponden a personas indoctas, a alguien sin los mínimos conocimientos de construcción ni de cálculos. —*crochet* en la barbilla de Bocabella que impacta de forma contundente.

—No le permito que dañe nuestro nombre. Usted sabía desde un principio que nos reservábamos el derecho a realizar cambios en el proyecto, incluyendo la utilización de mampostería en lugar de sillares.

—Ya veo que ha dejado los libros a un lado y, milagrosamente, se ha convertido en un experto arquitecto.

Son golpes que Del Villar lanza sin piedad contra el cuerpo de Bocabella, que los recibe defendiéndose tan bien como sabe.

—Las columnas no soportarán el peso de la nave —ataca nuevamente Del Villar.

—Nuestros informes dicen lo contrario —se defiende Bocabella.

—Soy un profesional y le pasaré mis honorarios —dice quién

debería cobrar.

—Se ofreció de forma gratuita —dice quién debería pagar.

Isabel reconoce a ambos contendientes, especialmente a Bocabella, con quien coincide cada festivo en las misas de la asociación, aunque siempre va ataviada con un velo y es difícil que él la reconozca. Una discusión que se alarga durante varios días con reproches y latinajos en artículos de prensa cruzados que demuestra el nivel excelso de ambos contendientes.

Isabel da media vuelta para evitar la trifulca y decide dejar la misa para otra ocasión. Es ahora cuando se da cuenta de que la construcción de una iglesia no depende solo de las limosnas para comprar piedras y pagar a los operarios que las trabajan, sino que es mucho más: es pasión, energía, fuerza, poder, el coraje de un arquitecto que debe sentirse apoyado, que fantasea con aquello que es inimaginable, que lo considera suyo a contracorriente y que solo debe preocuparse en diseñar el edificio sin pensar en los reales que aparecerán en los libros de cuentas.

Del Villar y su perilla aristocrática es ejemplo de buenas maneras, de contención y moderación, pero no de la imaginación que necesita la ciudad, incapaz de dar color a la piedra blanca violácea de Montjuïc con la que se construyen sus edificios.

Veinte minutos más tarde

—Félix.

—Sí, señora Isabel —contesta atento el cochero mientras la mujer sube a la calesa—. ¿Dónde quiere que la lleve? ¿Al Poblet, como cada mañana?

—No, hoy iremos a la calle de las Carolinas.

El conductor pone cara de no saber dónde para eso. Su ámbito de acción se limita a Barcelona, el Poblet y las salidas que hacen los días festivos a las montañas que rodean la ciudad.

—Es en la Vila de Gràcia, cerca de la plaza de los Josepets.

—Sí, señora.

Es allí donde Manuel Vicens, adinerado corredor de comercio, se construye una casa que contrasta con el estilo de contención y moderación predominante en la escuela barcelonesa. Vicens escogió al arquitecto Antoni Gaudí para que las paredes del nuevo edificio estuviesen cubiertas de azulejos de colores y forjados espectaculares. Un estilo que rompe con la sobria piedra blanca violácea de Montjuïc, que predomina en la piel de los edificios de la ciudad.

El Poblet,
19 de marzo 1885 año y medio más tarde del cambio de arquitecto

Las obras en el Poblet cogen velocidad de crucero y las limosnas aumentan de forma exponencial: alguna herencia, muchos reales, maravedís, donaciones entregadas en mano y alguna que nadie sabe de dónde proviene. Y es que es más atrayente la realidad de unas piedras que la eventualidad de una promesa.

Hoy se celebra san José. Hace tres años justos de la colocación de la primera piedra y año y medio desde el relevo del arquitecto. Un día que la asociación aprovecha para inaugurar la primera capilla de la cripta diseñada por Gaudí, apremiado por el impresor, que tiene la necesidad vital de ver alguna cosa finalizada, no sea que la *Muerte* insista en acompañarle con ella.

—Diez mil pesetas ha entregado la familia Castellbell para construir la capilla de San José —anunciaba Bocabella hace unos meses en la reunión de vecinos que aprobó el punto del orden del día entre una algarabía entusiasta.

Todo el mundo aplaudió excepto Isabel. El marido la miró extrañado; parecía que el anuncio del librero entró por un oído y, en lugar de activar el mecanismo para el aplauso, lo que hizo fue encontrar un camino expedito hasta un rincón recóndito del cerebro, aquel donde se crean las ideas más locas, aquellas que es el propio propietario quien las descarta y evita divulgar para evitar ser tachado de alienado y perder la poca credibilidad que le queda.

Los fieles se agolpan en un espacio que, es de suponer, algún día será una iglesia, pero que ahora no es más que un campo de batalla. Para la historia quedan las misas en la antigua capilla de la Esperanza, aunque sin saber muy bien si es para mejorar o se ha ido hacia atrás. Y es que la pequeña capilla solo tiene espacio para un altar y una imagen del padre de la criatura.

Isabel y su marido se encuentran allí, de pie, lejos de las sillas habilitadas en la parte central, apartados de las miradas, ella cubierta con un velo y vestida con un elegante vestido negro con botones dorados y un lirio como aguja y él de negro riguroso y sombrero siguiendo el protocolo. Aparte del arquitecto y de los picapedreros, la mujer debe ser quien mejor conoce cada rincón de la construcción y hay quien pondría en duda si supera a los anteriores.

Es el obispo Jaume Català quien oficia la ceremonia. Cantos de entrada, beso al altar, más cantos, oraciones seguidas de cantos, himnos, oraciones con cantos, liturgia, lecturas acompañadas de cantos, eucaristía, homilía, más oraciones y cantos de clausura.

Dominus vobiscum.
Et cum spíritu tuo.
Benedícat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.
Amen.
Ite, missa est.
Deo gratias.

—Señor Gaudí, señor Gaudí, ¿me permite un momento, por favor?

Es la voz elegante de Isabel, escondida tras el velo, quien llama la atención del arquitecto. La acompaña su marido; nunca antes los había visto.

—Claro que sí, señora, usted dirá.

—Estoy muy feliz, estamos muy felices —rectifica la mujer incluyendo al marido que hoy es quien acompaña la esposa en funciones de mascota—, de ver que el templo dedicado a san José va tomando forma.

—Poco a poco; solo se trata de una capilla.

—Sí, la primera; por eso estoy, estamos, aquí —pequeño carraspeo del marido—. Nos haría mucha ilusión costear una de las capillas y que estuviera dedicada a santa Isabel, este es el nombre con el que me bautizaron mis padres.

—Será un honor, señores.

—¿Diez mil pesetas estaría bien?

Los ojos de Gaudí se abren de par en par. No son muchas las donaciones que se reciben y menos de esta cuantía. Bocabella sigue la conversación a unos metros de distancia y no puede evitar aceptar la oferta mentalmente, sin hacer más preguntas.

Muchas gracias, señora… señor, señores —Gaudí también tiene algún problema en personalizar la ofrenda—. Pero debería dedicarse a algún miembro de la Sagrada Familia, que son a quienes están consagradas las capillas. Quizás podríamos relacionarla con el hijo de santa Isabel, san Juan Bautista, quien bautizó a Jesús.

Interesante comentar que hay quien afirma que santa Isabel no era prima de la Virgen María, sino más bien un personaje ficticio, una invención del evangelista Lucas para establecer un vínculo familiar entre Jesús y Juan Bautista. Cosas de los autores del Nuevo Testamento, capaces de dar por buena cualquier historia para vender el producto.

—No, no puede ser —continúa la mujer—: me refiero a santa Isabel

de Hungría; es a ella a quien deseo dedicar la capilla.

El rostro de Bocabella cierra fuertemente los ojos, apretando los dientes, con miedo a imaginar cómo acabará la escena. Gaudí también muestra una mueca difícil de interpretar, aunque Bocabella sabe descifrar desde el primer instante, deseando que la tierra se trague al arquitecto pelirrojo antes de que abra la boca.

—Pues… —dictamina Gaudí— lo siento, pero no puedo aceptar el donativo. Es taxativo que las capillas honren a los miembros de la Sagrada Familia. Otra cosa sería traicionarnos a nosotros mismos.

Una lágrima nace en los ojos de Bocabella a quien le acaban de arrancar cinco años de vida.

—Lo que sí le pido, señora Isabel, señores —a Gaudí le cuesta unir el matrimonio—… es que, cuando ya no tengan necesidad del dinero — extraordinario eufemismo de jugar con los gusanos—, no duden en destinarlo a alguna de las capillas que faltan por construir.

Una respuesta que sume en la tristeza al propio Gaudí, al misterioso matrimonio y a Bocabella, enrabietado por el carácter insobornable del arquitecto.

Es de noche en el paseo de Gracia.

Isabel mantiene la rabia contenida al lado de su marido. No ha podido hacer realidad su sueño.

Una nueva astilla clavada en la pata de la fiera.

Ripoll/Barcelona,
18 agosto 1885, tres años más tarde

Los puntos y rayas se suceden a velocidad vertiginosa al pulsar el sensor electromagnético. El operario es mayor pero inexperto, con dificultades para convertir mentalmente cada letra en impulsos cerebrales que terminen con los conocidos y rápidos toques del dedo sobre el manipulador. Un hombre que ha sustituido al anterior telegrafista, un operario que había convertido su trabajo rutinario de intermediario de las desgracias ajenas en fuente inagotable de chismorreos, contados a su mujer y a los amigos cuando se había tomado tres o cuatro vasos de vino. Es por ello que la oficina de telégrafos decidió sustituir al antiguo trabajador por un viudo abstemio y sin vida social apreciable.

Las señales atraviesan valles y ríos de forma inmediata. Viajan por líneas eléctricas, entre postes y cables en forma de pentagrama, hasta llegar a la casa del marqués de Ciutadilla, en la plaza Urquinaona, donde un electroimán activa un punzón que dibuja los mismos puntos y rayas originales sobre una tira de papel. Es ahora cuando otro operario, soltero y mudo, tantos fueron los disgustos que dieron los telegrafistas anteriores, lo recoge para traducirlo inmediatamente. El operario entrega el cable a un ordenanza que lo entrega al subdirector de la oficina.

«Ataque de cólera… situación crítica… paseo de Gracia», lee mentalmente el subdirector que se da un tiempo para analizar el texto. Este hombre supone un alto riesgo en la cadena de confidencialidad, pero el miedo a perder su generoso sueldo reduce ostensiblemente el peligro.

—¡Chico! —llama a un joven con sombrero de plato.

—Dígame señor.

—Este cable es urgente. Tienes que llevarlo aquí al lado, al paseo de Gracia. ¿Sabrás hacerlo?

—Claro, señor —contesta el chaval que sale por la puerta y da marcha atrás para recoger el cable que se había dejado olvidado.

Los brotes de cólera se reproducen por toda Catalunya. A menudo, la enfermedad pasa desapercibida y no es tratada: bacterias que se esconden en el intestino y que provocan vómitos, una diarrea muy característica que ahorraré explicar y una deshidratación que te deja

sin fuerzas. No se necesitan muchas horas para poner fin a la vida de un adulto.

—Señor Marqués —decía hace pocas horas el médico que atendía al industrial en visita a una fragua—, es cólera. Lo siento mucho, pero poco puedo hacer.

Escuchar la palabra *cólera* es como invitar a la *Muerte* a que entre en tu casa y departa un buen rato contigo, como quien no quiere la cosa.

—Lléveme a la estación. Quiero regresar a casa, con mi esposa —ordenó el enfermo.

—Pero se encuentra muy débil, señor Marqués —le decía un ayudante—. Es posible que no pueda llegar.

—¿Y qué quieres que haga? —gritaba el industrial con las pocas fuerzas que le quedaban—. ¿Qué me muera aquí, solo? ¿Lejos de mi casa y de mi mujer?

—Ya has oído al señor Marqués —intervino Ribera, el amigo de infancia del industrial y director de la herrería, hombre que le acompaña a todas partes—. Preparamos la vuelta.

Un viaje terrible; un tren destinado a no mejorar su velocidad por más de un siglo y el hombre que pierde la mirada, que se deshace por momentos, retorciéndose encima de un agujero practicado en una silla de madera.

«Número 6», lee mentalmente el chico que comprueba por enésima vez que en la cartera de cuero que le cuelga del hombro carga con el sobre que debe entregar.

Sube las escaleras, piedra noble, barandilla señorial, hasta el segundo piso, golpea la puerta con el picaporte y le abre una criada.

—¿Qué quieres, chico?

—Entregar este telegrama.

—Dámelo.

La breve interacción verbal, proceso comunicativo que cumple sobradamente su propósito, finaliza con el sobre en la mano de la sirvienta que, rápidamente, lo entrega a la señora.

—Han traído este telegrama para usted.

La vida puede dar un giro de ciento ochenta grados de un momento a otro. Lo que hasta ahora es placidez, calma y quietud puede cambiar en un santiamén de forma incomprensible. Es un hecho constatado que los cambios son casi siempre a peor. *Carpe diem*. No lo duden, disfruten el momento porque nunca se sabe lo que puede suceder.

—Rápido, Josefa, prepara la habitación del señor. El señor Ignacio se encuentra enfermo. Le están trayendo hacia aquí.

Las palabras no se acompañan de llantos, sino de corredizas.

Barcelona,
junio 2019

Los días pasan con la desazón de desconocer si la mujer del industrial era una Isabel más o se trata de doña Isabel. No sé qué debo hacer, dónde ir, pero lo que no puedo es estarme quieto, parado como un pasmarote viendo pasar los días, necesito moverme, buscar, tener la sensación de que soy yo quien va en busca de un secreto que navega a la deriva. Maslow me ha devuelto al escalón dos y medio sin saber si el destino me reserva pisar de nuevo el cuarto y, quién sabe, si conseguir rellenar el tercero con nuevas amistades y la expectativa de ir más allá de mis experiencias de autoamor.

La ciudad se abre ante mí convertida en un gigantesco juego de mesa, pero no de estrategia como el ajedrez, donde hay que demostrar una cierta dosis de inteligencia, sino un juego de la oca, donde todo es puro azar, donde solo puedo lanzar los dados a ciegas a la espera de saber en qué casilla caigo. Esta es la impresión que tengo, de no saber qué es lo que busco ni dónde tengo que ir ni con quién hablar, con la sensación de que no soy yo quien manda en el juego, sino la casualidad.

Las casillas me esperan: calles, puentes, estaciones… con una oca que aparece en medio del camino y otro puente y otra oca y una más y un pozo y la prisión que se llama Wad-Ras, el parque del laberinto también juega, el cementerio de Collserola personifica la casilla de la muerte y yo que estoy listo para comenzar la partida, en la casilla inicial, en mi casa.

Ahora me vienen a la mente las palabras de la archivera que resuenan en mi cerebro, como las campanas de Beceite que no descansan ni de día ni de noche.

—Si buscas el testamento de ese hombre, primero necesitarás conseguir el acta de defunción y lo tendrás muy difícil si no murió en Barcelona.

—¿Qué quiere decir? No lo entiendo —pregunté.

—Pues que cada ciudad tiene su propio registro civil que conserva las actas de nacimiento, de matrimonio y de defunción que acontecieron en su término municipal.

En definitiva, que si mi Isabel murió de un ataque de piedra precipitándose desde lo alto del Pedraforca o por un choque hepático

bajo un tren en Vilassar, puedo esperar sentado porque no me entregarán nada. En realidad, estaría obligado a buscar en los registros civiles de cada una de las ciudades para…

—¡Basta! —grito ante la soledad del ordenador.

Son los nervios; no se trata de un simple juego de azar para matar el tiempo con los amigos, sin más presión que evitar que las fichas se alejen para no volverlas a ver nunca más, no: se trata de pura angustia, un desasosiego que arrastraré mientras no tenga en mis manos las hojas acartonadas del testamento de la mujer.

Comienza la partida en la casilla inicial, en casa, navegando en Google, informándome de la herrería que fue propiedad del marido y que pasa de puntillas por la red, como si nunca hubiese existido.

Lanzo los dados y caigo en una casilla que me obliga a coger la moto para desplazarme hasta la biblioteca del Poblenou, en esta nueva modalidad de la oca versión *reality show*.

—*Fábricas y empresarios* —solicito al bibliotecario un título que nunca hubiera imaginado que buscaría: *best-seller*. En este libro descubro la famosa herrería de Sants y su historia: la existencia de una anterior en Vilanova y la necesidad de trasladarse a la Vila de Sants aprovechando el hallazgo de una mina de óxido férrico en Gavà. Momento en que vuelvo a tirar el dado.

«Archivo de Sants», sale.

Hasta allí me dirijo para buscar cualquier indicio sobre la herrería y su propietario… poca cosa: ninguna foto, un plano que muestra la distribución de la herrería con una calle dedicada al propio propietario y la historia del cura de la parroquia, un tal Crusellas, pero nada más, ¡agua! Retrocedo cuatro casillas.

Nuevamente el dado, la moto y el Archivo de la Corona de Aragón.

—Lo lamento, solo disponemos de las matrículas industriales a partir de 1904. Desconocemos la herrería a la que se refiere.

Agua de nuevo. Una ronda sin jugar que me trepana el cerebro.

«¿Y si Isabel Bolet no fuera doña Isabel?», vuelvo a martirizarme. Únicamente encontrar su testamento me puede liberar del insomnio.

Y es que cada vez soy más consciente de que este castillo imaginario se mantiene en un equilibrio inestable que se puede romper en cualquier instante. Basta con que Isabel Bolet no hubiese fallecido en Barcelona o que no hubiese redactado testamento o que sea imposible localizarlo, para que la partida finalice y con ella, cualquier sueño.

«Te toca tirar de nuevo», escucho desde no sé dónde, aburrido de dar tumbos sin ton ni son.

Vuelvo a tirar los dados: Archivo Diocesano. Aquí sí que encuentro un documento interesante, el expediente de dispensa papal, donde se explican algunos pormenores de una pareja que es ahora cuando

compruebo que no era tan acaudalada como me pensaba en un principio:

> Realizándose este enlace se coloca a la Oratriz que carece de bienes de fortuna, bien atendida a la laboriosidad y honradez del Orador.

> … seguramente no encontraría otro partido tan ventajoso al hallarse en una edad avanzada…

Y también se nombra a una hermana llamada Irene que pretenden colocar en matrimonio. Interesante.

Siguiente casilla: Archivo Contemporáneo.

Entro en la sala de consultas, silencio, me encuentro como pez fuera del agua, con verdaderos detectives con guantes de látex y la mirada perdida tras unas aparatosas gafas de culo de vaso, cargando cámaras especializadas para fotografiar los papiros a escala atómica.

—Tenemos los libros índice del registro de defunción, pero no el registro en sí que se encuentra en el Registro Civil —nuevamente aparece en escena el Registro Civil que solo he visitado en dos ocasiones cuando nacieron mis hijas.

El libro índice me muestra un cromo repetido: el de la muerte de los dos miembros de la pareja, Ignacio Marqués el 19 de agostos de 1885 e Isabel Bolet, el 10 de septiembre de 1888. Aunque bien mirado, un nuevo detalle emerge en este rompecabezas de la historia: el del nombre del notario en que testó el marido:

> … entregó testamento ante el notario Juan Torrents de Villanueva y Geltrú…

No hay duda, siguiente parada: Vilanova.

Tarde del 18 agosto 1885. Estación de Granollers, en Barcelona

—¿Está la calesa preparada?

—Sí, señor Ribera, en la puerta de la estación.

—¡Vamos, rápido, con cuidado! ¡La camilla, deprisa!

Las órdenes se suceden de forma ordenada pero desesperada. La cara desencajada de Marqués hace dudar si todavía se encuentra en este mundo o ya lo ha abandonado. Y es que el viaje en tren ha sido como ese pequeño empujón que le falta a un suicida para lanzarse por el acantilado.

Un ferrocarril que no rueda, sino que trota, aquello no era un viaje, sino una tortura, con el hombre deshaciéndose en sus propios excrementos, vaciándose por dentro sin ninguna gota de agua que le quede en su cuerpo, deshidratado como un condenado olvidado durante días en una celda, sin líquido que calme su sed. Y es que el cólera no necesita demasiadas horas para realizar bien su trabajo.

—¡Por aquí, rápido! —dirige las operaciones Ribera—. ¿Habéis avisado ya a la familia?

—Sí. Su mujer ha recibido el telegrama y en su casa le esperan los hermanos y los responsables de la herrería.

Fuera de la estación aguarda un carruaje que se parece más a un carro mortuorio que a uno habilitado para llevar a un enfermo. Una cruz y unos pañuelos colgando son la única pista que deshace la confusión.

—Paseo de Gracia, 6.

—Enseguida, señor.

No sería la primera vez que el conductor, viendo la clientela, se confunde y dirige los caballos en dirección contraria hacia el cementerio más cercano.

—Señor Marqués, aguante. En pocos minutos estará en su casa, con su esposa.

Unas palabras que son interpretadas por el cerebro sin que los músculos faciales hagan ninguna señal de haberlas oído.

Es solo cuestión de horas.

Vilanova,
24 de mayo 2019

Un chorrito en doble dirección emerge de lo más íntimo de mi ser, consecuencia inevitable del jugo de pepino, arándanos, zanahoria y alcaucil que me he tomado para mejorar la circulación y limpiarme de toxinas. Esta persistente actividad diurética se produce a medio camino entre Barcelona y Vilanova, enfrentándome a solas contra un agujero en el suelo que recuerda la entrada al averno.

No he cruzado ninguna otra llamada más con Cristina, pero sí algunos correos en donde me indica que disponen de una copia del registro de defunción en donde se confirma lo que ya me había indicado sobre la pareja: la ocupación del hombre, dirección, motivo de la muerte y el nombre de la esposa: Ella… espero que ella, quiero, deseo que sea la misma Isabel que busco y también el nombre de un notario, Juan Torrents, de Vilanova. En mi inocencia nace la expectativa de que ambos miembros testaran con el mismo notario. Y un obituario encontrado por Cristina con fecha 11 de septiembre de 1888 que anuncia:

> Doña Isabel Bolet y Vidiella, viuda de Marqués y Bolet; entierro hoy martes, a las siete y media de la mañana, desde la casa mortuoria, Paseo de Gracia, 6, 2º, a la estación del ferrocarril de Tarragona, Barcelona y Francia.

La aparición del nombre del notario de Vilanova, Torrents, y el traslado de los restos hasta la estación de la plaza Catalunya, de donde partían los trenes que se dirigían hacia el sur, me hace pensar que la señora descansa ahora en esta ciudad del Garraf, a cuarenta kilómetros de Barcelona. Ya en el vehículo me viene a la cabeza aquel terrible chiste que, en boca del gran Eugenio, ganaba notablemente:

—Me voy de vacaciones a Baden-Baden.

—Pues yo lo hago a Vilanova i la Geltrú-Vilanova i la Geltrú.

Disculpen. Prosigo.

El coche se adentra por el túnel del Ratpenat y vuela por el viaducto del Garraf, a la altura del mirador del puerto y de la Bodega Güell de autoría incierta. El tobogán de alquitrán avanza y el peaje se aproxima, una de esas señas identitarias que mejor define a los catalanes, a la altura del pan con tomate, los *castellers* y las derrotas.

Conduzco imaginándome a mí mismo un siglo atrás, participando en la respetuosa procesión desde la casa de Isabel, en el actual Corte Inglés, hasta el lado opuesto de la plaza Catalunya, donde se encontraba la estación del ferrocarril. Allí está ella, acompañada de amigos y familiares, sin que nadie sepa a quién tiene pensado dejar el dinero.

Me cuesta imaginar el ataúd dentro del tren, ocupando un vagón o a lado de la máquina de vapor. También la recepción con una calesa acondicionada para llevar los restos hasta la residencia definitiva. Y también ese momento tan solemne de la lectura del testamento, con los buitres quedándose con un palmo de narices leyendo tan sentidas palabras: «Cuadrilla de cretinos, ya podéis esperar sentados mientras entrego mi dinero, enterito, a la Sagrada Familia».

—Son 6,93 euros.

—Gracias —agradezco a la concesionaria.

Es una suerte que nuestro Gobierno se esfuerce en garantizar que, junto a una cara autopista de peaje, exista, como marca la ley, una carretera gratuita y digna. Con las curvas del Garraf ya han conseguido cubrir el cincuenta por ciento de las exigencias.

Estoy nervioso, ansioso, con la necesidad de convertir en papeles mis suposiciones y con la duda que nunca me abandona:

«¿Es realmente Isabel Bolet mi Isabel?».

Era ayer cuando llamaba compulsivamente a despachos desconocidos.

—Ferrando-Sanz Notarios.

—Sí.

—Estoy buscando el testamento de un hombre que murió hace más de un siglo y testó con el notario Joan Torrents. ¿Ustedes no serán los sucesores de sus actas notariales?

La respuesta negativa me obligó a continuar la búsqueda.

Siguiente: Carlos Sanz Izquierdo, Notario.

—Si desea dejar un mensaje, nos pondremos en contacto con usted lo antes posible.

Agua, continúo.

—¿Notaría de Emilio González Bou?

Sería interesante averiguar cuáles son los criterios de ordenación que aplica Google para mostrar sus respuestas, alto secreto a la altura de la composición de la Coca-Cola o del origen de Stonehenge.

—No le podemos ayudar —me interrumpieron el pensamiento desde la notaria—. Debería ir al Archivo Comarcal donde guardan este tipo de documentos.

Y allí me dirijo, con el peaje alejándose en mi retrovisor.

Tan solo en una ocasión me había acercado hasta Vilanova y fue por puro turismo. Ciudad que aparte del chiste ofrece al mundo una

hermosa rambla, el museo del ferrocarril y el archivo Víctor Balaguer, aquel polifacético personaje que terminó aposentando sus nalgas en el Consejo de Ministros.

Aparco en las afueras. Inconscientemente, lo hago en el *parking* del cementerio. Lo observo desde fuera cogiendo aire, preguntándome si a pocos metros se encuentran los restos de ella, sola, esperándome, silenciosa, sonriente. Un trueno resuena a lo lejos, nubes de tormenta y el reloj que avanza hacia la hora acordada con el archivero.

Setecientos metros, diez minutos que se me hacen cortos, la mitad de la ciudad, esta es la comparación que hago con Barcelona, y unos callejones que me llevan a una plaza con unos pivotes que impiden la circulación y que me transporta a tiempos remotos y enmohecidos. Edificio de piedra vista, irregular, con una pequeña escalinata que bajo un arco ojival se abre al patio del antiguo castillo, eso era. Me siento como un caballero que llega galopando, veloz, trayendo noticias, subiendo los escalones de dos en dos para presentarme en el gran salón, donde el señor me espera sentado en el trono.

Subo las escaleras con calma, con miedo pero esperanzado, no he podido descansar imaginándome a mí mismo encontrando el testamento de Ignacio Marqués y, después, el de la esposa, con las palabras Sagrada Familia o Joaquín Almeda, el albacea que supuestamente gestionó la herencia, escritas en redondilla y demostrando al mundo que no hay nada más poderoso que la ilusión de un aficionado. Un campanario aparece a mi espalda, y detrás el techo a dos aguas del antiguo castillo.

—Con el director del archivo, por favor.

—Ahora le llamo. ¿De parte?

—Àlex Canard.

Es difícil encontrar en estos edificios un reloj que cuelgue de las paredes marcando los minutos que van pasando. La espera se me hace eterna, incrementando todavía más la inquietud que crece dentro de mí.

—Señor Canard.

—Sí, yo mismo.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy buscando el testamento de un hombre que testó con el notario Torrents a finales del siglo XVIII, y sospecho que su mujer también hizo testamento con el mismo notario.

—¿Testamentos de qué fechas?

—Pues no se lo sé decir, pero sé cuándo murieron.

—Necesitamos la fecha del testamento, no de su muerte.

—Pues no la tengo.

Es ahora cuando espero que la informática entre en acción: bases de datos con tablas, vistas, registros, campos, índices… Que todo lo

que explico a mis alumnos se ponga en funcionamiento de forma coordinada para dar una respuesta rápida, precisa, concluyente. Sencillas consultas SQL que atacan cientos de miles de datos para ofrecer la información que estoy buscando en pocos seg…

—Pues poco podemos hacer.

—¿Perdón?

—Qué no le podemos ayudar si no dispone de la fecha exacta en la que se realizó el testamento.

No lo entiendo. En la época de la informática, en la que los papiros se convierten en imágenes JPG que, escaneados por un programa OCR, convierten los más complejos garabatos en un cuento de hadas, es inconcebible que cualquier necesidad no se resuelva pulsando cuatro palabras en el teclado.

—Lo siento, no disponemos de fondos suficientes para informatizar documentos tan antiguos, debemos priorizar y lo hacemos según nuestra disponibilidad. Deberá repasar el libro índice donde aparecen todos los documentos del notario —el *todos* suena a infinito— y cuando halle la referencia del legajo que busca le traeremos el volumen donde se encuentran las actas de aquel periodo.

Una jerga a la que nunca antes me había enfrentado: índices, volúmenes, actas, legajos…

—¿De qué fecha quiere el índice? —me pregunta el archivero, que cada vez me parece más antipático.

—Pues… murió en 1885… Del ochenta a adelante.

Nuevamente, la espera que me permite echar un vistazo a los cuadros que cuelgan en la sala, antiguas fotos que demuestran que el urbanismo tampoco ha tenido piedad de esta ciudad.

El olor de la celulosa lo invade todo: expedientes, papeles, dosieres, carpetas, testamentos, índices, certificados, registros, escritos, papeleo de todo tipo, donde los más recientes acumulan polvo de la Guerra Civil.

Un cuarto de hora hasta que se oyen unas ruedas girando por las baldosas de la sala, una carretilla que carga un enorme tomo que solo había visto en documentales y películas. Son legajos sellados con dos cordeles que es posible que nadie haya abierto nunca. Es el índice con la lista de procedimientos realizados por el notario durante un año. Lo desabrocho; el polvillo de un siglo emerge de los hilos. Letra redonda, hojas apergaminadas, pluma estilográfica, tinta que hay que dejar secar, manchas de humedad entre líneas. Tengo miedo de tocar las hojas con la punta de los dedos y llevarme las letras. Lo que debería solucionarse en pocos segundos de ordenador se convierte en tres horas para encontrar dos actas notariales que nada tienen que ver con los testamentos que busco.

«¿Dónde estáis?», reniego a solas en la sala, con la lluvia golpeando

el techo y el mediodía resonando en las campanas que se adivinan en uno de los ventanales.

—Podría ser que hubiera testado con otro notario —me dice el archivero, que cada vez que abre la boca es para poner más agua en el vino.

—En el registro de defunción aparecía su nombre.

—No se fíe. Los funcionarios de la época escribían lo que los familiares creían que era cierto y las equivocaciones eran numerosas.

Definitivamente, odio al archivero.

Abandono el archivo con la cola entre las piernas, desilusionado y frustrado, entendiendo, ahora sí, aquellas palabras de la archivera parafraseando a Yoda en que me indicaba que si buscaba un testamento tenía que pasar antes por el Registro Civil para poder conocer la fecha en que se redactó. Pensaba que todo sería coser y cantar, que la búsqueda de un miserable documento no se convertiría en una yincana, intentando descifrar la letra de un notario que deja las recetas de un médico como ejemplo de perfecta caligrafía. Sin conocer la fecha del testamento, he hojeado entre todas las actas que realizó el notario en su carrera, miles, sin encontrar los testamentos del matrimonio, y una nueva pregunta aparece como el arco iris después de la tormenta:

«¿Dónde demonios están los malditos testamentos?».

Casa de Ignacio Marqués en el paseo de Gracia

—¡Párese aquí! —ordena Ribera cuando llega a la casa de su jefe.

—Sí, señor.

El carruaje ha necesitado quince minutos para recorrer la distancia entre la estación y el paseo de Gracia. Un solo caballo y velocidad de persona a pie para no rematar lo poco que queda de Ignacio Marqués. Es interesante valorar la resistencia que ofrece el organismo para iniciar un viaje, si es que este lo patrocina en exclusiva la *Muerte*.

La lengua del hombre aparenta un paño y encontrar el pulso se convierte en un reto.

—¡La litera, por aquí!

Solo Manuel, hermano de Ignacio, interviene ante la pasividad de los otros dos, Joaquín e Isidoro, mientras una multitud de vecinos son testigos de las operaciones logísticas que no tienen como finalidad salvar la vida del industrial, sino llevarlo hasta su cama con un ínfimo hálito de aliento.

La camilla llega, un ingenio con tres enormes ruedas, pero dos de ellas descomunales, donde descansa una tela, y encima de ella yace el paciente que apoya la cabeza sobre una almohada.

—¡Que la puerta esté abierta y no haya nadie entorpeciendo en las escaleras! —grita—. ¡Es el segundo piso!

Cada escalón se sube manteniendo acrobáticamente la horizontalidad de la camilla, con movimientos circenses de los portadores, dos mozos de confianza que han sido llamados urgentemente: mientras uno agacha la espalda hasta el suelo, el otro alza los brazos hasta donde le llegan. Pocos son los edificios que tienen instalado un ascensor y menos aún del tamaño del cuerpo tumbado de un hombre que está a punto de finar.

—¿Qué habitación? —pregunta el portador.

—Esta, acompáñeme —contesta la esposa con un pañuelo ante la boca que dificulta que las palabras se puedan entender. La mujer desconoce que la enfermedad no se transmite por el aire, sino por el contacto de las manos con la suciedad.

Y es que el cólera no acepta privilegios, ataca a todos, ricos y pobres, burgueses y mendicantes, especialmente a aquellos que no sienten la necesidad de purificar sus cuerpos en una bañera. Nadie está libre de conocerlo durante unas horas, no muchas, de compartir

con él una parte de nuestra vida, una visita inesperada, intensa, que te deja sin aliento y de la que poca gente consigue mantener el recuerdo.

—Por aquí —insiste la esposa tapando su rostro con el pañuelo en la boca.

La camilla con el industrial pasa por delante de los familiares: extendido hacia arriba, ropa negra, con las manos cruzadas sobre el abdomen y los ojos abiertos pero sin pupila. Todo hace indicar que el carruaje sí que podía haberse dirigido directamente hacia la casa mortuoria en lugar de a esta.

La camilla traspasa con dificultad el marco de la puerta, detrás de la esposa y de los hermanos que dan un paso al frente para entrar ellos también.

—¡No! ¡Solo Manuel! —exclama la mujer mostrando una entereza que había ocultado hasta entonces—. Quedaos aquí fuera. ¡Estáis en mi casa y haréis lo que yo os diga!

Las miradas se entrecruzan entre los hermanos excluidos, comprobando que la puerta se cierra ante ellos.

Vilanova,
24 de mayo 2019,
después de visitar el archivo

Rehago el camino regresando hasta el coche para volver a casa, cabizbajo, bajo la lluvia, buscando refugio en las paredes. Es ahora cuando valoro el esfuerzo de paleontólogos, antropólogos, arqueólogos, geólogos, criminólogos y todo tipo de historiadores y cronistas que dedican años de su vida para descubrir una insignificancia que les permita llegar al cuarto y quinto nivel de Maslow, llenando sus vidas de autoestima y reconocimiento, como aquellos atletas que renuncian a su juventud para rebajar un par de valiosas centésimas al cronómetro.

Nuevamente con el cementerio a la vista y una lluvia que ya es aguacero. Penetro en el coche, cierro la puerta y lo pongo en marcha. La mano en el cambio de marchas; no concibo un coche sin cambio de marchas, la sensualidad de la palanca y la fuerza en los pedales. Pero no arranco, no puedo hacerlo, desconozco el motivo. El limpiaparabrisas se pone en marcha automáticamente y pienso lo impensable con el parabrisas que se mueve afirmativamente de izquierda a derecha, diciéndome provocativamente «hazlo, hazlo. No tienes nada que perder».

Las varillas que van y vienen son más inteligentes que yo. Ellas sí que saben lo que quiero hacer y lo que acabaré haciendo, mucho antes de que yo mismo sea consciente. Un pequeño movimiento pulsando el botón negro del cuadro de mando y las luces del frontal que se apagan al unísono. Cojo aire, sonrío y me reafirmo:

—Sí, ¿por qué no? Estoy aquí. Solo es cuestión de probar.

Llueve, pero no noto la lluvia; soy como un pato que no siente el agua que se desliza por sus plumas. Unos pasos, un centenar de metros, son suficientes para darme cuenta de que el calzado no sabe de ilusiones y se empapa por la suela, pequeñas grietas invisibles en seco.

El edificio del cementerio no tiene nada de particular, tanto serviría de aduana, estación de tren o cuartel militar. Ningún rastro de modernismo ni novecentismo. Pared blanca, dos niveles, arco de medio punto sin encanto y un latinajo sobre el arco, *Exspecto Carnis Resurrectionem*, «buscad la resurrección», que con letras de neón

tendría su encanto en la entrada de una discoteca.

El chaparrón ya es tormenta. Cruzo la entrada y la grava del suelo se queja a cada paso que doy, rompiendo el silencio de las tumbas.

«Julia Pancracio, Pantaleón Gómez, Baldomero Miel Blanca de la Fructuosa, abogado, lápida en venta, Rosana Sinforosa…», leo pensando ingenuamente que el nombre de Isabel Bolet se me aparecerá de forma milagrosa, entre los miles que aquí se encuentran, bajo el agua, nombres borrosos y otros inaccesibles. Un segundo de lucidez me obliga a dar media vuelta para regresar al edificio convertido ahora en oficina postal.

—Discúlpeme —me dirijo a un señor que arrastra un carro con un saco de cemento—, ¿me puede indicar dónde se encuentran las oficinas?

—En la Vilanoveta, aquí al lado. ¿Qué es lo que busca?

—Pues el nicho de alguien que murió hace muchos años.

Le digo el nombre de Isabel Bolet, pero su cara es de no tener ni idea de a quién me refiero.

El tiempo es tan relativo como lo son las distancias. El *aquí al lado* del sepulturero se convierte en un largo kilómetro bajo una lluvia que parece esperarme cada vez que cruzo la calle, cuando ningún edificio me protege del agua. Las zapatillas agujereadas piden un *tiempo muerto* que yo no concedo.

Llego. Ahora ya me conozco otro cuarto de la ciudad que carece del más mínimo atractivo y me aventuro a afirmar que no aparecerá en una de esas webs de *10 cosas que no puede dejar de visitar en Vilanova*.

Empapado como una fregona, entro al tanatorio que hace las veces de administración y archivo. Un par de minutos para comprobar que se trata de un edificio moderno, aunque demasiado alejado del cementerio al que da servicio.

—Usted dirá —escucho tras esperar cinco minutos más y temiendo haber pillado una galipandria en pleno mes de mayo.

—Busco dos tumbas de hace un siglo y esperaba que me ayudasen a encontrarlas.

La frase sale con aquella esperanza que cae y se renueva en cada puerta a la que me dirijo, una montaña rusa de sensaciones que empieza a encontrar resquicios de desencanto y grietas de cansancio.

—¿De qué fecha me habla?

—1885 y 1888.

—Pues me temo que no podrá ser. Los archivos desaparecieron durante la Guerra Civil y los registros de la época están perdidos o destruidos. Hay alguna cosa en los almacenes, pero sin orden ni concierto, y será difícil encontrarla.

Eufemismo de… *no la encontraré*.

Nuevo varapalo. Cierro los ojos, mitad desencantado, mitad

resignado. El *big data* y las bases de datos solo conocen el reino del dinero. Hacienda se queda con los ordenadores que no llegan a educación, cultura, política territorial, sanidad y, mucho menos, justicia. Defensa constituye la excepción que ayuda al Estado a enseñar músculo, como un niño que saca un pequeño bulto en el bíceps y ya se considera un hombrecito.

—Si lo desea, déjeme sus datos y podemos echar un vistazo. Le llamaremos si encontramos algo —me dice la chica para cumplir un trámite que ambos sabemos que es protocolario.

El regreso bajo el agua es triste y pesado. Otro kilómetro con los pies totalmente empapados y donde ya no busco la protección de las paredes. Soy Gene Kelly cuando regala su paraguas porque ya no le venía de aquí.

Otra vez el soso edificio del cementerio que ahora recuerda la central de policía de un país colonial. Traspaso del arco y las tumbas aparecen de nuevo. El chubasco se convierte en llovizna cuando ya estoy empapado hasta el ombligo.

«Doctor Manuel Fernández, Familia Luciano, Concepción Asensio, lápida en blanco, Ingeniero Gutiérrez Manrique…».

El paseo es lento. El trabajador al que he preguntado antes está ocupado arreglando un pequeño desperfecto en un escalón que cualquier día podría provocar un desgraciado accidente:

«La muerte lega al cementerio», diría el titular de un guionista mediocre al nivel de uno de esos programas culturales de la tarde.

—¿Las tumbas más antiguas, por favor? —pregunto.

Un suspiro como respuesta.

—Acompáñeme.

Me extraña que me pida que vaya con él cuando el lenguaje corporal me indica que no tiene ni idea.

—Mire, ve esta tumba —dice señalando una lápida especialmente limpia y pulida.

—Sí.

—Aquí descansa el primer sepulturero del cementerio.

El sepulturero no hace más que mostrar cuáles son sus mitos. Recibo la revelación como un pequeño golpe de humor que contrasta con el desencanto de tantos palos recibidos.

«En el fondo no es tan importante encontrar la tumba», intento autoengañarme, separándome discretamente del hombre que continúa absorto ante la tumba, la del primer hombre: la del Sepulturerus Antecesor.

Doy una vuelta por la necrópolis renunciando a leer más lápidas, con el convencimiento de que la suerte que tuve en Montjuïc no se volverá a repetir aquí, con tres hectáreas de tumbas y panteones de todas formas, colores y sabores. Una sensación de derrota, el Everest

ante mí, cruzando el desierto del Gobi con tan solo un vaso de agua en la mano, pero estoy convencido de que se encuentra aquí, no sé dónde, pero sé que aquí está la mujer de mis sueños, la dama sin rostro que no me deja dormir, la Verónica que no muestra sus facciones, que tan solo yo conozco y que se me escurre entre las manos.

—¡Te quiero encontrar! —grito angustiado con la seguridad de que nadie más que las tumbas me esté escuchando, con el corazón encogido —¿Dónde estás? ¿Estás aquí, verdad? ¡Lo sé!

Ninguna tumba me contesta.

19 de agosto 1885,
4 de la mañana

Son cerca de las cuatro de la madrugada y todo lo que se podía hacer ya se ha hecho. Los somníferos en forma de láudano apaciguan el sufrimiento del hombre que ya sabe que si existe el cielo, está convencido, en poco tiempo lo podrá describir.

Cólera.

Desde la posición privilegiada que le ofrece el enorme cuadro del salón, la Inmaculada Concepción, vestida de blanco y con reflejos sedosos plateados y ribeteados, es testigo de las corredizas que se suceden en la casa. Ignacio Marqués, el insigne industrial de Piera que regresó de Cuba sin pena ni gloria, casado por poderes en Roma y que supo hacer las Américas en Catalunya fundando una de las herrerías más importantes, está a punto de emular a cada uno de aquellos insignes desconocidos que, antes que él, se han enfrentado al viaje más espectacular que nunca nadie se pueda imaginar: el viaje al más allá.

Un hilo de voz intenta abrirse paso entre los pliegues de ropa áspera en que se ha convertido su lengua, un cuerpo incapaz de recuperar un mínimo equilibrio hídrico. El médico hace rato que ha dejado a solas al matrimonio para unirse a los corrillos espontáneos que se suceden en el salón, presidido por el cuadro de tonos azulados.

Es madrugada cerrada. Isabel, con el pañuelo en la boca, oye unas palabras que se interpretan más que se entienden:

—Ha llegado el momento —parece decir el marido.

Isabel asiente. Ambos saben lo que sucederá en los próximos minutos. Todo el mundo en Barcelona conoce los efectos devastadores del cólera dentro del organismo.

—Te quiero —se oye como un susurro.

—Yo también.

Miradas tiernas de ambos después de compartir media vida juntos.

—Quiero dejar todo arreglado antes de que me muera — se descifra como si la voz estuviera muerta antes de salir por la boca.

—Sí, querido, dime qué es lo que quieres que haga.

Es ahora, a solas, los dos, cuando las confidencias más íntimas fluyen, cuando ya no tiene sentido la mentira ni las medias verdades, momento para decir lo que se quiere sin engaños o ya no se hará

nunca más. La aparición repentina, inoportuna, de la enfermedad, ha impedido que el industrial redactara un testamento formal donde se determine el futuro que quiere dar a sus propiedades y pertenencias, que no son pocas.

—Querida —dice el moribundo con la voz que silva como cuando el viento entra por una rendija, con los pulmones chirriando como un mecanismo mal ajustado.

—Quiero que seas tú quien herede todo en vida. Quería dar parte de mi herencia a mi madre, pero ya no es posible —un recordatorio para la vieja Raymunda, que regresó a Vilanova para descansar allí para siempre—. Aprovecha mi esfuerzo; no lo hubiera conseguido sin tenerte a mi lado.

Un gesto de agradecimiento con una leve sonrisa satisface al marido.

Más palabras, más confidencias.

Las frases se pronuncian despacio, lentas pero comprensibles, con la mujer acercando el oído a la boca del marido. El olor de la muerte se entremezcla con las palabras, dando a la escena un aire fúnebre.

—Isabel, te quiero. Sé cuál es tu sueño, que también es el mío. Sé que deberás sufrir la incomprensión de mi familia, de mis hermanos a quienes no les dejo nada, unos porque no lo necesitan y otros porque no han hecho nada para merecérselo.

»Isabel, es la hora. Asegúrate de que se cumple lo que te pido de la mejor manera posible… y haz lo que TÚ creas conveniente.

Un tú que suena extraño, diferente, cercano, confidencial. Un *tú* que se puede interpretar de mil maneras y todas discutibles.

Un último beso en la frente.

—¿Aviso a Ribera para que le des las últimas instrucciones para la herrería?

Un leve gesto, un milímetro, es suficiente para confirmar.

—También están tus hermanos. ¿Quieres que entren?

—No, todavía no. Después.

El rostro del enfermo se crispa por unos instantes.

La puerta del salón se abre emergiendo la figura de la mujer tapada con el pañuelo. Los presentes, incluyendo a la Virgen del cuadro, callan a la espera de un desenlace que se espera con la solemnidad de la *fumata bianca* que anuncia un nuevo papa.

—El señor Ignacio está a punto de abandonarnos —se escucha a la mujer.

Llantos desconsolados de Josefa, la criada que ha acompañado a la pareja desde que vivían en la calle Mayor de Vilanova. También de Irene, inseparable compañía más allá de lo deseable. Joaquín Marqués hace el gesto de adentrarse en el dormitorio.

—¡Quieto! —ordena Isabel con un arranque de autoridad—. Ahora

entrará el doctor —las miradas se dirigen hacia el galeno cuando va hacia la puerta como si hubiera sido el elegido en una rifa— y… —la mujer alarga la tensión repasando con la mirada a cada uno de los presentes hasta llegar a…—… señor Ribera, por favor, acompáñeme.

Miradas de incomprensión, incluyendo la de la Inmaculada del cuadro. Ningún hermano es llamado a la habitación donde en breves instantes se determinará el destino de la herrería. Al contrario, es el médico y Ribera, el fiel colaborador, quienes compartirán el privilegio de saber qué es lo que se cocinará allí dentro.

La cama huele a muerte, aunque el olor no hace más que adelantarse unos minutos. El médico y el responsable de la herrería se encuentran de pie a un lado de la habitación, la cama en medio, ocupada por un saco de huesos disfrazados de moribundo e Isabel en el lado opuesto, esperando a que su marido abra los ojos. Un crucifijo en la pared y una escultura de san José se unen al sentido homenaje en calidad de testigos.

El agonizante industrial abre levemente los ojos escondidos en unas cuencas que transparentan la blancura del hueso y mueve el cuello agarrotado, dirigiendo la mirada a los presentes. Se da un instante para escoger las palabras que representan mayor ahorro de energía.

—Todo está hablado y decidido —se oye como un hilo, obligando al médico y al comerciante a acercarse a la cama—. Mi esposa ya sabe lo que hay que hacer cuando yo muera. Hagan únicamente lo que diga ella. Tú, Ribera, tú eres el único en quien confío.

Unas instrucciones que se alargan hasta el infinito, donde el moribundo explica los detalles de lo que pasará a partir de ahora, temas técnicos sobre el futuro de la fábrica, sin que la palabra *martinete* aparezca en ningún momento. Cada palabra sale por la garganta con dificultad extrema, como mejillones soldados en las rocas que no se dejan arrancar.

—Sí, señor Marqués, se hará todo como usted manda —ratifica Ribera dirigiéndose a su jefe y, más tarde, a la señora Isabel.

—Querida —parece que estas serán las últimas palabras—, haz realidad tu sueño y ofrece a la ciudad lo que deseas… Y sobre todo… protégete de los lobos.

Jesús en el crucifijo y el san José de alabastro se unen respetuosamente al silencio provocado por las últimas palabras.

—¡Ribera! —grita Joaquín Marqués cuando el comercial abandona la habitación cogiéndole del brazo con un exceso de violencia—, ¿qué es lo que ha pasado allí dentro?

Una mirada miedosa se adivina en los ojos del responsable de la herrería.

—No puedo decirte nada. He prometido guardar silencio de todo lo que el señor Marqués ha decidido hacer.

Miradas entrecruzadas entre los hermanos que escuchan la respuesta.

—¿Sabes que tú no eres nadie, verdad? —le amenazan.

—Déjame —contesta Ribera, dando por finalizado el frustrado intercambio de opiniones.

—Podéis, si lo deseáis, ir a ver vuestro hermano para despediros de él —interviene Isabel, vigilando a los lobos que amenazan el rebaño de ovejas.

Ninguna palabra más sale de la boca de Ignacio Marqués que, en pocos minutos, será espectador privilegiado de las luchas que distinguen a los vivos y que a él ya ni le van ni le vienen.

—¡Es falta! ¡Que no lo has visto, poca sustancia! —grita el aficionado que tengo delante de mí, uno con una visera enorme, girada hacia atrás, que no le protege del sol que le apunta directamente a sus ojos. El partido continúa con la incontinencia verbal del espectador que hace visera con la palma de la mano.

—¿Pero… pero has visto ese picha fría? Si se ha dado cuenta todo el estadio excepto él —dice ahora levantándose del asiento de forma incontrolada. Yo confirmo con la mirada, aunque con dudas de que ha sido el jugador que ha lanzado la primera patada a la altura del cuello.

El estadio lleno hasta la bandera. La *Champions*, en estos momentos de la temporada, no necesita precalentamiento para conseguir el calor que hace tiempo se perdió en los partidos de liga, con un estadio que nunca se llena, con una cuarta parte de los asientos vacíos, otro cuarto con socios sexagenarios y el resto con turistas del Este que apenas saben distinguir entre la camiseta del portero y la del árbitro.

—¡*Offside*, trozo de bebecharcos! —insiste el diccionario de improperios—. Es que estos árbitros me hacen perder la paciencia. ¡Calambuco!

Nuevamente, confirmo sin quererle recordar que, cuando es el portero quien saca de portería, el fuera de juego es inexistente.

Mi amigo Maximus se mantiene atento al juego, se mueve, grita, analiza, estudia cada jugada, cada jugador, mientras yo me encuentro todavía en Vilanova, en mi propia competición. Observo a los jugadores, pero solo veo tumbas, salvando las distancias. Y es que no soy como aquellos déspotas, tiranos, criminales, jueces, políticos y otros carroñeros, capaces de separar ocio de negocio; les envidio. No sé desconectar, soy de los que se llevan los problemas a casa, con graves problemas para descansar, pensando en clientes, alumnos, morlacos… y también… también… también, acordándome de ella.

—¡Penalti! ¡Eso es penalti, cebollino! —grita el hombre sin visera.

La jugada nace en un claro fuera de juego que no es ahora el momento de remarcar.

—Ya te lo dije hace tiempo —cuña publicitaria de Maximus que no pierde comba para demostrar una desbordante sabiduría futbolística que llega a la pedantería, capaz de buscar en internet un partido de fútbol juvenil de la liga rumana para estudiar el juego de una joven

promesa que aún no levanta un palmo del suelo—, este defensa derecho lo descubrí hace dos años y ya pronostiqué que llegaría al primer equipo.

—¿Y no te podrías ofrecer como director técnico? —pregunto totalmente en serio.

—Ellos se lo pierden.

El partido continúa entre chutes al balón, un cacao que se deshace, autopases y un autogol anulado, sombreros y caños, un taconazo y un cabezazo, ataques y contraataques, un jugador que hace la bicicleta y otro que se tira a la piscina, una bota que salta, ahora lo hace la espinillera y un jugador negro que enseña la rabona.

—¡Burrooooo! —se exalta mi amigo sin disponer de la verborrea *insultiva* del otro aficionado.

—Pero ¿quiere hacer el favor de sentarse? —reclama desde el asiento de atrás un matrimonio que, sea como fuere, agradece que hoy se haya desprendido del sombrero Fedora durante el tiempo que dura el partido.

—Pero ¿me puedes decir que te pasa, Àlex? Llevas todo el partido en silencio. ¡Es la *Champions*!

Correcta reflexión después de media hora de fútbol en donde lo más interesante han sido las reacciones del hombre visera después de cada jugada.

—¿Conoces a Maslow?

—¿De qué juega?

—Mira, déjalo, no me hagas caso; hoy no estoy para nada.

—¿Todavía piensas en doña Isabel? Tengo ganas de que la encuentres de una vez para que dejes de dar por culo con ella.

—No puedo, no me la puedo sacar de la cabeza.

—Pues deberías, ya tienes una edad como para ir por los cementerios buscando muertos.

—Y me lo dices tú, el rey de las tumbas —replico a Maximus que lo primero que hace cuando sale de viaje es ir a la oficina de turismo y preguntar por la lista de cementerios de la ciudad.

—Pero… pero… eso es otra cosa. Yo voy en busca de leyendas, mitos, vampiros…

—¿Gol anulado? —grita el aficionado que sufrirá un ataque de corazón— ¡Pero… pero… pero… este árbitro se ha vuelto loco! ¡Zascandil! Desvirgagallinas!

El fútbol se interpone entre mi amigo y yo sin que el entusiasta espectador tenga ojos para darse cuenta de que el linier tenía levantado el banderín desde mucho antes del disparo a gol.

Hace treinta años que asisto al estadio. Yo era de los que más chillaban, de los que me enfrentaba a gritos cuando creía que una decisión era injusta, de los que animaba y se quedaba afónico. De eso

hace una eternidad. Algunos dicen que ahora soy más sensato; otros, que soy un *tribunero*, y mis hijas, que ya no soy tan joven como cuando me conocieron.

Prefiero pensar que he cambiado de prioridades, que observo el balón solo como una pelota que no sirve para solucionar el mundo ni para justificar desgracias ni incompetencias. Prefiero escribir, investigar, leer, divulgar…

—¡Soplagaitas! ¡Ahora, ahora pitas el final de la primera parte, sin añadir ni un minuto, rastrapajo, chupaescrotos! — vocifera el exigente espectador como si tuviera al árbitro a su lado y le estuviera escuchando.

Esta es la magia del fútbol, el reino de lo imposible, donde un portero con las cuerdas vocales extirpadas puede hacer cantadas, un delantero de veintiocho años es un veterano y a un defensa ateo le hacen una sotana. Aparte de este deporte, solo el parlamento permite que un individuo sin estudios pueda acercarse a un micrófono para permanecer diez minutos sin decir nada. Un universo donde un jugador es capaz de afirmar, sin ruborizarse, que en su vida había gastado una barbaridad en coches, alcohol y mujeres, pero el resto del dinero lo había desperdiciado.

—A ver, Àlex, dime, ¿qué te ha pasado en Vilanova?

Maximus se da cuenta de que no estoy para muchos partidos.

—Pues que no sé si estoy disparando en la dirección correcta.

—¿Has encontrado el testam…?

—No, no he encontrado, ni el de Ignacio Marqués ni de Isabel Bolet —contesto aturullado demostrando mi estado de excitación.

—¿Y por qué crees que se encuen…?

—Pues porque en el acta de defunción aparece el nombre del notario de Vilanova de aquella época y, también, porque cuando murió la mujer se llevaron los restos a la estación de donde salían los trenes hacia el sur.

—Entiendo.

Unos instantes de silencio para atar cabos. Los cuidadores del césped rehacen un terreno que recuerda un campo de minas, mientras la mitad de los espectadores hacen cola para comprar un innombrable Frankfurt por 5 euros entre olores a sofritos y la otra hace cola en unos lavabos que hace quince años eran viejos.

—¿Sabes dónde enterraron al marido?

—Primero, en Montjuïc y, después, trasladaron sus restos a Piera.

—Pues tendremos que ir a Piera —se autoinvita Maximus que no pierde comba para ampliar su ya extensa cultura *necroturística*.

—No me hago ilusiones. He llamado al Ayuntamiento y me han dicho que no tienen registros de la época, perdidos, y tampoco me aseguran que la estructura del cementerio se haya conservado.

—Mira, Àlex, hazme caso, si alguna cosa se conserva en un pueblo es el cementerio.

Confirmo con la cabeza mientras regresa a su asiento el hombre visera con un bocadillo que le permitirá enfrentarse a la segunda parte con energías renovadas.

—¿Has conseguido las actas de defunción?

—¿Tú también? Todo el mundo me las pide.

—Es que sin ellas no puedes ir a la Oficina de Últimas Voluntades y…

—Sí, y saber la fecha del testamento.

Maximus se convierte en el *sparring* en quien desfogo mi frustración.

—¿Y de la boda, qué sabes?

—Que fue en Roma por poderes y con una dispensa papal.

—¿En Roma?

—Sí, en el registro de la iglesia de Vilanova se explica que una mujer llamada Rita Granchi ofició de novia ficticia.

—¿Y por qué por dispensa papal?

—Pues porque eran primos. La madre del Marqués lo organizó todo. He encontrado un expediente con los papeles necesarios para pedir la dispensa. Se alegó que la mujer era mayor y sin haberes. Tenía una hermana con las mismas circunstancias, pero la tía colocó a Isabel y la otra entró en el pack.

—¡Y fiesta cada noche!

—Por favor, Maximus.

—Ya, tú ve pensando lo que quieras, pero estoy convencido de que en esa casa hubo guirigay continuo.

Un momento para reflexionar.

—Lo extraño es que todos los papeles de la boda se prepararon mientras Marqués se encontraba en Cuba, como si aprovechara las nupcias para huir de allí.

—¿Estaba con sus hermanos?

—Sí, tres.

—Pues habría algún mal rollo entre ellos y aprovechó para abandonar la isla por piernas. La boda fue solo una cortina para rehacer la vida olvidándose de Cuba.

Gesto afirmativo hacia mi compañero.

Es increíble la facilidad que tiene para llegar a conclusiones inverosímiles.

—¿Sabes que si consigues encontrar el testamento entrarás en la historia, verdad? —insiste Maximus.

Frase lapidaria que explica mi excitación, yo que solo he conseguido que mi nombre aparezca en la lista de participantes de una carrera multitudinaria.

—Pero solo —continúa— si el testamento demuestra que cedió sus bienes a la Sagrada Familia.

—Bueno, en realidad no será así.

—¿Por qué?

—Porque la donación se hizo en secreto y vía albacea, es decir, que para demostrar que se trata de ella, basta con que en el testamento aparezca el nombre de Joaquín Almeda como albacea, el jurista que se presentó a Bocabella con la fortuna bajo el brazo. Es así como lo explica la historia.

Ahora es Maximus quien se da unos segundos para atar cabos mientras vuelvo a la carga:

—Pero hay algo en todo esto que no me cuadra: imagínate… imagínate que doña Isabel es finalmente la rica viuda del industrial… que Marqués muere, sin descendencia, que la mujer hereda su fortuna, pero, en lugar de dejarla en herencia a sus cuñados y familiares, va y se la pule toda en la Sagrada Familia. No es normal.

—¿Familia mal avenida? —contesta Maximus más avezado que yo a las historias de misterio.

—¿Una mujer que tenía muy claro lo que quería? — replicó yo.

—¿Las dos cosas? —remata.

—Por cierto, que el tal Manuel Marqués, el propietario del panteón que encontraste, ha resultado ser hermano del Ignacio e indiano de renombre que terminó afincado en El Vendrell.

Los jugadores regresan al terreno de juego. Los últimos cuidadores disimulan con pintura verde una calva que ha aparecido en medio del campo, el olor a sofrito se extiende por la grada y una docena de socios ha acabado engullido por unos inodoros que recuerdan la entrada a un agujero negro.

—Piiiiiip —pita el árbitro.

El partido continúa con una chilena del argentino que va a la cruceta, vaselinas y voleas, tiki-taka compulsivo, rondo poco efectivo, zancadillas, triangulación y circulación, un punterazo rechazado y un rechazo punzado, un delantero que la peina con la calva y le hacen una trenza, un punta que hace de media punta, un falso delantero que baja a defender y un *cañardo* que acaba encendiendo el estadio.

—Yo no estoy tan seguro de que se trate de la Isabel que buscas —remata mi amigo, experto en desangrar lentamente a su víctima y que encuentra que mi historia es más interesante que las patadas al aire que se suceden en el césped.

—Estoy seguro —respondo categóricamente—. Bueno, creo que lo estoy —ratifico rebajando el tono—. La probabilidad de que la mujer se llamase Isabel era de poco más de un diez por ciento.

—Entonces hay un diez por ciento de que no se trate de la misma Isabel que buscas.

—*Ummm*… sí —arrastro comprobando que Maximus demuestra tener más cordura que yo mismo.

—Es lo que te he dicho: solo podrás estar seguro si encuentras el testamento y, explícitamente, expresa que…

—¿Quieren estarse por el partido y dejarse de tanta Isabel y de tantos testamentos? —protesta una anciana desde el asiento de atrás —. Si lo que quiere es hacérselo con la tal Isabel solo tiene que ir y decírselo, que ya tiene una edad.

—¡Está muerta! —contesto sin contemplaciones.

—¿Necrofilia? —pregunta la abuela dándose cuenta de que por su edad podría ser mi próxima víctima.

—¡Pavitonto! ¡Mameluco! —volvemos a la realidad del fútbol con el hombre visera resucitado tras haberse zampado el bocadillo—. ¿Por qué no dejas que el jugador regrese al campo? ¡Chupafigas!

—Creo que confunde el tercer árbitro con el defensa de aquella banda —replica Maximus harto de escuchar un lenguaje tan florido.

Un partido que llega a su fin con un jugador que acusa al juez, un gol fantasma que nadie ha visto, un globo
desinflado, el cuero limpiando el poste que estaba sucio, el extremo acercándose al centro, los zurdos que se pasan a la derecha y una representación del club de la próstata que se pone en acción.

—¿Nos permiten pasar, por favor? Es urgente.

Y con la duda que sigue carcomiéndome el alma:

«¿Es realmente Isabel Bolet mi doña Isabel?».

Cementerio de Montjuïc,
19 de agosto 1885

Tan solo el ruido de las gaviotas aventurándose hasta la montaña interrumpe el silencio durante el tiempo que dura el cortejo fúnebre.

—Ha venido buena parte de la herrería —dice al oído uno de los trabajadores.

—Sí, y también familiares de los operarios.

Pero… con todo el dinero que debía tener este hombre y le entierran en un nicho de alquiler. No es lo que le corresponde.

—Sí que lo es; es como él lo hubiera deseado, sin ostentación. He oído que quería ser enterrado en Piera, pero, mientras no construyan un panteón, sus restos permanecerán aquí.

Es tal como lo relatan los dos hombres que para subsistir dependen del jornal de la herrería. Los cotilleos se suceden entre los dos trabajadores que sospechan más que saben. Deporte nacional: crítica y opinión desde el desconocimiento.

—¿Y qué será de nosotros a partir de ahora? ¿La herrería continuará abierta?

—Supongo que sí. La señora Bolet y el señor Ribera sabrán lo que se debe hacer.

—Sin hijos, los hermanos del señor Marqués querrán meter baza.

—Mira, el señor Manuel todavía, pero los otros dos es mejor que no aparezcan: nunca han hecho nada por el señor Ignacio —dice el trabajador mirando hacia la zona en donde se encuentran los familiares del difunto, con claro distanciamiento físico entre una parte de la familia de la otra y de todos respecto a la viuda.

—Es que ni una triste esquela han dedicado a su hermano.

—Sí, solo la del *Diario de Barcelona* y pagada por la viuda.

—¿Y los discursos del funeral?

—Sí, lleno de sentimiento el del señor Ribera y de compromiso el de su hermano.

Pater noster, qui es in caelis,
Sanctificetur nomen tuum.
Adveniat regnum tuum.
Fiat voluntas tua,
Sicut in caelo et in terra

El cura da inicio a la oración coincidiendo con las primeras operaciones de dos paletas para dejar expedito el nicho.

Los asistentes prosiguen con las oraciones. Solo una pequeña parte de los que han asistido al funeral se han desplazado hasta la montaña: familiares, media docena de amigos y los responsables de la fábrica, acompañados por un puñado de trabajadores de toda condición que han seguido a pie la carroza fúnebre.

La viuda se cubre con un espeso y largo velo negro y vestido de luto riguroso, negro carbón, corpiño y falda que arrastra por el suelo, de seda, sin ostentación ni collares ni anillos ni joyas de ningún tipo. Se muestra entera, sin necesidad de que nadie le haga de muleta ni mostrando una expresión exagerada de sentimientos. Al contrario, a la derecha, su hermana Irene, se la ve más afectada que ella misma.

Panem nostrum cotidiánum da nobis hódie,
et dimitte nobis débita nostra,
sicut et nos dimittímus debitóribus nostris;
et ne nos indúcas in tentationem,
sed libera nos a malo.
Amen.

—Amén —repiten al unísono los asistentes con el ataúd introduciéndose dentro del agujero.

No parece que la fácil vida al lado del empresario haya ablandado a la mujer lo más mínimo. A los sesenta años se la ve determinada y resuelta a encarar lo que le resta de vida. Ya se la ha visto hablando con la mano derecha de su marido, Ribera, como si hubiera tomado el timón de la herrería antes, incluso, de recibirla en herencia, como un pastel el día de su cumpleaños. Una mujer que aparenta saber qué es lo que quiere, cómo y cuándo.

El cura continúa con una nueva oración, pero la irrupción de otro cortejo impide escuchar con claridad las palabras mientras los dos paletas aseguran, con una paletada de mortero, que la tumba quede sellada sin que ningún átomo de oxígeno moleste al cadáver y dejando que sean los gusanos quienes finalicen el trabajo.

El cementerio de Montjuïc es pequeño, lo inauguraron hace un par de años, pero se prevé que acabe siendo el principal de la ciudad. La mayoría de las tumbas se encuentran en una larga calle dedicada a santa Eulalia, patrona de la ciudad, plagado de nichos humildes, pero no son pocas las losas de mármol que aparecen por doquier, con aparatosas letras y recordatorios y también panteones que recuerdan pequeños palacios, repletos de una ornamentación que solo sus ocupantes son capaces de interpretar.

La ceremonia finaliza con el hisopo lanzando gotas de agua bendita

y los llantos claramente audibles de un par de trabajadoras, como aquellas plañideras profesionales que lloriqueaban falsamente para dar esplendor al acto.

—Lo lamento —dice uno de los asistentes acompañado de una larga retahíla de frases protocolarias que, en algunos casos, son fingidas, pero en la mayoría sentidas. Son de aquellos que no han podido dar el pésame al finalizar el funeral. La viuda atiende el detalle; a su lado, los tres hermanos del fallecido con sobrinos y primos de inferior rango. Nadie conoce ningún hijo al finado.

Las formalidades se respetan, aunque los sentimientos quedan escondidos, unos tras un muro de hipocresía y los de la viuda tras la tela del espeso velo negro que impide adivinar la fuerza de su mirada.

—Te acompañamos a casa, Isabel —se ofrece Manuel Marqués, secundado por su hermano Isidoro, al terminar la fase de pésames.

—No, gracias. Prefiero estar sola.

—Insisto. No estás en condiciones de…

—Yo también insisto —interrumpe la viuda impidiendo la réplica.

—Muy bien, como quieras. Te iremos a ver en un par de días.

—Prefiero que no lo hagas.

Mirada de circunstancias entre los otros hermanos.

—De acuerdo. Cuídate.

Los hermanos se alejan, cabizbajos, respetando la voluntad de la viuda que se queda un rato más junto al nicho, acompañada por su hermana.

En pocos minutos, los corros se reúnen de forma espontánea, mientras los familiares y el resto de asistentes comienzan a desfilar. Es ahora cuando la viuda se dirige lentamente hacia la salida. Allí le espera el carruaje que la llevará de regreso a casa, en compañía de su hermana y de Josefa.

Los presentes se apartan a su paso mostrando signos de respeto. Es Isabel la que se separa levemente de la línea que lleva a la calle para acercarse al jefe de fábrica que allí se encuentra:

—Señora Bolet…

—Señor Ribera —se oye la voz enérgica de la mujer. Ni el mismo Ribera recuerda un rostro que siempre se oculta tras un velo.

—¿Quiere que la acompañe a su casa?

—No, prefiero regresar sola, con mi hermana.

—Como desee.

—Quiero reunirme con usted mañana mismo, a las cuatro de la tarde.

—Sí, señora.

El responsable se extraña de las prisas y de la resolución de la viuda cuando hace pocas horas de la muerte del marido y con los restos reposando desde solo hace unos minutos.

—No sería mejor que se tomara un descanso y posponer cu…

—No, quiero que sea mañana mismo. La fábrica no puede esperar, hay demasiados trabajadores que dependen de ella. Le haré saber cuál es el futuro que he decidido para la herrería y de qué forma lo haremos.

Las palabras son escuchadas por Joaquín e Isidoro Marqués, los hermanos que todavía permanecen en el cementerio y que cruzan las miradas con un gesto de profunda preocupación que va más allá del lógico pesar por la muerte del hermano.

Registro Civil

«Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él».

Me lo dijo la archivera de la hemeroteca al comienzo de la historia:

—Debe ir al Registro Civil para solicitar el certificado de defunción y con él dirigirse a la Oficina de Últimas Voluntades para conocer la fecha del testamento, si es que lo hizo, y entonces podrá irlo a buscar en el archivo de la Notaría.

—¿Qué desea? —pregunta la funcionaria del Registro Civil poniendo un ojo en el reloj del fondo y otro en el bocadillo que esconde bajo el mostrador.

—Quería solicitar el acta de defunción de un hombre que…

—No es aquí.

—¿Qué?

—No es aquí.

—Pero… si hace cuarenta minutos que espero y hay un cartel que indica que aquí son los registros.

—Los de nacimiento. La cola es aquella —replica la mujer con un alto grado de empatía, señalando hacia otra cola todavía más apretujada que la primera.

—Y por qué debo suponer que esta cola es la del registro de nacim…

—Siguiente.

Trámite realizado después de dos horas a la espera de que algún día reciba un correo que llegará, aproximadamente, cuando llegue. Vivimos inmersos en tiempos de informática, cibernética, ciberseguridad, ciberespacio, cibernautas y milisegundos, pero da la sensación que este trámite se resolverá en calendas griegas.

Al día siguiente del entierro

El negro se asocia al humor, a la magia y a los gatos de mal agüero, también a las listas de indeseables y a las ovejas descarriadas; se tiene la negra en un mal día, la peste también tiene el peor de los colores, bandera del anarquismo, del dinero bajo mano y alguien también habla de un tipo especial e incomprensible de estrellas sin luz, pero, por encima de todo, antes de todo, sobre todo… el negro es el color de la muerte, el color del luto para quien nos ha abandonado para no regresar nunca más.

Un amén rotundo, taxativo, concluyente, seguido de cantos escogidos para la ocasión, dan por finalizada la misa a la que asiste Isabel, en ayuno desde medianoche, como obliga el protocolo para poder comulgar el cuerpo de Cristo.

Velo negro y vestido de luto riguroso, azabache.

El temblor en la mano ya no es solo una sensación que queda escondida en su interior, sino una obviedad para cualquiera que se encuentre frente a ella durante unos segundos. Un ligero movimiento, escondiendo las manos dentro de las mangas, intenta disimular la evidencia. ¿Pecado de vanidad? ¿Quién sabe?

La mujer, cercana a los sesenta, todavía recuerda aquella ocasión en que engañó al funcionario encargado del registro del padrón:

—Calle Mayor 38 —escribía el funcionario en un libro lleno de líneas y donde los errores eran invisibles—. ¿Quién habita en esta vivienda?

—Yo, Irene Bolet, nacida el 12 septiembre de 1829, cuarenta y cuatro años, soltera y sin empleo.

El hombre tomaba nota con una letra con tantas curvas como las que dibuja un caracol.

—Yo, Isabel Bolet, 10 julio de 1831, cuarenta y dos años, casada —no hacía falta indicar el empleo porque al haberse casado se le presuponía la ociosidad de las tareas del hogar.

Una reacción inconsciente de la hermana al escuchar la fecha de nacimiento. Indudablemente no se trataba ni de un error ni de un olvido. Por suerte, el funcionario, no fue consciente del tema y *tomó correcta nota*.

—… y mi esposo Ignacio Marqués, nacido el 20 de julio de 1830,

cuarenta y tres años, natural de Piera, industrial y hace diez que es propietario de esta vivienda.

El escribano tuvo que cambiar de libro para anotar los nuevos datos en el correspondiente a la *M* de *Marqués*.

La larga lista de nombres, direcciones y ocupaciones repetidas ejercitó el ingenio del funcionario, que decidió sustituir las reiteraciones en líneas consecutivas por dos comillas, un artificio que con el tiempo alguien se atrevería a bautizar con el nombre de *copiar y pegar*.

—Para usted —alarga la mano la viuda a una mendiga intercambiando la propiedad de una moneda grande.

—Gracias, muchas gracias. Que Dios la acoja.

Un golpe de gracia hace que Isabel agradezca el deseo, pero deseando que su cumplimiento se retrase lo más posible.

La piel de las manos se revela cuarteada, rústica, ha envejecido; ya no presenta aquel esplendor de hace poco cuando acompañaban al marido en fiestas y presentaciones. Unas manos que solo pueden ir a peor y donde la profundidad de los surcos dependerá de los años de vida que puedan soportar. Manos de *aguantad con dignidad todo lo que podáis, que de ahora en adelante vienen curvas*.

La mujer abandona la iglesia de Santa Ana. Pisa la calle que hace un par de años se convirtió en un improvisado ring plagado de exabruptos entre Josep Maria Bocabella y el arquitecto Francisco de Paula del Villar. Desde entonces, un nuevo arquitecto se encuentra al frente de las obras de la Sagrada Familia.

—Se llama Antoni Gaudí —le informaron. Un joven de Reus que ha finalizado la carrera hace poco, ayudante de Martorell. Eusebi Güell le ha encargado la reforma de su finca en Pedralbes y Manuel Vicens, la construcción de una casa en la Vila de Gràcia.

Unos datos que, la entonces esposa, supo retener.

Isabel está sola, camina sola, duerme sola, vive sola. Es la soledad de los viudos, la oportunidad de iniciar una nueva vida, de volver a casarse las veces que quiera a cambio de calentar una cama y envejecer en compañía. Para otros, en cambio, es como si el desaparecido cónyuge mostrara la puerta de un ataúd que queda entreabierto, a la espera de llenar el espacio que queda libre. Habitualmente ya los hacen holgados.

El lento paseo conduce a la mujer hasta la plaza de la catedral, esquivando las señoriales calesas que bajan por el Portal del Ángel, una especie de visita turística, una rutina para mantenerse en forma ahora que las piernas empiezan a flaquear.

La probablemente sexagenaria, longeva en una ciudad donde el cólera y la peste se encargan de que la esperanza de vida apenas supere los cincuenta años, mira a su alrededor entristecida,

contemplando edificios caducos, sin personalidad, con el consistorio empecinado en derribar todo un barrio medieval para adornar sus calles con detalles góticos.

—¿Qué será lo siguiente? —se quejaba repetidas veces a su difunto marido— ¿Llamarlo Barrio Gótico?

—Ja, ja, ja… Barrio Gótico. Eso ha sido ingenioso —reían ambos.

Ingenio de una mujer convertida en vidente.

La visión empobrecida de la catedral aparece entre una multitud de mendigos que piden caridad y un pintor manco con una gorra de aire afrancesada que inmortaliza el edificio; el artista demuestra tener ante sí un largo recorrido de mejora, más preocupado por identificar las personalidades que entran y salen por el portal que de plasmar, con un mínimo de fidelidad, la iglesia que tiene delante.

Y es que, ciertamente, la catedral presenta un frontis liso, sin adornos. Templo construido en tiempos de Jaime II, donde ciento cincuenta años no fueron suficientes para dar un mínimo de dignidad a una entrada consistente en un simple muro, taladrado a media altura por unas ventanas, y un arco de medio punto como sencilla entrada.

—Espero que alguien tenga el coraje de dignificar la catedral —decía hace años Isabel a su marido, convertida en crítica de arte. Y es que la reconocida experta en arquitectura gótica y medieval Isabel Bolet se siente atraída por los nuevos estilos que se empiezan a estilar en la ciudad.

—Félix, lléveme hasta Pedralbes —ordenó la viuda al conductor de la calesa hace un tiempo, deseosa de comprobar si el dragón de la valla de hierro que recibe a las visitas en la finca de Eusebi Güell impresiona tanto como algunos afirman.

—Lléveme hasta la calle de las Carolinas —ordenaba poco después y de incógnito para confirmar que el alicatado de la casa que Manuel Vicens se hacía construir en Gràcia era tan brillante como sostenían los diarios.

—Lléveme al Poblet —volvía a ordenar al pobre conductor que se conoce de arriba abajo la ciudad por sus edificios más emblemáticos.

Visitas semanales, a veces día sí y día también, para seguir de cerca la progresión de la iglesia de la Sagrada Familia, miembro de honor del club de los jubilados que dirigen sin compasión la evolución las obras, aunque ella lo haga desde la discreción de un velo que le cubre el rostro. En lugar de pobre jubilada, rica viuda.

—¿Antoni Gaudí? —preguntaba una amiga.

—Sí, este es el arquitecto que cambiará la ciudad y le dará alegría —contestó ella.

La amiga no fue capaz de interpretar sus palabras.

En casa de Isabel,
por la tarde

Incluso un reloj estropeado marca correctamente la hora un par de veces al día.

—Gracias por ser tan puntual, señor Ribera.

Gesto de agradecimiento.

—¿Quiere un coñac?

—Muchas gracias —contesta el visitante vestido de negro riguroso y con una cinta de luto en lo alto de la manga.

La viuda ha abandonado el pesado vestido que llevaba el día anterior y lo ha sustituido por otro más ligero, aunque el negro azabache sigue dominando cada pliegue de la ropa. El velo tampoco es tan espeso y deja entrever unos ojos que no aparentan conocer lo que es un llanto desde hace años, tal vez décadas.

Habían quedado a las cuatro de la tarde y el reloj marca las cuatro, pero es una falacia, un sutil engaño como el de los ilusionistas cuando convierten una oreja en una caja de caudales: el reloj seguirá marcando la misma hora hasta que llegue el día del juicio final. Y es que Ignacio Marqués murió a esa hora, a las cuatro, aunque fuera de la madrugada, pero eso no tiene la más mínima importancia en un ingenio que se cree que los días tienen doce horas, que los años juegan entre los setecientos treinta y setecientos treinta y dos días y estaría por asegurar que la señora de la casa ha superado largamente los ciento veinte años de vida.

—Gracias —agradece nuevamente el colaborador agarrando la copa pero sin atreverse a probarla. Un vistazo rápido a su alrededor le permite constatar la desgracia que se ha vivido en esta casa durante los últimos tres días: el telegrama, las corredizas, una espera interminable, nervios, la llegada del carruaje con el moribundo, la logística para hacerlo subir hasta el dormitorio y una tensión ambiental entre los presentes que se atraían tanto como dos imanes de tres polos. En el ambiente todavía se respira un olor desagradable que la criada intenta disimular infructuosamente con la fregona y aireando la casa.

—¡Cierra las ventanas y corre las cortinas! —le ordenó Isabel impulsivamente en expresión por mantener viva la memoria del difunto.

Y es que la descomposición de un cuerpo no conoce de inmortalidades y esparce sus efectos por doquier, filtrándose en las paredes como un fantasma que las intenta atravesar, quedando atrapado finalmente allí, para siempre, como un prisionero emparedado en cal viva. Afortunadamente, el estatus del difunto, muerto de madrugada, permitió que fuera enterrado el mismo día sin tener que esperar las cuarenta y ocho horas de rigor que marca el protocolo habitual.

—Señor Ribera, seré breve —comienza la señora Isabel con voz firme—, estoy segura de que tiene prisa; el trabajo de la herrería es mucho y ahora es uno de esos momentos en donde todo el mundo pone la mirada sobre nosotros. Estamos obligados a demostrar que somos dignos sucesores del trabajo realizado por mi marido.

Gesto de conformidad del hombre que se encuentra a la expectativa, como aquellos animales que, cómicamente, se levantan mirando a su alrededor para saber por dónde aparecerá el enemigo cuando es posible que ya lo tenga enfrente.

—Quiero que abandone la dirección de la fábrica y sea usted quien se encargue de la gerencia. Mi marido confiaba en usted y no seré yo quien le desmienta.

—Gracias, señora —se atreve a contestar.

—Tengo cita para el viernes 28 con el notario Torrents para la lectura del testamento de mi difunto marido. Usted me acompañará.

El hombre calla. Ribera esperaría que primero le hubiera preguntado por su disponibilidad o predisposición a acompañarla en un acto tan íntimo como es la lectura de las últimas voluntades de su jefe, pero la petición se lanza como una orden sin que el responsable tenga otra opción que asentir sumisamente.

—Es imprescindible demostrar firmeza y determinación en estos momentos inciertos. Son muchas las familias que se encuentran en sus casas, preocupadas, sin saber cuál será el futuro de la herrería y el suyo propio.

—Sí, señora. Más de trescientos trabajadores.

—Trescientos siete, concretamente —replica la mujer poniendo en duda quién gobernaba hasta ahora el negocio desde la sombra.

Ribera se encuentra perplejo: «¿Dónde se encuentra aquella viuda que acaba de perder el marido y necesita que la gente de su alrededor la apoye para no caer al suelo, sin fuerzas y lloriqueando durante el resto de sus días?».

El reloj sigue marcando las cuatro, pero la reunión parece que haya comenzado hace dos horas.

—El lunes, a las siete de la mañana, me reuniré con usted y me mostrará las cuentas de la empresa.

El hombre no contesta porque no acaba de encontrar las palabras.

—¿Algún problema?

—No, señora Bolet, no.

Isabel acaba de ganarse el derecho a tener un apellido: Bolet. Hasta ahora era simplemente la señora, el mueble aquel que acompañaba al señor Marqués, pero a partir de este momento se presenta como un faro que señala el camino que deberá seguir el barco.

—Y también quiero —continúa el vendaval— que para la próxima semana prepare un informe sobre la evolución de los pedidos del último trimestre y el plan de producción de viguetas previsto para las próximas cuatro semanas.

—Sí, señora Bolet.

El vaso de coñac ha ido desapareciendo a cada *sí, señora* que el hombre ha pronunciado, y han sido muchos. Con las cosas claras y el vaso sin gota, Ribera se levanta de la silla dejando en el cuero un sospechoso rastro de sudor. Y un gesto de despedida en la puerta, donde una corona con cintas de crepé recuerda el duelo que, supuestamente, acompaña a la, supuesta, no sexagenaria.

—Ah, y una cosa más. Se me olvidaba —escucha el hombre a su espalda haciéndole dar la vuelta para comprobar que el tormento todavía se puede alargar un rato más.

—Sí, señora Bolet.

—Tengo entendido que desde hace dos semanas hay un horno que funciona a medias por una grieta en su base. Quiero que cuando vuelva a estar a pleno rendimiento me informe de forma inmediata.

—Sí, señora Bolet.

La puerta se cierra tras de sí y el hombre *marchahuye* de la casa.

El marco del portal queda atrás y los pensamientos se acumulan: es momento de cambios y eso siempre es sinónimo de riesgo. Un mal paso, un tropiezo, una orden malentendida, una mirada malinterpretada y la reputación lograda en una vida se puede ir al garete por uno de esos agujeros por donde desaparecen las aguas negras.

La herrería es un negocio de éxito, la segunda de Catalunya. Se aprovecha de la proximidad de una veta de hematíes encontrada en Gavà y de la vecindad a una ciudad en plena ebullición. Ya no se trata de herrar caballos y fabricar ruedas de carruaje, sino de producir el hierro de los trenes, vapores, edificios, puentes con distancias de luz nunca vistos, techos con enormes y resistentes arcos, invernaderos, galerías comerciales, mercados… hierro, hierro, hierro, hierro allá donde se mire.

Ribera tiene prisa por regresar a la herrería. Lo hace en tranvía de caballos mientras continúa dándole vueltas a las órdenes que acaba de recibir.

«La señora Bolet tiene las ideas claras. Mejor así», se engaña el

nuevo gerente dándose cuenta de que tendrá poco margen de maniobra para presentar nuevas propuestas. Mira el reloj de bolsillo y comprueba que este sí que funciona y que falta poco para que sean las cuatro y media, media hora que se le ha hecho eterna como un año.

«Nuevo gerente —sonríe—. Un cargo de prestigio en la segunda herrería de Catalunya…».

—¡Ribera! —escucha tras de sí una voz desagradable que interrumpe los sueños y le obliga a mirar atrás. ¿Qué tal estás? ¿Todo bien?

Es uno de los hermanos de su antiguo jefe, no recuerda el nombre. Sabía de su existencia, pero nunca había coincidido con él hasta hace dos días, cuando le vio en el funeral del señor Marqués. Trata de recordar si se encontraba en el puerto hace veinticinco años, cuando su hermano Ignacio regresó de Cuba, pero cree que no.

—¿Qué quiere?

—Solo saber qué tal te encuentras. No nos conocemos, ¿verdad?

Un carruaje casi los atropella y unos niños juegan a su lado, pero en estos momentos el universo se limita a ellos dos.

—Estoy bien, pero debo irme —dice con signo evasivo.

—¿Por qué tanta prisa? —oye una nueva voz que corresponde a otro de los hermanos Dalton.

—Miren, no sé qué es lo que desean, pero creo que se equivocan.

—Solo queremos saber —dice el más bajo con un tono cadencioso, lento, que recuerda a aquellos mafiosos que alguien se imagina compartiendo el habla con una media sonrisa siniestra—, solo quiero saber qué es lo que piensas hacer con nuestra herrería.

—No es vuestra, es de la señora Bolet.

—Bueno, eso habrá que verlo. Recuerda que nosotros somos los hermanos, sangre de la misma sangre, y si pudo montar la primera herrería en Vilanova fue gracias al dinero que le dejamos.

—Dinero del señor Manuel, no el vuestro.

—Todo es familia.

Las discusiones entre caballeros no se solucionan a base de puñetazos, sino con malas artes y golpes escondidos que Ribera desconoce; su especialidad no es lidiar con las tretas de los busca razones, sino con los martinetes y los tubos de hierro.

—No os confundáis: no es conmigo con quien tenéis que litigar, sino con la señora Bolet. Ella ha decidido mantener la herrería y que yo sea su gerente.

Un cierto tono de dignidad aparece en la boca de Ribera al pronunciar la palabra *gerente*.

—Muy bien, *gerente* —suena a insulto—, y todo ello sin que se haya abierto el testamento de nuestro hermano. Muy ingenioso. Vigila que el horno no se te caliente.

El tranvía llega y Ribera se hace un hueco para subir dejando a los dos hombres atrás, pero con un nuevo pasajero invisible que se une al él: el *canguelo*, que recorre el ánimo del nuevo gerente haciendo tambalear las almenas de su castillo:

«¿Está legitimada la señora Bolet para tomar decisiones cuando todavía no se ha hecho público el contenido del testamento?

»De hecho, ni siquiera se sabe a ciencia cierta dónde irá a parar la propiedad de la herrería y está claro que los hermanos no renunciarán a ella, por mucho que las relaciones familiares estén rotas desde los tiempos de Cuba».

Y la pregunta que va y viene como el péndulo de un reloj:

«¿Cómo puede ser que un industrial muera a los cincuenta y cinco años sin dejar testamento?».

Y el razonamiento deductivo:

«Un hombre con dinero, patrimonio, un negocio envidiable y que no se preocupa por redactar un testamento donde diga claramente dónde quiere que vaya a parar su herencia. ¿Qué es lo que se me está pasando por alto?».

El acta de defunción lo dice bien claro:

> …entregó testamento ante el notario Juan Torrents de Villanueva y Geltrú…

Pero sin que haya sido capaz de encontrar el maldito testamento.

Es ahora cuando recuerdo con simpatía confusa a la funcionaria del Registro Civil que algún día, si se lo permite el bocadillo, pondrá en marcha todos los recursos cibernéticos, computacionales, criptográficos y cartográficos a su alcance para entregarme en un tiempo prudencial medido en milisegundos, muchos milisegundos, el acta de defunción de Isabel Bolet, necesario para buscar su testamento, todo en un fichero indexado en forma de papel manchado de tóner.

No sé el motivo, pero el coche decide regresar al centro neurálgico del campo de batalla, a la zona cero, al lugar donde todo comenzó y quizás todo finalizó hace tiempo. Por el camino he recibido la ayuda de amigos y desconocidos. Una sabia de Vilanova, Violant es su apodo, me ha permitido saber dónde vivía el matrimonio y la historia de las familias Bolet, Vidiella y Marqués. Otra historiadora del Vendrell me ha hablado del Manuel Marqués del panteón, que parece ser que ayudó económicamente a su hermano a montar la primera herrería. Incluso otra mujer, siempre mujeres, me ha mostrado la casa de Piera en donde vivía Raymunda y el joven Ignacio.

Regreso al castillo de Vilanova reconvertido en archivo.

—Buenos días, señor Canard.

El saludo se hace con un tono cansino, a la expectativa de saber

qué nuevos legajos les pediré hoy.

Estudio nuevamente los mismos libros índice. No sé cuántas veces los he mirado en busca de cualquier acta notarial realizada cinco años antes de la muerte del industrial, diez, incluso quince o veinte, pero nada, nada de nada; algún apoderamiento, venta, carta de pago, sin indicios de que Ignacio Marqués hubiese protocolizado un testamento. Pero los vuelvo a revisar, veinticinco años de actas, son miles, ordenadas alfabéticamente. Busco por la *B* de *Bolet* y por la *M* de *Marqués*, pero enseguida pienso en nuevas combinaciones imposibles, otros apellidos que han ido apareciendo en alguno de los papeles que he encontrado hasta ahora como la *V* de *Vidiella* o la *A* de *Almeda*, el albacea que se presentó a Bocabella con la herencia, pero nada, nada, absolutamente nada. Y una duda inoportuna que se extiende sin remedio:

«¿Es este el momento de abandonar?».

Es demasiado esfuerzo desde que encontré la noticia que me puso sobre la pista, demasiado tiempo dedicado a un capricho que no me da de comer, que nadie ha echado en falta, que ha conseguido que una mujer fantasmal se haya convertido, por arte de magia, en un matrimonio sin que haya sido capaz de ponerle cara a ninguno de los dos.

Hago el gesto de levantarme de la silla, derrotado, cansado, triste… cuando es la mano del ratón la que toma la iniciativa, como aquella primera noche, ella es la que decide jugar una última apuesta en la ruleta, un último intento que me obliga a regresar a la pantalla en donde aparecen miles de protocolos en fila, riéndose de mí, mirándome sin saber si esconden algo o no son más que una pérdida de tiempo.

El dedo índice mueve la rueda del ratón sin permiso. Los protocolos siguen apareciendo, pero, por unos instantes, huyo de los años que he revisado hasta ahora para adentrarme en fechas diferentes, posteriores a la muerte de Marqués. Nuevamente miro las actas promovidas por las letras *M*, *B*, *V* o la *A* que corresp…

«¿Qué es esto?», me sorprendo con los ojos rojos de tanto mirar a la pantalla.

Poder de Isabel Bolet a Don Joaquín Rivera

Una nueva línea en el libro de protocolos, inofensiva, silenciosa, que podría haber pasado por alto pero no hoy.

«¿Quién es este Rivera con *v* de quien nunca he oído hablar?»

Un protocolo realizado pocos días después de la muerte de Marqués y que me obliga a dirigirme al libro índice para buscar el volumen donde encontrar el expediente:

«Notario Torrents i Higuero, Joan, Protocolos año 1885 (Tomo 1 y Tomo 2), 755, 756»

—Disculpe —me dirijo a la archivera obligándola a romper el karma para volver de nuevo al almacén—, el 755 y 756.

—Estos no son los códigos topográficos —me riñe con cara de hacerle perder el tiempo.

—Sí que lo son —me defiendo— son los códigos que aparecen aquí —señalo las siglas a la izquierda del nombre del notario.

—Los códigos topográficos son los que están a la derecha: 540 y 541.

—¡Ahhh! —exclamo sorprendido de que la definición de código topográfico no forme parte del temario del cualquier estudio universitario ni de grado medio o superior, ni que disponga de un artículo de la Constitución que lo consagre:

> *Los españoles, por el solo hecho de serlo, deberán conocer desde su nacimiento y ya estando en la cuna, el significado del concepto código topográfico, y si no fuera así será grabado su significado a fuego en la frente del ignorante.*

—Es verdad, señora, 540 y 541, cómo podía no saber que el código topográfico es el numerito que se encuentra a la derecha —comento en una mezcla de ironía y hartazgo, cansado pero esperanzado.

Son diez minutos los que pasan hasta que resuenan de nuevo las ruedas de la carretilla cargada. Me vuelvo a ilusionar con encontrar una puerta que me saque del atolladero en el que me encuentro y, quién sabe, me permita continuar la partida.

Los focos de la sala iluminan la mesa donde yacen los enormes volúmenes que gentilmente me ha facilitado mi amiga. El polvo atrapado en los cordeles y que cierran el legajo me provocan tos, y las hojas apergaminadas producen el mismo efecto al pasarlas que la rueda de una bicicleta cuando atraviesa la hojarasca que el otoño acumula en la calle.

Las campanas de Santa María de Geltrú repican las once de la mañana. Busco el legajo y lo encuentro. En este caso se me hace difícil descifrar la letra. Leo despacio; ya lo he aprendido a hacer. Se trata de la transmisión de poderes que hace Isabel Bolet a un tal Ribera Adué, ahora con *b* alta, para dirigir la herrería de su difunto marido. Está visto que al escribano le soplaba un carajo la existencia de acentos y tampoco habría sabido distinguir entre el Rivera con *v* que sale por la televisión blanqueando su imagen, del Ribera con *b* que aparece en este legajo. Y de pronto una línea que provoca que me suba la tensión,

palabras que debo leer dos y tres veces para asegurarme de que están delante de mí:

> …por este nombrada en su último testamento que entrego cerrado al suscrito notario a los once de enero de mil ochocientos sesenta y cinco y que fue abierto y publicado a los veinte y siete de agosto, en dicho nombre de su libre y espontánea voluntad otorga y da todo su poder que en derecho se requiera y sea menester a D. Joaquín Ribera Adué, Industrial vecino de Barcelona a este acto…

—¡Coño! —no puedo evitar el exabrupto, aunque me encuentre en un lugar de culto. Es ahora cuando veo claro. Ignacio Marqués no hizo testamento abierto, el tradicional, sino que entregó un sobre cerrado a saber por qué motivo, queriendo ocultar algo que solo a su muerte se atrevería a explicar sin tener que sufrir la vergüenza de las miradas dirigidas hacia él. Es así que se descubre el truco del testamento, que primero aparece en el registro de defunción y más tarde desaparece en el despacho del notario.

Me tiemblan las piernas, mi cara es la de un bobo ingenuo, tantas veces haciéndome la misma pregunta y habiendo encontrado la respuesta: Sí, sí que había hecho testamento, pero entregado en un sobre cerrado que se abrió tras su muerte.

Y es que nada es blanco o negro, ignoro cómo fue la vida de esta pareja, probablemente un matrimonio de conveniencia entre primos, donde los colores vivos se limitaban a la ropa llamativa que vestía Isabel en comidas y bailes, convites y fiestas, en un desenfreno de apariencias no muy diferente que la que vive la mitad de matrimonios que nos rodean. Pero una pregunta se cierra para dar paso a otra nueva en esta carrera sin fin:

«¿Por qué Ignacio Marqués entregó el testamento en un sobre cerrado? ¿Qué es lo que ocultaba?».

Tenía que ser algo que el hombre no quería que se supiera ni que quedara a la vista de los ojos curiosos de los trabajadores de una notaría.

«¿Y dónde se encuentra esa misteriosa carta que ocultó de miradas indiscretas durante toda su vida?».

Creo que todavía es pronto para regresar a casa.

¡Todo ha sido fruto de la casualidad!

¡No, falso! No existe la casualidad: ha sido la perseverancia.

Juzgado de Vilanova,
24 de agosto 1885

Pocas cosas hay que sean más humillantes que una muerte ridícula, recuerdo que perdurará durante generaciones cuando alguien nombre al finado, por muchas virtudes que haya acumulado en vida. Tú puedes decir que el difunto ha abandonado el reino de los vivos ahogado en medio del mar, atropellado por un carruaje o por un ataque al corazón, de apoplejía o de tren, pero se hace extremadamente complicado mantener la compostura si el agraciado nos abandona atragantado zampándose una galleta de la suerte, corneado por un toro que salta la barrera o por un ataque de piedra paseando por la falda de una montaña.

—Cólera.

Pobre hombre, todavía era joven.

—Cincuenta y cinco.

Bueno, morir de cólera no forma parte del capazo de muertes ridículas y más cuando todavía no se sabe que con unas escasas nociones de higiene se podría haber evitado la enfermedad.

El notario y el juez de Vilanova hacen algunos comentarios más sobre el difunto, totalmente prescindibles: hablan sobre la fugacidad y frugalidad de la vida, la necesidad de vivir el momento, no tarda en aparecer un latinismo tan manido como *Carpe Diem*, inevitable, y un rosario de obviedades que finalizan en un par minutos cuando deciden ir al grano.

—La señora viuda de Ignacio Marqués nos ha informado de que fue en esta notaría donde el finado hizo entrega de un sobre cerrado con sus últimas voluntades.

—Sí, el 11 de enero de 1865, con dos testigos, uno de ellos ya fallecido.

—¡Vaya! —exclama el juez—, esto complica la autentificación del documento.

—Pues sí. Nunca me han gustado los testamentos ológrafos.

—A mí tampoco —ratifica con un gesto de *ahora nos toca a nosotros hacer el trabajo sucio*.

Y es que la utilización del testamento ológrafo facilita notablemente el trabajo al testador a costa de complicarla al resto de

la humanidad. Se deberá dedicar varias horas, quizá días, en reunir a los testigos que quedan vivos para que validen la autenticidad de la carta y, más tarde, nuevos testigos que atestigüen que la firma del testigo fallecido sea también válida. Una verdadera fiesta del *testimoniage*.

Y así se realiza. Un proceso por fases: el lunes, se recibe la primera notificación; el miércoles, es Isabel quien confirma la firma del difunto marido, y, el jueves, cuando comparece el notario con el sobre que ha permanecido lacrado y cerrado en su despacho.

—¿Dice usted que desea que sus intereses queden arreglados en caso de una muerte prematura? —recuerda el notario la reunión que mantuvo hace veinte años con el fallecido, cuando todavía no había cambiado su estado vital.

—Pues bien, supongo que eso que usted quiere hacer se le llama testamento.

—Eso es precisamente lo que le quiero consultar: ¿cuál sería la forma más *normal* de hacerlo?

—Lo más *habitual* sería hacer un testamento y que yo levantara acta.

—Pero tengo entendido que los testamentos no son siempre garantía de confidencialidad. En este caso, quisiera mantener el secreto tanto como fuera posible.

—Sí, habría otra opción, aunque legalmente supone más riesgos que escriturar un testamento tradicional: hacer entrega de un testamento ológrafo en sobre cerrado y lacrado.

—¿Más riesgos?

—Sí, porque habrá que autentificar la firma de unos testigos que podría ser que ya no vivieran.

—¿Le importaría decirme, si es posible, qué es lo que verdaderamente le preocupa para que tome tantas precauciones?

Es ahora, veinte años después de entregado el sobre, cuando el juez lo coge de manos del notario. El pliego es pequeño, no llega a un palmo de largo. Seis obleas encarnadas aparecen estampadas con la firma de Marqués, de los dos testigos y del propio notario.

El procedimiento a seguir se encuentra detalladamente estipulado en el código civil: revisión del sobre para validar que no presente ningún indicio de que haya sido abierto y comprobación de que no presenta ninguna alteración ni violencia. Con esto acaba este primer trámite formal.

Isabel observa el proceso sentada y callada, alejada de la mesa del juez, en una silla al fondo del despacho. El velo en muestra de duelo impide constatar sus nervios y un cierto cosquilleo que le ataca el bajo vientre. El contenido del sobre no es un secreto para ella, ya ha hablado ampliamente de él con el difunto marido, aunque por su

naturaleza nunca lo llegó a ver antes de ser entregado.

Algún mal pensamiento se cruza por el camino:

«¿Y si… Ignacio me hubiese ocultado que quería compartir la herencia con alguno de sus hermanos?

»¿Y si… algún error formal invalidara el testamento entrando en una guerra de impugnaciones, recusaciones y renuncias dentro de la familia?

»¿Y si… me hubiera engañado desde el principio y el testamento no dijera aquello que él me prometió?».

Y si, y si, y si, y si…

Son las dudas de quien se cree que lo tiene todo ganado. Y es que es bien sabido que con una sola palabra: *Culpable* al final de un juicio, o una simple cifra: *cuatro y medio* en un examen, se puede pasar del cielo al infierno, de tenerlo todo a perderlo en cuestión de segundos.

—Jura decir toda la verdad y si no es así, atenerse a las penas prevenidas por la ley.

—Lo juro —jura el notario Torrents.

—¿Puede confirmar que el pliego corresponde al señor Ignacio Marqués, que está escrito de su puño y letra, y reconoce como suyo y legítimos la firma con su nombre, apellidos y rúbrica que aparecen al pie de la nota de la carpeta?

Isabel escucha la retahíla de preguntas conocidas y respuestas previsibles de un procedimiento que, con los años, alguien debería simplificar. Es incomprensible el tiempo que se llega a perder para constatar que el sobre de un difunto es verdaderamente suyo. No sería la primera vez que durante el transcurso de un proceso de validación se acumula más trabajo con el fallecimiento de alguno de los testigos, lo que complica notablemente la cosa. Es lo mismo que sucede en aquellos cónclaves donde las diferencias entre los candidatos provoca que se alargue el tema mientras los obispos van cayendo como moscas, con el peligro de que la oferta de trabajo quede vacante.

—Jura decir toda la verdad y, si no es así, atenerse a las penas prevenidas por la ley.

El siguiente testigo sigue el protocolo, pero, en su caso, sintiendo la necesidad de toquetear el sobre como si así pudiera adivinar cuál es su contenido.

Más complicada es la confirmación del segundo testigo ya difunto. Una vez fracasado el intento de tomar declaración vía *médium* se sigue con el método tradicional, buscando nuevos testigos para validar la firma del testigo. La audiencia se alarga de forma insoportable hasta que se escucha finalmente el veredicto:

—Procedemos a la apertura del sobre cerrado para comprobar su validez.

Oír esas palabras y acelerarse las pulsaciones de la viuda es todo

uno. El corazón le late sin poder asumir toda la sangre que le llega, pidiendo más aire a los pulmones para bombearla y una mueca de desazón que intenta disimular.

Sobre abierto y carta presentada sobre la mesa.

Y es que, antes de leer el contenido, hay que comprobar si el texto sigue los formalismos exigibles en un testamento de esta naturaleza: fecha, nombre, apellido y finalizado con la firma del protagonista, sin nada más a continuación. El juez lee las primeras líneas:

En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo Amén…

Parece que los tres actuaran como testigos.

Yo Ignacio Marqués y Bolet…

Y se dirige a la última hoja y lee las últimas líneas:

… lo otorgo y firmo en Villanueva y Geltrú día 10 de enero de 1865.

—Firma y rúbrica de Ignacio Marqués.

»Declaro que el testamento cumple los formalismos establecidos legamente.

La espera para conocer el contenido se hace eterna, insoportablemente cargante, poniendo a prueba la presión arterial de la viuda, que a punto está de pedir que acabe ya este tormento.

—Solicito a los presentes que abandonen momentáneamente la sala para proceder a la revisión de la carta de forma privada por si hubiese algún término que impidiera su lectura. Señor notario, le importa acompañarme.

Los testigos, los testigos del testigo fallecido y la viuda se miran y desfilan. El despacho se vacía y nada impide que juez y notario desvelen aquello que ha estado oculto durante veinte años. Lo hacen en silencio, leer por dentro se les dice a los niños que no saben quedarse para ellos lo que deletrean.

Ambos analizan las frases, las examinan, el notario las disecciona y, tratándose de un testamento, les hace la autopsia. No se trata de una carta muy extensa, tampoco usa el lenguaje enrevesado e insufriblemente pedante que tanto distingue a los notarios, pero una frase, una disposición, pasa desapercibida para el juez y, al contrario, llama especialmente la atención al notario que tuerce el gesto. Son veintitrés palabras, veintitrés, que lee, relee y *rerelee* para asegurarse de que las ha interpretado correctamente, pero sin acabar de estar

seguro.

El juez finaliza la lectura mientras el notario continúa manteniendo estas veintitrés palabras en la cabeza, dándole vueltas, sabiendo que esta disposición es la clave que fundamenta el testamento, que es la disposición que justifica la verdadera existencia de este sobre cerrado, de unas últimas voluntades mantenidas en secreto hasta ahora.

—Nunca me han gustado los testamentos ológrafos — insiste el notario ante el juez—, no son más que una fuente de conflictos, reclamaciones e impugnaciones.

—Tampoco a mí.

—Apuesto lo que sea a que, antes o después, este testamento acabará impugnado.

—Bueno, eso solo lo dirá el tiempo.

—O algún familiar con ganas de ir a pescar.

—Por ahora estamos obligados a continuar con el procedimiento — pronuncia solemnemente el juez, aunque solo haya un espectador para aplaudirle—. Alguacil, anuncie a los testigos que pueden entrar de nuevo en la sala.

—Sí, señoría.

—Haga entrar a la señora Bolet; ella queda afectada por el testamento.

Juez y notario se miran, cansados por lo que debería ser un trámite sencillo, pero que quizás no ha hecho más que comenzar. Habla el juez:

—La carta ológrafa del difunto Ignacio Marqués cumple todos los requisitos legales. Determino que sea el día veintiocho cuando se proceda a la lectura pública del testamento.

—¿Me puede traer el tomo 569? —este tomo es posterior a la muerte del industrial y por eso nunca había reparado en él. Mi cara ilusionada contrasta con los vaivenes de una presión arterial que pide ya el final del partido.

El acto de apoderamiento de Ribera Adué como gerente de la herrería dejaba clara que su propiedad pertenecía a la viuda, pero otro detalle que se me escapó en el primer momento me llama ahora la atención:

> … accionando en el concepto de heredera vitalicia de los bienes y derechos que fueron de su esposo D. Ignacio Marqués.

Quizás es una tontería, un detalle sin importancia, pero no habla de heredera universal, sino de heredera vitalicia. ¿Un error tal vez? Imposible en un documento que pasa por las manos de un notario.

Heredera vitalicia debe ser muy parecido al usufructo actual, donde en vida puedes hacer uso de los bienes, pero teniendo alguien que espera sonriente a los pies de la cama para que la palmes y quedarse con tus pertenencias.

Oigo de nuevo las ruedas de la carretilla, ñigui-ñogui de la esperanza, con un nuevo tomo que esconde las miserias de cientos de ciudadanos que pasaron por el despacho del notario. Y es que el testamento tradicional, escrito y entregado ante el notario que levanta acta, es el más habitual, pero no el único. También lo es dejar una nota manuscrita en el fondo de un cajón e incluso el testamento sacramental, una curiosa tradición aceptada legalmente que da categoría de última voluntad a la declaración de un testigo hecha ante el altar de san Félix de la iglesia de San Just i Pastor de Barcelona. La historia es caprichosa.

Desato el tomo y lo abro. Busco adelante, busco atrás, se me resiste encontrar el inicio del legajo con la protocolización del testamento en sobre cerrado. Finalmente lo encuentro. Es un protocolo enorme, cuarenta páginas entre procedimientos del juzgado y actas del notario, con declaraciones de testigos y notificaciones a los interesados, aunque en medio de todo aparece un texto diferente, cuartillas y no

folios, papel de carta con letra distinguida, elegante, diría que incluso artística.

«Esta es la carta ológrafa escondida durante tantos años», suspiro con un cierto grado de trascendencia histórica.

Examino la carta como lo haría un voyeur que espía a escondidas por la ventana del tiempo. Lo hago sin saber qué es lo que pensaba el industrial de treinta y cinco años cuando la redactó, si la escribió con conocimiento de su mujer o si se trató de una decisión solitaria.

El encabezamiento no deja lugar a dudas:

En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo Amén.

Yo Ignacio Marques y Bolet, Esposo de Isabel Bolet y Vidiella…

Y finaliza con:

Y para que conste la otorgo y firmo en Villanueva y Geltrú día 10 de enero de 1865
Ignacio Marques y Bolet.

Y una firma contundente, redondeada, bella.

Letra caligráfica que se puede interpretar sin problemas, como el ejercicio de un niño pequeño de nuestra época y que inicia con unas palabras que hacen volar la imaginación:

… deseando que mis intereses estén arreglados para el caso de una muerte prematura.

Un texto que, redactado así, podría dar pie a que algún guionista mediocre imaginara intrigas criminales dentro de una familia malavenida, pero no seré yo quien lo haga.

Una carta de última voluntad escrita en la juventud, con toda la vida por delante, cuando todavía no había llegado ese martinete arrastrado desde Vila-rodona y cuando la herrería de Vilanova no era más que un sueño y la de Sants una quimera. Una mirada rápida en diagonal permite observar que es breve, tres hojas y unas pocas líneas más, y que se divide en siete puntos sin preámbulos ni circunloquios:

1º Queda mi Sra. Esposa heredera durante su vida de todos mis bienes habidos y por haber excepto lo expresado luego.

En definitiva, que Isabel, sea o no sea doña Isabel, se embolsó la

herencia del marido. Segundo punto:

> 2º A mi Sra. Madre, cuando me sobreviva, le cedo la cuarta parte de mis bienes que por la ley le corresponde.

El detalle de dejar a Raymunda una cuarta parte, que seguramente no disfrutó. Me imagino a la esposa satisfecha, quedándose con la parte de la tía una vez superó el trance de la muerte del marido. Tercer punto:

—¡Coooooooño!

(Necesito unos segundos para rehacerme).

El grito me sale del alma, captando la atención de la archivera que se debate entre abroncarme o unirse a la fiesta para enterarse de qué es lo que he encontrado.

«Esto lo explica todo. Increíble. Ahora lo entiendo».

No, no dejaré que la archivera se acerque hasta mí. Lo que hay aquí escrito no puede estar al alcance de su mirada curiosa.

Piera,
1861, poco después de que Ignacio Marqués regresara de Cuba

Son cuarenta los días que necesita Ignacio Marqués para regresar desde la isla de Cuba tras quince años viviendo allá, toda una vida.

Unas primeras semanas para recuperar la antigua vida, reinsertarse en la pequeña población del Garraf y recordar la casa donde se había criado en el Arrabal superior, humilde pero arreglada con el dinero que él mismo y sus hermanos envían periódicamente desde Cuba, y con el recuerdo de su padre Pablo en cada rincón, el alpargatero de Piera.

—¿Piensas regresar a La Habana? —pregunta Raymunda.

—No lo creo, Madre, quiero pasar página y empezar vida nueva.

—Eso está bien.

Las preguntas se suceden durante un largo rato: vida, trabajo, amigos, hermanos…

—Pues… Manuel, Isidoro y Joaquín se encuentran bien, con más o menos fortuna —contesta con vaguedad el tercer grado—. Manuel acabará metido en política, ya verá, está bien relacionado con las élites locales y le gusta alternar con la alta sociedad.

La madre no habla: escucha. Las personas con más cordura y cosas que decir son, a menudo, las que más callan, hasta que la mujer levanta la mano acallando el hijo y exigiendo su atención:

—¿Cuándo me lo dirás?

—¿Decirte el qué, Madre?

—No me trates como una estúpida. Si has venido hasta aquí no es para hablarme de La Habana ni de tus hermanos ni de proyectos, sean cuales fueren. Soy tu madre y, aunque hace años que no nos vemos, tengo ojos y también orejas, y no estoy tan lejos de Vilanova como para que la familia no pase por aquí de vez en cuando y me explique las nuevas que llegan de Cuba.

La voz de Raymunda es lenta pero contundente, capaz de desnudar al hijo que, efectivamente, ha venido para anunciar un tema delicado, aunque con la duda de hasta dónde han llegado las habladurías de sus hermanos desde el otro lado del mundo; el género epistolar puede hacer mucho daño. Y es que Ignacio se encuentra como aquellos que quieren abandonar el trabajo y mantienen el secreto, convencido de que nadie lo sabe, sin tener la más mínima sospecha de que eres la

comidilla de tus compañeros.

—Hijo mío —continúa la madre después de dirigir la mirada hacia el Santo Cristo que cuelga en la pared; un nuevo par de troncos avivan las brasas del brasero, provocando una humareda momentánea—, hijo, sé que te ha pasado alguna cosa grave en La Habana, un tema deshonroso que intentas ocultar, pero que tienes la necesidad de compartir conmigo. Es por eso que has venido, ¿verdad?

Diagnóstico acertado de la doctora Raymunda, que solo necesita mirar a los ojos del paciente para saber de qué mal padece. La madre no tiene la necesidad de escuchar los cotilleos que llegan desde Vilanova para hacer un dictamen acertado.

—Madre —comienza la confesión del reo—, hace mucho que me fui de aquí y nunca he olvidado la enseñanza cristiana que he recibido. La imagen de san José siempre me acompaña allá donde voy y sigo sus preceptos, los suyos, madre, y los de padre, que en gloria esté —demasiado preámbulo para una confesión anodina—. Soy joven, he conseguido dinero, pero, desgraciadamente, soy débil.

La juez escucha atentamente, sabiendo cómo continuará la testificación del acusado.

—Madre —Ignacio carraspea—, he conocido a una mujer, una mujer buena, preciosa, cristiana…

—¿Criolla? —corta la madre para saber aquello que realmente importa a la humanidad. Raymunda mira fijamente a los ojos de su hijo, que no es capaz de aguantarle la mirada.

—Mestiza.

Una patada en el corazón atraviesa a la madre a quien le había llegado alguna noticia, pero sin dar crédito a que el agravio fuese tan aberrante. Y es que el reparto de las Indias entre españoles, portugueses y migajas para algún que otro estado ha llevado a una división en castas en donde alguien dijo que los españoles, conquistadores, no venían a trabajar, sino a que los indios y negros lo hicieran por ellos. Una visión particular del imperialismo que se siente en la necesidad de navegar por el mundo, adoctrinando de la forma más conveniente a todo aquel que se cruza por delante.

Ya hace tiempo que se levantó la norma que impedía que los funcionarios se casasen con criollos, mezcla de indios y europeos, pero la realidad es que pocos encontramos, está mal visto y tan solo, excepcionalmente, pasan por el altar sin provocar las bascas entre unos amigos que dejan de serlo de la noche al día.

Criollos, mestizos, castizos, mulatos, moriscos, saltatrás, albarazados, cuarterones y otras combinaciones antinaturales que no se encuentran dentro de la lista de lo aceptable.

—Tengo tres hijos, Madre —remata el acusado confeso.

—¿QUÉ?

El diagnóstico de la doctora ha sido totalmente sobrepasado. Los cotilleos entre familiares se han ahorrado la contundencia de la cruda realidad sin que nunca hicieran aparecer este pequeño detalle en forma de dos niños y una niña mulatos, deshonra que obliga a tomar decisiones adecuadas para disimular la afrenta.

—Bueno, Ignacio —respira a fondo la madre, que acaba de superar holgadamente la esperanza de vida que se le supone a un adulto sano: acaba de envejecer diez años en diez minutos—, de esta cuestión tan lamentable no dirás nunca nada a nadie. ¿Lo entiendes?

—Sí, madre —contesta el condenado antes de abandonar la habitación dirección a la ignominia.

Todo el empuje que Ignacio ha demostrado en Cuba con treinta años cumplidos, logrando lo que se había propuesto, queda aquí y ahora enterrado bajo la acometida de la madre.

—Isabel, quiero hablar contigo —dijo Raymunda poco antes de la boda con su hijo.

—Sí, tía.

—Quiero comentarte un tema importante antes de que te cases.

Cada vez que Raymunda se dirige en privado a su sobrina, esta tiene un ataque de pánico por lo que le pueda acontecer. Y en esta ocasión no será para menos. Una conversación, monólogo, que marcará su vida.

—Se trata de una cuestión… un tema… delicado.

Isabel acaba el discurso llorando; es la primera vez en la vida que lo hace. Solo llorará en una segunda ocasión muchos años después, poco antes de morir, pero en esa ocasión será de alegría, cuando la fiera herida que todo el mundo lleva dentro se sienta saciada.

—¡Coooooooño!

No puedo evitar el exabrupto al leer el tercer apartado de la carta ológrafa entregada al notario Torrents:

> 3º Como a mi Esposa y Madre les consta que en Santiago de Cuba tengo tres hijos naturales míos y son Mercedes Santana, Ignacio Santana y Antonio Santana, quiero que se le entregue y asegure la cantidad de dos mil duros a cada uno de ellos, y si alguno me premuriere, le substituyo a su Madre…

—Bufff.

Las pulsaciones me suben de forma exponencial provocando una pequeña taquicardia, sudor copioso convertido en visibles ronchas *sobacales* y temblor en las manos.

«En definitiva, que el afamado industrial hecho a sí mismo, forjador de empresas, propietario de una de las herrerías más importantes de la ciudad, vecino de una de las viviendas más lujosas del paseo de Gracia, buen católico, beato, puntual en misa, miembro de la Asociación de San José y a saber de cuántas cosas más, dejó en la isla de Cuba su semilla en forma de tres criaturas, probablemente mulatas, y de una mujer supuestamente criolla o mestiza. Y si esto no fuera poco, es más que probable que mantuviera económicamente a los hijos y a la madre».

No me lo puedo creer. Necesito coger aire y volver a leer el texto.

O sea, que un buen pico fue a parar al bolsillo de los hijos cubanos, diez mil pesetas, por *mojito caliente*. No me puedo imaginar lo que debería sentir la mujer al saber de la existencia de las criaturas. Solo espero que nunca hubiera encontrado una carta de pago dirigida a ellos.

Me cuesta reponerme, pero sigo leyendo esta inesperada caja fuerte abierta al pasado más íntimo e inconfesable del industrial. Cuarto punto:

> 4º Después de muerta mi Esposa, quiero que hereden la casa que durante su vida le dejé a ella sita calle Mayor nº 38, antigua

de Marrugat, de esta villa.

Muy bien, para acabar de remachar el clavo: la casa de Vilanova que no tengo ni idea si todavía conservaba a su muerte, también para los cubanitos.

Pero es ahora cuando la carta da un giro inesperado, uno más, como aquellas películas de espías donde el final se complica a cada minuto que pasa. Son veintitrés palabras en un apartado del cuarto punto que me llama la atención, y eso que la atención ya es difícil que me pueda llamar todavía más:

> Después de muerta mi Esposa, me sería muy agradable asignase a mis hijos todo el capital que le haya correspondido de mi testamento.

—Buffffffffff.

Exhalo todo el aire que me cabe en los pulmones.

Es decir, que una vez muerta la esposa, el marido deseaba que la totalidad de su capital tomara rumbo de ida a La Habana sin billete de vuelta, en busca de unos hijos naturales que recibirían la herencia inesperada de un familiar lejano. Un capital que se medía en decenas de miles de pesetas en el momento de escribir el testamento y no en millones cuando murió.

…

…

…

…

…

…

Cuántas cosas en tan pocas líneas. El resto de la carta es prescindible. Con esto ya bastaría para escribir una novela.

Escondo la carta nuevamente dentro del legajo donde ha estado oculta bajo el polvo de un siglo, pero con la sensación de haber traicionado a su autor, de haber penetrado en la intimidad de un hombre atormentado por un pasado que le imposibilitaba escalar los peldaños de una pirámide de Maslow inexistente en aquellos tiempos, con una familia a la que amaba, pero que nunca más volvió a ver, incapaz de vivir en plenitud, compartiendo con la mujer un secreto que callaba al resto.

Y es que lo suyo de Cuba no fue ni un clavo aislado ni una noche de lujuria. Aquello supuso el enfrentamiento con los hermanos que, seguramente, le hicieran el vacío, que hablaban a sus espaldas a cada instante. Este fue el motivo por el que se marchó de Cuba como un perro, huyendo, y conviviendo más tarde con una esposa a la que

quería, pero con quien no pudo disfrutar de la vida, con el recuerdo de la mujer e hijos cubanos que perduraba como el repiqueteo de un martillo sobre un yunque y con la duda de cómo lo asumiría la esposa, obligada a escuchar en su interior el mismo tintineo para siempre.

El notario y el juez se despiden en una jornada que recordarán para siempre, a la espera de que mañana se dé lectura al testamento ológrafo que hace veinte años se mantiene guardado.

Torrents llega en poco tiempo a su despacho y se sirve un coñac de una botella escondida en el armario. Las paredes continúan más o menos con los mismos diplomas que cuando Marqués le entregó el sobre lacrado; es curioso el interés que se pone en decorar un piso y cómo se abandona el mantenimiento una vez lo tienes arreglado.

El regusto del licor, los diplomas en las paredes y es ahora cuando llega el recuerdo de su cliente, entrando por la puerta, joven, confesando lo más íntimo como no lo haría ni siquiera a su confesor.

—¿Desea que sus intereses queden resueltos en caso de una muerte prematura?

—Bueno, nunca se sabe.

—Cierto, nunca se sabe.

—Pues bien, supongo que a eso que usted quiere hacer se le llama testamento.

—Pero… tengo entendido que los testamentos no son siempre garantía de confidencialidad. Debo serle sincero: en este caso quisiera mantener el secreto tanto como fuera posible.

—Entiendo. ¿Le importaría decirme qué es lo que verdaderamente le preocupa? No es habitual tomar tantas prevenciones.

—Le explico: la cuestión es que después de quince años viviendo en Cuba dejo descendencia con una mujer cubana.

—Entiendo. ¿Y desea preservar sus intereses? —preguntó retóricamente el notario sin poder disimular la sorpresa. Como notario de Vilanova pasan por delante de sus narices las cuestiones legales más trascendentes de la ciudad, pero, cuando menos te lo esperas, siempre llega ese momento de ser sorprendido.

—Se trata de tres hijos naturales.

—¡Tres! —no pudo evitar la exclamación.

—Sí, tres: Mercedes, Ignacio y Antonio; Santana se llama la madre.

—Entiendo. Pero, obviamente, no comparten su apellido —dijo sabiendo que su cliente se encuentra felizmente casado, se supone, por la iglesia y con una mujer a la que conoce sobradamente.

—Sí, es como usted dice: no comparten mi apellido.

—¿Y mantiene relación con ellos?

—Sí, les paso periódicamente un sustento.

«Hay que ver», pensó el notario acostumbrado a todo tipo de cuestiones que no siempre se encuentran dentro de los parámetros… digamos… canónicos.

Pero este caso era diferente, no se trataba de ninguna ilegalidad, al contrario, es muy habitual que quien viaja a las Indias no pueda evitar la cohabitación carnal con las indígenas, así las consideran, pero no lo es tanto en una persona religiosa y sin tacha como lo era Marqués, de reconocido prestigio social, que ha convivido durante tanto tiempo con dos caras tan alejadas entre sí como las manos de un obeso y sus pies cuando necesita abrocharse sus zapatos.

—¿Y cómo ha pensado preservar sus intereses? —preguntó el notario—. Si no están reconocidos, no tienen derecho a recibir ninguna herencia. Cualquier cosa que les quisiera dejar debería constar expresamente en el testamento.

—Pues bien, eso es precisamente lo que quiero consultar con usted: ¿cuál sería la forma más *normal* de hacerlo?

—¿Y puedo saber qué es lo que les ha pensado dejar en herencia?

—Pues… dinero, dos mil duros a cada uno, y si mueren antes que su madre, pues que sean destinados a ella.

—Mucho dinero.

—Sí.

—¿Entiendo que usted no tiene previsto tener hijos reconocidos, con su esposa? —la pregunta es un eufemismo de *¿su mujer puede tener hijos?*

—No, no está previsto que tengamos —la respuesta es otro eufemismo de *no, mi mujer es tan fértil como un campo de minas*.

—Entiendo.

Silencio, suficiente para crear un marco mental de la situación.

Una reunión que finalizó con tecnicismos sobre cómo era la mejor manera de redactar el testamento ológrafo y la necesidad de presentar unos testigos que firmaran el sobre lacrado. Y una última demanda del notario cuando, despidiéndose, todavía no habían separado las manos:

—Discúlpeme la indiscreción, pero ¿le importa responderme a una pregunta personal?

—Si se la puedo contestar.

—Señor Marqués… su mujer… ¿lo sabe?

—¿Que tengo tres hijos naturales? Sí.

—No, no me refería a eso, estoy convencido de que sabe lo de los hijos, porque si no fuera así correría el riesgo de que su matrimonio se anulara y no creo que su familia estuviera dispuesta a correr ese trance. Me refería si la señora Bolet está al tanto de que mantiene económicamente a los hijos naturales y a su madre.

—Sí, lo sabe —dijo Ignacio Marqués bajando el tono de voz de forma poco convincente.

—¿Y también sabe que les quiere dejar parte de su patrimonio?

Unos segundos de silencio y un leve rictus de nerviosismo.

—Bueno… lo sabrá, seguro… antes o después.

Una semana más tarde, el once de enero de 1865, Marqués entregó el sobre lacrado, que ha dormido en la notaría hasta que se han dado las circunstancias que han obligado a su apertura.

Vilanova,
28 de agosto 1885

Ribera Adué llega puntual al juzgado de Vilanova quedándose en la puerta, esperando a que su jefa abandone el edificio una vez leído el testamento.

«Qué raro —piensa—, no me esperaba que el testamento se hiciera público aquí».

Cuestiones jurídicas —le dijo la mujer, que ya hace un buen rato que ha entrado en los juzgados en lugar de hacerlo en la notaría, que es donde Ribera esperaba acudir. La espera se hace eterna, excesivamente para lo que debería ser un simple trámite. El hombre se comienza a extrañar por la tardanza y empieza a dudar de si la lectura no guarda alguna sorpresa que deje a la mujer sin el preciado legado.

«¿Y si la hubiera desheredado consecuencia de algún mal paso que nadie conoce?

»¿Y si hubiera nombrado a sus hermanos herederos de la herrería y se estuvieran sacando los ojos entre ellos?

»¿Y si aparecieran unos hijos desconocidos que recibieran la herencia de su padre?».

Cualquiera de estas ocurrencias produce en el hombre una cierta inquietud, aunque la última compensa las anteriores con una sonrisa de incredulidad.

Eran las nueve de la mañana cuando llegaba y ya es mediodía.

—¿La ayudo, señora Bolet? —se ofrecía al comienzo del recorrido.

—No es necesario, señor Ribera —ha contestado un par de veces con un tono agradable hasta que, a la tercera que ha insistido, el tono de la respuesta fue lo suficientemente agrio como para recomendar al nuevo gerente no volverse a ofrecer.

Es mediodía y diez minutos cuando se abren las puertas del juzgado. Las caras de todos los que han estado presentes en el acto reflejan una fuerte tensión. Ribera no distingue a los hermanos del fallecido, descartando así una de las opciones que le torturaban, pero quedando en el aire la improbable aparición de algún hijo mantenido en secreto.

Es ahora cuando Isabel aparece por la puerta. El velo impide que nadie se dé cuenta de que la mujer cierra los ojos como respuesta a su golpe de relajación, como cuando pides al médico conocer el resultado

de una prueba delicada, de aquellas que dependes para continuar jugando la partida, y el galeno, escondiendo cualquier tipo de emoción, te confirma que puedes volver a lanzar los dados un turno más.

—Señor Ribera.

—Dígame, señora Bolet.

—Por si tenía usted alguna duda, el señor juez y el notario han confirmado que la propiedad de la herrería pasa a mis manos.

Parecería que la mujer hubiese leído la mente de su gerente. Afortunadamente, es bastante improbable que la mujer sospeche que en una de las opciones aparecían bajo las piedras un grupo de hijos ilegítimos quedándose con la herencia del padre.

—Sí, señora Bolet. No lo ponía en duda.

Frase lógica cuando eres consciente de que cualquier cosa que digas solo debe servir para ratificar al ave fénix que parece haber renacido con la muerte del marido, con las ideas claras y con quien cualquier disconformidad chocará con un muro tan infranqueable como un frontón.

—Mañana mismo se dirigirá a los trabajadores de los tres turnos para tranquilizarles, haciéndoles saber mi intención de que la herrería continúe abierta y a pleno funcionamiento. También les transmitirá la voluntad de potenciar la fabricación de viguetas de nuevos diámetros y más resistentes.

—Sí, señora Bolet.

—He quedado con el notario Torrents el 2 de septiembre. Levantará acta de la transmisión de poderes donde le cedo la gerencia.

—Sí, señora Bolet.

—Ah, y una cosa más…

—Usted dirá.

—Quiero que realice los trámites necesarios para cambiar el nombre de la razón social de la herrería y que a partir de ahora se denomine *Viuda de Ignacio Marqués*.

—Sí, señora Bolet.

El nuevo gerente no sabe si agradecer el nombramiento o prefiere apartar los pies para que la lava que fluye debajo de sus zapatos no le acabe escaldando.

—Yo me quedaré aquí, en Vilanova, descansando unos días. Vuelva usted a Barcelona y prepare todo para mi regreso.

—Claro, señora Bolet.

Ribera se da cuenta de que lo mejor que puede hacer es ahuecar el ala tan rápido como le sea posible destino a la estación, agradeciendo en silencio su cargo como príncipe heredero.

En cinco días, el 2 de septiembre, Isabel Bolet y Joaquín Ribera se encontrarán en el despacho de Joan Torrents, notario habitual de la

familia Bolet, para levantar acta del traspaso de poderes. El acta notarial dará fe de la edad de la mujer, cincuenta y ocho años, sabiendo malévola que nunca nadie podrá contradecirla a falta de un libro de bautizo que ha desaparecido quién sabe dónde.

Isabel permanecerá en Vilanova acompañada de su hermana Irene, quien también se siente viuda *de facto*. Mientras tanto, Ribera Adué preparará los informes que, día sí, día también, le exigirá su nueva jefa.

Vilanova,
después de la lectura del testamento

Isabel abandona el despacho con una sensación extraña: satisfacción y reconocimiento a medias. El testamento no la convierte en heredera universal, sino en heredera vitalicia, un pequeño detalle que le permite disfrutar de los bienes del marido, pero que le impide decidir lo que hacer con ellos una vez muera.

Ha sido una carta ínfima, tres hojas manuscritas con letra caligráfica que condicionan el destino de su propia herencia, poniendo en riesgo la realización de su sueño oculto. Y todo por culpa de veintitrés palabras:

> Después de muerta mi Esposa, me sería muy agradable asignase a mis hijos todo el capital que le haya correspondido de mi testamento.

Una frase que deja poco margen a la imaginación, si no fuera por la utilización del condicional y por las conversaciones que marido y mujer han mantenido en privado durante todos estos años.

Isabel pasea lentamente por las calles de Vilanova que la han visto crecer. Le da vueltas a la cabeza; conocía perfectamente la existencia de los hijos, de su afecto por ellos y por su madre, y la carta que descubrió hace una eternidad le permitió saber que los mantenía económicamente desde la distancia. Pero ha sido como una perdigonada mal recibida constatar que el cariño llegaba al extremo de cederles la totalidad de su fortuna una vez que ella muriese.

—Isabel, es la hora —dijo el marido poco antes de morir. Tengo que confesarte que cada día que pasa me acuerdo más de los hijos que dejé en Cuba, abandonados. No hay día que no me maldiga por haberme ido de allí, sin ellos, dudando de si hice bien o me comporté como un miserable, con el temor de lo que hubieran dicho si me hubiesen visto acompañado por una mujer mestiza y tres hijos mulatos cogidos de la mano.

La confesión a punto de morir, no por conocida, dejó de hacerle daño. Fue como una puñalada que se clavó en su corazón, pero sabiendo que tenía que convivir con el hierro atravesándola hasta el

final de sus días. Práctica habitual entre aquellos que pasaron media vida en el otro lado del mundo, jóvenes con mil oportunidades de hacer el amor en cada esquina, aunque no deja de estar mal vista.

—Sé muy bien que mantener el secreto sobre mi pasado ha sido el peor peaje que has tenido que soportar durante nuestro matrimonio —continuaba el marido a punto de morir.

Fue en ese momento cuando la mujer hizo un pequeño gesto, mitad sonrisa, mitad *no lo sabes tú bien*.

—Sabes —continuaba el hombre mientras todavía le quedaban fuerzas—, sabes que mantengo a mis hijos y a su madre y que me preocupa cuál será el futuro de ellos a partir de ahora, es por eso —el hombre se detuvo un momento en lo que parecía la confidencia más importante de la noche—, es por eso que en el sobre cerrado me aseguro de que continúen viviendo dignamente una vez haya muerto.

La mujer hizo un gesto afirmativo, aunque nadie sabe la tormenta de ideas que le pasaron por la cabeza.

—Por favor, mantén mi secreto en la tumba y asegúrate de que se cumple lo que pido de la mejor forma posible y haz lo que TÚ creas conveniente.

El *tú* ya le sonó extraño cuando lo escuchó, pero ha sido hoy cuando ha entendido el motivo.

Fue un *tú* diferente, cercano, confidencial… como si el hombre fuera consciente de que era difícil, si no imposible, cumplir lo que permanecía escrito en un sobre escondido desde hacía veinte años. Es como si el marido estuviera diciendo a la mujer: haz lo que *tú* quieras, pero asegúrate de que mis hijos vivan dignamente. Un *tú* sabiendo cuál era el verdadero deseo de la mujer y consciente de que el testamento abriría un baúl de tormentas y granizo.

Isabel continúa paseando por Vilanova. Sabe muy bien qué es lo que quiere hacer y solo tiene que encontrar la forma de encajar el puzle. Es consciente de que una herrería no trasciende una vida, que nadie la recordará. Un negocio que se piensa, se diseña, se construye, se inaugura, produce lo que debe producir hasta que llega el día en que se vende, se desmantela o queda consumido por un fuego que nadie sabe de dónde ha surgido.

Al contrario, ella tiene en mente otro pensamiento, algo que no nace, crece y muere, sino que perdura por los siglos de los siglos, que permanece para siempre, que hará que la ciudad se enorgullezca mostrándolo al mundo.

Dudas, dudas, dudas. Por ahora, solo tiene clara una cosa: la próxima semana transmitirá a Ribera Adué los poderes para dirigir la fábrica que ahora ya le pertenece.

El Baileys espera a un lado, pero no siento la necesidad de llenar otra vez el vaso ni de tomar ninguno de mis psicoactivos. En realidad, la pantalla del ordenador también se mantiene apagada y me limito a observar el horizonte, el perfil del Tibidabo y las luces de la *atalaya* que son visibles desde la terraza de mi apartamento.

La imagen de la carta escondida dentro de aquel legajo se repite a cada instante: durmiendo, comiendo, cuando estoy con mis amigos o en el instituto atendiendo a mis alumnos. Al contrario, ya no lo haré en aquella plaza de toros donde el morlaco me acabó empitonando hasta echarme fuera del ruedo.

—Ya te llamaremos, si es necesario que vengas —me dijo el cabestro.

«Ya decidiré yo si me interesa acercarme», pensé yo al salir por la puerta.

Pero el hallazgo no hace más que complicar aún más las cosas, alejando la esperanza de que Isabel Bolet sea la doña Isabel que yo busco. Y es que las veintitrés palabras del testamento ológrafo se contradicen con la leyenda que afirma que doña Isabel dejó la totalidad de su fortuna para construir el templo:

> Después de muerta mi Esposa, me sería muy agradable asignase a mis hijos todo el capital que le haya correspondido de mi testamento.

«Leído así está claro que la viuda se vio en la obligación de entregar el dinero a la familia cubana sin poder disponer de él a voluntad».

Miro a las luces de la montaña relajadamente, asumiendo mi posición en el peldaño dos y medio. A un lado de la terraza cuelga una representación de la famosa pirámide de Maslow que uso a modo de diana, con la parte inferior, la más ancha, llena de pinchazos de los dardos sin que ninguna consiga acertar la cúspide, los niveles destinados a los jugadores reconocidos y autorrealizados.

«No es ella —certifico finalmente—. He perseguido un matrimonio que puede tener alguna relación con la Sagrada Familia, pero que no

corresponde a la mujer que busco. ¡Basta!».

Miro el reloj, es tarde y mañana tengo hora para recoger el certificado de defunción de Isabel Bolet en el Registro Civil. Ya ni me acordaba.

«Ya no sé si me interesa para nada, pues si no se trata de doña Isabel solo encontraré un testamento con una serie de cláusulas privadas que ni me van ni me vienen».

Desanimado, cojo la botella de Baileys a punto de congelación, aunque sin terminar de hacer el gesto de llenar el vaso.

«¡Pero hay demasiados indicios que me llevan a ella! — vuelvo a la carga contradiciéndome sin querer aceptar lo que ven mis ojos—. Está claro que el marido era un santurrón que meaba colonia cuando se le aparecía un san José por delante, y también que la mujer se llamaba Isabel y heredó su fortuna condicionada a que con ella no podía hacer lo q… ¡No, punto final!

»Mañana será otro día».

Pero un último pensamiento se me cruza por la cabeza:

«Si yo hubiera sido la propia viuda, habría sido la primera interesada en que nadie encontrase la famosa carta, o… o… o habría intentado que se declarara inválida con cualquier pretexto. Bien pensado, sería yo mismo quien promovería su nulidad: sin hijos, sería la viuda quien lo heredaría todo por ley, sin la carga de tener que cumplir las condiciones que se imponen en el testamento ológrafo, convirtiéndome en heredera universal y no vitalicia».

Vilanova i la Geltrú,
al día siguiente de la lectura del testamento

El golpe sufrido por la muerte del marido sigue allí, pero no es más terrible que el que todo el mundo recibe en algún momento de su vida, con los padres cumpliendo su ciclo vital, esposos y esposas abandonándonos cuando les toca y, si son los hijos, todo resulta más dramático.

Nadie saluda a Isabel tras un velo que impide ser reconocida. Acude a la iglesia de San Antonio Abad, todavía con dudas sobre dónde se encuentra la puerta principal y la de detrás. Entre oraciones y cantos recuerda que aquí fue donde comenzó todo, ese día en que el padre Marçà presentaba la Asociación de Devotos de San José.

—Bu… bu… buenos días, s… s… soy el padre Marçà. M… m… me han dicho que están interesados en ha… ha… hacerse miembros de la asociación —dijo el motor de explosión en gira por Catalunya.

—Sí, denos una cédula de agregación para mi marido y para mí.

El paseo prosigue por las calles que han llenado su infancia y juventud, pero que ahora quedan lejos en el recuerdo, y es que la ciudad olvida a los hijos que la abandonan.

Los padres muertos, otros hermanos también occisos o enriqueciéndose en Cuba; solo su hermana Irene y un sobrino espabilado que el futuro convertirá en cónsul son los familiares directos que le quedan.

Una parada respetuosa en la calle San Sebastián, en el edificio de tres plantas donde vivían sus abuelos, no muy lejos de donde se había establecido la primera herrería inaugurada por el marido, con aquel martinete arrastrado por un tiro de veinte mulas que llegaban desde Vila-rodona como si el circo visitara la ciudad.

Es ahora cuando se detiene un momento, un instante de duda. La mano izquierda temblorosa sin ser capaz de evitar la evidencia, y con las piernas desfalleciendo en un paseo que hace poco podía realizar sin problemas. Y es que es como si las prisas llamaran a su puerta para quedarse con ella. Con cincuenta y ocho años se siente como si tuviera sesenta o setenta, se siente vieja, cansada, sola. Sabe que la *Muerte* suele llegar de imprevisto, como le sucedió a su marido, a quien le han hecho falta un par de días para substituirla a ella como compañera de tertulia por los gusanos. La vida da muchas vueltas,

pero a la *Muerte* le basta con una. Y ahora, un pensamiento, una lluvia de dudas que repica en su conciencia:

«¿Qué hago? ¿Lo hago o no lo hago?».

Es la eterna disyuntiva entre lo que se debe hacer, lo que se quiere hacer, lo que es justo y lo que se espera que hagas.

«El testamento me lo deja todo a mí, pero…».

Dudas, dudas, dudas…

«Él lo querría —piensa en su marido—. Pero ellos no lo aceptarán —piensa en los lobos».

El olor del mar impregna la ciudad, villa de marineros. Nunca un habitante de interior, de aquellos que cuando se refieren a la espuma recuerdan una cerveza caliente y no el mar embravecido, entenderá la dependencia que los hijos de la costa tenemos de su esencia salada y de los gritos de las gaviotas con sus enormes alas extendidas.

Isabel continúa caminando, un paseo que finaliza en la *Casa d'Empara (Casa de Amparo)*, no solo una casa de beneficencia, sino una institución. Constituida hace diez años, consta de un edificio de dos plantas y una iglesia con una capilla donde Jujol ha dejado su huella.

—He quedado con el señor Tomás.

—Ahora mismo. ¿A quién anuncio?

—Isabel Bolet, viuda de Marqués.

—Un momento, por favor.

Una espera que, nuevamente, invita a torturar a la anciana.

«Tengo que hacer lo que considere mejor, sin pensar en los demás», insiste sin poderlo evitar.

Detrás de ella, unas escaleras que llevan a las habitaciones de los internos y las paredes cubiertas con una piel de mármol rojizo hasta media altura. Un entramado de columnas y arcadas de ladrillo rojizo y una estrella de Malta dan a la entrada una personalidad muy acusada.

—Señora Bolet.

—Señor Tomás.

El vestido de luto no ofrece dudas sobre el trance que acaba de sufrir la visitante.

—Lo lamento mucho, Señora. Reciba mi pésame. Acompáñeme a la sala de juntas.

No es habitual que el presidente de la *Casa* reciba a las visitas fuera de su despacho, pero la confianza con la mujer, beneficiaria de la institución, y el golpe escénico de verla vestida de negro, le recomienda tratarla de forma preferente.

—Siéntese, por favor.

Salvador Tomás, corbata con franjas blancas, traje oscuro y serio, facciones a la par, nariz larga y recta y labios pequeños y tensos que no te lo imaginas contando chistes en un bar. En las paredes, pinturas de los benefactores de la *Casa* y, en un lugar preferente, el de la

fundadora, la imagen de una mujer que haría llorar a un niño si se acercara a él para mecerlo; es previsible que el pintor tuviera un mal día cuando la inmortalizó.

—Desconocía la terrible noticia del traspaso del señor Marqués —comienza el presidente en lo que se convierte en un rosario de frases hechas y recordatorios que, en lugar de rebajar la tristeza, no hace más que perdurar los efectos del trance.

—Si no le importa —corta repentinamente la mujer que empieza a cogerle el tino a eso de llevar la iniciativa— he venido por otro asunto y tengo un poco de prisa.

—Usted dirá, señora Bolet.

—Quiero concretar en qué forma puedo ayudar a la *Casa* el día que yo ya no haga sombra en la tierra.

—De acuerdo, será un placer.

—Y… por cierto, ¿a usted le gusta la pintura?

—Claro.

—Pues tengo un cuadro precioso, enorme, de la Inmaculada Concepción, que quedaría perfecto en esta sala.

Registro Civil,
6 de junio 2019

Todo llega y es hoy cuando el Ministerio de Justicia, personificado en la oficina del Registro Civil, tiene el honor de dedicar una parte de su preciado tiempo en confirmarme la existencia del certificado de defunción de la feliz viuda. Mejor aparecer por el Registro Civil si se trata de registrar un nacimiento; el resto es mal rollo, incluyendo matrimonios.

Es espectacular el tamaño de la cola que rodea el edificio, como si una plaga de langostas sobrevolara un campo de trigo. Sería interesante analizar si, entre las atribuciones del Gobierno, no se encuentra el adecuar los servicios al volumen de las necesidades de los administrados. Quizás hablo de conceptos demasiado abstractos.

—Para recoger un certificado…
—Esa cola —me contestan sin haber finalizado la frase.
—… un certificado de defunción.
—No, es aquella otra.
—Muchas gracias.

La experiencia de la primera ocasión, haciendo colas innecesarias, me recomienda especificar el trámite a realizar para evitar malentendidos y poder dedicar mi existencia a cosas más provechosas que a atender una pantalla a la espera de que salte el número.

Registro Civil, trámite inútil en el mundo digital, pero obligado en el administrativo, en un país donde el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades destina la parte del presupuesto que corresponde a la palabra *innovación* en propaganda para recordar en qué país tan innovador vivimos.

Lo dijo la archivera de la hemeroteca parafraseando al maestro Yoda:

> El acta de defunción te llevará hasta la Oficina de Últimas Voluntades…
> Las últimas voluntades hasta el notario…
> Y el notario… hasta el testamento…

—Y el testamento hasta la gloria —añado yo.

Por ahora estoy en el primer paso, obligatorio, para encontrar el testamento de Isabel Bolet, si es que verdaderamente lo hizo, pero con la duda de si la mujer acabó muriendo en Barcelona; de lo contrario, la aventura finaliza aquí.

—¿Estás seguro de que es esta la Isabel que buscas? —me preguntaba Maximus en mitad del partido de fútbol.

—Sí, estoy seguro… bueno… creo que lo estoy.

La duda nace, crece y se reproduce sin que nunca muera.

«¿Es ella? —me interrogo angustiado—. Seré capaz de encontrarla o todo es un sueño fatuo que se apagará como las llamas en la noche de san Juan?».

—Hay una probabilidad sobre diez de que no sea la misma Isabel que tú buscas —remachó el clavo mi examigo Maximus, sin medir los efectos que para mi equilibrio emocional supone el exceso de realismo.

—Solo podrás estar seguro de que es ella si encuentras su testamento —insistía este hombre a quien ya no le pediré la opinión nunca más.

—… y solo si murió en Barcelona. Si no fuera así, deberías mirar los registros de todas las poblaci…

—¡Basta! —grito en medio de la sala provocando que todas las miradas se dirijan hacia mí, como el punto de fuga de una pintura.

Todavía estoy sobrecogido por el encuentro de aquella carta secreta donde el marido deja claro que la viuda solo está autorizada a disponer de su patrimonio en vida, con tres hijos naturales a quien destinaba la totalidad de su fortuna. Una historia dramática que, por mucho que alguien la intente ficcionar en una novela, nunca sabremos cómo se desarrolló realmente.

Afortunadamente, comienzo a responder a alguna de las preguntas que han surgido durante estos días, pero con la duda de si todo este esfuerzo es en vano, si lo único que lograré es confirmar un nuevo benefactor de la Sagrada Familia sin más trascendencia o, por el contrario, seré capaz de confirmar que la tal Isabel Bolet es la mítica doña Isabel, secreta promotora del templo que tenemos en Barcelona.

La cola es larga y el calor insoportable.

—Se ha estropeado el aire acondicionado.

—¿Desde cuándo?

—Desde abril. Pero nos han asegurado que ya mismo vienen a arreglarlo.

Una respuesta que recuerda aquel sutil matiz mexicano entre *ahorita, ahoritita y ahorititita*.

Ante mí tengo un chico, nadie sabe de qué tribu, que viste una camiseta color variado ajustada cuatro tallas pequeña que permite

disfrutar visualmente de su ombligo peludo.

Falta menos; hace veinte minutos que espero y hago apuestas para saber cuál será la siguiente ventanilla que quedará libre. Ahora le toca a una chica con el tatuaje de una serpiente comiéndose una rata en una pierna que pide a gritos la amputación y, a su lado, una abuela con el *sonotone* averiado que desde media mañana inutiliza una de las ventanillas.

—A345 —me dice la pantalla.

—Soy yo —enseño el número. La funcionaria no pregunta qué es lo que deseo y, ante la disyuntiva de pasarme esperando la otra media mañana, soy yo quien toma la iniciativa—. Vengo a recoger un certificado de defunción a nombre de Isabel Bol…

—¿Tiene el resguardo?

Un momento de tensión revolviendo la cartera en busca del papel con sello registral que juraría he recogido al salir de casa. En una época en donde las palabras venta *online*, desde el móvil, tele-tac… llenan las conversaciones de cualquier pareja de ancianos abandonados en una residencia, es de extrañar que no formen parte del vocabulario de la administr…

—Si no tiene el resguardo, deberá irlo a buscar.

—¡Lo tengo, lo tengo, lo tengo… pero no sé dónde… aquí!

Una sensación indescriptible de relajación cuando encuentro el papel, como cuando en la puerta de embarque desaparece misteriosamente el billete del avión, lo buscas como un loco, remiras en todos los bolsillos, hasta que lo encuentras revolviendo un pliegue interno del abrigo que llevas colgado del brazo.

—Aquí está.

—Espere.

—No tiene el certificado en un fichero PDF y me lo envía al móvil.

—No sé de qué me habla.

Renuncio a la digitalización de la administración durante las próximas cuatro o cinco legislaturas.

Espero angustiado para saber si, finalmente, me entrega alguna cosa o aquí termina la aventura en medio de…

—Aquí lo tiene. Siguiente. A348. Rápido.

—¿El registro de defunción?

—Sí, lo que me ha pedido.

No me lo creo. Un vistazo rápido para comprobar que el nombre de Isabel Bolet aparece en el papel.

—¡Sí. Murió en barcelona! —vuelvo a despertar a media sala. Tengo en mis manos un pequeño tesoro: el certificado de defunción de Isabel Bolet, remota posibilidad de que se trate de la doña Isabel desconocida hasta ahora.

Me aparto de la ventanilla con curiosidad, intentando descifrar el

papel. Me cuesta leerlo y me limito a interpretar su nombre, la palabra pulmonía y paseo de Gracia 6 como dirección. No tengo tiempo para más, no lo necesito, tengo que volar para llevar el certificado a la Oficina de Últimas Voluntades donde, me temo, el tema informático también quedará relegado para mejores legislaturas. Por ahora, en pleno siglo XXI, no puedo hacer más que llevar físicamente estos papeles hasta allí.

Guardo el certificado en la cartera, solo medio leído. ¡Error! Acabo de cometer un error garrafal, de colegial, un descuido monumental del que es probable que me arrepienta toda la vida.

Oficina de Últimas Voluntades,
media hora más tarde

—Coja un número y espere.

—¿En dónde?

—Allí.

—¿Allí?

—Sí, allí.

—Gracias.

—¿Quiere un certificado de últimas voluntades?

—Sí.

—¿Y ya ha pagado la tasa?

—¿Qué tasa?

—La tasa del certificado de últimas voluntades.

—¡Ahhh! Existe una tasa de certificado de últimas voluntades…

—Sí.

—¿Y cuánto es?

—3,78 €.

—Muy bien. Y dónde la pago —hago el gesto de buscar la cartera.

—Aquí no.

—¿Aquí no?

—No, aquí no.

«¿Y por qué aquí no?», pienso sin verbalizar.

—¿Dónde debo hacerlo? —pregunto sabiamente, dándome cuenta de que la Administración no avanza de siglo.

—En la oficina de La Caixa de la avenida Madrid, pero ahora ya no podrá hacerlo.

—¿No podré hacerlo?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué es tarde?

—¿Es tarde?

—Sí, es tarde.

—¿Cuándo cierran?

—A partir del mediodía no aceptan más pagos de la tasa.

—Ya, pero todavía no es mediodía.

—Usted mismo. Inténtelo.

El *inténtelo* suena a amenaza del *Far-west*, a *a ver quién dispara*

primero, a *a ver quién la tiene más larga* o *a que aunque sea usted quien la tiene más larga no le servirá de nada porque aquí hacemos lo que nos sale de las webs*.

Esta conversación, aunque no lo crean, la mantengo hoy y no en 1885. El futuro de una investigación que se topa con las limitaciones de una Administración rancia, animada por una cohorte interesada en perdurar la mediocridad con el beneplácito de unos súbditos que aceptamos cualquier mierda y con un ejército adoctrinado para vetar la búsqueda de mejores alternativas.

—Quiero pagar la tasa del certificado de últimas voluntades.

—Aquí no realizamos esta gestión.

—¿No?

—No.

—Pero esto es una oficina de La Caixa…

—Sí, pero si gestionásemos el pago de la tasa no podríamos atender a nuestros clientes.

—Ahhh —cada día se aprende algo nuevo.

«¿Y por qué han puesto la oficina aquí, junto a la delegación del Ministerio de Justicia?», pienso.

—¿Y dónde debo ir? —pregunto dándome cuenta de que el tema del *hablemos* es solo un eslogan.

—En la oficina de la esquina con Numancia.

Otro misterio que saca su cabeza en este vía crucis y que habría que atacar algún día: ¿por qué demonios la única oficina que tramita el pago de una tasa es la que se encuentra más alejada de la oficina tramitadora? *Hablemos, hablemos*.

—Pero ya no lo podrá hacer.

—¿Por qué no?

—Porque es tarde.

—No siga: es tarde porque cierran al mediodía, pero, fíjese, todavía faltan cuatro minutos para las doce.

La respuesta rompe los esquemas de la cajera que deberá pedirse la baja para reponerse.

Next station:

—Quiero pagar la tasa del certificado de últimas voluntades —digo resoplando en la carrera más veloz que he realizado en los últimos diez años. Lo que antaño fue un cuerpo atlético, hoy no es más que un depósito de grasa que me lleva a las puertas del colapso.

—Llega tarde.

—Todavía falta un minuto para el mediodía —replico resoplando, cogiendo aire como si hubiese subido un par de bombonas de butano por las escaleras.

La mujer queda tocada y hundida. Aseguro que hace tiempo que no veía una cara de odio tan integrada al rostro como la de la cajera que

me atiende.

Sudado y recuperando el resuello, regreso a la Oficina de Últimas Voluntades con la tasa felizmente pagada. Después del tiempo dedicado en el Registro Civil y para pagar la tasa, empiezo a comprender por qué el país se encuentra donde se encuentra.

—B830 —leo en la pantalla media hora más tarde. Mi número.

—Busco el testamento de doña Isabel.

—¿Disculpe?

—Quería decir de Isabel Bolet i Vidiella.

—Lleva el certif…

—Aquí tiene el certificado —me avanzo al procedimiento causando el comprensible malestar en la funcionaria.

—Aquí lo tiene. Realizó dos testamentos, ambos con el notario Francisco Farrès. Solo el último es válido, el del 7 de octubre de 1887.

—Gracias —agradezco saliendo como un poseso por la puerta, sofocado, satisfecho al comprobar que hay un testamento que me espera para continuar con el sueño.

Esfuerzo inútil: el Colegio de Notarios cierra a las dos y llego a las dos y tres minutos. La resolución del misterio tendrá que esperar, hasta mañana.

Imprenta de Bocabella,
a punto de acabarse la cripta

Las sombras del atardecer convierten las esquinas en miserables viviendas improvisadas donde conviven en harmonía ricos caídos en desgracia con otros vocacionales que ya eran indigentes antes de llegar a la cuna. Tirados en el suelo juegan perros con mendigos, cucarachas y pordioseros, ratas y vagabundos, locos y trastornados que convierten un agujero hediondo en su hogar. También es el punto de encuentro de quien prefiere pasar desapercibido.

—Te espero aquí, Josefa. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Claro, señora.

—Y no te entretengas.

—No sufra, señora.

El vestido agrisado de la criada se aleja del victoriano violeta rosáceo de Isabel, que se mantiene oculto en la sombra. Josefa es ahora la cómplice que cumple los deseos más ocultos de Isabel una vez que su hermana Irene ha fallecido.

—Venga, va, deprisa. Te espero. Y recuerda: sobre todo, nada de nombres.

El olor en la imprenta es fuerte, penetrante, inconfundible, es el perfume de papel antiguo que inunda la estancia, bálsamo de literatos, hedor de incultos, romántico aroma que consume los libros día a día; microorganismos que se comen el papel en silencio. Y según se avanza hasta el taller el aroma se hace todavía más presente, hiriente, ácido, penetrante, como si estuviéramos sumergidos en una tina gigante que en lugar de vino derramara celulosa.

La hija de Bocabella se encuentra en el despacho ayudando a su padre entre los papeles de la librería, facturas, pedidos, albaranes, recibos, comprobantes, todo tipo de actas, libros, novenas, gozos y pruebas tipográficas que empapelan la habitación como un vestido hecho de papel, todo ello mezclado con la documentación de la asociación de la que hacen cuentas de lo recaudado.

—Seis mil ochocientas ochenta y una pesetas.

—Co… co… con cincuenta y cuatro céntimos.

—Bueno, mucho mejor ahora.

—Sí, pero…

—Padre, usted nunca está satisfecho. La cripta está a punto de

finalizarse y ya podremos continuar con el ábside.

—No tan de prisa, jovencita. Estamos gastando más de lo que tenemos, todavía nos queda por pagar la mitad del terreno y la deuda acumulada nos ahoga.

Efectivamente es así. La ingeniería financiera hace milagros, pero también tiene sus límites. Así lo planteó Bocabella a los miembros de la asociación aprovechando la última misa: —necesitamos con urgencia quince mil pesetas para poder continuar—. Lo dijo con coraje, consciente de que se encontraban en una situación crítica tras estirar más el brazo que la manga. La respuesta del auditorio fue de resignación, con el cansancio acumulado tras quince años reclamando dinero. También se encontraba allí Isabel Bolet.

—Me temo, hija, que deberemos detener las obras durante un tiempo hasta conseguir el dinero suficiente para continuarlas.

—¿Y los trabajadores?

El silencio ya indicaba cuál era la respuesta.

—Disculpe —abre la puerta del despacho uno de los trabajadores de la imprenta—. Han traído este sobre para usted.

—¿Quién?

—No lo sé, una criada, pero se ha ido enseguida sin dejar señas. Solamente dijo que era para la iglesia del Poblet y que debía anunciarse en el *Propagador* como *una limosna de una devota de san José*.

—Pues podría haber dejado la limosna en la cajita de la congregación.

—Ya se lo he dicho, pero me ha contestado que tenía órdenes de entregárselo a usted en mano, señor Bocabella.

—Bueno —responde el librero levantando las cejas y haciendo una mueca como diciendo *qué le vamos a hacer*—. Muchas gracias.

Las miradas entre los presentes se cruzan con satisfacción. Las limosnas, aunque real a real, son bien recibidas y este no es el primer sobre anónimo que llega, también alguna joya, colgantes y cuberterías de plata que algún día un prestador convertirá milagrosamente en dinero que incrementará la última línea de la cuenta de ingresos.

—Bien, apuesto que el donativo no llega desde el obispado. Dele el sobre a *mosén* Marçà y que contabilice los reales que haya dentro.

—Sí, señor Bocabella.

El sacerdote coge la misiva y un abrecartas y rasga el sobre quirúrgicamente para revelar su contenido.

Hasta ahora las donaciones rara vez superan la peseta, dos reales normalmente. Muchas de ellas con añadidos como *8 reales de un obrero que durante mayo se abstuvo de fumar* o *4 reales de una suscriptora en cumplimiento de una promesa*.

—Se… se… señor Bocabella… no… no… no son reales — informa

el cura con su locuacidad habitual.

—¿No? Bien, pues mucho mejor una peseta que reales.

—Tampoco es una pe… pe… peseta, señor Bocabella.

—¿Y entonces? ¿Cuántas pesetas son? Hable, Marçà, por el amor de Dios.

—Bi… bi… bill…

—¡Un billete! —exclama Bocabella ahorrando el esfuerzo comunicativo del cura.

La imagen del billete de veinticinco pesetas, con la granjera en el anverso acompañado de las colmenas y el caduceo como símbolo del comercio y Mercurio en el reverso, se forma en su mente, que hoy se irá a dormir contento.

—No… no… no es un bi… bi… billete, señor Bocabella.

Parece que el habla del sacerdote falla más de lo habitual, acompañada de una intensa sudoración y de un persistente temblor en ambas manos.

—No, padre, el padre Marçà tiene razón —interviene la hija que arrebata el sobre de las manos trémulas al mosén—: no se trata de un billete.

—¿Ummm? —se extraña Bocabella que no entiende lo que está pasando.

—No es un billete, son muchos… de cien pesetas… cada uno.

Caras de desconcierto entre Bocabella y el cura, con unas ronchas que empapan la casulla blanca y un perceptible tic en el ojo derecho.

—Quince mil pesetas, Padre. ¿Qué hago? Las añado al libro, ¿verdad? Una devota de san José: 15.000 pesetas.

Mientras tanto, a pocos metros de allí, en la plaza del Ángel, regresan Josefa y su traje gris.

—Ya está, señora, ya he entregado el sobre a la asociación.

La oscuridad de la esquina impide distinguir la satisfacción de Isabel, que ha decidido convertirse en una especie de protectora secreta de la iglesia.

Calle del Notariado, Barcelona,
7 de junio 2019

No recuerdo haber pisado esta calle en mi vida; quizá durante alguna noche de locura y alcohol en vena, pero ahora no me viene a la cabeza.

La calle del Notariado es estrecha, solo las motos y aquellos pequeños vehículos de limpieza son capaces de entrar sin dejarse los retrovisores en las paredes. A medio camino entre las Ramblas y el Museo de Arte Contemporáneo y no muy lejos de la hemeroteca que tantas veces he visitado. Busco la placa para asegurarme de que no me he equivocado de calle.

—Notariado —leo.

Nunca hubiera pensado que tuviéramos una calle llamada así. Esta es una ciudad donde, al igual que un niño debe cargar con el nombre que en mal momento le otorgaron sus padres, las cofradías de la Edad Media condicionan el nomenclátor de la ciudad: Platería, Zapatería, Bigatanos, Curtidores, Boteros, Sombrereros, Espejeros, Algodoneros, Notariado… Estos son algunos de los gremios que conviven en nuestra telaraña. Dejo como deberes que sean ustedes mismos quienes investiguen de dónde proviene el nombre de la calle de Robador y el de la plaza de la Paja.

Visto desde fuera, el edificio del Colegio de Notarios no aparenta ser nada particular, pero a la que pisas por primera vez se nota alguna cosa que te obliga a pedir permiso a cada paso que das. Es fácil deducir dónde va a parar buena parte de los honorarios que nos dejamos al firmar una hipoteca: aquí, enterrados bajo las pulidas baldosas de mármol rosa que estoy pisando.

—¿El archivo?

—Segunda planta.

El ascensor también aparenta haber pasado todas las revisiones y haber sido limpiado hace tres minutos. Edificio señorial, sobrio, paredes envueltas por títulos y credenciales, pero sin resultar cargante, lo justo para crear un aire de distinción.

—Busco un testamento del notario Francisco Farrès Vivero —digo los dos apellidos para que no haya dudas sabiendo que se trata de una profesión que se hereda, como la calvicie y las deudas.

—Tiene la fecha.

—Sí —contesto con la satisfacción de tener respuesta a la primera pregunta trampa.

—Primero tendrá que buscar en este libro índice e indicar en aquellas solicitudes el volumen que corresponde —me señala hacia una mesa en donde se apilan unos papeles—. Cuando lo tenga, me lo entrega y voy a buscarlo al almacén.

No parece muy difícil, más o menos el mismo procedimiento que en Vilanova, donde primero había que buscar en un libro índice para conocer cuál es el volumen definitivo. *Indirección* se denomina en informática.

—7 de octubre de 1887, 7 de octubre de 1887, 7 de octubre 1887 —me repito rememorando aquel chico que hace un siglo entregaba el telegrama a quinientos metros de aquí.

Encuentro el notario, el año y escribo la referencia tal como me han ordenado.

—Aquí lo tiene.

El papel vuela y la espera se inicia.

Me encuentro casi solo, con un par de sabios consultando unos enormes planos y un archivero quemándose la vista en un ordenador. Una sala funcional, con paredes de cristal, tres grandes mesas que no aparentan ser del Ikea y el armario de los índices que divide la sala en dos.

No me puedo estar quieto, estoy demasiado nervioso. La madera del suelo chirría acusándome de un cierto sobrepeso, incrementando, si cabe, mi desazón. Lo presiento, estoy fuera de mí. Cada paso que he dado hasta ahora ha sido como un penalti de una larga tanda, uno de esos en donde si fallas el disparo quedas eliminado, pero si marcas todavía no puedes dar el partido por ganado, sino que tienes que continuar sufriendo. Pero es ahora cuando llega el lanzamiento decisivo, el último, todo o nada, aquí se acaba, con la satisfacción de haber llegado hasta donde nadie lo había hecho hasta ahora, pero con el recuerdo del testamento del marido que condicionaba a la mujer, con un dinero destinado a cruzar hasta el otro lado del Atlántico…

«Aunque… si yo hubiese sido ella…».

Y así es, manteniendo la mínima, ínfima esperanza de ver el nombre del albacea Almeda en el testamento. Lo hago a sabiendas de que he llegado al final del camino, de que es ahora o nunca, de que he dedicado demasiado tiempo persiguiendo a mi dama para que ahora se vaya todo al garete.

Sigo esperando el ñigui-ñogui de la carretilla. Cada segundo se convierte en un minuto y cada minuto es interminable. Noto que mi corazón palpita, inquieto, angustiado, anhelante por saber qué me deparará el legajo, comiéndome las uñas fuera de la sala, lejos de miradas, pisando el lujoso parquet que dibuja las letras BIBLIOTECA

formando un círculo y recordando lo que explica la leyenda:

«Doña Isabel no dio su fortuna en testamento, sino que fue un albacea, un hombre de confianza, Joaquín Almeda, quien recibió las órdenes para ser él quien administrara el dinero de la forma que le confió en privado, entregándolo a la Sagrada Familia, con la promesa de que mantendría el anonimato»; un legado que se basa en la discreción, la misma que estoy a punto de romper.

Cinco minutos más de espera, seis, siete… eternos… y una pequeña oración que aparece en el interior de un agnóstico como yo; interesante constatar de qué forma tan sencilla emerge la incoherencia.

Y de lejos escucho el chirrido de las ruedas que se acercan a la sala, cargando un voluminoso tomo.

—Aquí lo tiene.

—Gracias.

—Cuando termine, déjelo cerrado encima de la mesa.

Confirmo con la cabeza, cierro los ojos y aprieto los dientes.

Es aquí y ahora. Ahora o nunca.

Barcelona,
1887

Las nalgas del abogado dejan sobre la piel un rastro que recuerdan las raíces de un enorme abeto invadiendo las *tierrabajas* de un jardín. Las tachuelas que sujetan el cuero se relajan al comprobar que el robusto abogado abandona por unos instantes el sillón.

El hombre da un par de vueltas al despacho acercándose a la galería semicircular que hace las veces de fumador; las paredes requieren una urgente mano de pintura y abrir las puertas de la terraza que dan al paseo ayudaría a desprender el olor a habanos que impregna las cortinas.

—Pues usted dirá, señora Bolet —dice volviendo a torturar la piel del sillón. Ante él una señora de luto riguroso que no se sabe si llora desconsoladamente o si se muere de risa tras un espeso velo negro.

—Mi marido acaba de fallecer.

—Mi pésame.

Un leve gesto de agradecimiento.

El abogado se fija en las manos de la visita, siempre lo hace en un intento de escudriñar con quién se la está jugando. El temblor es evidente, pero contrasta con una fortaleza impensable: manos poderosas, enérgicas, que saben lo que quieren a pesar de las limitaciones de la edad, manos de *aquí estoy, qué quieres que haga*, manos de *aquí mando yo que soy la que pago* y manos de *si he llegado hasta aquí es porque me lo he ganado a pulso*.

—Quiero asegurarme —continúa la de las manos— que, antes de que me llegue la hora a mí también, se cumplirán mis deseos de la forma que ahora le expondré.

—Es decir, que quiere que sea su albacea.

—Sí, no el único, porque quiero acordarme de otras personas que han sido importantes en mi vida, pero sí el que administre la mayor parte de los bienes que he heredado de mi marido.

—Entiendo.

El olor del tabaco juega con las epiteliales del abogado dándole la sensación de que está saboreando un buen cigarro, uno de aquellos que prevén la artritis, la pleuritis, relaja la mente y es beneficioso para el cuerpo sin atribuírsele ningún tipo de contraindicación ni efecto secundario.

El hombre levanta la cabeza chocando la mirada con el velo de la mujer. No es la primera vez que el propietario de una gran fortuna acude a él para gestionar una futura herencia. Ahora le viene a la mente aquella viuda de un reconocido industrial del Maresme, enfrentada con toda su parentela, que decidió entregar la totalidad de la fortuna a su gata… *sphynx* se llamaba la raza, fea como una verruga, la gata. O aquel empresario de L'Hospitalet que sin confiar en la capacidad de sus descendientes los desheredó, repartiendo la fortuna entre los tataranietos una vez hubiera muerto el último nieto.

—Pues usted dirá, señora Bolet. Tomo nota.

La reunión no se alarga, pero el contenido es intenso. El hombre por cuyas manos pasan los documentos más confidenciales de la ciudad: legados, donaciones, dotes, títulos de propiedad, licencias, credenciales, certificaciones, nombramientos… se encuentra ahora con una petición que puede cambiar el destino de la ciudad.

—¿Está usted segura? No es una decisión… como le diría… habitual, la suya.

—Sí, lo estoy —confirma la mujer de forma resuelta.

—Bien, muy bien, como usted desee.

Unos segundos de calma mientras el abogado toma las notas correspondientes de las que no quedará acta, solo unos garabatos. El secreto de un albacea es saber cumplir las disposiciones expresadas por su cliente con total confianza, en la seguridad de que se llevarán a cabo al precio que sea, donde un apretón de manos tiene más valor que cualquier acta que se pueda levantar.

—Estoy convencida de que usted sabrá cumplir mis deseos, ¿verdad que será así?

Una pregunta dicha con un extraño tono de complicidad.

—Bueno, usted sabe de mí y de mi reputación. De lo contrario, no habría venido hasta aquí.

—Cierto.

—Pues bien, señora Bolet, ya está todo… no, solo una cosa más.

—¿Usted dirá?

—¿Sabe si hay alguna persona, amigo, familiar lejano que se pueda sentir… como se lo diría… agraviado por su decisión o que se considere legitimado para recibir parte de su herencia?

Ahora es la mujer quien decide no contestar inmediatamente y respira hondo como intentando recordar una deuda lejana.

—Pues mire, sí, de eso quería yo hablarle.

La reunión continúa con una larga conversación llena de reproches, historias desconocidas fuera del ámbito familiar y cartas escondidas. Es la confesión en toda regla de una mujer que ha tenido que soportar en solitario un calvario de incomprensión. El abogado escucha y analiza la historia, única y exclusiva, como lo es la vida de cualquiera.

—Ah, y algo más —añade la mujer ya en la puerta—: no quiero que mi nombre aparezca en ningún momento. Es imperativo que el legado quede completamente en el anonimato.

Un serio gesto de asentimiento corrobora la petición.

Termina el abogado rellenando unos papeles donde se repite una palabra como el ajo lo hace en la sopa: *confidencialidad*.

El legajo con las actas de 1887 del notario Farrès yace sobre la mesa, protegido con dos cordeles que nadie en esta sala tiene suficiente edad para saber cuándo se abrocharon por última vez.

Tengo prisa, pero quiero saborear el momento, dar con la pausa un cierto grado de trascendencia, de solemnidad. Y es que estoy a punto de chutar el penalti más trascendente de esta larga tanda y tengo que hacerlo bien, con fuerza, por la escuadra… tener buena suerte y puntería. Es ahora o nunca.

El volumen es grande y pesado, tal vez dos o tres kilos. Me pongo de pie para girar el tomo y desatar los cordeles; el polvo de décadas se libera dentro de los hilos de cáñamo. Me cuesta, pero finalmente consigo abrir el legajo por el medio, sin miramientos, con el miedo de que aparezca el fuego de un maleficio que acabe con quien rompa con su centenaria tranquilidad.

Otro momento de pausa para pensar en cuántas vivencias se esconden detrás del libro, con los actos más trascendentes que una persona puede realizar en su vida, con un notario dando fe y quedando para el futuro órdenes y mandatos que se deberán cumplir sin remedio.

Paso las hojas adelante y atrás, tembloroso pero con cuidado. Interpreto los legajos en medio de una sucesión caótica de palabras que se inician con fórmulas que invocan a todos los santos y a la Santísima Trinidad. Ignoro si hoy en día se utiliza el mismo lenguaje retorcido, aunque tengo la seguridad de que el idioma utilizado sigue siendo el mismo, no sea que…

Noto palpitaciones en el pecho y una extraña excitación que va en aumento, que recuerda a aquellos trances de adolescencia, cuando quería demostrar un afecto especial por una chica y no sabía encontrar las palabras adecuadas; en realidad nunca lo he llegado a conseguir. Y es ahora cuando me doy cuenta de que tengo miedo, miedo al fracaso, miedo a romper las expectativas que he sabido crear entre las personas que me rodean, la de mi amigo Maximus, que sigue cada uno de las mis pasos. Tan solo la apertura de la caja fuerte del Titanic fue tan emocionante. Abro el tomo y busco el legajo.

—7 octubre 1887 —leo la fecha. Este es el documento que busco, el del último testamento de Isabel Bolet. En realidad hay uno anterior

que queda sin valor al existir este definitivo.

Ya lo tengo ante mí, sin tildes y manteniendo la ortografía y estilo de la época:

> Numero ochocientos cincuentaiocho
>
> En el nombre de Dios y de la Virgen Maria: Yo Isabel Bolet y Vidiella, natural de Villanueva y Geltrú, vecina de esta Ciudad, domiciliada en la Calle Paseo de Gracia número seis piso segundo, viuda de Don Ignacio Marqués…

El lenguaje es arcaico y la letra revirada, pero se puede entender sin demasiado esfuerzo. Hago una pausa para saber de cuántas páginas consta el legajo:

«… seis, ocho, diez… once».

En otra ocasión habría leído las hojas en diagonal intentando encontrar rápidamente alguna referencia al albacea Almeda o a la Sagrada Familia, pero ahora lo prefiero hacer con calma, saboreando cada palabra con la seguridad de que no paso nada por alto. La primera página es puro formalismo, con fechas y nombres, indicando de quién es hija legítima la testadora y confesando una salud ya delicada.

La excitación va en aumento. Unos sollozos compulsivos nacen dentro de mi garganta, reacciones automáticas del cuerpo ante una situación que altera el equilibrio químico del organismo, consciente de que estoy a punto de escribir una pequeña línea en la historia de esta ciudad, minúscula pero trascendente, y para mí, vital.

Paso a la siguiente página donde continúa la insoportable palabrería notarial hasta que llega el nudo argumental que me ha llevado hasta aquí:

> … hago y ordeno este testamento y última voluntad mía…

—Bufff —exhalo sin poderlo evitar, con las pulsaciones disparadas, olvidando el sentido común y cualquier desencanto anterior.

Y es ahora, cuando son las 11:33 de la mañana del día 7 de junio de 2019, cuando leo las líneas más trascendentes del testamento de Isabel Bolet i Vidiella, líneas imposibles, pero con las que he soñado desde hace semanas, meses, tal vez durante toda la vida sin ser consciente. Llega la hora, éxito o fracaso:

> … hago y ordeno este testamento y última voluntad mía y en su virtud elijo y nombro albaceas ejecutorio y cumplidores con todas las facultades de contadores partidores a los Señores…

La leyenda habla de Almeda. AHORA O NUNCA, AHORA O NUNCA…

> … a los Señores Don Joaquín Almeda, Abogado del Ilustre Colegio de esta Ciudad, Don Joaquín Ribera y Adué, dependiente de comercio de la misma, al Reverendo Don Salvador Tomás Presbítero Beneficiado de Villanueva y Ge…

—¡ALMEDA! —exclamo alborozado en medio de la sala ante la sorpresa de todos.

¡Ya no es necesario continuar! ¡Almeda, pone Almeda! También el amigo Ribera, Salvador Tomás, el de la *Casa d'Empara*, y el padre Crusellas, aquel de la iglesia de Sants, pero quien me importa es Almeda, Almeda, Almeda…

Un gesto incontrolable de alegría, el sollozo escondido en el fondo de la glotis que emerge en forma de lágrimas imposibles de detener, ojos cerrados, humedecidos, vidriosos, la boca abierta con una sonrisa de lado a lado, de oreja a oreja, reacciones que se suceden sin control…

—¡Almeda, Almeda! —vuelvo a gritar.

Joaquín Almeda, aquel abogado que según la leyenda apareció un día por la librería de Bocabella para anunciar la entrega de este impresionante legado y que, más tarde, tuvo un choque de trenes con el propio Gaudí, de quien había oído que malgastaba el dinero de su clienta en modelos en yeso que destrozaba a golpes de bastón.

No lo acabo de entender, el testamento de doña Isabel, ahora sí ya la puedo llamar así, no tiene en consideración la voluntad del marido expresado en su testamento ológrafo.

«¿Y si finalmente acabó siendo invalidado?».

En cualquier caso es ahora, ahora, cuando puedo afirmar rotundamente que la tal Isabel Bolet, de quien nadie ha oído hablar, la que hace meses persigo como un poseso, la que aparece en documentos desconocidos para cualquier historiador, es la misma doña Isabel, mi Isabel, que hace años me martiriza.

Estoy inquieto, con las manos sudorosas y temblorosas. El archivero me mira con curiosidad por saber qué demonios he encontrado que provoca mi delirio, pero sin que se atreva a llamarme la atención. Continúo la lectura, pero la tensión me impide mantener la pausa inicial, ahora sí, saltando las palabras de dos en dos, velozmente hasta encontrar un apartado que me llama poderosamente la atención:

> Teniendo en consideración el afecto que mi querido esposo profesaba por los hermanos Ignacio, Mercedes y Antonio Santana, naturales de la Isla de Cuba, dejo y lego a cada uno de

ellos la cantidad de veinte mil pesetas en efectivo…

Nuevamente la aparición de los hijos cubanos, pero ahora en el testamento de la mujer.

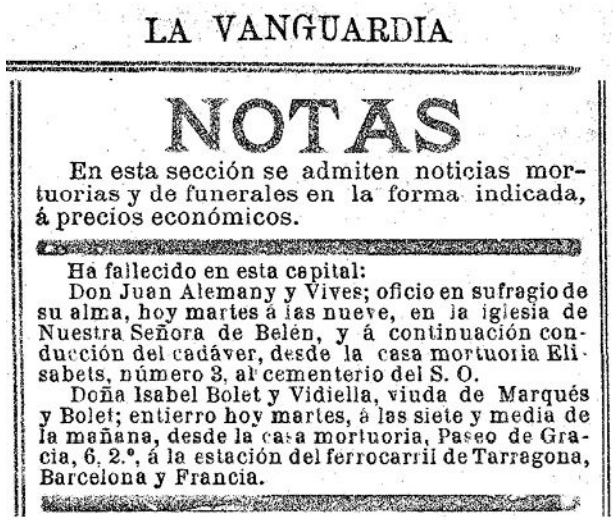
«Doña Isabel se ha pasado la voluntad del marido por el arco del triunfo, manejándolo todo para que los hijos cubanos tuvieran un recuerdo de ella en forma de dinero inesperado y taparles así la boca».

Y a continuación una serie de condiciones anacrónicas…

> En el caso de no cumplirse las condiciones impuestas ordeno sea aplicado el dinero destinado a ellos en obras y mejoras del nuevo Templo Expiatoria de la Sagrada Familia que se levanta en el Ensanche de Barcelona, término Municipal de san Martín de Provensals…

Un nuevo sobresalto al ver las palabras Sagrada Familia en este último apartado que no hace más que reafirmar, más si cabe, la devoción de Isabel Bolet por el templo y que la confirma como la mítica dama sin apellido que ha permitido construir la iglesia que todos conocemos y que llena bares, hoteles, taxis y restaurantes de turistas adinerados e Instagram de *selfies* ridículas.

Barcelona,
9 septiembre 1888



LA VANGUARDIA

NOTAS

En esta sección se admiten noticias mortuorias y de funerales en la forma indicada, á precios económicos.

Ha fallecido en esta capital:

Don Juan Alemany y Vives; oficio en sufragio de su alma, hoy martes á las nueve, en la iglesia de Nuestra Señora de Belén, y á continuación conducción del cadáver, desde la casa mortuoria Elisabets, número 3, al cementerio del S. O.

Doña Isabel Bolet y Vidiella, viuda de Marqués y Bolet; entierro hoy martes, á las siete y media de la mañana, desde la casa mortuoria, Paseo de Gracia, 6, 2.°, á la estación del ferrocarril de Tarragona, Barcelona y Francia.

La vida de Isabel se apaga y con ella la fiera que llevaba en su interior.

La procesión atraviesa el descampado a medio urbanizar de la llamada plaza Catalunya hasta llegar a la estación del ferrocarril, de donde parten los trenes hacia el sur.

No pasará mucho tiempo hasta que los hermanos pongan el grito en el cielo al conocer la existencia de la humanidad de Joaquín Almeda y, todavía más, cuando sospechen cuáles son las intenciones transmitidas por la cuñada traspasada.

Barcelona,
20 septiembre 1888,
semana y media después de la muerte de doña Isabel

Un chico tocado con gorra de plato se presenta en la puerta donde le han ordenado dejar la carta.

—Aquí es: Joaquín Almeda y Roig, Abogado —escrito así, no sea que se pierda la lengua amenazada.

La referencia del nombre y del oficio se repiten, tanto en la calle como en la puerta del reputado abogado. Nacido en la Selva de Mar, Almeda es uno de los juristas más reconocidos de la ciudad, catedrático de Derecho Romano y, si continúa su progresión, nadie duda de que acabará calentando la silla reservada al decano del Colegio.

—Me han ordenado que entregue este sobre del juzgado.

—Muy bien, chico. Ya te puedes ir.

Quizás el muchacho esperaba alguna moneda por haber realizado correctamente su trabajo, pero no será hoy. La secretaria abre el sobre, lo lee y se dirige al despacho de su jefe golpeando con los nudillos:

—Señor Almeda, han traído este sobre del juzgado. Dice que ha muerto una mujer…

—No siga, ya lo leo yo, a solas —corta el abogado que parece que no ha dejado claro hasta donde llega el cometido de la secretaria y donde comienza el suyo.

«Juzgado de primera instancia del distrito de la Barceloneta… muerte de Isabel Bolet… apertura de su testamento… nombramiento de Joaquín Almeda como albacea…».

Un esfuerzo mental para poner cara a la mujer entre los cientos de personas que pasan por este despacho, hasta que decide renunciar al recordar que se trata de la viuda que llevaba un espeso velo que impedía contemplar su rostro.

«O sea que Isabel Bolet ha fallecido y ahora me toca cumplir con sus últimas voluntades».

Una sonrisa recordando el encuentro que mantuvo con ella hace algunos meses mientras inspira el olor de habanos que impregna la habitación:

—¿Es la primera vez que nos vemos, señora Bolet? —dijo el

abogado para romper el hielo.

—Así es, señor Almeda.

—¿Y puedo saber quién ha cometido la osadía de recomendarme?

—Se dice el pecado, pero no el pecador; conozco a mucha gente y usted es… como lo diría… fácilmente reconocible.

Una frase que el abogado no supo si era irónica, reflejo de su enorme humanidad, o descriptiva de una reconocida profesionalidad. Prefirió no darle más vueltas.

—¿Y dice que su marido le ha dejado todo?

—Sí, prácticamente todo, excepto alguna pequeña cantidad destinada a unas personas muy apreciadas, pero lo que son sus bienes, muebles, inmuebles, créditos, haberes, dinero en metálico, valores, efectos públicos, joyas, derechos y acciones… en definitiva, prácticamente todo, pues sí, me lo ha dejado a mí: yo soy su heredera.

En ese momento la mujer olvidó, despistada, el añadido de *vitalicia* que aparece en la carta del marido y que limitaba considerablemente su libertad de acción.

—Muy bien, enhorabuena. Tendrá a partir de ahora muchos pretendientes.

Almeda se dio inmediata cuenta de lo inoportuna que había sido esa apreciación, dirigida a quien aparentaba ser una sexagenaria cubierta por un espeso velo de luto. El hombre se disculpó con un gesto que la mujer aceptó con la mano abierta.

—¿Y la herrería sigue en funcionamiento?

—Sí, totalmente, a pleno rendimiento.

—¿Y puedo saber quién es el hombre que la dirige? — preguntó en el convencimiento de que una mujer no está genéticamente capacitada para cargar con semejante responsabilidad.

—Yo.

—¿Usted? —preguntó Almeda levantando exageradamente las cejas.

—Sí, yo.

—Está bien.

—¿Algún problema? ¿Es que no me cree usted capaz?

—Sí, claro que sí, pero…

La frase continuaba mentalmente con el añadido de «no es cosa de mujeres», pero, aquella capacidad innata del cuerpo humano para preservar su supervivencia, logró detener a tiempo el movimiento de cuerdas vocales y lengua.

—Sí, la dirijo yo y he colocado al frente de ella a Joaquín Ribera Adué, hombre de confianza de mi marido y que cumplirá a pies juntillas mis indicaciones.

—Bien, muy bien, seguro que será así.

Quizás sí que debería ser normal, pero en ningún caso habitual que

una viuda diera un ejemplo de entereza como lo hacía doña Isabel, pocos meses después de la muerte de su marido. Sus manos temblaban ostensiblemente y seguro que sus facciones la hubieran acercado al de una septuagenaria que ocultaba cuidadosamente la belleza perdida tras el velo, pero la voz, ¡qué voz!, no era la de una mujer deshecha a la espera de ver pasar los días entre tés y cafés, recordando con las amigas aquel pasado que marchó volando como aquella paloma en busca de la libertad, sino que era la de una activista convencida de lo que hacía.

—Pues usted dirá, señora Bolet —regresó a la reunión el abogado.

—Quiero asegurarme de que, antes de que me llegue la hora a mí también, se cumplirán mis deseos de la forma en que dispondré ahora.

—¿A que sea su albacea, quiere decir?

—Sí, no el único, pero quien administre la mayor parte de los bienes que he heredado de mi marido.

—Entiendo.

—Pues usted dirá, señora Bolet. Tomo nota.

La reunión no fue extensa, pero el contenido, intenso. El hombre por quien pasan y han pasado los documentos más confidenciales de la ciudad: legados, donaciones, dotes, títulos de propiedad, licencias, credenciales, certificaciones, nombramientos… se encontró con una petición que, todavía no lo sabía, cambiaría el destino de la ciudad.

—¿Está segura? No es una decisión… como le diría… habitual, la suya.

—Sí, estoy segura —ratificó la mujer con resolución.

—Bien, muy bien. Como usted desee.

Una hoja de papel *Canson* y una pluma *Waterman* eran testigos de los deseos de Isabel Bolet.

—Seré rápida y concisa: quiero que todos los bienes que poseo, exceptuando las cantidades menores en comparación y que otras personas de confianza ya conocen, sean entregados a —a la mujer se le rompió la voz por primera y única vez—… a las obras de la Sagrada Familia que se está construyendo en el Poblet.

—¿Perdón? No sé si lo he entendido bien. ¿La herrería también?

—Sí, la herrería también: será vendida o desmantelada, según lo que usted y Ribera Adué consideren más oportuno. No le faltarán compradores ni quien quiera aprovechar las instalaciones con trabajadores incluidos.

—¿El gerente es conocedor de su intención de que la herrería se cierre?

—No, de momento. Ahora solo hay dos personas con vida que lo saben… y yo soy una de ellas.

El papel *Canson* se mantenía en blanco y la pluma *Waterman* no sabía muy bien cómo estampar lo que acababa de escuchar.

—Disculpe que se lo vuelva a preguntar, pero ¿quiere que toda su fortuna vaya a parar a la construcción de una iglesia?

—Sí, lo ha entendido bien.

Afirmación a la que el abogado respondía mordiéndose el labio inferior entre las dos hileras de dientes. La pluma tenía intención de empezar a escribir, pero sin mucha idea de cómo hacerlo y prefirió dejar pasar unos segundos antes de comenzar su trabajo.

—Durante los próximos días —continuó la mujer, que parecía no tener dudas de lo que quería, cómo lo quería, dónde lo quería, cuándo lo quería y por qué lo quería—, le detallaré cómo lo hará, no de golpe, sino por pagos periódicos, según sean las necesidades de la construcción, abonando los gastos de la obra y asegurándose de que se hace buen uso. Quiero que el arquitecto director, el señor Gaudí, sea conocedor del alcance del legado y que le anime a construir la mejor iglesia del mundo, sin límites, gastando lo que precise, y será usted quien se haga cargo de la deuda que se vaya generando.

—Como si fuese su protectora.

—Sí, protectora desde la tumba.

—Muy bien, lo haré, no lo dude —dijo el abogado superado y con la pluma a la espera de recibir órdenes concisas.

—Déjeme que le haga una pregunta: hay algún hijo o familiar que tenga derecho a reclamar parte de la herencia. Piense que lo tengo que saber todo; si alguien presentara una demanda, esta iría dirigida hacia mi persona como albacea y legítimo cumplidor de su voluntad.

—De eso quería yo hablar —unos segundos de pausa para aclarar ideas—. Es muy probable que alguno de los hermanos de mi marido reclame parte de la herencia.

—Pues no tendrán derecho; solo hijos, padres y cónyuge lo tienen.

—Lo sé, lo sé, pero ya sabe cómo son los abogados —Isabel usó intencionadamente la tercera persona—: tienen una capacidad inusual para encontrar cualquier resquicio, por pequeño que sea.

El abogado se aclaró la garganta como si la frase se hubiese realizado en segunda persona, dirigida directamente a él, experto en buscarle los tres pies al gato… y de encontrarlos.

—¿Alguien más que pueda sentirse… como lo diría… afectado por su decisión, que se crea legitimado para recibir parte de la herencia?

—Pues mire, sí, le explico —la doña cerró los ojos tras el velo en señal de rabia contenida que pasó desapercibida para el abogado—. Hay tres personas en Cuba a las que mi marido tenía mucho afecto y que podría ser que se sintieran… como se lo diría yo… agraviadas —la mujer evitó en todo momento hablar de hijos naturales—. El testamento de mi marido deja entrever el deseo de que sea yo quien, en mi testamento, disponga para ellos de parte de su legado para cuando haya muerto, aunque no lo dijo de forma directa y su

redactado lleva a alguna confusión.

—No la entiendo. Un testamento es un testamento, sin sobreentendidos ni malentendidos.

—No se trata de un testamento escrito por un notario, sino ológrafo.

—¡Bufff! —exclamó el abogado dándose cuenta de que el tema no sería tan sencillo como inicialmente presumía, habiendo dejado la pluma sobre la mesa en una especie de *tiempo muerto*—. No me gustan los testamentos ológrafos, no son más que una fuente inagotable de problemas.

—Confío que usted será capaz de gestionar los pequeños inconvenientes que vayan surgiendo.

El tono empleado por Isabel recordaba al que utilizaba cuando hablaba con Ribera Adué, sin levantar la voz, pero donde cada frase tenía la contundencia de una orden que se tenía que cumplir, aunque implicara lanzarse por la ventana desde un octavo piso.

—¿Son gente de dinero sus… las personas a las que su marido tenía tanto cariño? —preguntó el abogado. Nuevamente, su cerebro ordenaba detener a tiempo la frase que había formado y donde revelaba la verdadera condición de las tres personas a las que profería tanto afecto, su naturaleza coloreada y que solo podían ser fruto de tres noches de pasión desatada sin contar con otras sesiones fallidas, de aprendizaje y de calentamiento.

—Viven bien, gracias al apoyo de mi marido y con un pequeño negocio a su cargo.

—Entiendo.

Unos segundos para imaginar a estas *personas tan apreciadas*, ignorantes de lo que se estaba cociendo en este despacho ni tampoco lo que sucedería durante los próximos años fuera de su entorno más próximo.

—Le recomendaría, señora Bolet, que, si quiere que se cumpla sus deseos, se asegure en su testamento de que estas personas tan… digamos… apreciadas… consigan un apoyo económico lo suficientemente interesante que les desincentive de realizar cualquier reclamación que ponga en entredicho el cumplimiento de sus deseos.

La frase se pronunció en actitud de despedida.

—Y recuerde —añadió la mujer ya en la puerta—: no quiero que mi nombre aparezca en ningún momento. Es imperativo que el legado quede totalmente en el anonimato.

Un serio gesto de asentimiento corroboraba la petición.

—¿Tampoco sus familiares más cercanos?

—Tampoco. Si mis cuñados supieran dónde va a parar el dinero, serían capaces de impugnar el testamento y evitar su cumplimiento. Estoy convencida de que usted sabrá mantener el secreto, ¿verdad,

abogado?

Una pregunta que fue dicha con un extraño tono de complicidad.

La mujer salió por la puerta y las tachuelas del sillón volvieron a sufrir el peso de las nalgas. El hombre suspiró y se dio un tiempo para encender un cigarro habano tan largo como su mano. La pluma *Waterman* finalizó el *tiempo muerto* y el abogado que intentaba poner las ideas en claro, unas instrucciones que llenan ahora el papel *Canson* y en donde se repite como el ajo en la sopa la palabra *confidencialidad*.

Saliendo del despacho, Isabel rompió a llorar desconsolada. Solo lo había hecho en otra ocasión en su vida, hace años, y fue de rabia, pero esta segunda ha sido de revancha y alegría. La fiera ha quedado saciada y feliz. Nunca había sido tan feliz como aquel día.

Pocas semanas más tarde, a comienzos de agosto, el notario Francisco Farrès se personó en casa de doña Isabel para levantar acta del testamento de la anciana. Las piernas ya no le respondían a la vieja y la salud se había deteriorado considerablemente, como si se tratara de una octogenaria. El testamento se abriría algún día, no faltaba mucho, un legajo que quedaría olvidado dentro de un enorme tomo polvoriento escondido en el almacén de un archivo de la notaría de Barcelona y donde quedaba escrito el nombre de Joaquín Almeda como el albacea que cumplirá con su voluntad y unas líneas en recuerdo

Y unas líneas en recuerdo a los apreciados hermanos Santana, sin que aparezca en ningún momento la relación real con su padre y marido, acompañadas de una apreciable cantidad a su lado:

> Los tres hermanos, durante su vida natural disfrutarán cada uno de ellos de la renta o interés que produzca el capital legado de veinte mil pesetas, cuya renta les será entregada por mis albaceas en el modo, plazos y forma que estimen conveniente.

Y un pequeño añadido, totalmente formal, para evitar malos entendidos:

> Por último prevengo y quiero que si a todos o alguno de los tres citados hermanos impugnase mi testamento o el de mi difunto esposo… quede por este solo hecho sin valor ni efecto alguno el presente legado como si no estuviese escrito y ordenado.

Todo atado y bien atado, como aquellos legendarios estrategas que conseguían que su legado sobreviviera a su inmundicia.

Ahora es al abogado Almeda, albacea de la doña, a quien le toca cumplir con su cometido: dar vía libre a los deseos de su cliente,

manteniendo una confidencialidad que pasará un siglo hasta que alguien la revele, cuando a ella ya no le importe.

Calle Princesa,
1891

—¿El señor Bocabella?

—Sí, pase. Ahora le aviso.

El visitante se atreve a dar dos pasos para entrar en la imprenta *Herederos de Viuda Pla*. Una mujer en sus cuarentas y un aprendiz mirón juegan con unas piezas de plomo, comprobando que quedan perfectamente alineadas para montar las galeradas que acabarán en la imprenta. El olor es penetrante; los compuestos químicos de la tinta, mezclados con una especie de barniz, le quitan todo el romanticismo a la fragancia de los libros que se encuentran expuestos, todos de temática religiosa.

—Buenos días, soy Josep Maria Bocabella. Creo que me buscaba.

—Sí, no nos conocemos… creo —duda un momento el visitante que está convencido de conocer y haberse reunido con media ciudad—. Me llamo Joaquín Almeda y vengo a anunciarle un tema de su máximo interés.

Ahora es Bocabella quien aprieta los labios y mueve levemente la cabeza, como si tuviera un muelle en el cuello, con gesto de *a saber qué es lo que me quiere vender este hombre ahora*.

—Bueno, que le vamos a hacer, acompáñeme a mi despacho, por favor.

Joaquín Almeda aparenta cuarenta años, semblante impertérrito, mirada seria, bigote con presencia, cabello escaso, mollejas caídas e impecable traje negro funeral. Al llegar al despacho se encuentra con otro hombre, también elegante, pero sin llegar de lejos al nivel del tal Almeda.

—Le presento a mi yerno, Manuel de Dalmases, quien se encargará de la librería cuando yo tenga que irme para no volver nunca más.

Ni el yerno ni el visitante saben qué gesto poner para contrarrestar una afirmación que tampoco parece tan lejana. Bocabella carga más de setenta años y su mirada aparenta haber iniciado ya un viaje sin retorno.

—Siéntese, por favor —la humanidad de Almeda toma posesión del asiento, poniendo a prueba la piel y las tachuelas de una nueva butaca —. Pues usted dirá.

Almeda carraspea sin perder nunca su actitud severa.

—Como ya le he dicho, mi nombre es Joaquín Almeda, abogado, y me presento en calidad de albacea de la seño… de una persona que ha confiado en mí, la ejecución de sus últimas voluntades.

—Una señora —interrumpe el yerno.

—No, yo no he dicho eso: es una persona que quiere mantener su anonimato.

Librero y yerno se miran mutuamente. No es la primera vez que son beneficiarios de una herencia destinada a la asociación que dirigen.

—Pues le agradecemos que se haya desplazado con tan buenas noticias. Le pasaré la dirección donde depositar el dinero…

—Me temo que no será tan fácil —corta el abogado.

Nuevo cruce de miradas entre yerno y suegro en gesto de *este hombre se quiere hacer ahora el interesante*.

—Mire, señor Almeida…

—Almeda.

—Pues Almeda —el tono de Bocabella sube una octava—. La asociación fue fundada hace veinticinco años, nos hemos ganado un prestigio, un lugar entre las instituciones de la ciudad disfrutando del apoyo papal, y, en todo este tiempo, no hemos hecho otra cosa que recibir aportaciones de todo tipo: de curas, obispos, cardenales y papas… de abarqueros, alambiqueros, albarderos, aguadores, alfareros y arrieros… y si quiere abandono la letra *A* y continúo con la *B*: Barberos, ballesteros, bataneros…

—Señor Bocabella, por favor, no se excite, deje que sea yo —interrumpe el yerno que se da cuenta de que la yugular de su suegro se comienza a inflamar—. Señor Almeida, Almeda, ya ve que la asociación tiene la suerte de recibir abundantes donativos; hasta diez mil pesetas en una ocasión, de la familia Castellbell, que nos permitió costear una capilla. En este caso procederemos como en otras ocasiones —responde contundentemente con una sonrisa de suficiencia—. ¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿Cincuenta pesetas? ¿Cien? ¿Ciento cincuenta?

—Un millón.

—Perdón.

—Un millón.

—Disculpe —dice resoplando con gesto de *este hombre ya se ha descontado de ceros*—, pero nosotros solo hablamos en pesetas y no en reales, maravedís u otras monedas extranjeras de valor insignificante.

Dalmases levanta exageradamente las cejas acompañando la frase de un rictus que llega a la condescendencia.

—Un millón —insiste el albacea.

—Un… millón —intenta asimilar el yerno. El aparato bocal de Bocabella no da señales de vida así como el aparato circulatorio,

respiratorio, excretor ni locomotor. El reproductor tampoco, pero eso ya viene de lejos.

—Un millón… de pesetas.

—Mire, señor Almeida —levanta el tono Dalmases sustituyendo risas por indignación—, en esta casa no nos gustan las bromas de mal gusto.

—A mí tampoco, señor Dalmases, y me llamo Almeda, si no le importa —replica el abogado con la misma imperturbabilidad que ha empleado hasta ahora y con un tono que combina con el color del traje que viste.

Dalmases calla, las paredes escuchan, la piel del sillón a punto de desfallecer y el aparato cardiovascular de Bocabella pidiendo una revisión urgente.

—Será un millón de pesetas, tal vez un poco menos o unas decenas de miles más, tendremos que esperar. Se trata de la viuda —efectivamente se trata de una mujer— de un industrial, devota de san José, que ha decidido dejar su fortuna para la iglesia que están construyendo en el Poblet, creo que se llama. Su marido murió hace poco y era propietario de una de las herrerías más importantes de la ciudad, que pronto será desmantelada y donde los beneficios de la venta irán a parar a sus manos.

Las palabras resuenan con una seguridad que imposibilita que se trate de una broma. No hay ninguna asociación en esta ciudad que haya pasado por tantos obstáculos como la suya, pidiendo dinero casa por casa, organizando misas para recaudar unos miserables reales que hace veinte años que terminan en las puertas del Vaticano, con una iglesia construida por sus asociados, ignorada por el obispado y que, diez años después de haberse comenzado, apenas tiene construida una cripta donde la asociación se reúne cada domingo. Aún recuerdan el acto de colocación de la primera piedra, la que por falta de fondos sería la única durante meses. También les viene a la mente la airada discusión con Francisco de Paula Villar, el antiguo arquitecto, que renunció al cargo en un episodio vergonzoso de acusaciones mutuas.

—Señor Almeida…

—Almeda.

—Almeda —dice Dalmases intentando recuperar las formas y con un gesto que deja atrás los aires de soberbia, altivez y suficiencia que mostraba hace unos instantes por otros de humildad, timidez y sumisión más apropiados a las circunstancias—, ¿y los hijos? ¿Los hijos de la señora no tienen nada que reclamar?

—En realidad, la difunta no ha dejado descendencia. Unos cuñados han mostrado su disconformidad con el contenido de sus disposiciones, pero sin posibilidad de reclamar nada. El testamento es perfectamente válido y legal. Los beneficiarios del legado son ustedes

y el dinero se encuentran a su disposición: un millón de pesetas, aproximadamente.

—Bufff —un soplo que sale del fondo de la garganta de Bocabella le permite regresar a la vida. Su débil y delgaducho cuerpo parece haber perdido toda su vitalidad. Los ojos empañados, vidriosos, reflejan el sufrimiento de tantos y tantos años. Lo que se ha convertido en proyecto vital, en un sueño que sabe que nunca llegará a ver concluido, al menos con los pies en el suelo, recibe ahora un impulso inesperado, excelso, sublime, que permitirá finalizar la pequeña iglesia en poco tiempo, quizás lo suficiente como para poder contemplarla antes de que tenga que irse para no regresar nunca más.

Iglesia en construcción en el Poblet,
1891

—Pues sí, infarto cerebral, una desgracia.

—Ciertamente.

—Sí que lo es, sí. Tan lleno de salud como se le veía; ha quedado impedido de medio cuerpo y gravemente mermada su capacidad cognitiva: necesita ayuda para caminar y no se encuentra en disposición de dirigir la asociación. Mucho me temo que será cuestión de semanas o de meses que *se vaya para no regresar nunca más*.

Nunca una frase lapidaria había dado tanto juego. En la tumba de Bocabella podrían escribir «Aquí yace un hombre que se fue para no regresar nunca más. No es necesario que me esperen».

La salud del librero ha jugado a la ruleta. Un infarto cerebral, un coágulo sanguíneo que provoca la interrupción del flujo de sangre y la muerte de las células cerebrales. Es como coger la baraja de un campesino y escoger una carta al azar para ver qué vegetal te toca. Dependiendo de donde haya afectado el ataque de apoplejía te puede dejar con la movilidad de una zanahoria, la visión de un espárrago, la sensibilidad de una berenjena, la facilidad de palabra de una judía verde o la memoria de una espinaca, pero siempre con el perjudicado envidiando la extraordinaria vitalidad de una farola.

La actividad en el Poblet continúa gracias al pago anónimo de la deuda acumulada durante la construcción de la cripta, quince mil pesetas. Ningún mobiliario, vidriera, escultura ni azulejo recuerda que está destinada a ser un lugar de culto, excepto por la capilla de San José que se inauguró hace cinco años, deprisa y corriendo; una especie de oasis en medio del desierto.

Enterrada bajo dos metros de tierra y escombros, solo dos salidas de aire son visibles desde el exterior, aparte de las escaleras de acceso a ambos lados que recuerdan más a la entrada a una gruta siniestra que a un lugar donde encontrarse con el Señor. Y es que todavía se encuentra a medio completar el foso que lo circundará para darle luz y ventilación y que la iglesia subterránea no lo parezca tanto. Eso sí, ya se empieza a vislumbrar los primeros movimientos en la zona del ábside, enorme.

—Hay muy poca actividad —parece quejarse Manuel de Dalmases al hombre barbudo que se encuentra a su lado.

—Hay poco dinero —contesta secamente el barbudo, que es el arquitecto, sin mirar a su contertulio. En cambio, sí que presta atención a unas extrañas figuras de formas fantasmales que aparecen en el suelo, delante de él.

—Buenos días, don Antón.

—Buenos días, señor Lorenzo. Precioso caracol de mar.

Gaudí habla con el jefe de escultores, Llorenç Matamala.

—Sí que lo es, sí, y mire, la lagartija también está pasada a piedra y hemos empezado con el modelo en yeso del dragón.

—¿Caracolas de mar? ¿Lagartija? ¿Dragón? —pregunta Dalmases sin conseguir la atención del arquitecto ni del escultor.

—Muy bien el dragón, muy bien —anima Gaudí regresando a la realidad, sin que Dalmases se atreva a abrir boca.

—Sí, ya está listo para hacer las dos esculturas.

—¿Dos esculturas? —exclama Dalmases sin entender a qué se refiere.

—Así es, un molde para dos esculturas que se encontrarán separadas seiscientos kilómetros de distancia. Una para aquí y otra para otro proyecto que me han encargado en León. ¿No le parece extraordinario? Menos trabajo.

El yerno de Bocabella no acaba de entender la utilidad de una estrategia que alguien se atrevería a bautizar como *trabajo en cadena* una década antes de que aparezca en escena Henry Ford. Todavía es peor cuando al pobre Dalmases le explica el concepto de *teletrabajo*, referido al proyecto del Palacio Episcopal de Astorga, que Gaudí dirige a distancia recibiendo fotos del progreso y enviando nuevos planos para que alguien los ejecute allá.

Dalmases cierra los ojos totalmente sobrepasado, intentando imaginar la situación. «¿Pero cómo puede haber dos personas trabajando en un mismo proyecto sin verse las caras? Esto es totalmente inverosímil, además de imposible».

El hombre observa de reojo a Gaudí y a Matamala y ve a dos artistas abstraídos, casi autistas, como seres venidos de otro mundo que viven subsumidos en su trabajo. Le recuerdan a aquellos abogados que hablan entre ellos con un lenguaje enigmático e incomprensible, obviando que hay más personas a su alrededor, o precisamente por ello, para impresionarles.

Un gesto del escultor sirve para despedirse de su jefe.

Gaudí y Dalmases se alejan unos metros en medio de piedras y escombros, en un terreno que parece rastrillado para plantar patatas y que, perfectamente, podría corresponder a un campo de batalla. Y es que Matamala es una de las pocas muestras de actividad que se observa en la obra.

—Poca actividad, señor Gaudí —retoma Dalmases—. De eso le

quería hablar precisamente, de la actividad y del futuro de las obras.

—Ya le he dicho que sin dinero no podemos hacer nada —replica el arquitecto claramente a la defensiva y demostrando que el trato con el yerno no tiene el mismo tono que con su suegro. Será todo un reto para Dalmases recoger el testigo del librero.

—Lo sé, lo sé, pero no nos podemos quedar mirando…

—Usted sabe —corta Gaudí— que disfruto de la total confianza del señor Bocabella y que ya presenté a la asociación un plan para terminar las obras en diez años, si ustedes —un *ustedes* que es claramente acusativo— eran capaces de recaudar treinta mil pesetas cada mes.

—Bueno, señor Gaudí, también es cierto que el presupuesto se ha disparado de forma desmesurada desde que *usted* —ahora es Dalmases herido en su orgullo— se hizo cargo de las obras; la estimación actual equivale a veinte iglesias.

—¿De qué estamos hablando, de una iglesia de barrio o de una basílica que perdurará a los siglos? —*rerreplica* Gaudí que demuestra no ir corto de autoestima y necesitar un referente más allá de Maslow.

Dalmases calla; sus tripas le piden contraatacar con conceptos contables como estado de cuentas, números rojos, gastos desmesurados y difícilmente justificables u otras más complejas como contabilidad analítica, fondo de caja o tipo de fiscalidad, pero toma la sabia decisión de dejar pasar unos segundos para rebajar el aire del globo. Unas nubes negras se pasean por el cielo a juego con el ambiente cargado entre ambos hombres, y eso que se supone que el motivo de la visita es para darle una buena noticia:

—Mire, señor Gaudí —rompe finalmente la tensión escénica—, sé que las obras están casi paradas después de que la asociación se haya gastado medio millón de pesetas en la construcción de la cripta, debemos lo que no tenemos, y también sé que no hemos sido capaces de recaudar el dinero que le prometimos, pero ahora tengo una buena noticia que darle.

Gaudí aparenta atención, pero su mente trabaja como un haz de luces que se disparan en todas direcciones; él medita en las esculturas de Matamala, en el inicio del ábside que ya ha comenzado, en el foso de la cripta, en los planos del Palacio Episcopal, en un posible proyecto en León…

—Hemos recibido un valioso donativo, señor Gaudí; un millón de pesetas.

… y piensa en los últimos detalles del Palau Güell, donde ya habita su mecenas, y sin olvidarse del Colegio de las Teresianas…—. ¿Que dice que qué? Reacciona el arquitecto.

—Un millón.

—De maravedís.

—No.
—¿De reales?
—No
—¿De… pesetas?
—Sí.
—¿Un millón… de pesetas?
—Sí, un millón de pesetas
—¿De pesetas?
—Sí, pesetas.

El arquitecto tiene que hacer un esfuerzo descomunal para saber si está despierto o se encuentra en medio de un sueño. Esto ya pasa de vez en cuando, cuando la parte cognitiva del cerebro se encuentra ligeramente activa, mientras dormimos, pero con suficiente actividad para darse cuenta de que todo lo que está pasando a su alrededor no es real, sino que forma parte de un sueño… aunque en esta ocasión…

—No bromea, ¿verdad, señor Dalmases?
—¿Me ve usted con cara de bromear?
—No.
—¿Un millón de pesetas?

—Sí, será un millón de pesetas, tal vez un poco menos o unas decenas de miles más, tendremos que esperar. Se trata de una viuda fervorosa de santa Isabel de Hungría, propietaria de una herrería que ahora se encuentra en proceso de venta. La noticia nos llegó hace unos meses, pero no hemos querido decirle nada hasta asegurarnos de que se confirmaba. Desgraciadamente, será difícil que el señor Bocabella pueda disfrutar de este obsequio si es que finalmente *se va para no regresar nunca más*.

Al escuchar el nombre de la santa húngara, la memoria episódica, uno de los tipos de memoria a largo plazo con el que trabaja el cerebro, recuerda unos hechos acaecidos en este mismo lugar, bajo tierra, el día en que se inauguró la capilla de San José:

—Quiero hacer una ofrenda a santa Isabel de Hungría — dijo una mujer desconocida cubierta por un velo.
—Muchas gracias, señora…
—Isabel.
—Muchas gracias, señora Isabel, pero debería dedicarla a un miembro de la Sagrada Familia, que son a quienes están dedicadas las capillas.
—No, no puede ser: es a ella a quien se la quiero dedicar.
—Pues lo siento, pero no le puedo aceptar el donativo.

Una respuesta que sumió en la tristeza a la mujer y al marido que la acompañaba.

—Lo que sí le pido, señora Isabel, es que no se sienta afligida y que en el futuro, cuando ya no necesite el dinero, no se olvide de ayudar

al Templo.

De esto hace cinco años y dos entierros.

—Un millón de pesetas, señor Dalmases —regresa Gaudí que no da crédito a lo que escucha. Da la sensación de que el yerno del dueño acaba de ganar un par de peldaños en su estatus de respeto.

—Sí, señor Gaudí.

Gaudí no responde, pero su cerebro vuelve a trabajar por su cuenta iniciando una lluvia de ideas, un diluvio de pensamientos, una tormenta de imágenes donde aparecen torres, y más torres, y campanarios, altos, enormes, gigantescos y por encima de los colosales campanarios unos cimborrios que rozan el cielo, y unos pináculos policromados, y nuevas estructuras que…

—¿Señor Gaudí, se encuentra bien?

Un gesto afirmativo sirve como respuesta en una especie de *coitus interruptus* cerebral.

—Y algo más, señor Gaudí.

—Usted dirá —contesta el arquitecto bajando de la nube de los proyectos a la realidad terrenal.

—Deberá pensar lo antes posible de qué forma invertirá ese dinero.

—¿Y? —pregunta Gaudí que lo que quiere es que le den más tiempo para averiguar a qué sabe un millón de pesetas.

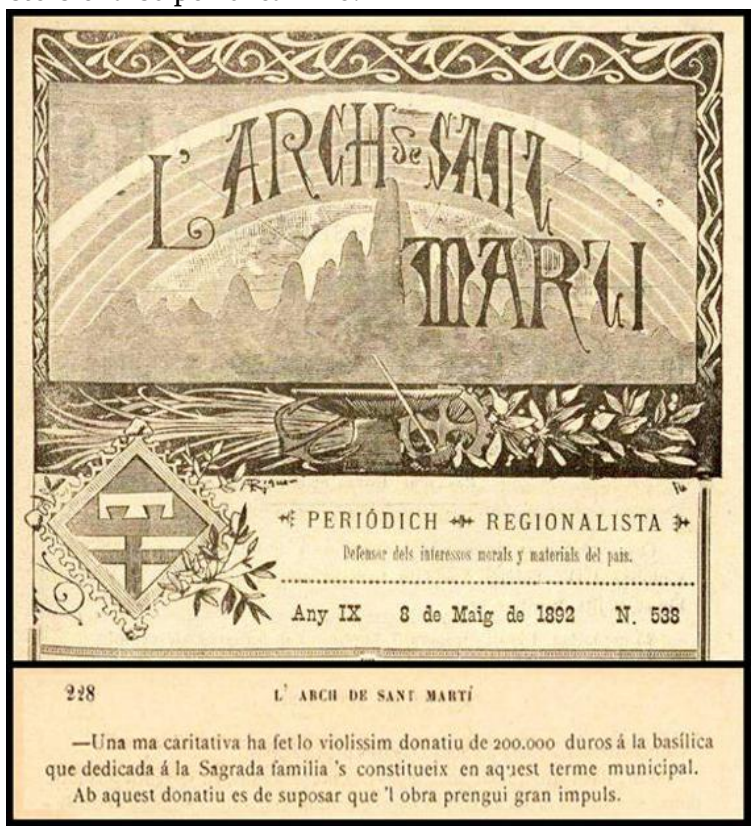
—Mire, señor Gaudí —ahora es Dalmases quien aprovecha que el Pisuerga pasa por Valladolid para demostrar que, a partir de ahora, tendrá que contar con él—, usted sabe diseñar edificios, es un genio, nadie lo pone en duda, pero yo entiendo de números. Hasta ahora, esta iglesia ha pasado totalmente desapercibida, solo los abuelos del Poblet se han fijado en ella para que la vida les fuera más entretenida, y los jóvenes, que se cuelan para robarnos las herramientas del taller, pero no dude que a partir de ahora las cosas cambiarán… y tenga por seguro que habrá más de uno que querrá aprovechar este legado, tan jugoso como inesperado.

—¿Habla del obispado?

—Sí, hablo del obispado. Es por ello que tenemos que ser discretos y que la noticia quede entre nosotros, sin hacer publicidad, al menos de momento.

8 de mayo 1892

No mucho más tarde, se demuestra que las paredes van sobradas de oídos y las noticias tienen habilidades voladoras, aunque el mensaje pueda distorsionarse por el camino.



L'ARCH de SANT MARTI

PERIÓDICH REGIONALISTA

Defensor dels interessos morals y materials del país.

Any IX 8 de Maig de 1892 N. 538

228 L' ARCH DE SANT MARTÍ

—Una ma caritativa ha fet lo violissim donatiu de 200.000 duros á la basílica que dedicada á la Sagrada familia 's constitueix en aquest terme municipal. Ab aquest donatiu es de suposar que 'l obra prengui gran impuls.

Y como si se tratara de una ficha de dominó que hiciera caer a otra, una pulmonía mal curada decide que Josep Maria Bocabella tenga que irse de casa *para no regresar nunca más* durante la vigilia de Sant Jordi de 1892. Diez meses más tarde, es su yerno, Manuel de Dalmases, quien tiene curiosidad por repetir la hazaña de su suegro y encontrarse con él en el más allá.

No se sabe que ninguno de ellos regresara a casa nunca más.

NUM. 114 SABADO 23 DE ABRIL DE 1892. 4961

DIARIO DE BARCELONA

DE AVISOS Y NOTICIAS.

Suscricion, 3 ptas. al mes. EDICION DE LA TARDE. Núm. sueltos, 5 céntimos.

PARTE RELIGIOSA.

DON JOSÉ MARÍA BOCABELLA Y VERDAGUER

HA FALLECIDO

habiendo recibido los Santos Sacramentos.

(R. I. P.)

Su hija, hijo político D. Manuel de Dalmases, nietos, hermana política, sobrinos, primos y demás parientes, al participar á sus amigos y conocidos tan sensible pérdida, les ruegan se sirvan encomendar á Dios el alma del finado y asistir mañana, domingo, 24 del corriente, al oficio de cuerpo presente que se celebrará á las nueve en la parroquial iglesia de San Cucufate, y de allí á la casa mortuoria, Mirambell, 4, 1.°, para acompañar el cadáver al Cementerio antiguo.

NO SE INVITA PARTICULARMENTE.

CEMENTERIO DE PIERA,
19 DE AGOSTO 2019

Los pasos cobran vida en el cementerio, pisadas que aplastan la gravilla, que la desmenuza resonando ruidosamente contra los muros, como si el cuero de las suelas descuartizase la cáscara de un millón de cucarachas, rompiendo el silencio de los muertos. Dicen que el de Piera es un cementerio pequeño, que te lo recorres en un santiamén, pero a mí me parece enorme, inacabable. Y es que no existe cementerio pequeño cuando enfrente se apilan siglos de vida.

Después de unos días de relajación, habiendo encontrado los dos testamentos y haber revelado el secreto que se escondía tras el nombre de Isabel, hago un intento, el último, para encontrar una tumba: la de Ignacio Marqués. Atrás dejo los días en que buscaba los restos de doña Isabel caminando entre miles de tumbas, imaginando que lo más probable es que sus restos se encuentren en el osario de Vilanova convertidos en polvo.

Paseo por el cementerio de Piera. El acta de defunción indica que el cuerpo del hombre fue enterrado en el cementerio de Montjuïc, pero Cristina me confirmó que dos años más tarde fue trasladado a este camposanto.

—Es difícil encontrar información tan antigua —me dijeron por teléfono desde el Ayuntamiento de esta ciudad del Anoia, alejada cuarenta y cinco kilómetros de Vilanova, una distancia que se me hace insalvable en tiempo de carruajes y asnos, pero que no parece que lo fuera tanto para los protagonistas de esta historia. La respuesta me pareció que era una manera de quitarse las pulgas de encima, una forma de decirme *no me agobies que bastante tengo con lo mío*:

—El cementerio ha cambiado mucho durante estos años. No le puedo asegurar que encuentre la tumba que busca — insistieron en una demostración de empatía malentendida.

Hasta aquí he llegado, después de dar un paseo reverencial por el pueblo. Me imagino a Ignacio joven, correteando junto a sus hermanos, en una relación familiar convulsa rota durante su estancia en la isla de Cuba. Supongo que la aparición de la mujer mestiza y de la chiquillada provocó más de una discusión que perduró durante los años y la estigmatización del futuro industrial.

Los padres de Ignacio vivían en el Arrabal, actual Raval, en una

casa que todavía se conserva y que fue usada como rectoría durante unos años. Piera no era muy grande en aquella época, tres mil habitantes, unos cientos de metros a la redonda que incluían un castillo desde donde se forjó un levantamiento contra Isabel II que estuvo a punto de conseguir su objetivo. Incomprensiblemente, fracasó por falta de resolución en los últimos momentos, como si la historia se repitiera periódicamente.

—¿Es usted el encargado? —pregunto a un hombre de camisa verde que me repasa de arriba abajo.

—Soy quien cuida del mantenimiento, pero si le puedo servir.

Enfrente de mí hay enterrados siglos de vida, miles las tumbas, alineadas, como soldados preparados para pasar revista, pero solo una de ellas es la elegida, la que no sé dónde se esconde, la de Ignacio Marqués.

Descartada la tumba de doña Isabel, me conformo con el segundo premio, aunque, si no me toca, tampoco me echaré a llorar, ya me siento suficientemente feliz habiendo averiguado la identidad de la mujer.

—Busco una tumba muy antigua, de 1887.

—Más de ciento treinta años…

—Sí.

—Será complicado. Muchos de los nichos fueron destruidos durante la Guerra Civil.

Si no fuera porque ya no me viene aquí, diría que cada paso que doy es como si pisara una base de fango que se introduce en el interior de mis zapatos impidiéndome avanzar.

—Se llamaba Ignacio Marqués i Bolet.

El nombre entra por una oreja del sepulturero y encuentra un camino expedito para salir por la otra sin sufrir demasiada distorsión.

—Deme unos minutos, ahora vuelvo —mucho me temo que esta será la última vez que el sepulturero de la camisa verde y sonrisa de circunstancias interaccione verbalmente conmigo.

Miro alrededor y un pequeño escalofrío recorre mi cuerpo, en soledad. Son miles las tumbas que me miran, la mayoría con lápidas imposibles de leer aunque lo intento; será la última vez que lo haga en esta cruzada.

Leo cada nombre esculpido en la piedra como lo hacía en Montjuïc y después en Vilanova, cuando buscaba a doña Isabel. Curiosamente fue ayer cuando recibí una llamada inesperada:

—¿Señor Canard?

—Sí.

—¿Es usted quien busca la tumba de una tal Isabel Bolet, verdad?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando escuché su nombre. Una llamada impensable después de que dejara mi número a la

administración del cementerio en aquel día lluvioso. Recuerdo la trabajadora que me dijo con la contundencia de un gallego que intentarían buscar entre la documentación del archivo, aunque sería difícil de encontrar, una afirmación que entendí como *qué le vamos a hacer*.

—Sí, dígame —dije levantando el tono de voz, imaginándome en luces de neón el nombre de la calle del cementerio, el número del nicho y las coordenadas exactas donde encontrar los restos de mi sueño.

—Pues, mire, hemos encontrado un documento donde se especifica que la familia Bolet… —pausa dramática que ya se convierte en una insoportable tradición—… donde se especifica que la familia Bolet adquirió un nicho en propiedad desde 1823, pero no sabemos ni cuál era ni si todavía se mantiene.

O sea… sí, pero no, quién sabe, tal vez… nada de nada. Estaba allí, pero nadie sabe lo que pasó. Polvillo que se lo lleva el viento. No pasa nada, lo que no te mata, te hace más fuerte. Una nueva sacudida, una cuchillada más, un desencanto en una historia que quiero que se acabe ya.

Sigo buscando el nombre de Ignacio Marqués en cada lápida, estudiando pausadamente cada tumba, respetando la solemnidad que se respira, con miedo a tenerla delante y pasar inadvertida.

Hace calor, agosto tórrido en un entorno seco como estropajo al sol, en una ciudad que no conoce el significado de la palabra brisa. Al fondo veo que el hombre de la camisa verde acerca una escalera a un señor artrítico que pretende dejar un ramo.

Cansado, continúo la revista de las tumbas, mi último esfuerzo, mi obsesión a cinco minutos de la meta. Infructuosa búsqueda de un hombre invisible en una ciudad que ignora todo lo que le debe: buena parte de su imagen gracias a la fortuna que el tiempo ha convertido en las piedras imaginativas que conocemos.

—¡Disculpe! —escucho a lo lejos el sepulturero de la camisa verde gritando por encima de lo que sería apropiado en un lugar sagrado como este.

—¿Me recuerda el nombre del hombre que está buscando? —pregunta estando ya a mi lado.

—Ignacio, Ignacio Marqués —contesto con un golpe de esperanza, con las pulsaciones bailando sin sentido y con el corazón dudando cuál es el siguiente movimiento a realizar, si sístole o diástole.

—Es que he encontrado un panteón que quizá le interese, pero aparece otro nombre a su lado: Isabel Bolet i Vidiella.

—¿QUÉ?

Mi cara es un poema, un vodevil, una mueca de incomprensión que me deja sin aire ni aliento, inmóvil durante unos segundos, intentando

asimilar lo que acabo de escuchar, quieto, callado hasta que logro articular la primera palabra.

—Yo a usted no le he dicho en ningún momento el nombre de Isabel. ¿De dónde lo ha sacado?

La pregunta se hace al aire mientras ambos nos dirigimos hacia un obelisco que se encuentra a cincuenta metros. El hombre lo hace deprisa, como si tuviera prisa por enseñarme el hallazgo y yo siguiéndole los pasos, casi corriendo, en medio de una maraña de emociones que me resulta imposible controlar, mezcla de nervios, conmoción, turbación, agitación, incomprensión, alteración que se mezclan con inquietud y temor por si todo se trata de un sueño, una ilusión incomprensible que ha formado mi cerebro haciendo pasar ficción por realidad.

—Este panteón —me señala el sepulturero—. Usted me ha pedido por Ignacio Marqués, pero también aparece el nombre de Isabel Bolet.

…

…

…

No hay palabras.

…

…

…

¿Qué decir?

…

…

…

Aquí está ella, mi dama.

…

…

…

Sepultura en forma de pilar austero con el nombre de la pareja por dos lados y protegido por una valla de hierro con adornos donde destacan unos candelabros y cruces que no sé identificar. Finalmente, los restos de doña Isabel no viajaron a Vilanova, como erróneamente había supuesto.

> Entierro hoy martes desde la casa mortuoria, Paseo de Gracia 6, 2º, a la estación del ferrocarril de Tarragona, Barcelona y Francia.

Desde la antigua estación de la plaza Catalunya partían los trenes que se dirigían hacia el sur, hacia Vilanova, pero también los que iban a Martorell e Igualada, no muy lejos de Piera.

El *Destino*, con mayúscula, con capacidad para jugar con nuestro futuro igual que nosotros lo hacemos cuando decidimos pisar o pasar

de largo por encima de un hormiguero, ha querido deshacer el descuido que cometí cuando recogí el acta de fallecimiento de Isabel Bolet, un papel en donde las prisas y los nervios hicieron que pasase por alto el reverso que indicaba que había sido enterrada en este cementerio.

No puedo hablar, no me salen las palabras, pero no tengo nada que decir, lo que debería decir se dibuja en el rostro en forma de agradecimiento, una sonrisa sincera que el hombre se llevará a su casa envuelto con celofán.

El sepulturero me mira con curiosidad. Se da cuenta de que algo grande ha sucedido, pero no sabe el qué. Seguro que no es capaz de entender lo que siento en estos instantes, pero me acaba de hacer el mejor regalo en su último día de trabajo; mañana se jubila.

Un hombre que explicará orgulloso a sus nietos:

—Acabé mi vida laboral haciendo feliz a un desconocido.

Meses más tarde descubro que el hombre de la camisa verde se llamaba David, David Esteve. Efectivamente estaba a punto de jubilarse cuando sucedieron los hechos que relato, aunque sin saber que la maldición que acecha a los jubilados tan solo le permitiría disfrutar de seis meses de merecido descanso tras una vida de trabajo.

Descanse en paz.

Plaza de la Farga, barrio de Sants,
una semana más tarde

—*Coltado*, *senyol*.

—Gracias.

El café humea anunciándome que no me lo podré tomar durante los próximos quince minutos. Mala estrategia comercial que evita que un nuevo cliente ocupe mi asiento hasta que el cortado no sea bebible.

—¿Has visto, Maximus?

Mi amigo me mira sin saber a qué me refiero.

—El dibujo, la espuma, tiene forma de corazón. Con esta cursilería ya se sienten habilitados para subir veinte céntimos el precio del café.

—Hay gente a la que le gustan estos detalles.

—¡A mí no! —contesto secamente dando argumentos a quien afirma que soy un apático antisocial—. Mira, déjame que te enseñe algo.

Mi amigo se fija en mi mano que gira la taza encarándola hacia la otra como si fuera zurdo.

—¿Qué te parece? El corazón se convierte en un culo perfecto. Yo le pondría un poco de canela en medio.

—No seas escatológico, Àlex. Nunca más me podré tomar un cortado.

Risas y conversaciones intrascendentes. Me siento tranquilo y relajado, diferente, mejor, como si estos meses de investigación hubiesen tenido sobre mí un efecto terapéutico, dejando atrás un hombre ansioso y enervante para dar paso a otro calmado y satisfecho con sí mismo.

Estamos en el Cafeto, uno de esos establecimientos que hasta hace poco regentaba un gallego y que ahora pertenece a un chino que solo ha aprendido decir cuatro palabras en castellano, las cifras, y ninguna en catalán. Las mesas son a la parisina, donde dos platos caben justos y el tercero ya no entra, y la carta sigue siendo la misma que con el gallego, pero el cortado con la maldita espuma como especialidad de la casa.

Miro a mi amigo; estoy terminando la novela y todavía es hora de que les describa cómo es él: aparte de recordar el sombrero que lleva cuando se encuentra *on fire*, es apuesto, alto, ojos curiosos que caminan inexorablemente hacia los veinticinco años… cada uno,

amante de las discusiones vacías, se siente en la obligación de poner en duda si la *O* de un canuto es verdaderamente una *O* o esconde un cero en su interior. Trabajador inagotable que encuentra en la simbología una forma legal de evadirse de la realidad. La alternativa sería las drogas y la profanación de cementerios, sin poder asegurar que no practique ninguna de ambas.

—¿Satisfecho? —pregunta.

—Sí —contesto.

El diálogo no contiene sujetos ni verbos, son elípticos; tampoco complemento directo, indirecto ni circunstancial, ni estructuras gramaticales coordinadas ni subordinadas; oración interrogativa, la primera, e insignificante monosílabo en la respuesta. Suficiente para el hecho comunicativo.

Maximus se siente satisfecho y orgulloso con su aportación, grano de arena en forma de hallazgo de aquel panteón en el cementerio de Montjuïc y que ahora parece tan alejado en el tiempo.

—Mira a tu alrededor.

—Sí, la plaza de la Farga. ¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Pues porque aquí se encontraba la herrería de Ignacio Marqués y que doña Isabel vendió para entregar el dinero a la Sagrada Familia.

Un gesto curioso trasladándose en el tiempo, imaginándose la chimenea, los hornos, los martinetes y un montón de trabajadores yendo y viniendo.

—Solo se conserva el nombre de la plaza sin que ningún vecino sea consciente de la importancia que tuvo este lugar para la ciudad.

Era aquí donde se levantaba aquella chimenea que veía a lo lejos el cantero que pulía aquella primera piedra que se colocó en el templo. En realidad, la herrería era mucho mayor, pero esta plaza es el único recuerdo que hoy queda.

Una fábrica que formaba parte de aquella Barcelona que era, es, industrial. Una ciudad que no goza de ese privilegio reservado a las capitales de estado que solucionaron hace tiempo su futuro a base de cañonazos, pudiendo hoy obviar minucias como ser productivos a costa de que sea el resto del país quien les pague la fiesta.

Un segundo para tocar la taza con la punta del dedo y confirmar que todavía tendré que dejar reposar el baño maría.

—Quisiera ir a Piera a ver el cementerio y la tumba de la mujer —regresa Maximus a su vicio preferido.

—Lo sé, lo haremos, no sufras.

Lo digo con la duda de si no sería más feliz viviendo en un cementerio, ahorrándose las discusiones con los vecinos e inoportunos conciertos de gemidos.

—¿Ya te has leído el testamento?

—Sí, once páginas. Agotador.

Acerco los labios a la espuma para comprobar si todavía está en punto de ebullición. Efectivamente, lo está.

—Ahora podrás dedicarte a otras cosas, volveremos a ver el fútbol, juntos.

—Eso seguro.

Mi respuesta no refleja la satisfacción que se supone tras un esfuerzo exitoso como el que he conseguido. Debería estar contento, radiante, exultante; mi investigación me ha permitido emular a Roald Amundsen, Edmund Hillary, Nacho Vidal, aventureros que llegaron hasta donde ningún hombre lo había hecho antes, manteniéndome sólidamente en el cuarto nivel de la pirámide de Maslow. Pero es la mía una felicidad a medias, como cuando te pagan una factura que está pendiente desde hace meses y te das cuenta de que solo te abonan la mitad de lo que te deben.

Debe de ser el cansancio, quizá atracón, una especie de bajada de tensión tras llegar a la cima y con la duda de saber cómo llenaré mi existencia a partir de ahora.

—¿Qué te pasa? No pareces satisfecho.

—Lo estoy, claro que lo estoy, pero…

No, no estoy satisfecho, pero no sé por qué, no soy capaz de explicarme a mí mismo qué es lo que me pasa.

—Hay algo en este testamento que no me encaja —concluyo.

Mi afirmación activa las antenas de mi amigo, ávido de misterios y conspiraciones.

—Pero ¿es tu Isabel o no?

—Claro que es doña Isabel, pero hay demasiadas cosas que no cuadran.

—¿Por ejemplo?

Ahora es cuando Maximus acaba de cometer el error de destapar la cacerola del caldo mientras hierve a máxima potencia, la oportunidad de sacar fuera de mí todo lo que me abrasa desde que leí con calma el testamento de la doña.

—No te llama la atención —comienzo— que la mujer fuera a su bola sin cumplir la voluntad del marido. El testamento del hombre se tenía que cumplir, no hay otra.

—Sí, pero me da la sensac…

—¿Y no te parece sorprendente que la mujer se cargue una industria enorme, la segunda herrería de Catalunya, para entregarla a la Sagrada Familia, como el capricho de una niña malcriada?

—Quizá ya habían decidido cerrarla y solam…

—Y los hermanos del marido —sigo con el caldo haciendo chup-chup—, ¿no tuvieron nada que decir? ¿No es curioso que en el testamento de la vieja aparezcan anotaciones de sus cuñados promoviendo una demanda y pidiendo copias?

—Querrían su part…

—Sí, aunque por ley no les correspondía nada. En realidad, uno de ellos, el Manuel Marqués del panteón, dejó dinero a Ignacio para montar el primer negocio y a la muerte de Isabel estuvo involucrado en la herrería, en cambio, los otros dos…

A Maximus le empieza a gustar el olor del guiso.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que murió el marido hasta que lo hizo la mujer?

—Tres años justos, lo suficiente para conocer la situación financiera y acordar con los albaceas la forma de hacer el reparto cuando ella muriera.

—¿Cuántos albaceas fueron?

—Cinco, imagino que cada uno con sus intereses: un tal Salvador Tomás, creo que responsable de la *Casa d'Empara* de Vilanova y que se llevó un pellizco y un cuadro, el padre Crusellas que era rector de la iglesia de Sants, un tal Nonito Plandolit también muy religioso, el famoso Almeda y un tal Ribera Adué que supongo que era el hombre de confianza de Marqués.

»Apuesto que la doña soltó la parte más beata de ella con los curas, haciendo pequeñas donaciones a las parroquias, y dejó el trabajo sucio a Joaquín Almeda y Joaquín Ribera, desmantelando la herrería para entregar el dinero a la construcción del templo.

—¡Bufff!

Unos segundos de calma para poner en orden las ideas y hacer un nuevo intento de saborear el café que, ahora, ha rebajado el punto de cocción. Un golpe de ingenio me lleva a coger el asa con la mano izquierda para conocer la sensación de tomarme un *culín* de espuma.

—Todo extraño —vuelve mi amigo, hoy sin sombrero Fedora—. No estoy seguro de que el marido hubiera aprobado el desmantelamiento de un negocio al que le había dedicado toda su vida, con cientos de trabajadores, solo para cumplir el sueño de la mujer. ¿Hizo testamento el marido?

—¡Esta es otra! —exclamo con la satisfacción de tener a alguien que me escucha—. Hizo un testamento ológrafo que se mantuvo en secreto y donde estipulaba que le sería muy agradable que la mujer dejara su herencia a tres hijos que mantenía en secreto en Cuba.

—Y que la mujer se ha pasado por el arco de triunfo.

—Eso parece.

—¿Sabes? —ahora vuelvo a darme unos segundos—, quizás te parecerá una tontería, pero si yo hubiese sido la mujer habría pedido la impugnación de la carta del marido con cualquier excusa y así no estar sujeta a sus condiciones.

—¿Alegando el qué?

—Lo que sea, los abogados de eso saben mucho. En realidad, la

condición del marido estaba en condicional: *me sería muy agradable les asignase…*

—Eso podría entenderse de diferentes maneras.

—Sí. Tampoco sería necesario anular el testamento, pero sí amenazar con hacerlo.

Conclusión con tono agrio que no hace más que demostrar mi cansancio después de tantas idas y venidas entre archivos, bibliotecas, hemerotecas, pinacotecas y alguna vinoteca.

—Pero ahora ya todo ha finalizado —Maximus hace un gesto de brindar con el poco café que queda. ¿Cuándo dices que nos vamos a Piera?

Notaria de Vilanova,
dos meses después de la muerte de Isabel Bolet

—Tiene sobre la mesa una carta del despacho de Almeda.

—¿Almeda?

—Sí, lo han traído hará media hora.

—Muchas gracias.

El notario Torrents hace un intento de imaginar de qué puede tratarse. Almeda es uno de los abogados más reputados de Barcelona y no se mueve por poca cosa.

—¿Tenemos algún tema abierto con él? —pregunta el notario a su pasante.

—No, que yo sepa.

—No necesito un pasante que me conteste *no, que yo sepa*, eso también lo sé hacer yo. Necesito un pasante que me sepa contestar sí o no, sin titubeos.

El chico hace un esfuerzo mental intentando recordar el nombre *Almeda* entre un centenar que ha escuchado desde que trabaja en el despacho. Mientras tanto, su jefe se sienta y arrincona la correspondencia excepto la famosa notificación que mira, remira, lee el remitente y abre con un abrecartas que un sobrino suyo bruñó pensando que tenía que estar afilado, como si se tratara de un cuchillo jamonero. Extrae el papel y lo extiende entre las manos.

«… copia formal del testamento ológrafo que con fecha 11 de enero de 1865 entregó en sobre cerrado… juicio ordinario 1087/1888 del juzgado de primera instancia del distrito de la Barceloneta promovido por los hermanos Joaquín e Isidoro Marqués… contra mi persona como albacea de las últimas voluntades de la señora doña Isabel Bolet i Vidiella…».

—¡Ha!, lo sabía —exclama el notario.

El pasante que está allí para aprender y que no desaprovecha ocasión para fijarse, hace un gesto extraño abriendo los ojos como lo haría un camaleón.

—¿Que ya sabía el qué?

—Nunca me han gustado los testamentos ológrafos: quien los redacta se piensa que conoce de leyes más que un notario y se cree que cualquier cosa que escriba tendrá validez, aunque contenga faltas de ortografía o frases inconexas, inconsistentes, incoherentes,

incomprensibles o inconvenientes. No son más que una fuente de conflictos, reclamaciones e impugnaciones.

—¿Ológrafo?

—Sí, testamento ológrafo, escrito a mano sin levantar acta.

—¿Y eso es válido? No lo había oído nunca.

—Ni lo harás, si depende de mí. Solo me he encontrado dos o tres casos en mi carrera y no me han dado más que dolores de cabeza. Son unos testamentos escritos de puño y letra que por orden del juez se protocolizan después de la muerte de su autor.

—¿Entrega en sobre cerrado? ¿Y por qué hacen eso?

—Pues porque quien lo entrega quiere ocultar alguna cosa y no se fía de que alguien de la notaría lo vea y se vaya de la lengua.

Al notario no se le escapa la referencia a los tres hijos no reconocidos que el testador tuvo en Cuba y que, de haberse hecho público, hubiera dañado la reputación del industrial.

—¿Y por qué dan tantos problemas, señor Torrents?

El pasante aprovecha al máximo la lección gratuita sobre herencias y sucesiones.

—Pues porque al no haber sido redactados por un *profesional* —profesional se pronuncia con un tono especial—, es fácil que lo impugne algún pretendiente a la herencia que no se sienta correspondido por la novia.

La pluma mental del pasante, esta no es *Waterman*, sino un sencillo lápiz de carbón, recoge todos los datos para recordarlos en el futuro. Hoy el chico se irá contento a casa.

—¿Había en este testamento algún beneficiario que no se podía defender?

—Sí, tres chicos, cubanos.

El notario nunca pronunciará las palabras hijos naturales si es que no lo torturan repetidamente con cañas de bambú encendidas entre las uñas de los dedos.

—Entiendo, y me imagino que los hermanos del fallecido que han presentado la demanda quieren preservar los derechos de los chicos cubanos.

—¡Ja, ja, ja! No, no creo que los hermanos estén interesados en salvaguardar la legitimidad de unos mulatos que, a duras penas, saben dónde está Barcelona y que supongo que viven en La Habana como reyes. Estos hermanos lo que quieren es arañar algo.

—Pero las voluntades expresadas en un testamento deben cumplirse.

Normalmente las afirmaciones más simples son las más potentes.

—Sí, pero en este caso eran interpretables, utilizando frases ambiguas que hace que el testamento se pueda impugnar.

—Entiendo. ¿Y cómo cree que acabará la cosa, señor Torrent?

Cotilleos y rumorología son el camino de la sabiduría.

—Mire, es difícil saberlo a ciencia cierta, pero le diré qué es lo que estoy convencido de que va a suceder.

El notario Torrent se sienta y hace memoria recordando a Ignacio Marqués entrando por la puerta pidiéndole consejo; le viene a la cabeza su imagen joven, enérgica, llena de vitalidad, entregándole el sobre que él mismo abrió hace tres años acompañado del juez, verificando su validez y protocolizándolo para convertirlo en un testamento válido, uno de esos que permite al testador cagarse en la familia sin ahorrar epítetos, metáforas, ironías ni sarcasmos y que los afectados deben escuchar en silencio, estoicamente, sin interrupción, para acabar comprobando que el fallecido lo deja todo a aquella persona desconocida que supo sacarle al testador todo el jugo, hasta la última gota… y también el dinero.

—Está claro, por lo que veo —continúa el notario demostrando por qué se encuentra allí—, que la mujer ha muerto hace poco sin dejar en herencia nada a sus cuñados y es ahora cuando estos se han puesto de acuerdo para sacar alguna tajada.

—¿Tienen derecho?

—Creo que no, pero eso ya no nos compete decidirlo a nosotros, sino al juez. Cuando un caso entra en sede judicial puede suceder cualquier cosa. Yo he llegado a ver unos disturbios en donde unos chicos se montaron sobre unos caballos de la guardia urbana y que acabaron siendo condenados acusados de atentar contra el rey.

—Imposible.

—Se lo aseguro… y condenados durante años.

Una sonrisa de incomprensión al comprobar que, a menudo, la justicia se parece a una lotería con los números arreglados a favor de quien ostenta las bolas más grandes.

—Veo que la demanda se interpone contra Joaquín Almeda que es quien me pide copia del testamento del marido. Imagino que la viuda lo designó como albacea, encargado de cumplir sus últimas voluntades. Almeda es un buen abogado, una de las personas más íntegras que conozco.

El pasante está descubriendo que una notaría acumula más pecados que los que se pueden reconocer en un confesionario, nido de serpientes y lobos donde los temas se solucionan dando fe y levantando acta en lugar de recibir obleas y rezando dos Ave Marías.

—¿Cree que acabarán revocando el testamento?

—¿Cuál? ¿El de la mujer o el del marido?

—No sé… ambos.

—El del marido no está redactado por un *profesional* — vuelve a remarcar la palabra profesional— y es fácil encontrar inconsistencias legales que podrían terminar en una impugnación, y el de la mujer no

sé qué decirle porque no lo conozco ni tengo la menor intención de hacerlo ni saber cuáles han sido las instrucciones transmitidas al señor Almeda.

»Lo que está claro es que los hermanos de Marqués no tienen ni idea de dónde está yendo el dinero de su hermano; no han visto ningún testamento y, aunque lo conozcan, seguro que Almeda no ha dicho palabra de lo que le confió la mujer.

»Almeda tiene ases en la manga para llevar el agua a su molino, ya sea impugnando el testamento del marido o, simplemente, amenazando con hacerlo, pero le digo una cosa: estoy convencido de que este caso se quedará en los despachos, sin juicio ni sentencia, y mucho menos recurrido llegando a la Real Audiencia.

—¿Y?

—En la Real Audiencia se pierde totalmente el control, los magistrados pueden acabar dictando cualquier barbaridad, amparados en una coraza que les hace inmunes. El caso tendría más trascendencia y acabaría embadurnando a todos, incluyendo la honorabilidad de los difuntos.

La lección ha finalizado, pero una apuesta queda en alto, como cuando un vidente habla utilizando unas palabras bien buscadas que hacen imposible saber en el futuro si ha acertado o no:

—Te digo una cosa: estando implicado Almeda, apuesto lo que quieras a que será capaz de hacer cuadrar el círculo: con los protegidos cubanos satisfechos con lo que les toque en la lotería, los hermanos pescando algo que tape sus bocas y con los deseos de la clienta, sea cuales fueren, ejecutándose hasta la última coma. Esto último no lo ponga en duda. Y si la mujer ha ordenado que utilicen su dinero para abrir las puertas del infierno y construir allí una bodega llena de tinas de vino, tenga por seguro que ya ha contratado un equipo de mineros, con picos y palas, y ha pedido los planos a alguno de esos arquitectos descreídos que se dejan crecer barbas ridículas.

No sé si ha valido la pena todo este esfuerzo.

Un veterano presentador televisivo, reconocible por su indumentaria color butano homologable a bordo de la *Enterprise*, me dijo en una ocasión: *entre la historia y la leyenda, no lo dudes, elige siempre la leyenda*.

Y es que hace un año desde que destapé la caja de los truenos y cinco semanas desde que escribo esta novela que no deja de obsesionarme. Alguien me pregunta si la escribo de forma secuencial y la respuesta es que no, lo hago por impulsos, salteando capítulos, pero sabiendo perfectamente qué es lo que aparecerá en un epílogo en donde intentaré sorprender al lector para que tenga la sensación de que ha valido la pena sostener el libro hasta el final.

He empezado interrogándome quién era doña Isabel, pero he acabado resquebrajado una caja de interrogantes que me perturban, con la sensación de haber abierto un baúl cubierto por el polvo del tiempo repleto de secretos inconfesables, con una familia malavenida, deudas pendientes sin cobrar y confidencias que nunca tenían que haber salido fuera las paredes del despacho de un notario de Vilanova, escondidas dentro de un sobre cerrado y guardado en un archivo comarcal.

He pasado mi vida buscando un apellido y me doy cuenta de que la identidad de mi Isabel era lo de menos. La dama sin rostro. Sigo sin saber cómo era físicamente, la mujer sin la que no existiría la Sagrada Familia que todos conocemos y que ha abierto una puerta llena de misterios, como cuando un egiptólogo entra en una tumba y, en lugar de encontrar respuestas, se topa con una pared repleta de jeroglíficos ininteligibles:

—¿Qué insinuaba Ignacio Marqués cuando escribe *para el caso de una muerte prematura*?

»¿Cómo asumió doña Isabel la relación de su marido con una mujer cubana?

»¿Doble moral?

»¿Cómo se lo hizo Almeda para saltarse la barrera legal que suponían las últimas voluntades del marido para cumplir así con la voluntad de la mujer?

»¿Y por qué no hay esquelas de la familia ni recordatorios ni

funerales al año de la muerte del marido?

»¿Estaba el matrimonio de acuerdo en darlo todo a la Sagrada Familia o doña Isabel hizo lo que le vino en gana aprovechando que fue quien hizo la última jugada?

»¿El dinero que viajó hasta Cuba sirvió para tapar bocas?

»¿Y la interposición de la demanda por los dos hermanos, fue para reclamar egoístamente un dinero o para exigir que se cumplieran las últimas voluntades de Ignacio?

Doña Isabel: generosa o interesada, fiel o rencorosa, noble o vengativa… Sigo sin ponerle rostro, pero ahora tampoco sé ponerle alma.

Prefiero soñar con la mujer que ha hecho posible que Barcelona aparezca en el mapa del mundo, la dama que ha conseguido por la ciudad tanto como las Ramblas o como una flecha que vuela ardiendo. Una dama que imagino elegante, vestido victoriano oscuro, con volantes interminables, manos cuidadas, mirada gentil, bella, muy bella, pelirroja o castaña, quizás cabello negro… no sé… Quién sabe si algún día consigo encontrar una foto que me permita descubrir el secreto, solo uno, quizás el menos importante. El resto de enigmas se mantendrán allí, abiertos y sin respuesta hasta que algún estudioso tome el relevo.

Estoy cansado y solamente me queda un cartucho en la recámara, una única bala para acabar con este batallón de preguntas:

«Juzgado de primera instancia del distrito de la Barceloneta, juicio ordinario promovido por los hermanos don Joaquín y don Isidoro Marqués i Bolet contra los herederos de confianza de doña Isabel Bolet a instancia de la parte actora. Número 1087 del 1888».

Encontrar el expediente del juicio permitiría conocerlo todo. En un juicio no hay amigos ni cuñados, solo intereses y lobos.

—¿Archivo Contemporáneo? —pregunto desde el coche, mientras conduzco por la Conca de Barberà en dirección al Monasterio de Poblet.

—Sí.

—Busco la documentación de un juicio de 1888.

—Aquí no disponemos de esos papeles. Pruebe en el Archivo Nacional.

—¿Archivo Nacional? —insisto un minuto más tarde.

—Sí.

—Busco la documentación de un juicio de 1888.

—Aquí no guardamos esos expedientes. Pruebe en el Archivo de la Corona de Aragón.

Doy un poco más de margen a la siguiente llamada. Ya imagino cuál será la respuesta y hago el esfuerzo para empezar a olvidar el tema y llenar mi mente con otras preocupaciones más triviales como

cuál será el futuro del país. Y la música de RAC105 que suena en los altavoces:

Sé molt bé que des d'aquest bar
Jo no puc arribar on ets tu,
Però dins la meva copa veig
Reflexada la teva llum, me la beuré…

—¿Archivo de la Corona de Aragón?

—Sí.

—Busco la documentación de un juicio de 1888.

—Debería enviar una solicitud detallando todos los datos de que disponga.

—Pero ¿tienen algo archivado?

—No se lo sé decir a ciencia cierta, pero creo que sí. Depende del juzgado: si el caso llegó a la Real Audiencia sí que disponemos de la documentación.

Aunque la esperanza es lo último que se pierde, yo hace tiempo que la vi rodando montaña abajo, por uno de esos acantilados que se comen todo lo que se acerca a ellos.

Detengo el coche y envío el mail; donde tienes el móvil, lo tienes todo. Continúo mi recorrido. Solo música, nada de noticias. Hace mucho que no escucho las noticias; he descubierto que cada vez que las oigo envejezco un año y ya no me quedan tantos para ir arriesgando. Unos noticiarios que engañan sin piedad, interesados, farisaicos, fabricantes de votos, dirigidos a los mancos que han perdido la capacidad de cambiar de canal o que se piensan que escogiendo una oveja diferente del mismo rebaño le cambiará el sabor de la leche.

—¿Cuánto cuesta la entrada al monasterio? —le pido a la taquillera de Poblet con la esperanza de escuchar la palabra *gratis*.

—Ocho euros.

—¿Y con el carnet de profesor?

—¿Me lo enseña?

—Sí, un momento —contestó descubriendo que hay una rendija destinada a los pastores que conducen el país hacia su futuro.

—Seis.

—Gracias —agradezco falsamente esperándome algo más.

Visita espléndida tras una mascarilla que me obliga a oler mi propio aliento, notar la textura gelatinosa de los mocos y sudar en una de las pocas partes del cuerpo donde no lo había hecho hasta ahora: la boca.

Subo de nuevo al coche, continuando con mi ruta gaudiniana; siguiente estación: castillo de Escornalbou. La música cálida de Shawn

Mendes llena el vehículo sin sentir la necesidad de bajar la ventanilla para compartir mis gustos con los demás.

I love it when you call me señorita
I wish I could pretend
I didn't need you
But every touch is oh, la la
It's true, la la
Oh I should be running
Oh you keep me coming for you

La carretera se llena de imprevisto con curvas que recuerdan a la explosiva protagonista de la canción. Es el collado de la Illa que aparece sin avisar; así es Catalunya, sorprendente como una pizza de piña.

Y es ahora cuando llega un aviso a mi móvil que se acompaña de una breve vibración en mi muñeca. *Bluetooth* en acción.

Los teléfonos de ahora permiten distinguir entre los avisos de *WhatsApp*, *Messenger*, *Instagram*, *Facebook* o de aquella aplicación de cita a ciegas que aún no me ha dado ninguna alegría, pero ahora se trata de algo diferente, no es un mensaje de una red social, sino un correo. Un escalofrío recorre mi cuerpo como cuando tocas la puerta del coche y sufres una pequeña descarga, con las glándulas suprarrenales acelerándose segregando más adrenalina, sabiendo que el correo solo puede ser la respuesta al mensaje que acabo de enviar.

Voy conduciendo, las dos manos en el volante, el codo izquierdo en el reposabrazos con un semblante chulesco y los ojos en la carretera. El corazón que se acelera inexplicablemente imaginando el correo que acabo de recibir. Un pequeño pensamiento, furtivo, incoherente en un agnóstico, hacia un ser inexistente. Y ahora es el momento, rápido, de soslayo, breve pero suficiente para leer las tres primeras letras del remitente antes de que la pantalla se apague:

—ACA, Archivo de la Corona de Aragón —se oye un grito dentro de mí sin que el sonido traspase la piel. Ha sido el cerebro que ha activado las alarmas acelerando el flujo sanguíneo que recorre mi cuerpo.

Es ahora cuando pongo el ciento veinte por ciento de atención a la línea continua y de reojo al retrovisor; sé que es en estas situaciones de tensión es cuando más accidentes se producen.

Y todo se sucede en décimas, centésimas de segundo, sabiendo en cada momento cuál es el siguiente paso a dar, pero sin sacar nunca la vista de la carretera, dándome cuenta por el brillo de mi reloj que aún mantiene la pantalla encendida, con el remitente del mensaje a la vista y con las primeras letras del *mail* que acabo de recibir, letras

minúsculas pero legibles:

—*Lamentamos* —dice la primera palabra.

—¡Noooooooo! —grito dentro del coche sorprendiendo incluso al propio cerebro que no se esperaba mi reacción. El caso nunca llegó a la Real Audiencia. Alguien hizo todo lo posible para que el tema quedara zanjado pulcramente y sin sangre.

Son las 12:21 del 29 de julio de 2020.

Mi aventura acaba de finalizar… creo.

Epílogo

Han pasado varios meses desde los hechos relatados y, desgraciadamente, la actualidad en forma de mascarilla se ha comido las ilusiones.

Realizo una última visita a la tumba de doña Isabel rindiendo tributo, acompañado por Maximus, quien desconoce la existencia de la palabra discreción bajo su sombrero. Las inquietudes y la impresión de cuando estuve aquí por primera vez han desaparecido y es ahora cuando disfruto de las obras de arte a modo de obituarios que se encuentran esparcidas a mi alrededor.

—Mira, este se ha hecho grabar un compás en la lápida —comenta Maximus que no pierde hilo para llevar el agua a su molino y encontrar una simbología que solo habita en su imaginación.

—¿Dónde está el panteón? —me pregunta profesando una secreta devoción por la dama que ha hecho posible la Sagrada Familia.

Señalo con la barbilla hacia el obelisco. Lo hago en silencio, con un respeto reverencial por la solemnidad de las piedras que tengo delante de mí. Veo al fondo a mi amigo, plantado delante del monumento al igual que lo hice yo cuando lo descubrí, estudiando cada forma, cada forjado, analizando enigmas que solo él sabe interpretar.

Yo me paro y miro a mi alrededor; intento imaginarme cómo era este cementerio hace ciento treinta años, cómo fue el funeral de la pareja, me imagino que en la intimidad, sin familiares ni amigos. Lo miro todo desde un pedestal ilusorio, con una cierta paz mental, habiéndome alejado del fantasma que me ha atormentado durante todo este tiempo y descubriendo que el cuarto nivel de Maslow no es nada más que lograr la paz mental sin necesidad de demostrar nada a nadie.

—Àlex —me llama Maximus cuando me acerco al panteón—, ¿sabes que aquí hay símbolos iniciáticos? Creo que esta familia pertenecía a la orden de los rosacr…

—Ahora no, Maximus, ahora no —interrumpo sin ganas de incrementar todavía más el número de enigmas que derraman mi vaso.

Unos minutos para hacernos unas fotos y recordar la trascendencia del hallazgo.

—Deberíamos volver a casa —le pido, dirigiéndome hacia la salida

formada por una valla de hierro con dos columnas a cada lado como pedestales de dos urnas cinerarias cubiertas con imágenes de plañideras.

—Enhorabuena, Àlex —me felicita Maximus mientras sigue pendiente de algo que le perturba y que estoy convencido de que compartirá conmigo antes de que estalle.

Es ahora, bajo el calor asfixiante del verano, cuando noto la vibración de mi móvil, un correo que llega a mi dirección particular. Consulto el reloj digital y me llama la atención el nombre del remitente: Violant, seudónimo de aquella sabia de Vilanova que me ha ayudado durante la investigación y, por lo que veo, todavía sigue buscando cualquier cosa relacionada con su ciudad, aunque yo ya haya dado por finalizada mi búsqueda.

—Me disculpas.

Mi amigo sale por la puerta mientras yo regreso atrás, buscando la discreción del cementerio. Cojo el móvil y unos pocos movimientos rápidos son suficientes para abrir un correo inesperado:

> Hola Àlex,
> te paso los documentos que te he comentado:
> —El informe del cuadro de la Inmaculada.
> —Las actas de la junta referidas a la placa y la donación de Isabel Bolet.

Instintivamente, descargo los adjuntos y alguna cosa hace que descarte el primero para ir directamente al segundo, a un largo documento de dos páginas con un texto remarcado por Violant:

> La Junta de la Casa d'Empara se enteró con profundo pesar de que la Sra. Dª Isabel Bolet, Vda. De Marqués, ha fallecido en su habitación de Barcelona dejando la limosna de siete mil quinientas pesetas para invertir en la Casa.

Una expresión de sonrisa aparece en mis labios cuando descubro dónde fue a parar parte del dinero de la mujer cuando visitó la *Casa d'Empara*. Pero la antigua acta continúa:

> … la Junta acordó grabar su nombre en la honorífica lápida dedicada a los bienhechores, sintiendo no obtener su retrato ya que ella no poseía retrato ni fotografía alguna.

Y una intensa carcajada me parece escuchar detrás de mí. Me giro y no veo a nadie, tampoco a mi amigo, que ya se encuentra fuera del cementerio. A mi lado solo levanta el obelisco del panteón que guarda en silencio los restos de mi Isabel, doña Isabel, sin rostro, que calla sus

secretos.

Palacio Episcopal,
febrero de 1893

—¿QUÉ?

—Sí, ilustrísima, cerca de un millón de pesetas.

—No es posible.

—Lamento contradecirle, ilustrísima, pero sí. Un millón de pesetas. Para las obras de la Sagrada Familia.

—¿Y de dónde dice que proviene?

—No estamos seguros, pero creemos que se trata de un legado. Ignoramos de quién.

—Bien, en realidad poco importa de dónde proceda. Lo que importa es la cantidad.

—Sí, ilustrísima.

Las campanas de la catedral tañen a lo lejos, rompiendo el *momentum* en que el obispo intenta recordar la iglesia agraciada con el gordo de Navidad.

—No nos pertenece, ¿verdad?

—No, es de la Asociación de San José. Ellos son quienes promueven la construcción a partir de los fondos que recogen entre sus asociados.

—Sí, lo sé. Pero un millón de pesetas es demasiado dinero para que lo gestione una pequeña asociación. ¿No cree?

—Sí, ilustrísima.

Un instante para recordar los detalles de la asociación.

—Si no recuerdo mal, diría que su fundador fue Josep Maria Bocabella.

—Sí, ilustrísima. Falleció hace un año y su sucesor, Manuel de Dalmases, también traspasó hace pocos meses.

—¿Y ahora quién la dirige?

—La hija de Bocabella y viuda de Dalmases: Francisca Bocabella.

—¡Una mujer!

—Sí, ilustrísima.

El obispo se toma un momento para urdir una estrategia que permita recomponer la iniciativa de la diócesis.

—Entiendo, vicario, bien, muy bien. Pues le voy a decir lo que vamos a hacer. Apunte.

Sobre la veracidad de la novela

No estoy seguro de que haya muchos estudios de investigación que se hayan publicado en forma de novela, ni si esta modalidad resta credibilidad al trabajo. En cualquier caso, pongo a disposición de estudiosos y curiosos toda la documentación referida al caso para que puedan opinar sin la tramoya de la novela. www.jbretos.com/isabel

El descubrimiento de la identidad de Isabel Bolet es un hallazgo trascendente para la ciudad, el de una mujer que desde su anonimato ha influido en el futuro de Barcelona mucho más de lo que ella misma podía imaginar.

Disponía de un enorme capital, viviendas, propietaria de la segunda herrería más importante de Catalunya y a su muerte decidió hacer realidad su sueño, aunque fuese enfrentándose a su familia política.

No ha sido fácil llegar a algunas conclusiones y en ocasiones se hace más por deducción que con certeza absoluta, y es que las disputas familiares rara vez salen a la luz, aunque en este caso las evidencias son notables.

Ninguna imagen existe de doña Isabel, desconocemos cuál era la verdadera personalidad de esta mujer que me he atrevido a describir mirándola a las manos en lugar de a los ojos, pero con la seguridad de que era emprendedora, decidida, con fuerte carácter, muy religiosa y, probablemente, escondida tras la figura de su marido, hasta que la muerte del hombre le permitió emerger con la fuerza de un iceberg traidor.

Algunos aspectos desconocidos quedan dibujados tras la trama de la ficción, a la espera de que algún investigador pueda revelarlas. Así ocurre con la estancia del protagonista en Cuba, la identidad de la familia Santana y si hoy tienen descendencia. También he jugado con la verdadera relación con Ribera y sus hermanos y, finalmente, las motivaciones de un juicio del que no queda rastro.

Nada más agradecer a mi amigo cántabro Jesús Serdio que me puso sobre la pista de la noticia y que me ha ayudado durante toda esta investigación.

Barcelona, 26 de octubre de 2022

En www.jbretos.com/ladamasinrostro encontrará los documentos auténticos que se presentan en esta novela, fruto de la investigación del autor.